

CeDInCI



pensamiento
crítico

pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarlo por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director
Fernando Martínez

Consejo de Dirección
Aurelio Alonso
José Bell Lara
Jesús Díaz
Thalia Fung

Diseño y emplane
Balaguer

suscripción anual \$ 4.80
40 centavos

Redacción / Calle J No. 556, Vedado, Habana, Cuba. Telf. 32-2343
● Precio del ejemplar / 0.40 centavos ● Circulación / Distribuidora Nacional de Publicaciones, Neptuno 674. Teléfono 7-8966 ● SUSCRIPCIONES ● En el territorio nacional a / Distribuidora Nacional de Publicaciones / Neptuno 674, teléfono 7-8966, La Habana / precio de la suscripción anual: \$4.80 ● En el extranjero a / Departamento internacional del Instituto del Libro / 19 No. 1002 Vedado / La Habana Cuba ● Precio de la suscripción anual / correo marítimo 5.00 dólares canadienses / Correo aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares canadienses / para Europa: 25.00 dólares canadienses.



índice

- Jean Cuisenier* 8 «EL ESTRUCTURALISMO DE LA PALABRA, DE LA IDEA Y DE LOS INSTRUMENTOS»
- Francisco Posada* 30 «EL TEATRO EPICO COMO GENERO»
- Marc Barbut* 75 «EL SENTIDO DE LA PALABRA ESTRUCTURA EN MATEMATICAS»
- Paul Ricoeur* 99 «LA ESTRUCTURA, LA PALABRA, EL ACONTECIMIENTO»
- Michel Delahaye y Jacques Rivette* 123 «EL FUTURO DEL CINE. ¿ARTE EXISTENCIAL?»
(ENTREVISTA CON ROLAND BARTHES)
- Lucien Sebag* 136 «EL MITO: CODIGO Y MENSAJE»
- Henri Lefebvre* 152 «CLAUDE LEVI-STRAUSS O EL NUEVO ELEATISMO»
- Martin Nicolaus* 185 «EL MARX DESCONOCIDO»
- Carlos Núñez* 214 «BRASIL: SATELITE Y GENDARME»
- 250 MANIFIESTO DEL MONCADA
- 257 LA HISTORIA ME ABSOLVERA
(FRAGMENTOS)

268 LOS AUTORES



PRESENTACION

La obra de Lévi-Strauss ha extendido definitivamente el interés por el análisis estructural más allá de la lingüística (y de una concepción de la teoría literaria derivada de ella), donde se puede decir que a partir de Hjelmslev —tomando a Saussure como punto de referencia inmediato— organiza los presupuestos que darán fundamento a los resultados de un análisis eficiente. El método se consolida en la coherencia de una sistematización. Actualmente además, de la lingüística y la teoría literaria encontraremos sus aplicaciones en la etnología, en la psicología, en las ciencias económicas y, en general, en aptitud de creciente difusión.

El vocablo «estructuralismo» ha tomado vertiginosamente la heterogeneidad de significado que sigue de manera regular a la génesis de todo cuerpo de tesis cuyo efecto se haga sentir en la producción intelectual, especialmente cuando se trata de disciplinas que estudian los fenómenos sociales. De manera que las disyuntivas de reflexión y de posición que se presentan hoy al estructuralismo rebasan ya largamente la simple opción primaria que se presenta ante toda nueva teoría: el acuerdo o el desacuerdo con sus enunciados. Vemos orientarse los juicios en diversas oposiciones: grupos que defienden y buscan la extensión, y a menudo la generalización, del análisis estructural; aun dentro de esos criterios habrá que diferenciar la búsqueda a partir de las realizaciones eficaces del análisis estructural de la adopción acrítica de los patrones del método estructuralista como punto de partida de validez universal, como principios, como filosofía, en suma. Por otro lado se pueden reconocer criterios de aceptación (y filiación) estructuralista como método de análisis de validez restringida a una ciencia (la lingüística) o a un grupo de ciencias determinado (con frecuencia la lingüística y la etnología);

posiciones cercanas y en cierta forma complementarias, critican al estructuralismo, a sus patrones, como limitantes en la apreciación de los procesos, las transformaciones, las rupturas de equilibrio, sobre todo en cuanto se refiere a sistemas sociales. En esta dirección se le ha llegado a censurar como ideología de equilibrios, como un reclamo al orden y al mantenimiento de condiciones creadas, como instrumento útil, en pocas palabras, al pensamiento reaccionario. Sin embargo, la evidencia de los resultados de sus aplicaciones ha dado en los últimos años al estructuralismo una resonancia tal que se hace inobvio a estas alturas cualquier argumento que pretenda asentarse como una base para un rechazo de conjunto.

Después de un cuidadoso contacto inicial —bajo el efecto justificado de que nos movemos en un universo desusado que trasciende las esferas superficiales— y si se logra apoderarse del lenguaje, se expande una suerte de moda. Y entre otras cosas nos hallamos ante esa expansión. Surge entonces para la introducción que pretenda mantener un canon de rigor la necesidad de un nuevo indicador en la lectura selectiva: distinguir el verdadero análisis estructural de las pretensiones de un falso estructuralismo que con frecuencia se limita a completar o sustituir el lenguaje conversacional o, en todo caso, lenguajes especializados convencionales por la nueva terminología —y que en realidad tiene muy poco que ver con el análisis estructural. O, en una instancia distinta, la moda se traduce en un dogmatismo estructuralista: el aparato conceptual se convierte de instrumental analítico en instrumental analítico-probatorio. Las respuestas quedan apresadas, con los problemas, en el ámbito de un álgebra nueva.

Estas circunstancias o circunstancias muy similares por el tipo de dificultades que entraña su complicación las hemos encontrado y las encontramos frecuentemente cuando de definir el alcance de un «ismo» se trata. Pero en el caso del estructuralismo sería necesario añadir además un elemento específicamente relacionado con su origen que oscurece aun la posibilidad de enmarcar alcances y, al menos para aquellos que aspiran a ello, generalizaciones.

De «marxismo» podemos hablar confiando que se entenderá como un punto de análisis que tiene su origen en Marx no sólo porque el «ismo» de referencia vaya precedido del nombre del creador sino porque la distinción inmanente a sus vínculos históricos con antecedentes

está relativamente bien establecida. Independientemente del debate sobre la relación Marx-Hegel, sobre la evolución del pensamiento (de la obra) del propio Marx, y de la diversidad de tendencias, siempre creciente, que proclaman su derecho de pertenencia, se puede decir sin titubeos qué cambios introduce Marx en la ciencia de la historia y en la historia misma. De manera similar, y a pesar de la multiplicidad de interpretaciones, adaptaciones y desarrollos posteriores, cabe decir que el psicoanálisis nace con la sustitución del tratamiento por hipnósis por el método de asociación libre. Y a partir de aquí se podría iniciar la ubicación de otro «ismo» en su contexto histórico.

Tratándose del estructuralismo no nos resulta tan clara esta distinción de un lugar de génesis. No hay estructuralismo, por supuesto, desde que (y dondequiera que) se estudian estructuras. Tampoco admite el concepto ser identificado o aun involucrado al análisis formal, a la formalización, en sentido estricto. Pouillon ha afirmado, en su artículo introductorio al número de *Temps Modernes* dedicado al tema, «el estructuralismo propiamente dicho comienza cuando se admite que es posible confrontar conjuntos diferentes en virtud de sus diferencias (que se trata entonces de ordenar) y no a pesar de ellas». No se trata del ordenamiento de analogías sino de la estructuración de las oposiciones en sistema. Esta definición puede estimarse suficientemente sencilla y completa a efecto de revelar, de manera clara y directa, la conexión de significados entre el concepto de estructuralismo y el concepto de estructura.

A partir de este punto podremos plantearnos la existencia del análisis estructural —quede a un lado la posibilidad de confusión con «análisis de las estructuras»— en aplicaciones que anteceden no solamente el enunciado sistemático de sus presupuestos sino aun a su ordenamiento metodológico. La no localización temporal de un eje de transición entre el análisis estructural y el estructuralismo, propiamente dicho, oculta la frontera de un criterio riguroso de definición.

Esta imprecisión en variedad y grados de antecedencia no sólo señala un obstáculo de definición, sino la abundancia de fuentes y al mismo tiempo una garantía de elementos de referencia para dar inicio a cualquier análisis serio.

El análisis estructural pone de manifiesto la existencia de niveles de organización, de un orden interno y externo inherente a los sistemas,

y de desequilibrios que pueden ser ordenados en estructuras, que los sistemas reales no revelan de inmediato, con lo que abre un campo de conocimiento y experimentación insondeado.

Es muy difícil decir con acierto a la altura de nuestra vista hasta donde se podrá llegar, tanto por el camino de la profundización como en la variedad de sus aplicaciones. Por esta razón las oposiciones suelen quedar en el nivel de las filosofías (el nivel en que el estructuralismo puede admitirlas) y raras veces constituyen un argumento científico contra el método científico. Por esta razón las críticas no suelen rebasar el valor hipotético de las tesis mismas que fundamentan el análisis estructural.

En nuestros medios la información sobre el tema no es abundante, aunque sí suficiente para motivar inquietudes que generalmente quedan insatisfechas. Por este motivo *Pensamiento Crítico* ha decidido dedicar la sección monográfica del presente número al estructuralismo, con la doble convicción de que sacrifica la amplitud del campo de interés por los números inmediatos anteriores y de que cumple, a pesar de ello, con un objetivo de difusión elemental del debate sobre uno de los más importantes instrumentos de conocimiento con que cuenta el pensamiento contemporáneo.

Atendiendo a esta necesidad la selección de materiales ha tratado de mantener tres balances imprescindibles: 1) el del rigor y la asequibilidad, que no siempre resulta en un saldo feliz debido, a la vez, a la complejidad del instrumental estructuralista y a la especificidad de sus aplicaciones; 2) el de la variedad de los temas, a cuyo fin hemos tratado de abarcar la lingüística, la etnología, la matemática, la creación literaria y la creación cinematográfica; 3) el de las posiciones, que quisimos observar cuidadosamente a fin de incluir diversos criterios y excluir la ausencia de racionalidad tanto en la defensa como en el rechazo.

En este sentido cabe distinguir los artículos de Sebag y Barthes, desde las posiciones definidas del estructuralismo; el artículo de Ricoeur, que circunscribe su validez a la lingüística y aun dentro de esta restricción argumenta la necesidad de superación de las ausencias del análisis estructural; el artículo de Cuisenier, que inicia el número, y que constituye una exposición de pretensión totalizadora —no metafísica— del sistema estructuralista; el de Lefebvre, que concluye el

número, y que asume, a diferencia de Ricoeur, una crítica definitiva y desde fuera; Barbut, más que una aplicación del análisis estructural, nos ofrece la descripción matemática del concepto de estructura; y, finalmente, hemos querido incluir el artículo de Francisco Posada, que forma parte de un libro titulado *Estructuralismo y estética. Acerca de la teoría del teatro de Brecht*, que no es propiamente un ejemplo de análisis estructural pero que constituye un esfuerzo inteligente de comprensión y aproximación al problema.

El estructuralismo de la palabra, de la idea y de los instrumentos

Jean Cuisenier

Se habla mucho del estructuralismo como de una doctrina, y hasta como de una verdadera filosofía. Y sin duda no es sin razón: ciertos textos de Lacan, la discusión de la *Crítica de la Razón Dialéctica* por Lévi-Strauss, tal pasaje de Greimas o de Jakobson, la reunión misma en una sola entrega de *Tiempos Modernos*, de ensayos de lingüística, de matemática, de etnología y de sociología, bastan para indicar que hay mucho más en la invocación de la noción de estructura que el recurso a un sistema de conceptos elaborados con fines de análisis. Si en efecto, según la observación de Jean Pouillon, las palabras de estructura, organización, arreglo, disposición, son sinónimos, «no se necesita de *ismo* para sostener que las cosas están estructuradas, pues, diciendo eso, no se afirma nada más que la vaga posibilidad de su conocimiento. Es necesario que la estructura pueda ser discutida, que la extensión de esta noción y la realidad de lo que ella designa puedan ser impugnadas, para que el estructuralismo tenga un sentido como teoría y como método».⁽¹⁾

Ahora bien, es precisamente esta interrogación, anterior, lógica si no cronológicamente, a todo proyecto de edificación de una teoría, a toda intención de codificación y de formalización de un método, la que

anima y apoya cierto número de empresas científicas perfectamente ajenas a la moda, pero sin el desarrollo de las cuales nada que se asemeje a una filosofía estructuralista podría encontrar con que argumentar sus tesis. Es de esta interrogación que salen algunos de los logros más notables de la lingüística y de la etnología contemporánea. Es ella también la que se pasea a través de trabajos tan diversos como los de Conklin, Murdock y Goodenough. Es recogiéndola y repitiéndola en algunos ejemplos, muy someramente presentados, que se quisiera recordar en que medida el empleo de la noción de estructura en las ciencias sociales es cuestión de instrumentación antes que tema de doctrina o de moda, y como la confrontación con las dificultades técnicas de interpretación y de explicación a las que ella conduce es, para el sabio, la prueba formal de su valor heurístico.

La idea de que las culturas forman conjuntos organizados, cuya singularidad aparece tanto más fuerte cuanto la comparación se practica en mayor escala, es anterior, se sabe, a las discusiones de hoy.⁽²⁾ Pero la idea de que distintos conjuntos puedan ser conciliados según sus diferencias, para que la comparación dé razón de esas mismas diferencias es, probablemente, uno de los temas de investigación más fecundos que haya comenzado a desarrollar la etnología contemporánea. La investigación de invariantes y de variaciones detectables en esas organizaciones, singulares todas, que son las culturas, hubiesen sin embargo quedado para siempre en el orden del propósito, la idea «estructuralista» permanecería para siempre como una «idea» si no se hubiera perfeccionado un dispositivo que permita sistematizar la comparación: los «Human Relation Area Files».⁽³⁾

Está fuera de lugar presentar aquí, con todos los detalles requeridos, los principios de archivo, de clasificación y de funcionamiento de esta verdadera biblioteca de materiales y de conocimientos etnológicos constituidos. También está fuera de lugar exponer cómo, con la ayuda de ese dispositivo, Murdock ha podido formar un muestreo representativo de la universalidad de las culturas conocidas, y articular cierto número de proposiciones sobre su dispersión y sus afinidades.⁽⁴⁾ Desde que se intentó la empresa, hace veinte años, la literatura especializada a que ha dado lugar es enorme, y la discusión teórica y práctica que ha suscitado, está siempre abierta.⁽⁵⁾ Baste aquí decir que ese muestreo consta de 565 culturas, caracterizadas cada una por treinta rasgos,

tales como la forma de familia, el tipo de residencia, las reglas de los casamientos, las reglas de la sucesión, el tipo de actividad económica predominante. A cada rasgo corresponde una escala de posiciones nominales, no ordenable sino por comercio, de manera que cada cultura en el muestreo está definida por una serie de treinta valores, que marca el arreglo singular de los rasgos que la caracterizan. El muestreo se presenta, por consiguiente, de la forma siguiente (ver cuadro 1).

En este extracto,⁽⁹⁾ las cifras a la cabeza de la columna marcan las parejas de características; los nombres a la cabeza de la línea, la identificación de las culturas escogidas, para la formación del muestreo; las letras en la intersección de las líneas y de las columnas, las posiciones tomadas por la cultura que se examina en la escala de valores nominales asociada al rasgo cultural. Es así que la cultura de los Hotentotes (Nama) está caracterizada por la serie Om Oo Da... Ms, en donde Om, bajo la característica 1, significa que esos Hotentotes no han domesticado especies vegetales y no conocieron los cereales, hasta una fecha muy reciente, pero que tienen animales domésticos en cantidad apreciable, y que saben ordeñarlos; donde Oo, bajo la característica 2, significa que no practican la agricultura, y que, por consiguiente, no se puede observar ninguna división sexual del trabajo en cuanto a las técnicas de explotación de la naturaleza vegetal; donde Da, etc... y así hasta Ms.

Con la ayuda de este muestreo se puede, por tanto, formular dos clases de proposiciones, unas sobre las variaciones regionales observables en la distribución de los rasgos culturales, otras sobre la frecuencia de asociaciones observables entre rasgos culturales. El Cuadro 2 da un ejemplo de conclusiones del primer tipo. Muestra que la monogamia es característica en alrededor del 24% de las sociedades del mundo, la poliandria en el 1%, y la poliginia en el 75%. Muestra también, que la poliginia general prevalece particularmente en Africa, la monogamia alrededor del Mediterráneo, la poliginia limitada a las islas del Pacífico y la poliginia hermanal (números entre paréntesis) en América del Norte.⁽⁷⁾ (Ver cuadro 2).

El Cuadro 3 cruza dos distribuciones: la de las reglas de descendencia y la de las reglas relativas al casamiento con el primo. Permite verificar una proposición teórica adelantada por Homans y Schneider,⁽⁸⁾ en ocasión de su discusión del libro de Lévi-Strauss sobre las *Estruc-*

CUADRO 1

CARACTERÍSTICAS CULTURALES PARA UN MUESTREO DE 565 SOCIEDADES

AREA Y CULTURA	LOCALIZACION	AFRICA														
		1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15
Pigmeos y Khoisan																
Baghelli	12E	2N	Go	Oo	Oo	Ig	Da	Bo	In	Pp	Mo	Li	Of	Pf	Oo	Ap
Bambutthi	28E	2N	Go	Oo	Oo	Da	Da	Be	In	B.	Mo	Of	Of	Bf	Oo	As
Bergdama	16E	228	Gs	Oo	Pu	Da	Bo	Bo	Im	Uu	Sa	Oa	Ba	Ba	Oi	A.
Hotentot (Nama)	18E	26S	Om	Oo	Da	Ia	Bo	Bo	Im	Uu	Ls	Ss	Of	Pa	Wo	Ms
Kindiga	35E	38	Go	Oo	Oo	Da	Bo	Bo	Iq	Pp	Gh	O.	O.	B.	Oo	Go
Kang	21E	20S	Go	Oo	Oo	Da	Be	Be	In	Uu	Ma	Oa	Oa	Ba	Oo	As
Naron	21E	22S	Go	Oo	Oo	Da	Be	Be	Ip	Uu	To	Oa	Oa	Ba	Oo	As
Sandave	36E	5S	Cm	Da	Im	Ia	No	No	In	Fu	Mb	Sa	Of	Pu	Oo	Ap
Wal	22E	31S	Go	Oo	Oo	Da	Bo	Bo	In	Xx	Ls	Oa	Oa	Ba	Oo	A.

CUADRO 2

VARIACIONES REGIONALES EN EL EFECTO DE CASAMIENTOS PLURALES (según el «World Ethnographic Sample»)

Forma de casamiento	Africa	Area Medite-rránea	Eurasia Occi-dental	Islas del Pacífico	América Norte	América Sur	Total
Monogamia	8	43	34	23	19	12	135
Poliandria	—	—	3	1	—	—	4
Poliginia limitada	16(1)	17	36	43(5)	40(9)	32(7)	184(22)
Poliginia general	92(9)	17	21(4)	29(12)	50(31)	21(9)	231(65)

turas elementales del parentesco,⁽⁹⁾ según la cual el casamiento preferencial con la prima matrilateral sería característico de las sociedades patrilineales, en tanto que el casamiento preferencial con la prima patrilineal sería característico de las sociedades matrilineales. La proposición de Homans y Schneider es exacta, pero el número de sociedades que la verifican es demasiado débil para que se pueda estimar su interpretación teórica del casamiento perfectamente fundamentada. (Ver cuadro 3).

Tal es, brevemente descrito, el instrumento montado por Murdock a disposición de la colectividad de investigadores, mucho antes que el ruido y el furor se apoderaran de los ensayistas que padecen de «estructuralismo».

¿Los análisis que los «Human Relations Area Files» y que el «World Ethnographic Sample» permiten conducir son «estructuralistas» o no? No, por cierto, en la medida en que las culturas, conjuntos singulares caracterizados por series de valores tomadas por las variables del análisis, no son comprendidas como variantes unas de otras, y no hay indicios de que ningún principio explique la ley de las variaciones.⁽¹⁰⁾ Sí, sin embargo, en la medida en que la «biblioteca» y el «muestreo» permiten solos plantear el problema de la comparación entre culturas

en términos de invariantes y variaciones, y suministran las herramientas requeridas para que esos conjuntos organizados puedan aparecer como otras tantas soluciones aportadas por la humanidad a un pequeño número de problemas fundamentales.

Pero he aquí otro ejemplo de instrumentación al que sicólogos, sociólogos, lingüistas y etnólogos recurren electivamente, pero cuya elaboración y desarrollo no aportan ninguna referencia al «estructuralismo» como doctrina: son los escalogramas y las técnicas de jerarquización propuestas por Guttman. Herramienta relativamente antigua ya, puesto que fue introducida bajo su primera forma en 1940,⁽¹¹⁾ el escalograma

CUADRO 3

RELACIONES ENTRE EL CASAMIENTO PREFERENCIAL Y LAS REGLAS DE DESCENDENCIA (según el «World Ethnographic Sample»)

Reglas que gobiernan el casamiento entre primos	Descen-dencia matri-lineal	Doble descen-dencia	Descen-dencia patri-lineal	Descen-dencia bila-teral	Total
Casamiento preferencial con un primo paralelo.	—	—	12	—	12
Casamiento preferencial con un primo cruzado patrilineal.	8	—	12	—	16
Casamiento preferencial con un primo cruzado matrilineal.	7	5	34	3	49
Casamiento con un primo cruzado simétrico	21	4	45	18	88
Casamiento autorizado con un primo en 1er. grado.	2	—	13	30	45
Casamiento no aprobado con un primo en 1er. grado.	33	14	109	121	277
Ningún dato disponible sobre el casamiento con los primos.	13	1	32	31	77
TOTAL:	84	29	247	204	564

es uno de los instrumentos del cual uno se sirve hoy con más gusto, cada vez que se tiene que operar sobre datos cualitativos que presentan un orden por hipótesis. Mejor que una exposición abstracta del principio, un ejemplo práctico hará comprender la fuerza del instrumento y mostrará las condiciones de su aplicación. En un estudio reciente sobre nueve sociedades de América del Sur, Carneiro llegó a interesarse más especialmente, en ocho rasgos culturales: la estratificación social, la alfarería, la fabricación y el uso de bebidas fermentadas, la existencia o no de un estado, la práctica de la agricultura, el conocimiento de técnicas arquitectónicas empleando la piedra, el dominio de la técnica de la siderurgia, el conocimiento de las técnicas del tejido en telares.⁽¹²⁾

Para resumir la información pertinente con fines comparativos, se puede construir un cuadro de doble entrada, con las sociedades en columnas y los rasgos culturales en línea. Los signos + y - marcan convencionalmente la presencia o la ausencia del rasgo cultural considerado para una sociedad determinada.

CUADRO 4

PRESENCIA (+) Y AUSENCIAS (-) DE OCHO RASGOS CULTURALES PARA NUEVE SOCIEDADES DE AMERICA DEL SUR⁽¹³⁾

	Kuikuru	Anserma	Jivaro	Tupinamba	Inca	Sherente	Chibcha	Yabgan	Cumana
Significación social	-	+	-	-	+	-	+	-	+
Alfarería	+	+	+	+	+	-	+	-	+
Bebidas Fermentadas	-	+	+	+	+	-	+	-	+
Estado político	-	-	-	-	+	-	+	-	-
Agricultura	+	+	+	+	+	+	+	-	+
Arquitectura en Piedra	-	-	-	-	+	-	-	-	-
Extracción de Mineral	-	+	-	-	+	-	+	-	-
Tejido	-	+	+	-	+	-	+	-	+

Ahora bien, cualquiera que sea la forma en que se estudie ese cuadro, nada que se parezca a un orden aparece en la distribución de los rasgos. ¿Pero, resulta esto sorprendente, cuando rasgos culturales y sociedades están colocados al azar? La incoherencia aparente de los datos distribuidos en el Cuadro 4 oculta quizá un orden, hay que trabajar para manifestarlo. Allí se llegará, si examinamos el número de presencias registradas por cada rasgo cultural y el número de rasgos presentes en cada sociedad (Cuadro 5). Se puede en efecto, con la ayuda de esas distribuciones, reordenar el Cuadro 4, siguiendo dos reglas: colocar los rasgos culturales en orden de frecuencia decreciente de abajo hacia arriba, de manera que el rasgo más frecuentemente presente esté abajo y el rasgo menos frecuentemente presente arriba. Colocar las sociedades en orden creciente según el número de rasgos que presenten, de manera que la sociedad que ofrezca el menor número de rasgos

CUADRO 5

DISTRIBUCION DE SOCIEDADES POR RASGOS Y DE LOS RASGOS POR SOCIEDADES. PARA OCHO RASGOS CULTURALES Y NUEVE SOCIEDADES DE AMERICA DEL SUR⁽¹⁴⁾

	Número de presencias por rasgo		Número de rasgos por sociedad
Significación social	4	Kuikuru	2
Alfarería	7	Anserma	6
Bebidas fermentadas	6	Jivaro	4
Estado político	2	Tupinamba	3
Agricultura	8	Inca	8
Arquitectura en piedra	1	Sherente	1
Extracción de mineral	3	Chibcha	7
Tejido	5	Yabgan	0
		Cumana	5

figure en la extrema izquierda del cuadro y la que ofrezca el mayor número de rasgos figure en la extrema derecha. Se obtiene de esta manera el Cuadro 6, que se llamará *escalograma*.

CUADRO 6

ESCALOGRAMA QUE EXPONE LA CONFIGURACION FORMADA POR LAS PRESENCIAS Y LAS AUSENCIAS DE OCHO RASGOS CULTURALES SELECCIONADOS PARA NUEVE SOCIEDADES SUDAMERICANAS⁽¹⁵⁾

	Yaghan	Sherente	Kuiburú	Tupinamba	Jivaro	Cumana	Aniserma	Chibcha	Inca
Arquitectura	-	-	-	-	-	-	-	-	+
Estado político	-	-	-	-	-	-	-	+	+
Extracción de mineral	-	-	-	-	-	-	+	+	+
Estratificación social	-	-	-	-	-	+	+	+	+
Tejido	-	-	-	-	+	+	+	+	+
Bebidas fermentadas	-	-	-	+	+	+	+	+	+
Alfarería	-	-	+	+	+	+	+	+	+
Agricultura	-	+	+	+	+	+	+	+	+

Se evidencia de inmediato que a diferencia del Cuadro 4, donde los + y los - están distribuidos al azar, el Cuadro 6 manifiesta una configuración definida. Esta configuración, notable por la regularidad con la cual las etapas se suceden, como otros tantos grados sobre una, es conocida precisamente bajo el nombre de *escala perfecta*.

Si un conjunto de *items* relativos a un muestreo de unidades extraídas de una población dada, puede ser ordenado por aplicación de reglas precedentes, se dice entonces que es *jerarquizable*.

Pero en presencia de configuraciones de ese estilo, viene inmediatamente a la mente una objeción: ¿No es la aparición de un orden en los datos expuestos anteriormente sin que nada de ello pueda sospecharse, el resultado de nuestras manipulaciones? ¿No corremos el riesgo de tomar por una propiedad de las propias cosas lo que en realidad

sería más bien un artefacto? A lo que hay que responder, primero, que una jerarquización perfecta es excepcional, y que las configuraciones empíricamente obtenidas se acercan más o menos a la configuración ideal, de manera que lo importante, es, no tanto jerarquizar un conjunto de *items*, como apreciar la separación entre configuración teórica y configuración observada: existen varios medios estadísticos de medida sobre los cuales se dispone ahora de una enorme literatura.⁽¹⁶⁾ Hay que responder, después, que no todos los conjuntos de *items* se prestan a jerarquización; que, muy por el contrario, solo ciertos conjuntos muy particulares dejan entrever regularidades de ese género; que, por consiguiente, el carácter de orden presentado por esos conjuntos es un atributo de los propios datos, y no el resultado de nuestras operaciones. De ahí se desprende que las escalas de Guttman tienen cierto número de propiedades formales (plenamente aparentes en el ejemplo propuesto) que, si los *items* son rasgos culturales y las unidades son sociedades, permiten formular proposiciones como estas:⁽¹⁷⁾

- 1/ Las sociedades en los puestos más elevados en la escala presentan todos los rasgos de los puestos más bajos. Los Incas, por ejemplo, presentan todos los mismos rasgos de los Jíbaros, y otros.
- 2/ Si sabemos que un rasgo determinado está presente en una sociedad, sabemos entonces que ciertos otros rasgos estarán también presentes. Es así que si una sociedad del muestreo conoce la siderurgia está socialmente estratificada, conoce el tejido, las bebidas fermentadas, la alfarería y la agricultura.
- 3/ Si sabemos que un rasgo está ausente de una sociedad, sabemos también que ciertos rasgos estarán ausentes. Es así que podemos inferir del escalograma que, si una sociedad del muestreo no presenta el carácter de la estratificación social, entonces no conoce la siderurgia, la organización política en estado y las técnicas de la construcción de edificios de piedra.
- 4/ Si sabemos el «punto de fisura» característico de una sociedad en el escalograma, es decir el rasgo más bajo que no presenta, podemos deducir el inventario completo de los rasgos que presenta y no presenta. Es de esta manera que para los Jíbaros, saber que co-

nocían el tejido pero no la estratificación social nos permite inferir que conocían las bebidas fermentadas, la alfarería, y la agricultura, pero no la siderurgia, la organización política en estado ni las técnicas de la construcción de edificios de piedra.

5/ Si sabemos cual es el número de rasgos que una sociedad presenta, podemos saber también cuales son exactamente esos rasgos. Si por ejemplo sabemos que una sociedad presenta en el muestreo tres rasgos, sabemos que deben ser la agricultura, la alfarería y las bebidas fermentadas.

Se ve cuál es la fuerza del instrumento propuesto. Aplicado a campos tan variados como la teoría de las comparaciones interculturales,⁽¹⁸⁾ el análisis de los términos de parentesco,⁽¹⁹⁾ la semántica de las cualidades sensibles,⁽²⁰⁾ para no tomar como ejemplos sino estudios derivados de una disciplina que no sean las disciplinas psicológicas para las cuales fue originariamente elaborado, el escalograma es una herramienta epistemológicamente neutra, una herramienta cuyo empleo no prejuzga nada de los resultados que permite obtener.

Llamé «configuraciones» a los arreglos inherentes a los datos que esta herramienta hace aparecer, y no «estructuras». El análisis jerárquico manifiesta en efecto, si existen, encadenamientos, disposiciones, arreglos, o como se les quiera nombrar, siempre singulares. No sustituye por consiguiente en nada al análisis estructural, sino más bien hace tal análisis posible, puesto que la hipótesis fundamental del estructuralismo es que las configuraciones singulares son *variantes* que poseen cada una cierto número de propiedades formales bastante estables para permanecer invariables a través de las variaciones.

¿Se quiere un tercer ejemplo? Es al propio Lévi-Strauss a quien se lo vamos a pedir, cuya obra científica es, en Francia, mucho menos comentada que la obra filosófica, y que, a diferencia de la mayor parte de sus comentaristas franceses, más que promulgar una doctrina estructuralista practica el análisis estructural. Los materiales ya no van a ser rasgos culturales y unidades sociales, sino terminologías del parentesco, reglas de filiación y de casamientos, códigos de conducta,⁽²¹⁾ o, en otro registro, relatos significativos: los mitos.⁽²²⁾

Si consideramos estos últimos materiales, los mitos, la primera gestión del análisis y la primera dificultad, será fijar esta configuración particular de elementos de los cuales está formado cada mito, a través de la diversidad de versiones que sobre el mismo se poseen. Cada versión, en efecto, hay que comprenderla como un singular arreglo de mitemas, «grandes unidades de significación» análogas a «frases», que agrupan a los semantemas como los semantemas agrupan a los morfemas y los morfemas a los fonemas. Guiado sólo por las reglas generales del análisis estructural, «economía de explicación; unidad de solución; posibilidad de restituir el conjunto a partir de un fragmento y de prever los desarrollos posteriores basándonos en los datos actuales»,²³ el etnólogo va, por consiguiente, a establecer el texto de cada mito, descubriendo las correlaciones existentes entre separaciones diferenciales, y aplicando al conjunto de versiones cierto número de operaciones lógicas, al término de las cuales se debe poder desglosar la «ley estructural del mito considerado».

Pero éste no es más que un trabajo preliminar, pues la verdadera tarea de una ciencia de los mitos es dar razón del universo de los propios mitos. Cada mito debe, por consiguiente, considerarse como un elemento en los conjuntos más vastos, tal como la mitología *Tupinamba* o la mitología *Sherente*, subconjuntos a su vez, de conjuntos aún más vastos, como el conjunto de mitos *tupi* o el conjunto de mitos *gé*. Los procesos empleados en «La estructura de los mitos» y diversos ensayos posteriores para el análisis de un mito en particular, o de un ciclo de mitos, son empleados en los *Mitológicos*, en conjuntos completos, cuya interpretación ofrece, por elucidación progresiva del sentido tal como resulta de una exploración metódica de la totalidad significativa. Pero como para la teoría de las comparaciones interculturales y para las técnicas de análisis jerárquico, nada dará mejor a comprender el proceso seguido que un ejemplo: el tratamiento de los mitos *bororo*, *gé* y *tupi* como un grupo cerrado por aplicación de una serie de transformaciones.

En «*Lo crudo y lo cocido*», primer volumen de los *Mitológicos*, el análisis toma como punto de partida un mito *bororo* sobre el origen de la tempestad y la lluvia. Lévi-Strauss muestra, de entrada, que ese relato

se reduce a una transformación por inversión de un mito de las tribus *gé* sobre el origen de la cocción de los alimentos, cuyas versiones tienen todas por motivo central la historia de un buscador de nidos de pájaros bloqueado en la copa de un árbol o de un muro rocoso, después de una disputa con un pariente por matrimonio, cuñado, en una sociedad de derecho paternal, o padre; en una sociedad de derecho maternal. «En un caso, resume el autor, el héroe castiga a su persecutor enviándole la lluvia, extintora de los hogares domésticos. En los otros casos, les trae a sus parientes el tronco encendido del cual era dueño el jaguar: les procura a los hombres por consiguiente el fuego de la cocina en lugar de quitárselo».⁽²⁴⁾ Ahora bien, si en los mitos *gé*, el jaguar ocupa la posición de un pariente por matrimonio, en los mitos *tupi* los actores son héroes sobrehumanos en conflicto con parientes humanos, sus cuñados, que les niegan el alimento, y que en consecuencia de esto, son transformados en puercos salvajes. De un grupo de mitos al otro, se notará por consiguiente todo un sistema de oposiciones. Unos son relativos a los actores: héroes humanos y su pariente animal por casamiento, el jaguar, amo del fuego de la cocina, por un lado; héroes sobrehumanos y sus parientes humanos por casamiento, los cazadores amos de la carne, por el otro lado. Otras oposiciones son relativas a las conductas: aunque animal, el jaguar se conduce civilmente, puesto que alimenta a su cuñado humano, lo protege contra su mujer y se deja arrebatar el fuego del fogón; aunque humanos, los cazadores se conducen de manera salvaje, puesto que guardan toda la carne para su uso, y disfrutaban inmoderadamente de sus esposas sin ofrecer, en contrapartida, prestaciones alimenticias. Uno de esos dos grupos de mitos, en fin, atañe al origen de la cocción de los alimentos, por medio de la cocina; el otro, por el contrario, es relativo al origen de la carne, materia prima de la cocina. La variedad de los mitos *bororo*, *gé* y *tupi*, no forma por consiguiente un conjunto sin orden. Cada mito es más bien una variación sobre un tema, y se pasa de un tema al otro por transformación. Se dirá que el conjunto forma un «grupo cerrado» si se pueden hacer las operaciones en los dos sentidos: tratar el mito *bororo* como una transformación de los mitos *gé*, los mitos *gé* como una transformación de los mitos *tupi*, y después, los mitos *tupi* como una transformación de los mitos *bororo*, variantes ellos mismos de los mitos de los cuales habíamos partido inicialmente.

Pues bien, es a esta demostración a la que llega, efectivamente, «*lo crudo y lo cocido*». Nada dará mejor la idea de la técnica de análisis que la recopilación de operaciones por las que Lévi-Strauss llega a cerrar la cadena de transformaciones, y a mostrar como un mito *bororo* tal como M_{20} sobre el origen de los bienes culturales, puede ser obtenido por transformación de mitos *tupi* como M_{16} y M_{15} , sobre el origen de los puercos salvajes. He aquí por consiguiente, primero, como lo quieren las reglas del método, los textos normalizados de los tres mitos:

M_{15} . TENETEHARA: ORIGEN DE LOS PUERCOS SALVAJES²⁵

Tupan (el héroe cultural) viajaba acompañado de su ahijado. Llegaron a una aldea cuyos habitantes estaban emparentados con el muchachito, y Tupan se lo confió a ellos. Pero lo trataron muy mal, y el niño se quejó a Tupan cuando este volvió.

Furioso, Tupan ordena a su ahijado que recoja plumas y que las apile alrededor de la aldea. Cuando tuvo suficientes, les prendió fuego. Cercados por las llamas, los habitantes corrían aquí y allá, sin poder escapar. Poco a poco, sus gritos se transformaban en gruñidos, pues todos se cambiaron en pecarís y otros cerdos salvajes, y aquellos que lograron alcanzar el bosque fueron los antepasados de los puercos salvajes de hoy. A su ahijado Marana Ywa, Tupan lo hizo el Amo de los cochinos (Wagley-Galvao, p. 134).

M_{16} . MUNDURUCU: ORIGEN DE LOS PUERCOS SALVAJES²⁶

Era la estación de la seca y todo el mundo cazaba en el bosque. El dios Karusakaibé se había instalado, con su hijo Korumtau, en un cobertizo algo separado del campamento principal. En esa época, no se conocía otra caza peluda que el caetetu, y era por consiguiente este animal el que los hombres cazaban exclusivamente, salvo Karusakaibé que cazaba el ave inhambu. Y cada día, enviaba a su hijo al campamento de sus hermanas («en casa de los vecinos», Coudreau), para intercambiar inhambus por los caetetus cazados por sus ma-

ridos. Descontentas del proceder, las tías del muchacho terminan por enojarse y lo avergüenzan (arrojándole sólo las plumas y los pellejos; Tocantins, p. 86 y Coudreau; Kruse 3). El regresa llorando, y cuenta a su padre lo que le pasó.

Karusakaibé ordena a su hijo cercar el campamento con un muro de plumas formando una bóveda por encima (durante la operación el muchacho se cambia alternativamente en ave y en sapo, Kruse 3). Después Karusakaibé proyecta al interior nubes de humo de tabaco. Los habitantes se aturden y cuando el dios les grita: «¡Coman su alimento!», creen entender que les ordena copular: y así se entregan a los actos de amor lanzando los gruñidos habituales. Todos se transforman en puercos salvajes. Las hojas con que se taponan las ventanas de la nariz, para protegerse del humo, se convierten en hocicos, y sus cuerpos se cubren con los pelos que Karusakaibé les lanza después de haberlos tomado al oso hormiguero.

Los demás indios, que se habían quedado en la aldea, ignoraban todo lo que les había sucedido a sus compañeros. Cada día, Karusakaibé iba secretamente al emplumado establo («montaña de puercos», Kruse 3), y atraía a un solo cochino por la puerta entreabierta, ante la cual ponía un poco de alimento. Lo mataba de un flechazo, volvía a cerrar la puerta y retornaba a la aldea con su caza.

En ausencia del héroe, Daiiru (el burlador) le arrebató a Korumtan el secreto del cercado; pero por torpeza dejó escapar a los cochinos... (Murphy I, p. 70 a 73.)

M₂₀. BORORO: ORIGEN DE LOS BIENES CULTURALES⁽²⁷⁾

Antiguamente, los hombres del clan *Bokodori* (mitad cera) eran espíritus sobrenaturales que vivían alegremente en las chozas hechas de pelusa y plumas, llamadas «nidos de guacamayos». Cuando deseaban algo, enviaban a uno de sus jóvenes hermanos junto a su hermana, para que ella lo obtuviera de su marido. Así dieron a conocer su deseo de miel; la que su cuñado les invitó a consumir

en su choza era espesa, viscosa y llena de espuma, porque él había copulado con su mujer yendo a recogerla. Los hermanos de la mujer se retiran ofendidos, y decidieron buscar en el fondo del agua la piedra con la que podrían perforar las cáscaras de los cocos y las conchas: medio técnico de fabricación de adornos tales como pendientes y collares. Por fin descubren esa piedra, y gracias a ella, llevan a cabo sus trabajos de perforación. El éxito les arranca una risa de triunfo, distinta de la risa que expresa una alegría profana. Esa «risa forzada», o «risa de sacrificio», es llamada «risa de las almas». La alocución designa también un canto ritual, que pertenece al clan bokodori (cf. E.B., vol. I, p. 114).

Curiosa por saber la causa de los gritos que se oye a lo lejos, la mujer espía a sus hermanos y viola de esta manera la prohibición que le ha sido hecha de mirar al interior de la choza de plumas. Después de tal afrenta los Bokodori deciden desaparecer. Distribuyen antes solemnemente entre los descendientes los adornos que se convertirán en privilegio de cada uno, y después se lanzan juntos a una pira encendida (con excepción de sus parientes ya casados, que perpetúan la raza). Apenas incinerados, se transforman en aves: guacamayo rojo, guacamayo amarillo, halcón, gavián, garceta... Los demás habitantes de la aldea deciden abandonar tan tétrica morada. Sólo la hermana retorna regularmente al lugar del sacrificio, donde recoge las plantas que han brotado entre las cenizas: bija, algodón y güiras, que distribuyen a los suyos (Cruz 2, p. 159-164).

Sin entrar en el detalle de la interpretación, lo que requeriría largas pormenorizaciones, se notará que esos mitos tienen por actores personajes parientes por matrimonio, que ponen en escena a un hombre joven a quien se le confía un papel de intermediario, sobrino del donante de mujeres, M₁₅, hijo del donante, M₁₆, hermano menor de los donantes, M₂₀. Este es maltratado por los receptores de mujeres M₁₅, sufre una negación de carne de los receptores, M₁₆, obtiene miel de mala calidad del receptor, M₂₀. Para la facilidad del análisis, se resolverá ese discurso con la ayuda de un cuadro⁽²⁸⁾ de manera que lo esencial de la comparación pueda

M ₁₅	Donante(s) de mujer establecido(s) a alguna distancia del (de los) cónyugo(s)	Papel de intermediario confiado al	M ₁₅ sobrino del donante,	maltratados por los receptores
M ₁₅	... previamente	el abuso sexual de la(es) mujer(es) recibida(s) de	M ₁₅ hijo del donante,	sufre negativa de carne de los receptores
M ₁₅	... consecutivamente		M ₁₅ hermano menor de los donantes,	obtiene mala miel del receptor
M ₁₅	teatro de una conducta bestial:	copulación inmoderada con las esposas	M ₁₅ (hombres) que los encierran entonces en una prisión de plumas,	
M ₁₅	Teatro de las invenciones de las artes de la civilización	indiscretamente; espiado por la hermana	M ₁₅ hombres que vivían antes en un palacio de plumas	
M ₁₅	origen de la carne, alimentación de origen <i>Animal</i>		M ₁₅ Culpables pasivamente ahumados por fuego de plumas,	transformados en puercos salvajes comestibles
M ₁₅	origen: 1) de adornos de origen <i>Animal</i> ; 2) de productos no alimenticios de origen <i>Vegetal</i>		M ₁₅ Culpables pasivamente ahumados por tabaco lanzado	
			M ₁₅ Víctimas voluntariamente entregadas a las llamas de una pira	transformadas en aves de plumas ornamentales

M₁₅ en cuanto se relacionan a una fisión de la humanidad

M ₁₅	tienen acceso parcial a la cultura...	M ₁₅ por la obtención de adornos —posterior a la cocina—	CULTURA
M ₁₅		M ₁₅ etc.: por la obtención de la carne —anterior a la cocina—	NATURALEZA (Cf. M ₁ : agua celeste)
M ₁₅	regresando parcialmente a la naturaleza	M ₁₅ cambiándose en aves...	CIELO (Cf. M ₁ : agua celeste)
		M ₁₅ siendo cambiados en cuadrúpedos	TIERRA (Cf. M ₁₅ : fuego terrestre)

ser puesto a la vista. Se verifica así que los Bororos, que transforman el mito sobre el origen del fuego de cocina en mito sobre el origen de la lluvia y la tempestad, transforman también el mito sobre el origen de la carne en mito sobre el origen de los bienes culturales. Esta última transformación puede escribirse de manera resumida, muy simplemente:

Tupi *Bororo*
 (Origen de la carne) → (Origen de los adornos)
 (materias de cocina) (antimateria de la cocina)

Los adornos provienen de las partes animales no comestibles, tales como cáscaras o plumas y de plantas, tales como guíras, algodón, bija, que no representan ningún papel en la alimentación. La cadena de transformaciones está efectivamente enlazada—los mitos *bororo*, *gé* y *tupi* forman bien, a pesar de su variedad, un «grupo cerrado». Se dirá que ese «sistema» tiene una «estructura».

Acaban de producirse por consiguiente tres ejemplos de técnicas de análisis estructural. La formalización, en los tres casos, es desigualmente impedida: los análisis realizados con la ayuda del «World Ethnographic Sample» no exceden en el mejor de los casos, la extracción de factores;⁽²⁹⁾ aquellos que se pueden practicar con la ayuda del escalograma pueden ser orientados más directamente hacia la construcción de modelos explicativos, pero sin que ninguna necesidad ligue el instrumento y la hipótesis teórica construida por medio de él; en cuanto a los dispositivos utilizados para el estudio de los mitos, siguen siendo, según el propio Lévi-Strauss, sólo métodos del tipo de la taquigrafía, cuya apariencia de rigor no debe inducir a error; y de hecho, el talento del analista, en esas materias, sale victorioso sobre el automatismo de los métodos. Otros diez ejemplos de este tipo pudieran ofrecerse, instrumentos a los que el analista recurre para elaborar las teorías explicativas, que han sido concebidos, contruidos y manipulados sin referencia al cuidado «estructuralista», tal como se ha puesto de moda.

El desarrollo de esos instrumentos, la función que ellos llenan en la práctica científica, la eficacia siempre mayor que se les descubre hoy, no dejan de manifestar que un proyecto común anima a una fracción de la comunidad de los investigadores: descubrir, para dar razón de

ciertas «variedades» de fenómenos, la sintaxis de las transformaciones que permite pasar de una variante a otra.⁽³⁰⁾

Si esto está bien así, es necesario por consiguiente llamar *Estructuralismo* al conjunto de ideas según las cuales cualquiera que trate de tornar inteligibles los fenómenos sociales debe emplear los instrumentos y las técnicas del análisis estructural. Y se llamará *análisis estructural* la aplicación a los fenómenos sociales de «transformaciones» tales como las relaciones de posición entre elementos de un sistema que permanecen invariantes mientras que los elementos son sometidos a variaciones.

Esas definiciones, por supuesto, son restrictivas: cuando la Universidad de Yale hace una selección de estudios franceses de inspiración estructuralista,⁽³¹⁾ no vacila en hacer traducir los escritos menos sofisticados de Lévi-Strauss, de Lacan, de Ehrmann o de Martinet, mostrando con ello lo que se espera de esos pensadores en la discusión internacional: ante todo, ideas. Pero si las «ideas estructuralistas» de esos autores llaman la atención, es porque es bien conocido y está bien establecido que no son sólo «ideas», sino conceptos operatorios, cuyo poder explicativo ha sido por otra parte efectivamente experimentado. La moda, en definitiva, ha divulgado la palabra, ya que las ideas tenían su atractivo. Pero las ideas no progresan, hoy, más que porque están ahí los instrumentos, cuyo empleo garantiza que sean fecundas para el investigador.

«Esprit», mayo de 1967.

NOTAS:

Acotaciones de: *El estructuralismo de la palabra, de la idea y de los instrumentos.*

- 1) J. POUILLON: «Presentación: un essai de définition», *Les Temps Modernes*, noviembre de 1966, p. 771.
- 2) E. B. TYLOR: «On a Method of Investigating the Development of Institutions», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 1889, 18, pp. 245-269. H. Spencer: *Descriptive Sociology*, London, 14, 1873-1933.
- 3) Cf. G. P. MURDOCK: *Social Structure*, New York, 1948. Murdock: «The Processing of Anthropological Materials», *Anthropology Today*. A. L. Kroeber, ed., Chicago, 1953, pp. 476-486. G. P. Murdock: *Outline of World Cultures*, New Haven, 1954.
- 4) Especialmente G. P. MURDOCK: *Social Structure*, op. cit. pp. 138 y ss.
- 5) Cf. *Symposium sur les moyens de recherche en anthropologie culturelle comparée*, Paris, UNESCO, 19-22 setiembre de 1966. Ver especialmente F. Izard: «Unités de comparaison et échantillonnage de cultures».
- 6) G. P. MURDOCK: «World Ethnographic Samples», *American Anthropologist*, vol. 59, 1957, pp. 664-687.
- 7) Hay que acordarse que este muestreo, formado con fines de comparación etnológica no es pertinente para el estudio comparativo de las sociedades industriales. Cf. J. Cuisenier: «De algunos problemas relativos a las comparaciones entre culturas y a la diversidad de orientaciones temáticas en etnología, en economía y en sociología», *Informations sur les Sciences Sociales*, vol. V, 1966, pp. 7-35.
- 8) G. C. HOMANS AND D. M. SCHNEIDER: *Marriage, Authority and Final Causes*, Glencoe, Illinois, 1955.
- 9) C. LÉVI-STRAUSS: *Les Structures élémentaires de la parenté*, Paris, PUF, 1949.

- 10) Cf. J. POUILLON. art. cit., p. 783.
- 11) L. GUTTMAN: «A basis for Saling Qualitative Data», *American Sociological Review*, 1944, No. 9, pp. 139-150.
- 12) R. CARNEIRO: «Scale Analysis as an Instrument for the Study of Cultural Evolution», *Southwestern Journal of Anthropology*, 1962, No. 18, pp. 149-169.
- 13) R. CARNEIRO, op. cit., p. 151.
- 14) R. CARNEIRO, op. cit., p. 152.
- 15) R. CARNEIRO, op. cit., p. 152.
- 16) Cf. en particular S. Stouffer and alii: «Measurement and Prediction», *Studies in Social Psychology in World War II*, vol. 4 Princeton, 1950, Princeton University Press.
- 17) En esta parte sigo el texto de Carneiro (op. cit.).
- 18) Cf. por ejemplo W. Goodenough: «Some Applications of Guttman Scale Analysis to Ethnography and Culture Theory», *Southwestern Journal of Anthropology*, 1963, vol. 19, pp. 235-250.
- 19) Nos referimos aquí al notable artículo de Ira Buchler: «Measuring the Development of Kinship Terminologies: Scalogram and Transformational Accounts of Crow-type Systems», *American Anthropologist*, 1964, No. 66.
- 20) C. OSGOOD: «Semantic Differential Techniques in the Comparative Study of Cultures», in *Transcultural Studies in Cognition*, edited by A. K. Romney and R. G. de Andrade, *American Anthropologist*, Special publication, 1964, vol. 66, No. 3, pp. 171-200.
- 21) C. LÉVI-STRAUSS: *Les Structures élémentaires de la Parenté*, Paris, PUF, 1949.
- 22) C. LÉVI-STRAUSS: *Le Cru et le Cuit*, Paris, Plon, 1964; *Du miel aux cendres*, Paris, Plon, 1966.
- 23) C. LÉVI-STRAUSS: «La Structure des Mythes», en *Anthropologie Structurale*, Paris, Plon, 1958, p. 233.
- 24) C. LÉVI-STRAUSS: *Du Miel aux Cendres*, op. cit., p. 14.
- 25) C. LÉVI-STRAUSS: *Le Cru et le Cuit*, op. cit., pp. 92-98.
- 26) C. LÉVI-STRAUSS: *Le Cru et le Cuit*, op. cit., p. 93.
- 27) C. LÉVI-STRAUSS: *Le Cru et le Cuit*, op. cit., pp. 100-101.
- 28) C. LÉVI-STRAUSS: *Du Miel aux Cendres*, op. cit., pp. 19-20. Analysis of the «World Ethnographic Samples», *American Anthropologist*, vol. 68, No. 3, junio de 1966, pp. 708-731.
- 29) J. SAWYER AND R. LEVINE: «Cultural Dimensions: A Factor Analysis of the World Ethnographic Samples», *American Anthropologist*, vol. 68, No. 3, junio de 1966, pp. 708-731.
- 30) Cf. para un análisis profundo del método seguido por Lévi-Strauss, el estudio de Jean Pouillon, «L'analyse des mythes». *El hombre*, vol. VI, enero-marzo de 1966, pp. 100-105.
- 31) *Yale French Studies: Structuralism*, W. L. Harkness Hall, Yale University, New Haven, Connecticut, 1966.

«Comaradas, la forma de las nuevas piezas es, realmente, nueva.» BRECHT

En las líneas que siguen nos proponemos acotar la problemática del teatro épico como un nuevo género.

Las implicaciones de una reflexión así no son en modo alguno desestimables, tanto más si se piensa que sólo un puñado de la legión de exégetas de Brecht se ha propuesto pensar radicalmente las implicaciones inexorables de su discurso teórico en el plano de la dramaturgia. Pero si esta es la reflexión que podríamos denominar *expresa*, hay una *táctica* que no vamos a desarrollar aunque es su presupuesto: la estética teatral de Brecht hace parte de una nueva estética realista; el pequeño *Organon* es un capítulo de un *Novum Organon*. Las dificultades de una interpretación correlacionada del teatro épico se habían visto obstruidas por nuestra ignorancia de las tesis estéticas de Brecht (teoría del arte como rama de la producción, nuevo realismo, discusión con Luckács y el Zdanovismo, teoría de la novela y la lírica, relaciones con la *Agitpropkunst*, el deporte, la novela policial, etc.). La publicación de sus escritos estéticos coloca la teoría teatral en una nueva perspectiva, entre otras razones porque su filosofía del arte no aparece derivada de dicha teoría teatral y esta última, por su parte, ha podido ser enriquecida a partir de una visión más amplia.

I. LA DISCUSION SOBRE EL GENERO

En su investigación sobre la tipología del teatro Volker Klotz da una serie de indicaciones sobre lo que denomina «drama abierto». A diferencia del «drama cerrado», aquel es polifónico, carece de una única acción. No existe en él, por ende,

acción principal, ni aquella tradicional economía de elementos en función de la fábula, ni la irremplazabilidad de las partes estrictamente articuladas en virtud de un fin.¹ Varios conductos complementarios (acciones en sí mismas) desembocan en el todo. Mientras la totalidad se encuentra idealmente propuesta —y por eso mismo es *anterior* a la pieza— en el drama cerrado, en el abierto dicha totalidad más bien es un *resultado*. En el caso de drama abierto se opera según el principio siguiente: al todo a través de los segmentos. El espacio del drama abierto es variado, posee diversidad de lugares, «su mundo es más grande y polieromo que el del drama cerrado».² El espacio no es un sitio «neutro», inculificado; bien al contrario, y ello se debe a que el objeto del drama abierto lo tenemos en el deambular de un héroe por un mundo caleidoscópico que puede considerarse como una colección de espacios heterogéneos, caracterizados, los cuales cumplen el papel de catalizadores de la acción y hasta cierto límite son acción ellos mismos.

Para Klotz el tiempo del drama abierto posee varios rasgos distintivos. En primer término, la especificidad de la acción en el drama cerrado exige un período cronológico corto y determinado (nos referimos al tiempo «ideal» de la fábula, no al tiempo empírico de la representación) a la inversa de lo que sucede en el drama abierto en donde es largo e indeterminado. El papel del tiempo en este tipo de teatro tiene extraordinaria importancia puesto que «llega a ser autónomo en los acontecimientos, obra como un usurpador poder de acción».³ Se emancipa del argumento y adquiere un enorme influjo sobre las *dramatis personae*. En un desenvolvimiento continuo, al modo clásico, se supedita el tiempo a la acción. En el drama abierto los cortes, montajes y cambios de espacio quiebran la acción continua y la eficacia de su decurso obligatorio; los paneles temporales van construyendo una totalidad *a posteriori*.

Los desbordamientos de tiempo y espacio sirven para destacar de modo excepcional lo que para Klotz es razonablemente, al menos en el gran drama abierto de la época moderna, lo más decisivo y característico; precisamente por su «apertura», está centrado en un personaje y sólo en uno, el cual carece inclusive de nexos constitutivos de tipo interper-

1 V. Klotz, *Geschlossene und offene Form im Drama*, Munich, 1960, p. 103.

2 V. Klotz, *op. cit.*, p. 125.

3 V. Klotz, *op. cit.*, p. 117.

sonal con figuras secundarias. En el teatro abierto hallamos a un Voyseck, un Danton, un Peer Gynt o un Baal como ejes de las piezas en las cuales el destino metafísico ya no es poder decisivo sobre los personajes: ahora nos tropezamos con la soledad de un héroe, enfrentado al amplio y complejo medio social y natural, por fuera del orden, sin relación unívoca con la trascendencia. Ligado a las cosas de un modo iritado o convulso, tendido horizontalmente sobre un universo poblado de objetos, no posee la posibilidad de la comunicación. No existe frente a él aquel personaje del teatro clásico que sirve de eco a sus congojas. Sin testigos, sin espejos, sin un eventual reconocimiento, el héroe del drama abierto no se encuentra ubicado en un ordenamiento social que le asigne su lugar en el mundo, aparece como un ser anormal aun cuando por su extracción social o por su conducta no rebase el plano de lo corriente. Es un genuino solitario. A veces ni siquiera halla una respuesta dentro de sí mismo, habita una zona crepuscular o visita el sector más oscuro de la conciencia. Sobre su comportamiento obran las fuerzas ciegas del inconciente, el vértigo de la ceguera, la ausencia de lucidez, la irreflexión, el límite, la locura.

En estas condiciones consideramos que resulta un tanto forzado introducir al teatro épico dentro de la órbita del «drama abierto» al modo de Klotz. El basa su interpretación también en la analogía que encuentra entre este héroe (aproxima mucho el Baal a la producción ulterior de Brecht, por ejemplo a *El alma buena de Sechuán*) y el del teatro épico.⁴ Y sin lugar a dudas dicha tentativa lo acerca a aquellos críticos que desean, a través de una definición «ampliada» del teatro, colocar a Brecht dentro de los géneros tradicionales, borrando así la especificidad de la meta, la significación y la estructura del teatro épico.

Dentro de los marxistas han aparecido desde hace ya tiempo dos actitudes básicas frente a Brecht resumidas por Roland Barthes:⁵ los dogmáticos que le asignan un arte formalista y quienes procuran situarlo dentro de una «promoción humanitaria» en compañía de Romain Rolland

⁴ V. Klotz, *Bertolt Brecht*, Buenos Aires, 1959, pp. 17 a 35 y 170. La caracterización que da Lefebvre del teatro épico camina por el sendero de una equiparación con el drama abierto. El drama clásico, según él, «trascendía la vida cotidiana», «la purificaba». En cambio, el estilo de Brecht se ubica «al nivel de las masas» (no solamente de masas de individuos, sino de masas de instantes o momentos de sucesos o actos). Cf. *Critique de la vie quotidienne*, París, 1959, Prefacio.

⁵ R. Barthes, *Essais critiques*, París, 1964, p. 85.

o Barbusse. Entre estos dos extremos encontramos las zonas intermedias o a aquellos quienes como Lukács, luego del rechazo, lo colocan en la tradición del gran teatro universal al lado de Shakespeare, Ibsen, Chéjov o Shaw.⁶ Hoy en día la figura de Brecht es tan sobresaliente que el normativismo de cualquier observancia quiere ganar solamente la batalla de la gran tradición.

El esfuerzo de Schumacher va en esta última dirección y se nutre de dos argumentos. Uno según el cual la teoría brechtiana del teatro épico —en aquellas que considera sus formulaciones más adecuadas— fue anticipada por las tesis de Goethe y Schiller en su correspondencia y en algunas de sus piezas. «Ellos destrozan el drama clásico, en especial la tragedia, y representan también el drama analítico cada vez con más elementos épicos.» Y segundo: el carácter épico del teatro había aparecido ya en Shakespeare.

Este tipo de enfoque confunde, y ahí reside su falta de corrección, un drama con elementos épicos o un drama abierto con el teatro épico como un género rigurosamente distinto a cualquier otro. La citada tesis deja traslucir un pensamiento por analogía: lo que predomina en su catalogación es una coincidencia en los elementos, los rasgos en común. Se olvida precisamente que la más amplia semejanza no sirve para establecer una visión científica, y se queda al nivel del empirismo. Lo decisivo es el modo como en cada uno de los modelos teatrales funcionan las coincidencias o los rasgos en común y tal funcionamiento nos llevará a la conclusión de que dentro de dichos «modelos» se establecen diferencias radicales de significación de los elementos aun cuando aparentemente sean la misma cosa debido a la configuración estructural. Finalmente Schumacher no esconde su debilidad por la *Summa* de la estética normativa y de ahí que recurra a Hegel para fundamentar su tesis acerca de la presencia de elementos épicos en la dramaturgia shakespeareana. («Lo viviente se representa para Hegel como lo individual en interacción con lo que posee características de procesos».)⁷

Las variedades de esta línea exegética son múltiples en referencia a la interpretación de las fórmulas del teatro épico y, lo que es apenas una lógica consecuencia de sus postulados, buscan involucrarlo dentro de

⁶ G. Lukács, *Bertolt Brecht supo provocar crisis saludables*, revista *Mito*, No. 21, Bogotá, 1958, p. 176.

⁷ E. Schumacher, *Die dramatischen Versuche Bertolt Brechts/1918-1933*, Berlín, 1955, p. 165.

categorías muy amplias que lo asimilen a fenómenos teatrales con los que evidentemente se toca en uno u otro aspecto, pero con los que mantiene una natural relación de género a género.

Eric Bentley considera que, aun cuando Brecht «retorna a las viejas tradiciones» saltando por encima del drama moderno, puede calificarse perfectamente su visión como completamente «no-trágica».⁸ Brecht no es Shakespeare (como afirma Schumacher), no existe entre el joven Brecht y Brecht una identidad de estilo (según tesis de Klotz) aunque existían afinadas estilísticas, ni regresa a lo trágico (tal cual sostiene Grim; Paul Rilla inclusive se tropieza con la *Verfremdung* en Schiller); para Bentley la teoría del teatro de Brecht es un teatro que se asemeja, al mismo tiempo, a Aristófanes y a la *Comedia dell'arte* y como ella pertenece a la modalidad del «realismo narrativo».

Paolo Chiarini por su parte, en una indiscutiblemente audaz interpretación de Lessing, nos conduce a una teoría de los géneros cuya elasticidad desemboca en la ambigüedad. Si bien es cierto que el planteo sobre la significación de lo «épico» es acertado, puesto que afirma que este vocablo no ha tenido una significación unívoca a través de los tiempos, sin embargo le sirve para lesionar sustancialmente la teoría materialista de los géneros. Chiarini cree que los géneros no deben pretender seguir siendo los «envases» naturales de una determinada materia; ellos «se encuentran condicionados solamente por la actitud interior del artista».⁹ Los géneros discurren a lo largo de la historia y van asumiendo de acuerdo con «una cierta elección del escritor» una u otra modalidad: son refractados por la situación concreta. Ellos por consiguiente desaparecen como estructuras categoriales y se tornan «instrumentos» de expresión de la actividad artística, naturalmente orientados al envío de un «mensaje humano». Brecht, por eso, no debe clasificarse dentro de una forma abierta o cerrada de teatro,¹⁰ y que su *Versuch* se encamina más bien a *humanizar* esa idea instrumental de la creación estética propia de *l'art pour l'art*. La poética del realismo se emparenta con la vanguardia en cuanto que aquella formula la primacía del sujeto creador exaltando una praxis artística entendida naturalmente de modo subjetivista. Con lo cual se destruye la tesis

⁸ E. Bentley, *Die Theaterkunst Brechts*, revista *Sinn und Form/Zweites Sonder heft Bertolt Brecht*, Berlín, 1957, p. 174.

⁹ P. Chiarini, *Lessing und Brecht*, loc. cit., p. 188.

¹⁰ P. Chiarini, loc. cit., pp. 192 y ss.

de que el gran lenguaje del arte se teje con una serie de discursos diferenciados.

Reinhold Grimm sostiene que *La decisión (Die Massnahme)*, por ejemplo, es «una auténtica tragedia» en el sentido en el cual se valió el clasicismo alemán de este concepto: lo trágico como «oposición inconciliable» según expresión de Schiller. ¿Es de extrañar que ciertos intérpretes arriben a conclusiones opuestas a las que le valieron a Brecht ya a fines de los años veinte y en la época del treinta los reproches de abuso de las normas y de ruptura de los géneros y que deseen no sólo meterla dentro del teatro abierto (Klotz, Schumacher, Willé, etc.) sino incluso dentro de la misma tragedia clásica?¹¹

Las relaciones de Brecht con la tradición se formulan a veces de modo convencional. Al analizar el estilo escénico épico muchos intérpretes lo desligan completamente de la vanguardia (nada dicen tampoco de la línea plebeya) y sostienen que «Brecht más bien se conecta con tradiciones que son tan antiguas como las formas artísticas en sí mismas». En realidad, se afirma, Brecht no ha ido más allá de lo que dijo Schiller, por ejemplo, sobre el drama y el «elemento épico formalmente significa hoy para él lo que ha significado para todo gran dramaturgo: un principio rítmico». *Madre Coraje* «no contiene más elementos que una historia de Shakespeare». Rilla efectúa una operación de «apertura» con Schiller y aunque lo liga, al igual que Grimm, con Brecht, lo hace empero no a través de la noción de tragedia sino valiéndose de Shakespeare.¹²

En sus *complementos al pequeño Organon*¹³ Brecht vuelve a insistir en la idea de que la posición dominante del héroe debe ser eliminada del teatro épico. Recordemos que el teatro «aristotélico» se define ante todo por la identificación con un *centro*: el héroe es la referencia insoslayable del teatro griego, del teatro clásico y naturalmente de variantes del capitalismo desarrollado. El drama abierto, por lo tanto, es incluido por Brecht dentro de la dramaturgia aristotélica. (Si el héroe posee o no un confidente es algo irrelevante en esta respectiva.) Dice así: «la *fábula* corresponde no simplemente al curso de la vida

¹¹ R. Grimm, *Zwischen Tragik und Ideologie*, revista *Theater unserer Zeit*, t. I., Basilea/Stuttgart, pp. 434, 440.

¹² P. Rilla, *Episch oder dramatisch?* en *Essays*, Berlín, 1950.

¹³ VII, 59.

común de los hombres como podría desarrollarse en la realidad, sino consiste en procesos dispuestos organizadamente en los cuales se expresan las ideas del autor sobre la convivencia humana. Así pues, los personajes no son meras copias de gente viviente sino seres armados y rehechos de acuerdo con ideas. En el teatro épico no tiene sentido plantearse la problemática del individuo. El individuo es ante todo una *resultante*, esté aislado o no. Es únicamente su articulación dentro de un modelo (verosímil) de sistema de convivencia humana, lo que le suministra una significación, su realidad. En otro sitio afirma que el teatro épico no es el lugar donde «debe aparecer lo "humano eterno", lo que presumiblemente todos los hombres hacen en todos los tiempos, sino lo que en el nuestro, a diferencia de otros, hacen hombres de determinadas capas sociales por distinción a los de otras capas».¹⁴ El héroe solitario, el antihéroe *outsider*, no tiene asiento dentro del teatro épico, como tampoco la pareja del héroe y su confidente propia del «drama cerrado». Y ello debido al *descentramiento* básico peculiar del teatro épico.

En el Pequeño *Organon* Brecht acepta en principio la idea de Aristóteles de que la fábula es «como el alma de la tragedia».¹⁵ Empero, en Aristóteles la fábula está completamente ligada a la acción y la acción a su turno a una tal distribución de elementos que configura ella uno de los criterios básicos del drama cerrado y sólo por analogía puede equiparársela a la del teatro épico. «La tragedia es imitación de una acción y es ante todo en función de la acción que ella imita a los hombres que actúan.» La acción de los héroes es el sustentáculo de ese estilo de dramaturgia, mientras que para Brecht la acción se inscribe dentro de una estructura. En los *Complementos* Brecht procura aclarar su inicial y vaga caracterización del papel de la fábula, según la cual ella es sólo lo que ocurre *entre* los hombres, y añade por eso que no es una mera copia de este «entre los hombres» ya que refleja «procesos dispuestos organizadamente».¹⁶ Es evidente entonces que Brecht llama fábula no a una historia o a un relato, que su idea de lo que modernamente debe llamarse fábula se funda en la tesis de ella como una imagen de la convivencia humana, «modelo» que no se encuentre estor-

¹⁴ IV, 92.

¹⁵ Aristóteles, *Poética*, Madrid, 1963, p. 41, Brecht, VII, 49.

¹⁶ VII, 61.

bado al modo del drama cerrado por el de curso inflexible de una trama; estructura *articulada* que difiere de la historia «fílmica» del drama abierto.

La teoría del *tiempo*, por su parte, diferencia netamente al teatro épico del drama abierto. Como lo anota Althusser,¹⁷ la peculiar configuración temporal del teatro épico, que él denomina «materialista», es una pluralidad de «formas de temporalidad que no logran integrarse una con la otra». (Indiquemos que Althusser habla de la *no integración* entre ellas, lo cual no impide su *articulación* dentro de una «estructura específicamente latente» que posee su propia «dinámica»). Las obras épicas están «marcadas por una disociación interna, por una alteridad sin resolución», ya que los niveles de temporalidad «coexisten, se cruzan, pero no se encuentran jamás». Como la pieza de este tipo carece de centro, el tiempo está sometido al conjunto, y el conjunto son tensiones, relaciones que se «cruzan» y que por carecer de un núcleo unificador no llegarán nunca a reunirse. «Esta estructura disimétrica, descentrada se puede tener por esencial a toda tentativa de teatro materialista.»

En contraposición, el teatro abierto posee un centro, pese a la diversidad de la «cualidad temporal» de cada una de las partes de la obra. Ese centro no es cosa diferente a un núcleo único de referencia, o sea, el héroe solitario. El tiempo no se halla acá referido a una estructura específica latente y, además, dinámica, en razón de que las partes son cerradas en sí mismas e integralmente dependientes del personaje.

Si bien es cierto que en el drama abierto los segmentos temporales suplantán a la acción, ello se debe a que realmente son emanaciones del sujeto y por eso el «flujo del tiempo es superado (...) por un presente sin movimiento y sin desarrollo».¹⁸ En el teatro épico, en cambio, hay *flujos* de tiempos diferentes articulados en la estructura latente y puede haberlos precisamente en razón de la ausencia de una referencia básica. El tiempo en el drama abierto desemboca en el estatismo, el gesto que se dibuja con el desplazamiento de la acción no es sino un rictus que brota del tremendo esfuerzo del héroe solitario; al revés, el tiempo del teatro épico es activo, pero no sucesivo, lo integran los cruces de un tejido que nunca aparece por sí mismo aunque él es objeto de la pieza. Este remolino que absorbe y hasta cierto punto consume las

¹⁷ L. Althusser, *Pour Marx*, París, 1965, p. 143.

¹⁸ V. Klotz, *Geschlossene*, etc., pp. 119, 121.

dimensiones temporales en el drama abierto, que hace del fluido de instantes un mosaico calcinado y casi muerto, comprueba que esta clase de teatro es ante todo mera exposición o narración, sin los entrelazamientos y las articulaciones *constitutivos* de la referida estructura latente propia del teatro épico. Brecht permite tanto la multiplicidad de flujos (generalmente dos direcciones a lo largo de la pieza), como la posibilidad de que «la segmentación de la continuidad del tiempo dramático» amplíe el radio de la vieja fábula lineal al incluir el presente, el pasado y el futuro.¹⁹

El tiempo del drama abierto es, pues, como tiempo real; completamente aparente, un discurrir, un dejar pasar los hechos, una ausencia de dinámica propia en razón misma de su dependencia fundamental; si tomamos las palabra «épico» en su sentido semántico propio, el drama abierto sería entonces el genuinamente épico, pura narración, relato, devenir. El teatro épico de Brecht, constituido por la articulación de corrientes temporales (generalmente dos de calidad distinta), es precisamente la posibilidad de la exposición de una estructura temporal dinámica en su especificidad, al contrario de la dinámica temporal del teatro clásico cuyo curso inexorable está determinado por un futuro ya definido, que comienza a dibujarse desde el inicio mismo de la obra.

Podemos avanzar aun otra diferenciación en lo referente a la cuestión del tiempo. En el teatro épico las formas de temporalidad no se encuentran jamás en una síntesis (dialéctica hegeliana o de otra clase), no desembocan, o mejor dicho, no cobran su sentido en virtud de un lugar privilegiado. Los tiempos del teatro abierto son algo así como un carrusel de visiones en cuyo eje tenemos un drama personal. En el teatro épico hay superposición, coexistencia, cruce de tiempos: jamás reunión o encuentro. El teatro épico mantiene una cohesión de niveles o dimensiones debido a una articulación que guarda eficazmente la autonomía de ellos; como dice Althusser, sus obras están marcadas «por una disociación interna, por una alteridad sin resolución». En el teatro épico cada fase del proceso tiene su autonomía y su peculiaridad, el «alma de la pieza» no le hace perder su riqueza temporal, su entrelazamiento múltiple.

¹⁹ A. Wirth, *Ueber die stereometrische Struktur der Brechtschen Stücke, Sinn und Form, loc. cit.*, p. 377.

Derivamos entonces a la *aparente* paradoja de que una concepción materialista del tiempo, en la cual, a diferencia de cualquier modalidad del drama aristotélico, las articulaciones temporales variables y múltiples permiten un desarrollo más «libre» de la actividad de los hombres singulares; no hallamos nada que se parezcan ni a la compulsividad característica de la gran tragedia, ni a la pseudomultitemporalidad del drama abierto que hace, por su parte, del héroe un ser inerte, irresoluto, paralizado. Brecht, precisamente por todo lo anterior, podría afirmar la capacidad transformadora de los hombres enfrente a la literatura de un humanismo ideológico que deriva en la pasividad o en la aceptación del destino. Un teatro como «guía para la acción».

Recordemos las palabras de Walter Benjamín sobre el teatro épico²⁰ que sintetizan los cambios radicales introducidos por Brecht en los diversos aspectos de la dramaturgia: «La relación funcional entre escena y público, texto y montaje, director teatral y actores permanecía casi invariable (en el teatro político). Del intento de transformar todo esto radicalmente parte el teatro épico».²¹

La poética brechtiana va ya mucho más lejos que una radicalización o «politización»; rebasa la problemática de un teatro político «comprometido», social, de denuncia, etc. Pero examinemos de un modo más detenido este asunto a través del examen de aquellas tendencias teatrales izquierdistas o revolucionarias —denominadas también «épicas en ocasiones» con las cuales se ha pretendido identificar a Brecht.

²⁰ Es cierto que hacia el final de sus días Brecht hallaba que la denominación de teatro épico era demasiado formal (por ejemplo en *Die Dialektik auf dem Theater*, VII, 223) y utilizó más bien la idea de aplicar la dialéctica materialista a los problemas teatrales. Brecht en verdad lo que sentía era desazón ante ciertas interpretaciones que buscaron hacer de sus teorías meras construcciones formalistas cuando uno de los planteamientos básicos de su pensamiento estético fue el de la imposibilidad de separar la forma del contenido. Se puede afirmar que Brecht, entonces, consideraba inaceptable la citada denominación cuando ella servía como recurso para que se le adjudicara intenciones que no poseía. Fue esta tesis la que le expresó a Ernst Schumacher. (E. Schumacher, *Er wird bleiben*, en *Erinnerungen an Brecht*, Leipzig, 1966, p. 339.) La denominación teatro dialéctico tiene el inconveniente de ser muy imprecisa ya que, de acuerdo con la concepción que se tenga de dialéctica, incluye formas de teatro alejadas de la de Brecht (como el teatro cerrado en donde hallamos una dialéctica, en el reconocimiento o síntesis final; además el ordenamiento de la pieza en presentación-exposición-desenlace formula su propia dialéctica). Igual objeción cabría hacerle a la denominación teatro abierto. La categoría estético-formal de teatro épico posee su correlación real muy precisa.

²¹ W. Benjamín, *Versuche über Brecht*, Frankfurt sobre el Meno, 1966, p. 8.

II. TEATRO POLITICO Y TEATRO EPICO

El crítico Ernst Schumacher indica, con razón, que no se puede comprender la teoría del teatro épico sin antes comprender la esencia del movimiento de la «Nueva Objetividad (*die Neue Sachlichkeit*), considerado por él mismo como la «principal corriente literaria de los años veinte» en Alemania. Igualmente con razón, el citado teatrólogo considera que no debe separarse, puesto que pertenecen al mismo tipo de movimiento y poseen análogas inquietudes, la «Nueva Objetividad» del *Teatro político* de Erwin Piscator.²² Empero, el papel de las influencias aliterarias tan ligado a estas tendencias es subestimado en el análisis que hace Schumacher de las tesis brechtianas sobre el teatro épico.

La estética de la «Nueva Objetividad» se caracteriza, en primer término, por la introducción dentro de la temática artística de asuntos como el de la técnica moderna (autos, aviones, aparatos eléctricos, cine, etc.), las instituciones y la moral capitalista, la educación de la juventud o los problemas de las clases trabajadoras. Autores de diversas aptitudes, matices y concepciones estaban unidos por una común voluntad: la de llevar la vida moderna al campo de la literatura, y postulaban un arte «prosaico», exteriorizado, duro, seco, sin sentimientos, «objetivo». Hombres como Lion Feuchtwanger, Bruno Frank, Leonhard Frank, Georg Kaiser, Carl Sternheim, Walter Hasenclever, Peter Martin Lampel, Friedrich Wolf, Günter Weisenborn, Franz Jung, Carl Zuckmayer, Fred A. Angermeyer, Leo Lania, Otto Rombach, Eleonore Kalkowska, Erich Mühsan o Bernhard Blume, con mayor o menor nivel artístico, afrontan tanto el cambio de los temas o la incorporación a la obra de arte de temas de la calle, del trabajo, «sin aroma espiritual», así como la elaboración de un lenguaje literario adecuado a su expresión.

A este tipo de inquietudes fue siempre Brecht muy sensible y no es de extrañar que hallemos tesis similares a lo largo de su obra teórica. En sus *Escritos sobre teatro* le asigna asuntos análogos a su teatro —temas que aparecen con otros, como el de la política o el de la bondad y la moral burguesa, en forma reiterada en sus piezas y poemas. «El petróleo, la inflación, la guerra, las luchas sociales, la familia, la religión, el trigo, el comercio de carne, serían objetos de representación tea-

²² E. Schumacher, *op. cit.*, p. 125.

tral.»²³ Lo indica Schumacher: los Estados Unidos de América fueron para esta corriente literaria la encarnación misma de la técnica y la manifestación más genuina y drástica de la modernidad.²⁴ En 1953 afirmaba Brecht la necesidad de que el artista abandonara el país de lo «bello» y que, con actitud de creador realista, enfrentara al mundo tal como es. «El artista realista no evita la odiosidad. No separa un hombre odioso, un ambiente odioso, un proceso odioso.»²⁵ Anteriormente, como motivo de los 50 años de Lion Feuchtwanger, afirmaba: «Querido Feuchtwanger..., ¿por qué no aceptamos tranquilamente la expresión “literatura de asfalto”? ¿Qué está en contra del asfalto fuera de esa insanidad que ningún “salud” puede ayudar?» Uno de los rasgos de la «Nueva Objetividad»²⁶ y sus afines no alemanes era el de estructurar el teatro o la novela de modo muy abierto, tipo reportaje periodístico.²⁷

Bajo la «Nueva Objetividad» subyace una serie de modernas manifestaciones del pensamiento como el behaviorismo y el psicoanálisis, los cuales ayudaban a sus adherentes literarios a apartarse de las especulaciones parapsicológicas y metafísicas del expresionismo, del arte de caracteres con su buena dosis de introspección, del predominio de lo espiritual en la obra de arte. Esta corriente consideraba al hombre como un manojo de reacciones frente al medio ambiente, sin interioridad, sin alma. Brecht acepta parcialmente este punto de vista. Según él, la moderna ciencia psicológica y social pueden ayudar al artista a ofrecer pinturas realistas del mundo. Por ejemplo, en lo referente a la presentación de la «psicología» de los personajes se muestra en desacuerdo con los enfoques «introspeccionistas»: el artista se escruta por dentro y sale la imagen del político o el criminal.²⁸ «Aceptemos el representar grandes pasiones o procesos, los cuales influyen en los destinos de los pueblos. Hoy se tiene por una de esas pasiones el afán de poderío. Si se considera que un poeta siente esta pasión y que desea mostrar el ansia de poder de los hombres, ¿cómo podría, sin embargo, sacar a la luz el complicado mecanismo dentro del cual se lucha hoy

²³ *Vergnügungstheater oder Lehrtheater?* en *Schriften zum Theater*, Frankfurt sobre el Meno, 1957, p. 63.

²⁴ E. Schumacher, *op. cit.*, p. 141.

²⁵ 2, 384.

²⁶ 2, 205.

²⁷ 2, 232 y ss.

²⁸ *Schriften*, etc., p. 69.

por el poder? Si su héroe es un político, ¿cómo es la política? Si es un hombre de negocios, ¿cómo son los negocios? (...) ¿Cómo deben acopiar (*los artistas - F.P.*) los conocimientos necesarios?»²⁹ Brecht añade que la simple observación o la más «rica» experiencia de la vida no bastan. Debe apelarse a la ciencia. «La moderna psicología, del psicoanálisis al behaviorismo, me suministra conocimientos que me ayudan» a reflejar la realidad; lo mismo que la sociología, la economía y la historia. Pero Brecht no aceptó el esquematismo de algunos veristas y «objetivistas». No aceptó la tesis de que el hombre es un *resultado* del medio ambiente, o una relación inmutable entre lo exterior y lo interior. El condicionamiento material lo consideró dialéctico estructural. Con sus palabras: «Los factores determinantes de las actitudes humanas toman su lugar dentro de los procesos.»³⁰ Y ahora sí comprendemos mejor por qué quería ubicar en la línea realista de la «literatura de asfalto» un cierto acento artístico que halla no sólo en obras del siglo XX, sino en autores como Swift, Voltaire, Lessing o Goethe. No merecen este epíteto ni los seudorealismos del ilusionismo y la sugestión, ni los ultrarrealismos que desembocan en una objetividad sin objeto, aun cuando hay que aprender de todos —sobre todo en el plano de las «técnicas».

En resumen: para Brecht la «Nueva Objetividad» enseña realismo, deseo de meterse en los temas de la vida moderna, irrespecto a los viejos cánones, desmitologización de la obra de arte e insinúa una nueva imagen del hombre. Pero las ideas de Brecht la rebasan, son más exactas. Respecto del hombre dice que «debe concebirse como el conjunto de todas las relaciones sociales (...). El hombre, comprendido el hombre de carne y hueso, solo es comprensible por los procesos de los cuales haga parte y por los cuales es él lo que es.»³¹ Estos textos nos dejan ver la exageración de algunos intérpretes de Brecht que, llevados por una concepción hegeliana de la historia y por una filosofía del sujeto, consideran que el enfoque brechtiano es mecanicista o unilateral: es, simplemente, un enfoque «estructuralista», en donde el hombre es conjunto de relaciones sociales y para el cual los procesos sociales carecen de un centro de iniciativas (el sujeto clásico del humanismo

²⁹ *Schriften*, etc., p. 68.

³⁰ *Schriften*, etc., p. 63.

³¹ *Versuche*/8-10, Berlín, 1931, p. 248.

burgués) precisamente porque son *sociales*. Su concepción es simplemente *otra* concepción, incompatible además con una lectura antropológica o «humanista» de la obra de Marx.

No vamos a hacer un recuento de las vicisitudes de la labor de Erwin Piscator, entre otras razones porque él mismo lo hace admirablemente en su *Teatro político*.

Reduzcámonos a una sucinta exposición de sus concepciones escénicas a fin de localizar otro de los arroyos que confluyen en el río brechtiano. El teatro de Piscator aparece dentro de un movimiento general de «arte directo» (literatura, cine, etc.), y se emparenta con el teatro de agitación y propaganda de los años veinte. «Desterramos —dice Piscator— la palabra «arte» de nuestro programa, nuestras piezas fueron proclamas con las cuales queríamos intervenir en los acontecimientos de actualidad, hacer política.»³² Pero mientras en la *Agitpropkunst* esta voluntad de acción política era el resultado de una actividad de propaganda para la que el arte apenas poseía el papel del *complemento*, en Piscator la cuestión se invierte porque su objetivo era volver el arte hasta tal punto política que concluía en su anulación. Piscator se propuso un antiarte como posición *artística* ante los excesos formalistas o esteticistas de su tiempo. Se propuso un arte solamente político-social ante los desbordamientos subjetivistas y metafísicos de sus contemporáneos. «Supeditamiento de cualquier mira artística a la meta revolucionaria: consciente acentuación y propagación de la doctrina de la lucha de clases.» Su intención era desterrar del teatro toda tradición simbolista, expresionista, toda posición que él denominaba «anarquista-individualista». El teatro de Piscator aparece con tres elementos característicos: es «teatro proletario»; es «teatro didáctico»; es «teatro propagandístico». Como parece apenas obvio, de acuerdo con lo dicho, su meta educativa iba orientada únicamente en el sentido de plantear aquellos temas y aquellas soluciones más apremiantes para la clase obrera dentro de un contexto

³² Piscator oscilaba entre la negación del arte en general y el «establecimiento de una nueva idea del arte». (*Teatro político*, Buenos Aires, 1957, p. 43.) El periódico comunista *Rote Fahne* sostuvo: «El arte es una cosa demasiado sagrada para que pueda ser dedicado a la confección de propaganda.» (Berlín, 17/X/1920.) Que el arte n o sea propaganda pase; pero que sea «sagrado» es mucho más discutible. Y esto último fue lo que Brecht discutió siempre con los tradicionalistas y los zdanovistas *avant la lettre*.

de exaltación agitacional que la motivara a tomar decisiones en el marco de la lucha de clases. Piscator no desea tanto *exponer* un problema como darlo al mismo tiempo con su *solución*; más exactamente: con su orden y su indicación de combate. La «politización de las masas», que acarrea una simplificación deliberada, conduce a los bordes del irrealismo por una puerta que se abre atrás inesperadamente.

Este teatro, por fuerza de su índole, se ve obligado a romper con las estructuras dramáticas. El teatro debe dar informaciones, instrucciones, aclaraciones, conocimientos, datos útiles: su entrelazamiento es no sólo muy «abierto» sino perfectamente libre, dócil a sus objetivos primordiales. Esto vincula a Piscator a las inquietudes por un teatro épico, lo emparenta a la idea expresada por Brecht de que «el teatro debe relatar»,³³ a los esfuerzos de otros artistas para los cuales los acontecimientos aparecen a modo de estaciones, episodios, relatos ligados, cortes, montajes, etc., y en donde una nueva perspectiva de la realidad reemplaza al espacio como coexistencia de puntos y al tiempo como sucesión de instantes, o sea, la experiencia *dada*.

Para Piscator esta introducción de lo épico en el teatro no obedece a un capricho formalista. Es la realidad nueva la que lleva a buscar nuevos lenguajes. Dejémoslo que se exprese *in extenso*. «El expresionismo tuteaba a todos los hombres sin conocerlos y se orientaba poco a poco hacia lo fantástico e irreal. Se me ha calificado, sin cesar, de expresionista y es un absoluto contrasentido, pues yo tomaba el relevo del expresionismo en el punto donde él dejaba de actuar. Las experiencias de la primera guerra mundial me habían enseñado con qué realidad y qué realidad debía contar: opresiones políticas, económicas,

³³ *Schriften*, etc., p. 63. En verdad Piscator reitera algunas de las tesis del «teatro abierto» bajo la denominación de «teatro épico». El teatro épico no es una mera variante del teatro abierto sino es un género *diferente*. Piscator alude a un «drama épico tal y como hoy lo concebimos, a base de los trabajos y experiencias de Dóblin, Joyce, Dos Passos» (p. 56); algo así como una crónica de actualidad sin unidades de tiempo, espacio o acción, sin personajes característicos, con un solo héroe: el colectivo. En un texto de 1965 Piscator continúa aún definiendo al teatro «épico» como «dramatización de temas épicos» al modo de Shakespeare e igualmente indicando que esta forma teatral quebraba la separación aristotélica de los géneros. (Cf. *Le théâtre, profession de foi*, revista *Partisans*, No. 23, París, 1965, p. 50.) En su *Teatro político*, apunta a una tesis importante: la división aristotélica de los géneros lo mismo que el teatro ilusionista de tipo «cerrado» (clásico y burgués) no son simples afirmaciones estéticas; se encuentran orgánicamente ligados a la ideología burguesa. La afirmación está llena de buenos frutos, sobre todo si atemperamos la polaridad implícita de teatro abierto-teatro cerrado.

sociales; luchas políticas, económicas, sociales. Veía en el teatro el lugar adecuado en donde estas realidades podían ser colocadas bajo la lámpara. En aquel tiempo (1920-1930) sólo había un pequeño número de autores: Toller, Brecht, Nehring y algunos otros que se esforzaban en descubrir estas realidades nuevas en sus obras. Sus esfuerzos no eran siempre logrados. Lo que faltaba a las obras yo tenía que añadirlo de mi cosecha.»³⁴

Para lograr estos efectos «épicos» se valía no sólo de libretos especiales sino, sobre la escena, de una serie de recursos (proyecciones, cintas magnetofónicas, escenarios giratorios, pancartas, etc.) aprovechando los medios técnicos más avanzados. Pero la simple introducción de los nuevos medios no basta para definir la tendencia piscatoriana, puesto que, como él mismo lo recabó, lo decisivo es la finalidad de su trabajo. Así por ejemplo, distingue entre el «filme pedagógico» que ilustra al espectador, el «filme dramático» que es un reemplazo de la escena y el «filme de comentario» que sustituye el coro antiguo. «Yo procuré hacer visible en el teatro la amplitud y la complicación, la totalidad de nuestros problemas fundamentales, que son siempre objeto de conflicto y ocasiones de guerras. Medios como las proyecciones, los filmes, las cintas magnetofónicas, los comentarios, habían sido calificados por mí como épicos antes de que Brecht formulase su concepción de lo épico. Estos elementos inyectaban al espectáculo materiales científicos, documentales: analizaban, aclaraban.»³⁵ La idea de Piscator se completa con la tesis de la «decoración dinámica», según la cual esta no es un mero *Hintergrund* ya que hace parte de un «*wilkllichen Bühnenaufbau*» («construcción escénica real»). Al perder la decoración su autonomía se torna en elemento funcional, pero por eso mismo es algo mucho más importante que antes, se la revaloriza.

La actitud del espectador debe cambiar completamente. Si la escena no tolera un teatro «interior» o actuaciones psicológicas (Piscator rechaza la interiorización de los personajes al modo del naturalismo de Stanislavski) el comportamiento de la platea varía radicalmente a su vez. Tanto Brecht³⁶ como Piscator rechazan la tesis naturalista-realista del «cuarto muro».

³⁴ R. Salvat, *Reportaje a Piscator*, revista *Primer Acto*, No. 64, Madrid, p. 16.

³⁵ R. Salvat, op. cit.

³⁶ *Schriften*, etc., p. 63.

Algunas de las tesis de Piscator ya habían sido planteadas en ese gran período de agitación cultural subsiguiente a la revolución rusa.³⁷

No sólo Kerchensev formula puntos de vista generales coincidentes con los de Piscator sobre la tradición, en el sentido de una oposición completa y de la inauguración absoluta de un nuevo arte teatral («Anunciamos no la continuidad entre el teatro burgués y el proletariado sino el corte total y sin condiciones con el teatro actualmente existente») o del carácter político y agitación de las obras y los montajes, sino en lo referente a la actitud del público. Kerchensev habla de una «fusión entre la platea y la escena»³⁸ siguiendo en parte el modelo del circo y procurando involucrar al público en la acción escénica. Piscator —como Kerchensev— aspira a hostigar la actitud contemplativa del teatro burgués y a no facilitar en manera alguna la aceptación de su argumentación y de sus valores morales y sociales.

El teatro de Piscator carece de bambalinas, de ilusiones, de *Postkarten-Schweiz*, de simbolismos: su famosa escalera, ruda y nuda, es la mejor ilustración de su doctrina. Empero (a diferencia de Brecht) no hay por parte de Piscator la tentativa de permitir al público una actitud *reflexiva*, es decir, de dejarlo libre en sus decisiones y darle únicamente aquellos instrumentos susceptibles de guiarlo hacia las opciones de modo crítico y racional. El teatro de Piscator está tan distante de los «efectos de alejamiento» de tipo brechtiano como el propio teatro tradicional burgués. Piscator busca no convencer al espectador sino conmoverlo; no poner en juego su capacidad racional sino su pasión revolucionaria; no sacarlo de la acción durante el tiempo de la representación sino hacer de ella un hecho político, igual a la vida. Si para Brecht desaparece el cuarto muro, pero sólo este muro, Piscator hace desaparecer todos los cuatro a un mismo tiempo en su esfuerzo incesante de propaganda y educación. En las obras de Piscator, montadas en salas y locales de reunión de sindicatos y agrupaciones obreras, los asistentes estaban siempre alerta intercambiando opiniones en forma muy viva sobre lo que sucedía, en actitud tensa, en plena comunidad hasta el punto que las madres a veces llevaban a sus criaturas.³⁹

³⁷ Cf. las ideas del hombre de teatro teórico del *Teatro socialista*, P. M. Kerchensev (*Das schöpferische Theater*, Hamburgo, 1922).

³⁸ P. M. Kerchensev, *loc. cit.*, p. 99.

³⁹ Cf. J. Rühle, *Das gefesselte Theater*, Colonia Berlín, 1957, p. 163 y ss.

La lucha contra los trucos hipnóticos y contra la identificación con los héroes lleva a Piscator y a Brecht a dos conclusiones distintas: para el primero el buen camino consiste en acercarse, hasta la unidad, el escenario a la platea; para Brecht consiste en alejarlo a fin de alcanzar la finalidad de exponer problemas de manera a la vez crítica y veraz. Para Piscator la identificación debe volverse fusión; para Brecht es apenas un elemento, inclusive secundario.

Otra de las tesis básicas de Piscator es la de que al nuevo teatro corresponde un nuevo héroe: en vez del individuo (del que brotaron las «tragedias del destino personal» (*Schicksalstragödie*), de la Edad Moderna) el héroe cotidiano, el héroe decisivo, el proletariado, la masa, la colectividad. En cierto modo los personajes deben desaparecer (un ejemplo fílmico de estas tesis lo tenemos en las «películas de masas» de Eisenstein) o aparecer únicamente en función no de un «héroe anónimo» sino de ese «héroe sin nombre» que hace la historia. En Brecht el teatro tiene como objeto el «conjunto de las relaciones sociales» y los personajes son un elemento funcional, aspectos del todo. El buen *Leviatán* de Piscator, por el contrario, lucha contra la multiplicidad de los personajes y busca el realce de uno solo hecho de muchos: «A pesar de que Brecht y yo íbamos hermanos, teníamos una manera diferente de aprehender la totalidad. Brecht enseña los detalles significativos de la vida social, yo intento mostrar más bien el conjunto político en su totalidad. Me preocupa presentar la realidad política en movimiento. Brecht intenta actuar a través de ciertos episodios de los que revelan las estructuras: yo quisiera enseñar un desarrollo continuo.»⁴⁰ Estas palabras son esclarecedoras además por lo que se refiere a sus respectivos conceptos del realismo: Brecht como artista de las *estructuras* para quien los detalles significativos son decisivos; Piscator como artista de *totalidades* quien plantea el punto de vista de la obra de arte como «desarrollo continuo». Tanto en este aspecto como en el de la actitud del público, la oposición de Piscator a las tradiciones burguesas sitúa su negación en el orden de un antagonismo que consiste en la exacerbación inherentes a ellas mismas: la idea del arte como totalidad, la identificación como fusión entre escenario y público, el realismo como introducción de la vida misma en el teatro, etc. Piscator es apenas la *contradicción*; Brecht es la *ruptura*.

⁴⁰ R. Salvat, *op. cit.*

La influencia de Piscator sobre Brecht es indudable y pese a sus reservas repetidamente expresadas —frente a Piscator Brecht aplica también su tesis de la «expropiación» de lo positivo— no vaciló en calificarlo como «sin duda uno de los hombres de teatro más importantes de todos los tiempos». ⁴¹ ¿Cuáles fueron los méritos de Piscator y qué aportes hizo a la conformación de un nuevo concepto del realismo artístico?

Desde el ángulo de consideración de las innovaciones en el lenguaje escénico Piscator dio varias contribuciones, que Brecht denomina «profundas». La integración del cine, las proyecciones (con dibujos de artistas tan destacados como Georg Gross), las bandas circulantes, en fin, el uso de la técnica moderna en el teatro. ⁴² Las escenografías adquieren una significación diferente a la habitual al tornarse elemento activo del montaje. ⁴³ «Se le da vida a la decoración —afirma— y ella misma comienza a actuar.» Pero esto no implica un recargo naturalista, sino, por el contrario, una «simplificación» de elementos en la representación de los grandes procesos sociales. ⁴⁴ Con una gran economía de medios pueden darse descripciones válidas del medio ambiente. Brecht defiende el uso de documentos, informaciones, estadísticas, inclusive, como instrumento para presentar al espectador el contexto social del problema en cuestión. Los bastidores ya pasados de moda fueron remplazados por técnicas escénicas más funcionales y móviles. ⁴⁵

La forma de actuación épica de tipo gestual (*die gestische Spielweise*) se ha nutrido en parte de los nuevos planteos del cine, cuya utilización, como se indicó, prohibió Piscator para el teatro. (Chaplin, por ejemplo, procede de la tradición del circo y no de la escena y, sin embargo, representa en modalidad depurada y estilizada el comportamiento del hombre en relación a su sociedad.) En referencia a las deudas contraídas con Piscator, Brecht hace alusión al tipo de dramaturgia que ha tratado de desarrollar y la define en términos claros así: «no aristotélica», «antifetafísica» y «materialista». ⁴⁶

⁴¹ III, 17.

⁴² III, 17, 18.

⁴³ Recordemos, por caso, la tesis de Roland Barthes acerca del valor «semántico» del vestuario en el teatro épico. (*Op. cit.*, pp. 53 y ss.)

⁴⁴ III, 19.

⁴⁵ I, 194 y ss.

⁴⁶ II, 146 y ss.

Sobre los objetivos del teatro piscatoriano su pronunciamiento procura asimilar lo más positivo. La índole de este teatro como definitivamente político no admite la menor discusión. Pero para Brecht esto no es lo único en Piscator, ni siquiera lo decisivo. Desde el punto de vista de sus repercusiones político-pedagógicas, éstas no rebasan lo habitual, lo tradicional. «Se tiende actualmente a considerar el intento piscatoriano de renovación teatral como revolucionario.» ¿Y en qué consiste lo revolucionario? ¿En esas implicaciones de clarificación política? ¿En esos efectos agitacionales? Brecht no les otorga a estas aristas una gran proyección. Ellas son una prolongación, exagerada si se quiere, de la tesis de Schiller sobre el «teatro como institución moral». Por eso afirma: «No es revolucionario ni en relación a la producción ni en referencia a la política; sólo lo es en conexión con el teatro.» Sus cambios los introduce especialmente en los *medios del lenguaje teatral* y menos en lo atañadero a la significación social del teatro. Contra lo que se piensa usualmente y contra lo que el propio Piscator creyó de sí mismo. «El teatro de Piscator intenta no el dominio del teatro por la política sino el dominio de la política por el teatro.» Eso fue una muy buena cosa en un mundo que se debatía entre el naturalismo y el expresionismo. ⁴⁷

Un medio que Brecht explotó luego con largueza, el de la autonomía relativa de las escenas, que aparece en otras tendencias épicas coetáneas, no fue empero aplicado por Piscator, quien insistía en la continuidad de los eventos. Por eso califica Brecht sus experimentos de «dramáticos» más que de «teatrales». ⁴⁸

⁴⁷ I, 195 ss. Piscator no vio, ni de lejos, la posibilidad de fundamentar teóricamente los compromisos, las adhesiones o las tomas de posiciones en el arte a partir de una teoría de éste como rama de la producción. Por eso, desde este ángulo de enfoque sus tesis se mantienen en la órbita de la Ilustración y del Idealismo Alemán (Schiller). Cuando los compromisos, las adhesiones o las tomas de posiciones se basan en ellas mismas, es decir, en la *decisión del sujeto* —materialista o idealistamente condicionado, da igual— nos tropezamos con una teoría premarxista. Arte como «institución social» a la manera de Schiller o arte *político* a la manera de Rousseau (el arte debe mostrar «cosas honestas y que convengan a los hombres libres», dice el ginebrino en su *Lettre a M. D'Alambert*, recopilación *Du contrat social*, etc., París, 1960, p. 220), son teorías burguesas progresistas. Y que Piscator, como Rousseau, no viera claramente la diferencia entre lo político y lo moral lo demuestran tanto las palabras citadas del segundo como la tesis del primero, perteneciente a sus últimos días; el arte como «profesión de fe». En su *Post-Scriptum al teatro político* (revista *Partisans*, No. 36, París, 1967, p. 60), se reclama expresamente de las tesis de Schiller y reivindica un teatro que tenga como finalidad la de ser un laboratorio del comportamiento del hombre y de su educación moral.

⁴⁸ I, 261.

Este tradicionalismo de Piscator evidentemente depende de sus concepciones, ya expuestas, acerca del arte realista.

Pasando a otro tema, debemos señalar que «partidarismo» fue en materia artística para Piscator igual a *compromiso* y que en él lo determinante era la actividad misma del proletariado y no un arte de la organización partidista proletaria. En Piscator se presenta la que luego habría de aparecer como curiosa posición de politización radical del arte, pero de una relativa indiferencia frente a los partidos propiamente dichos.

Brecht recusa este aspecto del pensamiento de Piscator ya que acepta más bien la noción de *tendencia* tal cual aparece en Engels. Brecht indica en forma sucinta: el partidismo de la obra de arte brota de la realidad tratada por el artista. «Lo que acá se muestra como tendencia es la tendencia de la materia misma.»⁴⁹ La conclusión de esta premisa es una fórmula que corresponde al espíritu engelsiano igualmente: «la objetividad, he ahí el partidismo». En Piscator, por el contrario, la objetividad casi puede considerarse como sospechosa de indiferencia y el partidismo es una voluntad *a priori* de propaganda. Si bien Brecht y Piscator se identificaron en su renuencia a supeditar el arte a las líneas o directrices o consignas de un partido, en este otro aspecto sus caminos tomaron rumbos diferentes. Lo que no es sino una consecuencia de sus concepciones estéticas globales.

Al modo de Rousseau, es decir, como buen radical, Piscator oscila entre una concepción ética del arte y una concepción político-social. Su supuesto filosófico fue la decisión de animar el reencuentro del hombre con su esencia perdida u olvidada. Para Piscator el teatro es el medio por el cual el hombre retorna a su «ser político».⁵⁰ La gran colectivización de nuestra época permite incorporar al sujeto en la lucha revolucionaria no como «individuo» sino como «masa». Los temas del nuevo arte serán los del «periodismo», la «actualidad del día», convertidos en «propaganda política».⁵¹ Naturalmente una obra de este tipo, sin «*héroes* ni *problemas*», es «una epopeya única de la lucha de la liberación proletaria» y por ello mismo una «obra tendenciosa».⁵²

⁴⁹ I, *loc. cit.*

⁵⁰ E. Piscator, *Teatro político*, p. 132.

⁵¹ E. Piscator, *op. cit.*, pp. 38-39.

⁵² E. Piscator, *op. cit.* p. 55.

Esta equiparación entre arte y política, función del arte y actividad de agitación, está lejos como es claro de la tesis de la articulación entre niveles. El salto a la fundamentación ética se vuelve perfectamente previsible. En 1965 afirmó: «La política se ha tornado una exigencia moral.» Los compromisos aparecen entonces para Piscator más una adhesión a ciertos valores que una participación en la lucha cotidiana de partidos, sindicatos, organizaciones obreras, etc. «Lo que yo antes llamaba un teatro político hoy lo denominaría un teatro como profesión de fe.»⁵³ La toma de posesión se refiere a un genérico «pensar y sentir el dolor» y esforzarse por superarlo. Lucha contra la injusticia, superación de las adversidades, tareas eternas de un arte que no quiere apartarse del mundo: el credo piscatoriano con todas sus efervescencias es muy diferente de la noción propiamente marxista del arte como una práctica concreta.

Que en los textos de Brecht el vocablo «compromiso» aparezca muy de cuando en cuando es algo apenas lógico dada su posición. Ante todo, para Brecht la participación del artista en la lucha por el socialismo no implica el abandono del nivel artístico, de la práctica artística como diferente de otras prácticas (teórica, ideológica o política) y esto lo expresó de modo un tanto seco en las siguientes palabras: «Un arte proletario es tan arte como cualquier otro: más arte que proletario.»⁵⁴ La cuestión, pues, tanto del «compromiso» como de la teoría del arte como producción especializada no pertenecen al «efecto estético» propiamente dicho de la obra, sino a su proceso de elaboración, al conjunto de factores que la hacen posible. El «aparato de producción» (*das Apparat*); por una parte, distribuye sus objetos a uno u otro sector de la sociedad; pero, además, esta distribución se efectúa de acuerdo con sus nexos con las otras estructuras. En otras palabras: los intereses básicos de la clase dominante determinan el tipo de obra de arte, no solamente la composición del «efecto estético» propiamente dicho sino además su significación ideológica, etc. «La sociedad (*burguesa-F.P.*) adopta a través del aparato lo que requiere para reproducirse.»⁵⁵ En su *Diálogo con George Grosz*,⁵⁶ Brecht alude a las relaciones entre

⁵³ E. Piscator, *Le Théâtre, profession de foi*, pp. 51-52.

⁵⁴ II, 37.

⁵⁵ II, 111.

⁵⁶ II, 53.

injusticia y arte (artista). El indica que para el artista el *objetivo de su producción* es mucho más importante que las significaciones éticas de los comportamientos del sector social al cual él orienta su creación. Su «enemistad política» con otros sectores se debe, básicamente, a «su posición frente al público» no a su «posición frente a su objeto».⁵⁷

El experimento de Piscator fue evaluado por Brecht como «el más radical esfuerzo para otorgarle al teatro un carácter didáctico».⁵⁸ No sólo por la utilización de los más variados recursos técnicos, por su ingenio para involucrar lo que antes se creía como imposible de ser involucrado, por el «completo caos» que él hizo apoderarse del teatro —caos que es, además, fecundo— al volver la sala de espectáculos un parlamento en donde el público legislaba⁵⁹ o al quitar de en medio la «vivencia» para sustituirla y colocar en su lugar la acción vivida o al renunciar «más o menos» a la diferencia entre público y actores, sino porque al hacer saltar «casi todas las convenciones» Piscator ponía en juego no el teatro como mero arte: puso en juego la función misma del arte teatral.⁶⁰

El problema de los medios formales lo conecta Brecht al problema decisivo: el de las relaciones entre arte y sociedad. Pero Brecht no planteó estas relaciones en formas abstracta o genérica: el teatro —como el arte todo, en cuanto *superestructura*— no es sólo «creación», es un lenguaje inserido en la sociedad. Es una estructura dentro de un sistema diferenciado. El sistema ha cambiado y ha cambiado por consiguiendo el papel de las estructuras dentro de él. El gran mérito de Piscator fue haberse dado cuenta de esta transformación evidente que los conservadores no quisieron ver y la vanguardia percibía con dosis más o menos grandes de ceguera. «Sus experimentos (...) pretendían una función social del teatro completamente nueva en general.»

Uno de los puntos en que esa aspiración se localiza mejor es en el de habilitarle al teatro una característica que tuvo intermitentemente en el pasado: su aspecto pedagógico. Brecht indica que Piscator (como él mismo), en su afán de devolverle esa característica, incurrió en ocasiones en el pecado de menospreciar su aspecto de entretenimiento.

⁵⁷ II, 54.

⁵⁸ III, 85.

⁵⁹ III, 86.

⁶⁰ III, 87 y ss.

La oposición que se presenta entre diversión y enseñanza y a la que Piscator, pese a sus méritos, contribuyó, puede ser superada en una forma más completa de teatro.

El teatro proletario de agitación de la República de Weimar surge en una etapa de equilibrio político-social. En la primera postguerra alemana podemos distinguir, de acuerdo con una periodización ya clásica, tres grandes etapas: los años de «restablecimiento» (1919-1924), los de la «estabilización relativa» (1924-1929) y el período de la crisis económica y del concomitante ascenso del Nacionalsocialismo (1929-1933).

Bajo la influencia del teatro soviético y presionados por la necesidad de buscar nuevos modos de expresión de tipo «proletario», los artistas radicales, ya desde comienzos de la década, buscaban elaborar un lenguaje específico para un público también específico. Fueron montados algunos «espectáculos de masas» como *Espartaco* (1920), *El pobre Conrado* (1921), escenas de las guerras campesinas del siglo XVI, *Escenas de la revolución francesa* (1922), basadas en un texto de Ernt Toller, aparecen las tentativas de Piscator y algunos «coros hablados». Inclusive antes de 1920 se forman las primeras asociaciones de teatros obreros y la Unión de Teatros Obreros Alemanes (1918). Junto con esta dirección que aspiraba «enseñar» a «reflexionar» e incitar políticamente la dirección paralela socialdemócrata, de los grupos aficionados (*Laienpiele*), tendía a la distracción del público y de los actores (despertar su *Spieltrieb*), elevar al primero a las alturas de los «sentimientos comunitarios».⁶¹

La necesidad de adelantar la labor de agitación y de esclarecimiento de las masas obreras y trabajadoras se hizo más apremiante a partir de 1924. En 1925 los jóvenes comunistas le dan expresión teórica a las primeras tentativas de los «grupos escénicos de agitación y propaganda», simplificación y unificación de miras ideológicas en la *Agitprop-Arbeit*, y simplificación también de la propaganda para ligarla estrechamente al trabajo práctico. «Nuestra agitación —dice la resolución del Congreso de 1925— debe tornarse sencilla y comprensible para cualquier joven

⁶¹ A. Gisselbrecht, *Musée ou promesse d'avenir / Le théâtre prolétarien d'amateurs en Allemagne sous la République de Weimar en Theatre Populaire*, No. 46. Paris, pp. 8, 11, 5 y 10.

trabajador. Esto no significa superficialidad. La superficialidad son los lugares comunes ideológicos y las bellas frases.»⁶²

Aparecen las *Revistas Rojas*, interesante aplicación del género musical de tipo norteamericano a objetivos políticos muy concretos. En el otoño de 1924 Erwin Piscator emprende la tarea de ilustrar con medios artísticos el programa mismo del P.C.A. Ya Piscator tenía una carrera forjada como director, junto con Hermann Schüller, en el Teatro Proletario de Berlín (1919-1921). La estructura formal era la siguiente: dos personajes, el burgués y el obrero aparecían primero; luego, entre las diversas escenas, se intercalan comentarios a la manera de vínculo; el espectáculo llevaba proyecciones filmicas de correccionales, prisiones, etc.; y finalizaba con un número de boxeo entre los representantes de los diferentes partidos concurrentes a las elecciones; como es natural, el candidato comunista los ponía a todos K.O. En su obra estética *Teatro político*, Piscator saca las siguientes conclusiones teóricas de la «Revista Feria Roja» (RRR: *Revue Roter Rummel*) o «Revista político-proletaria» como así llamó indistintamente al espectáculo. a) Ella destrozó las «formas dramáticas burguesas». Carece de unidad en la acción y su estructura de mosaico —agregación sucesiva de problemas— la hacen directa e increíblemente ingenua. b) Busca los más variados campos relacionados con el teatro, lo mismo que medios de expresión útiles a sus objetivos: música, proyecciones, canciones, acrobacias, dibujos rápidos, deporte, filmes, increpaciones, datos estadísticos, escenas tradicionales de actuación... Las viejas figuras de la ópera como el *compère* y la *commère* se metamorfosean en los «tipos» abstractos del «burgués, y el proletario». c) Su meta es la de suscitar «efectos propagandísticos» a través de una *acción directa* en el teatro. La masa debe entusiasmarse, volverse inclusive «masa viviente» hasta el punto de asumir la dirección del espectáculo. d) El texto carece de pretensiones para poder mejor golpear sobre los temas de actualidad, de insistir marcadamente sobre la parte pedagógica. e) Se borra la diferencia entre platea y escenario al convertirse, para el público, el medio teatral en la realidad cotidiana y política en sí misma. Ideas similares aparecieron glosando estos espectáculos en periódicos y revistas oficiales del comunismo de la época como *Bandera Roja*.⁶³ De igual manera lo comprendió la policía, pues

⁶² D. Hoffmann-Ostwald/U. Behse, *Agitprop 1924-1933*, Leipzig, 1960, p. 15.

⁶³ Cf. Hoffmann-Ostwald/U. Behse, *op. cit.*, p. 25.

en informe de su Sección IA (la policía política) del Ministro del Interior se lee que el *Rote Rummel* ha logrado contribuir a «agudizar la lucha de clases» y que su «efectividad como medio de propaganda y como enseñanza viva está fuera de duda».⁶⁴

La gira que hicieron por Alemania en otoño de 1927 las *Blusas Azules* de Moscú tuvo una amplia ingerencia en los avatares ulteriores del teatro proletario. El *Periódico Vivo* puede considerarse como el inmediato precursor del citado grupo de las *Blusas Azules*. Surgió durante los borrascosos días de la intervención militar en la Rusia soviética cuando en el país existían muy pocas posibilidades de edición de prensa. Los estudiantes del Instituto para el Periodismo fundaron (octubre de 1923) como una derivación de *El Periódico Vivo* el equipo de *Blusas Azules* (así llamado por su vestimenta de trabajo a fin de llevar noticias de última hora a las fábricas, lugares públicos de reunión, etc., de la capital soviética. En 1925 ya había más de mil equipos y en 1926 llegaron éstos a diez mil y contaron con la colaboración de intelectuales como Maiakovski y Tretiakov. La actualidad a veces era representada valiéndose de parodias, *sketchs*, canciones satíricas, pantomimas, danzas y otros medios con una elaboración escénica. Los grupos ilustraban de modo vívido problemas de naturaleza abstracta de índole económica, social, política y estatal. Se valían también de medios circenses y de cabaret. La influencia de la vanguardia teatral soviética, en especial de Neyerhold y Tairov, les parece evidente a algunos observadores.⁶⁵

Lo moderno de su lenguaje molestó a los sectores tradicionalistas dentro del marxismo que vinieron a confirmar sus puntos de vista acerca del «peligro» que representaba un estilo en el cual el teatro habitual saltaba en mil pedazos por su «manjerismo», su alto grado de estilización, la ausencia de psicología en los personajes, la vistosidad de los montajes, el uso muy liberal de tradiciones no ocultas (circo, cabaret, revista musical), la preferencia por los temas sociales y no por las situaciones «humanas», su inclinación al periodismo en detrimento de las «bellas palabras», etc.

El afianzamiento y desarrollo a grande escala de los «grupos de agitación y propaganda» coincide con el punto más alto de la coyuntura

⁶⁴ Cf. El Informe del 2/XI/1925 en el *Archiv des Instituts für Marxismus-Leninismus*, Actas 12/70.

⁶⁵ J. Rühle, *op. cit.*, p. 184.

económica (1927). Su radio de acción era muy amplio: reuniones populares, de obreros en las fábricas, sindicales y de partido, en los barrios durante las campañas electorales, lo mismo que en parques, patios de vecindario e inclusive en las calles y lugares de estacionamiento de vehículos públicos; también actuaban en los mítines de huelgas y movimientos reivindicativos. Los principales *Agitpropgruppen* eran del P.C.A., pero los había también de la Juventud Socialista (los *Rote Rotte*, *Roten Spatzen* y *Roten Ratten*).

Sus características más salientes fueron: a) Un nivel muy avanzado en la técnica de la improvisación mezclada a una mutua influencia entre actores y públicos; éstos se encontraban generalmente en el centro de la reunión. Una especie de *Commedia dell'arte obrera*. b) Este teatro llevaba al máximo la identificación clásica hasta el grado de hacerlo irreconocible. Superaba la mera tendencia a identificarse con el héroe y buscaba «la homogeneidad entre el teatro y su público». ⁶⁶ Se partía tácitamente de una identificación *previa*, la de la condición de clase, y por eso precisamente los medios ilusionistas y la sugestión tradicional no jugaban ningún papel en un acercamiento de la obra al público producido no por razones artísticas *concretas*, sino por una situación económica y moral. La búsqueda de homogeneidad era, más bien, un encuentro con ella. c) Su finalidad era la de dar conciencia *política* de lo que se suponía vivido cotidianamente por todos. En el fondo nada nuevo aportaba el grupo, excepto el poner ante los ojos lo ya conocido. d) Esta supremacía de la enseñanza sobre la diversión llevaba a un gran uso de la sátira, la caricatura, los efectos característicos en lo que algunos intérpretes ven un influjo directo de las *Blusas Azules*. e) En lo tocante a los integrantes del grupo, su trabajo era principalmente político. Ellos procuraban obrar menos como «artistas» que como agitadores. Su actividad se semejaba a la incansable de un militante y los equipos eran genuinas células. Carecían de vedettes, todos tenían acceso a la crítica y se buscaban los mecanismos para la más completa integración del individuo al «colectivo». f) Desaparecen los «dramas humanos» y las «tragedias domésticas» del teatro burgués, en las cuales los problemas de los personajes ocupan el primer plano. Valiéndose de los símbolos y las alegorías, el teatro proletario deseó a más de reflejar la realidad descubrir las causas de los conflictos que agitan la sociedad. Pero —y

esta es una de las limitaciones de su realismo— los mecanismos sociales aparecen como *tales*, no en su efecto sobre los hombres; se los presenta «personificados» valiéndose de la pantomima o del teatro de marioneta. ⁶⁷ Se corre entonces el riesgo no de lo «general humano» pero sí de lo «general político». El «tipo social» es suplantado por lo caricaturesco. En verdad, esta limitación dependía también, aunque no del todo, de los medios técnicos y materiales de que se valían estos grupos lo mismo que sus fuertes restricciones económicas.

El que lo típico se torne en caricatura y no en tipo funcional como en Brecht, se vincula al fin concreto de la *Agitpropkunst* —a la que aparecería evidentemente como superfluo pedirle un nivel artístico—, que es simplemente el de ser un medio más elevado, eficaz y, sobre todo, fundado, de propaganda y de educación política.

Sus debilidades, así como las necesidades de conformar un frente antifascista, condujeron a muchos a ejercer una crítica a sus simplificaciones, al carácter puramente *proletario* en favor de una concepción más amplia denominada por algunos *popular*. Por otra parte el alto grado de intelectualismo pareció a determinadas zonas inapropiado para movilizar al pueblo contra el peligro a la vista y motivarlo emocionalmente y no sólo a través de ideas o argumentos racionales. Si el primer reproche iba orientado contra ciertos excesos a lo *Proletkult*, el segundo se refería al hecho evidente de que una escenificación de programas políticos, de silogismos doctrinales, convencía a los convencidos apenas. Por otro lado, la esquematización llevaba a caer en idealizaciones al estilo *Happy end*, triunfo del «bueno» (proletario) sobre el «malo» (burgués) contribuyendo así a presentar una imagen falsa e irreal del mundo y sus problemas, subestimando las dificultades de la lucha de

⁶⁶ Althusser sostiene con razón: «no se puede poner en escena, en *persona*, clases sociales en un texto en que sólo se tratan algunos de sus efectos estructurales.» (A. Althusser: *El pintor de lo abstracto*, revista *Eco*, No. 89, Bogotá, 1967, p. 555.) Esta observación nos permite apreciar el carácter *experimental* de estos esfuerzos (lo mismo que los de Piscator o algunos del propio Brecht, etc.), ya que no lograron darle el lenguaje apropiado al nuevo objeto del arte realista (estructuras, efectos estructurales, procesos, etc.) y creyeron que exagerando, exacerbando o caricaturizando las imágenes y las formas tradicionales del teatro burgués se inauguraba una ruptura verdadera; su esfuerzo testimonia el afán de ruptura aunque sus realizaciones comprueban su dependencia de él. K. Völker sostiene, comparando a Brecht y a Piscator, lo siguiente: el segundo «quería adaptar a la escena historias y lucha política. Brecht quería hacer transposiciones.» (*Brecht clásico* en Bertolt Brecht, Internationales/Bad Godesberg, 1966, p. 30.)

⁶⁶ A. Gisselbrecht, *op. cit.*, p. 7.

clases.⁶⁸ Un comentarista escribió en el periódico *Bandera Roja*: «El teatro de agitación no puede permitirse renunciar al efecto emotivo, so pena de condenarse a la ineficacia.» Y añadía: «La idea de que los marxistas deben trabajar exclusivamente en el dominio de la razón discursiva es una deformación intelectualista.»

No obstante estas limitaciones, la superioridad del teatro político y proletario sobre el teatro de mera distracción y de índole edificante, que propugnaban los medios socialdemocráticos (simple variedad de un arte «culinario» para el consumo de las masas, es no sólo evidente desde el punto de vista político-social, sino, y es lo que ahora nos interesa destacar, en lo referente a nuevos aportes al *lenguaje teatral*. Esto último lo demuestra entre otros hechos el interés de personalidades como Erwin Piscator, Bertolt Brecht, Friedrich Wolf, Maxim Valletin, John Hartfield, Gustav von Wangenheim y Hans Eisler en sus experimentos y resultados.

Vamos a rasguñar, finalmente, en algunos de los géneros del teatro de agitación y propaganda.

El coro hablado. Se utilizó especialmente en los mítines y reuniones de divulgación, lo mismo que en las fiestas del 1o. de mayo. Había números de danzas y presentación de «cuadros vivos»; los jóvenes recitaban poemas conjuntamente. Esto dio por resultado la transformación de la estructura de los poemas mismos.

La unidad sentimental del timbre lírico se descompone, se «piza», ya que lo que viene a tomar el lugar predominante en él no es la música o el tono sino la historia, el contenido; el poema además se segmenta en partes para los coros y en partes para los solistas. El género interesó a autores como Ernst Toller y Berta Lask.

En la historia de los coros hablados se perfilan dos etapas. La primera, anterior a 1924, presenta coros que tenían ante todo un carácter de protesta e incluso de lamento contra el injusto orden social. Posteriormente, el carácter didáctico y propagandístico asume el lugar descolante. El coro se involucra a otros géneros, en especial a la revista y a los sainetes didácticos, o se enriquece con nuevos elementos; así hay coros como grupos permanentes en los cuales aparecen la danza, la pantomima y los movimientos coreográficos o escénicos. Se intenta

⁶⁸ D. Offmann-Ostwald/U. Behse, *op. cit.*, pp. 68 y ss.

inclusivo un género mixto, «el drama coral», coro con desarrollo, pericias y desenlace. Pero en el coro de los *Siete mil* (1924) de von Wangenheim éste se desintegra en su imagen originaria y da lugar a un genuino grupo de agitación y propaganda. Los elementos retóricos ceden el paso a los elementos dramáticos y el coro se subdivide en grupos y solistas.

La revista proletaria. Cronológicamente parece ser esta la segunda forma de arte proletario y obrero. Ya nos referimos a ella, pero demos algunas indicaciones suplementarias. La revista fue el género más apreciado y fuera de sus características de diversión, la construcción muy poco centrada, su ritmo no compulsivo y abierto, sus elementos de music hall como el anunciador, los números cómicos y otros medios, la utilización permanente de las técnicas del montaje y la interpolación, la ligaban a las inquietudes de los autores realistas de vanguardia. El *sainete satírico* es considerado como una variante de la revista. Los sainetes poseían una forma muy libre, especies de baladas escénicas que podían montarse de nuevo de acuerdo con las urgencias políticas del momento.

El periódico vivo. Como ya lo dijimos, este género tuvo su génesis en la Unión Soviética. En Alemania le fueron añadidos otros elementos como la pareja de la opereta, la mímica corporal, los cuadros vivos, las máscaras, etc.

El arte no fue para Brecht un producto de la creación del espíritu humano sino una rama de la producción. Por lo tanto, si cambia la estructura tenemos un genuino *cambio de función del arte*, como correlativo a la variación general. Una nueva articulación a nivel general no implica la afirmación teórica de un arte que corresponda, como se dice, a las nuevas condiciones sociales. Para que un arte sea *radicalmente* nuevo lo decisivo es su cambio de función. La reflexión de Brecht no se limita a indagar sobre el realismo o el formalismo; va más lejos y se pregunta por el público, sus reacciones, por las relaciones entre la técnica y el arte, no por los clásicos en cuanto tales sino por la función actual de los clásicos, etc. O sea: el arte no como flor del espíritu, el arte, repitémoslo, como rama de la producción, con todo lo que esto implica en el renglón del consumo, la reproducción concreta del producto, las necesidades que satisface, las que puede satisfacer, sus relaciones con otros sectores de la producción de bienes espirituales y materiales.

Para organizar el nuevo arte es indispensable estudiar la realidad en su conjunto y asignarle a aquél objetivos precisos. Si, como lo afirma Brecht a lo largo de su obra, el realismo debe ser transformado, la tradición juega en él un gran papel, pero en la medida en que los requerimientos de este realismo se lo den y no al contrario, es decir, obrando en el presente como un peso vivo o muerto. El nuevo realismo es una estructura que puede continuar la tradición, pero continuarla de modo «real» y «revolucionario» no del modo pasivo conservador o por simples «reacciones».⁶⁹

Brecht pone a discusión el caso del teatro. Si se acepta la necesidad de un teatro épico es conveniente seleccionar los elementos épicos que aparecen en la tradición. Y cuando se habla de los grandes modelos clásicos es bueno no olvidar que existen otros diferentes, como el «asiático», y que hacen parte igualmente de la tradición. Como lo dice en otro lugar, la aceptación de la herencia debe asimilarse a un acto de «expropiación».⁷⁰

Estos supuestos lo conducen a otra conclusión: el nuevo realismo absorbe lo que necesite de la tradición culta y no debe tener temor a absorber de otras tradiciones, aun de las incultas, de aquellas que poseen un carácter «irregular».

Esta idea funcional del papel de la tradición —aceptación en función de la nueva estructura —no concuerda con la tesis de Hans Mayer sobre este punto precisamente.⁷¹ Mayor opina que Brecht se coloca en un justo medio entre la «experimentación formal sin sentido de la época de Weimar» y «el falso brillo de los montajes de los clásicos en los teatros cortesanos y en las escenas del Tercer Reich».⁷² Pero en verdad no existe tal justo medio, tal «síntesis dialéctica», Brecht no rechaza del mismo modo al «arte» fascista y a Piscator o a Jessner o al arte de agitación y propaganda de los grupos obreros, si es que en estos casos la noción de rechazo posee algún sentido. Aún más: el «arte» pomposo es rechazado completamente por Brecht y, en cambio, las tentativas aludidas de la época de Weimar, parte integral de una tradición no culta, fueron estudiadas por él cuidadosamente. Y cuando Brecht habla

de prolongar la tradición en su teatro épico,⁷³ es evidente que en sus tesis está no el desarrollo de los «raciocinios clásicos»⁷⁴ como tales, sino únicamente de aquellos que concuerden con los del nuevo realismo. La continuidad (*Weiterführung*) que Mayer cree encontrar en Brecht no se compadece con la «expropiación» que el dramaturgo alemán defendió y practicó.

Esta «expropiación» la preconiza Brecht no sólo para manifestaciones artísticas regulares o irregulares; lo hace igualmente con frutos de la época moderna que sin pertenecer al arte introducen nuevas inquietudes y al artista quizá le pueden proporcionar nuevos medios de expresión. Tal es el caso del deporte.

La descripción que hace de la personalidad del púgil Samson-Körner y de su estilo de combate sobre el ring son puestos en evidente relación con su teoría teatral. Para Brecht, Samson-Körner boxea no «a la alemana» (con ello quiero decir: sentimentalmente, subjetivamente), sino presenta un estilo «cósmico», objetivo, a-sentimental.⁷⁵ Un estilo en que «el gran encanto (*Charme*) plástico» consiste en la ausencia de todo oropel y en el que los diferentes movimientos en vez de ser casuales o espontáneos se dan reflexivamente en función del objetivo. Se percibe el gran parentesco que existe entre el boxeo de Samson-Körner y el realismo de Brecht, cuya índole es la de dar «puros procesos» estructurales.

En el boxeo Brecht ve algo aplicable a la escenografía teatral. Esta debe corresponder al carácter objetivo ya indicado como propio del arte dramático del nuevo realismo, vale decir, en la escenografía tampoco han de quedar operantes el embrujo y la sugestión tradicionales. Acá aparecen una serie de condiciones que Brecht enuncia así: a) «El teatro como teatro, tiene que recibir aquella fascinante realidad de los palacios de deportes en donde se boxea.» Y lo fascinante consiste en no ocultar nada, exhibir la belleza *objetal* de los aparejos, las cuerdas, la simplicidad del cuadrilátero. Poner los bastidores al desnudo, presentar lo que se oculta tras ellos, hacer que el público participe no del truco sino de la ejecución del truco. b) Todo se da como «provisional», lo

⁶⁹ I, 230 y ss.

⁷⁰ IV, 153.

⁷¹ H. Mayer, *Brecht und die Tradition*, Stuttgart, 1961.

⁷² H. Mayer, *op. cit.*, p. 17.

⁷³ H. Mayer, *op. cit.*, p. 19.

⁷⁴ H. Mayer, *op. cit.*, p. 20.

⁷⁵ II, 270.

cual es un principio de «cortesía».⁷⁶ Parece como si Brecht dijera: el realismo es cortesía para con el público, no desviarlo a través de juegos ilusionistas es cortesía. c) La escenografía debe ser «práctica», coadyuvar al espectáculo todo como un elemento del conjunto, no imponiéndose al conjunto o al lado de él. Son elementos ilusionistas los que se introducen por *detrás* de la escenografía, no *dentro* de ella, aquellos que viven ocultos entre los bastidores creando una idea diferente de lo que tiene el público delante de sus ojos. d) Brecht se refiere también al material del que están hechos los objetos sobre las tablas. El material no debe tratar de metamorfosearse y aparentar lo que no es: nubes de cartón que parece como si quisieran producir lluvias, etc. «El material de la escenografía tiene que ser visible.»⁷⁷

El deporte, pues, es para Brecht, como dice Mayer con acierto, tanto un nuevo contenido como un modelo técnico.

III. EL OBJETO DEL TEATRO EPICO

El crítico Herbert Ihering fue el primero en reconocer la originalidad de Brecht. Pero sus apreciaciones son vagas y no alcanzan a indicar lo que es el objeto específico de la dramaturgia brechtiana, a saber: el modelo estructural de convivencia humana y el descentramiento que implica el que el hombre no es sujeto sino, ante todo, función. «El rasgo de genialidad de Brecht es el de que con sus dramas arroja una nueva totalidad artística, con sus propias leyes y su propia dramaturgia. Sus dramas —ya en *Tambores en la noche*, aún más en *Baal* y *En la jungla de las ciudades*— son un nuevo organismo poético.»⁷⁸ Y añade: «Brecht observa a los hombres. Pero siempre en relación con los otros hombres. Jamás aparece en él una figura aislada. Desde hacía largo tiempo no se había presentado en Alemania un poeta que tan consecuentemente asiera las necesidades dramáticas: la unión de los destinos, el mutuo condicionamiento de los seres humanos entre sí.»

⁷⁶ Hemos ante la noción de *Höflichkeit* («cortesía») a la que alude Bernard Dort (*Lecture de Brecht*, París, 1961).

⁷⁷ I, 219 y ss.

⁷⁸ H. Ihering, *Der Dramatiker Bert Brecht in Erinnerungen*, etc., pp. 33-34.

Progresivamente la obra teatral de Brecht «consagra su mirada al mecanismo de la sociedad capitalista».⁷⁹ Si *Baal* se orienta hacia la exaltación de un «antihéroe» amoral (antiburgués) e inconformista, si en algunas *Piezas didácticas* el mecanismo social aparece despersonalizado, su obra más característica logra no apenas el equilibrio (o latínosa dosificación) entre lo colectivo y lo individual de *Tambores en la Noche* sino la exhibición de la dialéctica social: las estructuras condicionan el comportamiento de los sujetos o de los grupos y éstas poseen una capacidad de reproducción debido a sus propios mecanismos, lo cual hace que la acción humana sea ineficaz a menos que se ejerza dentro de ellas. Tiene por eso razón Käthe Rüllicke cuando afirma que el teatro épico retrata «no situaciones sino procesos». Los términos del propio Brecht son explícitos sobre lo que podría denominarse la temática de su arte dramático: «La concepción de la historia como una historia de lucha de clases y de la sociedad como autora de todos los destinos que puedan tener sus integrantes, deberá variar decisivamente alguna vez la representación que hace el teatro de la existencia humana en común.»⁸⁰

La primera innovación que hallamos en Brecht es que el héroe «clásico», epicentro de la fábula teatral, pierde su viejo oficio. Por otra parte, el llamado medio ambiente, no es para el teatro épico una mera situación (social, por ejemplo).⁸¹ El teatro épico no tendrá como meta tampoco la de ampliar o precisar o detallar la topografía social (o socioeconómica) que rodea a los personajes y por eso se distingue de una dramaturgia como la isabelina fuertemente impregnada de «ingredientes» épicos. El teatro épico aparece con la misión de *articular* el comportamiento individual dentro de los procesos, y no simplemente *unir* al hombre con la sociedad en que se mueve. Mejor que muchos especialistas, el conocido autor dramático Arthur Adamov ha indicado que el objeto propio del teatro de Brecht es el de «los mecanismos de un sistema». Elisabeth Hauptmann, cercana colaboradora de Brecht, nos cuenta los orígenes del teatro épico. Si bien se ha demostrado que en sus obras tempranas los elementos e inclusive ciertas formas épicas le sirvieron en su tarea de renovación del caduco arte de su tiempo,⁸² la teoría

⁷⁹ K. Rüllicke-Weiler, *Die Dramaturgie Brecht*, Berlín, 1966, p. 12.

⁸⁰ Bertolt-Brecht-Archiv, carpeta 40, hoja 30. La misma tesis se encuentra en B. Dort. *Lectura de Brecht*, París, 1960, p. 61.

⁸¹ I, 247 y ss.; 254.

⁸² Cf. V. Klötz, *Bertolt Brecht*, cap. II.

específica del teatro épico aparece en una fase inmediatamente posterior. Para la preparación de la obra de *Joe Fleishhacker* (de la serie *Entrada de la humanidad en las grandes ciudades*, la cual debía versar sobre el ascenso del capitalismo) estudió el funcionamiento de las bolsas de Breslau y Viena con una paralela consagración a la economía política.⁸³ Por este tiempo poseía ya la convicción de que para «la representación de los modernos procesos» era «inadecuada» la forma teatral corriente. La realidad presente no se adapta más a los esquemas tradicionales; como lo afirma el mismo Brecht: «Ella no es dramática en el sentido usual.» Otros fenómenos sociológicos, económicos, técnicos e intelectuales han hecho su irrupción. «Nuestro mundo actual no se adapta más al drama y por ello el drama no se adapta al mundo.» Elisabeth Hauptmann glosa estas apreciaciones así: «En el curso de estos estudios Brecht postula su teoría del drama épico.»⁸⁴ E inclusive ella da fechas precisas: el 26 de julio de 1926; pero desde febrero de ese mismo año la Hauptmann sitúa la inquietud del poeta por la elaboración de un nuevo género dramático que se acoplara a sus anhelos insatisfechos. En 1926⁸⁵ examina ya dos principios estructurales propios del teatro épico. Uno, es el de que «cada escena existe por sí y sólo su resultado se utiliza para el efecto total» de la pieza, lo que presupone servirse del montaje. Esta concepción tiene el valor que destaca en sus anotaciones sobre *La Madre* y está muy lejos de constituir un mero asunto formal: «La escena refleja no el desorden “natural” de las cosas. Su contrario, que es lo que se busca, es el orden natural. Los puntos de vista ordenadores (que se logran con la autonomía de las escenas F.P.) son de tipo histórico-social.»⁸⁶ El otro principio se puede enunciar diciendo que frente al teatro dramático en donde todo está condicionado por una catástrofe que le da al desenvolvimiento de la totalidad escénica un carácter compulsivo,⁸⁷ lo cual implica una causalidad simple, el teatro épico posee una causalidad que podemos definir como condicionamiento

⁸³ E. Hauptmann, *Notizen über Brecht Arbeit 1926 en Erinnerungen an Brecht*, Leipzig, 1966, p. 51. W. Hecht, *Brecht Weg zum epischen Theater/en Brecht/Damals und heute*, Munich, 1962, p. 45.

⁸⁴ E. Hauptmann, *op. cit.*, p. 52.

⁸⁵ I, 189.

⁸⁶ II, 154.

⁸⁷ I, 189.

que una estructura latente ejerce sobre sus efectos, los cuales son, en sí mismo, la estructura.⁸⁸

En estos planteos aparecen elementos de una nueva concepción teatral —el primer término corresponde al teatro dramático y el segundo al épico: «Los sucesos corren linealmente/en curvas; *natura non facit saltus/facit saltus*; el mundo como es/ el mundo como deviene; lo que debe ser el hombre/ lo que tiene que ser el hombre.»⁸⁹

Las relaciones entre dialéctica materialista y teatro épico van emergiendo paulatinamente de sus textos. En 1927 afirmó que «el único espectador para mis piezas»⁹⁰ es el autor de *El capital* (libro que acababa de leer), cuya actitud además le parece paradigma de actitud crítica. Luego habla de introducir la dialéctica en la nueva dramaturgia.⁹¹ Pero esta «dialéctica» no la reduce a un simple *pólemos*. Brecht llevó hasta sus más radicales consecuencias la tesis suya del «cambio de función del teatro» al afirmar que «la totalidad del teatro debe refuncionalizarse».⁹² Tanto la actitud del público como la del autor frente a éste y al arte teatral; además la forma propiamente dicha (el género), o sea, el acopio de un conjunto de instrumentos de producción artísticas (las técnicas) que se apliquen a una temática (la sociedad moderna), imposible de ser aprehendida con los recursos de un «realismo vulgar y superficial»,⁹³ es algo de veras decisivo para coadyuvar a un integral cambio de función del teatro.

En 1931 muestra lo que es mucho más que una afinidad entre la dialéctica materialista y el teatro épico. Sus *Anotaciones sobre la ópera de dos centavos* ligan de modo directo la concepción marxista-materialista del hombre y al teatro épico. «Por doquier haya materialismo surgen formas épicas en el teatro. (...) Hoy cuando la esencia del hombre debe concebirse como «el conjunto de todas las relaciones sociales», la forma épica es la única que puede aprehender esos procesos,

⁸⁸ Creemos que Althusser aclara teóricamente esta problemática cuando afirma «la presencia de la estructura en sus efectos», «la inmanencia de la causa en sus efectos» y el hecho de que «toda la existencia de la estructura consista en sus efectos». (L. Althusser/E. Balibar/E. Estabiet, *Lire le Capital*, t. II, París, 1965, pp. 170-171.)

⁸⁹ II, 117.

⁹⁰ I, 181.

⁹¹ I, 238.

⁹² I, 257.

⁹³ I, 247.

los cuales sirven a una dramaturgia como temática de una imagen global del mundo.»⁸⁴ ¿No es, pues, perfectamente lógico que Brecht afirmara «que escribir un drama significa cambiar completamente (*umändern*) el teatro y su estilo»?

En *¿Teatro de diversión o teatro didáctico?*⁸⁵ Brecht nos expone así el asunto del lenguaje teatral épico. «La posibilidad de las proyecciones, las grandes metamorfosis de la escena por la introducción de aparatos motorizados, el filme, complementan el equipamiento del teatro, y esto acaece en un momento histórico en que los más importantes procesos humanos ya no pueden representarse simplemente personificando las fuerzas actuantes o colocando los personajes bajo fuerzas inapensables, metafísicas.» Y agrega: «Para la comprensión de los procesos se ha hecho necesario darle al mundo circundante en que vive el hombre su valor y su "importancia". Naturalmente, este mundo circundante fue mostrado en dramas anteriores, no como algo *autónomo*, sino sólo en función de la figura central del drama. (...) Pero en el teatro épico debe aparecer como algo completamente autónomo.» Brecht lleva sus razonamientos a una conclusión insoslayable: el objeto del nuevo teatro es el hombre como conjunto de relaciones sociales.—unión del viejo individuo y el viejo medio ambiente en un teatro sin «centro», ensamblaje de funciones— y es lo que hay que representar en su *autonomía*.

En la dramaturgia tradicional (que engloba bajo la denominación de aristotélica) el hombre (sujeto-actor de la historia) es el centro. Deriva ella inevitablemente en la definición del teatro como drama o tragedia, es decir, como *conflicto*: «Toda la pujanza de esta dramaturgia proviene de la recolección de oposiciones.» Continúa así su descripción en *¿Teatro de diversión o teatro dialéctico?* «En la escena se comienza a relatar. (...) El condicionamiento real asume sobre las tablas su sitio dentro de los procesos por medio de grandes leyendas que hacen recordar la existencia contemporánea de otros lugares, expresiones justificadas o refutables de personajes a través de documentos que se exhiben utilizando proyecciones, cifras concretas, sensiblemente apre-

⁸⁴ II, 104.

⁸⁵ II, 51 y ss.

Adamoy ha visto la radical incompatibilidad entre los personajes del realismo tradicional y los de la dramaturgia épica de Brecht, precisamente a propósito de una de las piezas más controvertidas de éste.

hensibles; para ilustrar coloquios abstractos, para procesos plásticos pero en cierto modo oscuros, se pondrían plenamente a disposición cifras y frases.» ¿Si fuese el caso de mostrar solamente el medio ambiente, en la forma más amplia y rica inclusive, son pertinentes estos y otros recursos cuya tarea es la de enlazar más bien hechos aparentemente desconectados o lejanos pero que en razón de su función dentro del sistema social adquieren el papel de un «condicionamiento real»? «Hay coros que esclarecen al espectador sobre hechos desconocidos.» El concepto de «*producción dramáticas*»⁸⁶ implica además del trabajo sobre los estilos y los recursos estéticos, el esfuerzo «para elaborar el gran teatro épico (...) adecuado a nuestro tiempo».

La teoría del cambio de función del teatro comporta una repercusión decisiva en la cuestión de los géneros. Si el teatro se define en virtud de su función, es decir, de su papel frente a las otras estructuras del sistema global, la noción de género no puede poseer una significación *unívoca*, no existen definiciones de los géneros que los abarquen por encima de problemáticas diferentes unas de otras. El teatro sería más bien, una sucesión de estructuras (tragedia antigua, drama cerrado, drama abierto, teatro isabelino, teatro épico, etc.) cuya pertenencia a aquello que se denomina tradición teatral no depende de una comunidad de esencia o de un principio común que la recorra con modulaciones diversas. La inscripción de una determinada obra dentro del campo del teatro resulta de la combinación de elementos varios, elementos sin los cuales no habría teatro, *combinación* sin la cual no habría *variación*. El *corpus* artístico no es una pirámide en cuya cúspide resida como un alma gloriosa una única definición del arte y luego, descendientemente, definiciones unívocas de cada uno de los géneros (la épica refleja una totalidad llena, el drama una totalidad concentrada de conflictos, etc.), lo que conlleva por lo demás la imposibilidad tanto de los nuevos géneros como de su interrelación. El arte es para Brecht una superestructura cuya unidad consiste en su historia específica (la relativa autonomía de su tiempo histórico), y se asemeja a un tejido en donde diferentes figuras estructuran y enlazan diversos valores estéticos de acuerdo con las exigencias de la sociedad y de las funciones diferentes que el arte (dramático) va asumiendo en conexión con su desarrollo.

⁸⁶ I, 95.

Brecht afirma que lo que hoy se requiere como teatro es dudoso que pueda asimilarse o encuadrarse (con las mutaciones o metamorfosis que se quieran) a lo que corrientemente se denomina teatro.⁹⁷ «Debemos reflexionar sin descanso sobre cómo sería el teatro de este tiempo.» Profundizar esta problemática lleva a la siguiente consecuencia: asumir el riesgo de una total «refuncionalización» (*Umstellung*) del teatro.⁹⁸ Cambia de función con el cambio social. «La total defuncionalización del teatro no debe resultar de un antojo artístico; debe corresponder sencillamente a la total refuncionalización ideológica de nuestro tiempo.» El teatro épico no agrega una piedra más a la vieja y venerable pirámide del sistema de las artes. Que no fue su pretensión la de contribuir a la imponente de esa pirámide lo vieron ya los estetas que condenaron el teatro épico como un exabrupto, una violación de las normas o una trasgresión de límites.

Desde siempre tuvo Brecht clara conciencia de que a través de los mecanismos tradicionales de identificación del público con los personajes no habría de lograr el resultado crítico a que aspiraba, y que únicamente sería alcanzable con un distanciamiento reflexivo. «Lo esencial en el teatro épico es acaso que apela no tanto al sentimiento del espectador sino a su raciocinio. El espectador no debe identificarse (*miterleben*) sino discutir.» Pero Brecht estaba muy lejos de un intelectualismo estético o de reducir el orden del arte a un orden discursivo racional como apresuradamente se lo han reprochado. El instrumento de la reflexión y la crítica que el teatro épico le otorga al espectador a través de los efectos de alejamiento es básico; pero sería caer en un error, que por lo demás Brecht mismo designó como «corriente y banal», sospechar siquiera que la lucha contra la identificación y el sentimentalismo elimina la emoción de la obra de arte. Precisamente una de las nuevas funciones del teatro es la de alcanzar al público juntando la reflexión y la emoción, y que surja ésta no de la ideología reinante sino de la pieza misma, de sus problemas, de sus contradicciones, de la lucha sorda o abierta a que aluda o muestre.

El teatro ha de abandonar entonces la descripción de la «mera sintomatología de las superficies sociales» y dedicarse a un nuevo objeto:

⁹⁷ I, 181.

⁹⁸ I, 184 y ss.

la «legalidad social».⁹⁹ Ello hace que la parte de la enseñanza en el teatro, precisamente como uno de los antidotos contra el embotamiento del público en la sociedad del capitalismo desarrollado, asuma una importancia muy grande. Para Brecht los experimentos de Piscator, por ejemplo, labraron un camino en esta dirección; pero reconoció también que este artista, como él mismo, había abusado de la parte pedagógica en el teatro lesionando el todo. Sus esfuerzos evidentemente apuntaban a ese cambio de función del teatro, pero lo colocaban en contraposición al placer y al regocijo que deben suscitar también las obras de arte de nuestra época. «El desenvolvimiento ulterior —añade, sin embargo— empuja hacia una fusión de ambas funciones, la de la distracción y la de la enseñanza.»¹⁰⁰ Los modelos de la convivencia humana que debe dar el teatro no se oponen al goce, al contrario lo exaltan. Pero porque este mundo en que vivimos es rápido y complejo, la imagen que tiene que darnos el teatro ha de ser nueva y crítica, para no perdernos en él. La identificación aristotélica, que vuelve a vivir intensamente en la época actual del capitalismo, no permite aprehender los factores de nuestro condicionamiento: es un recurso para lograr un éxtasis por medio del cual el espectador llegue a ser uno y lo mismo con seres superiores a él, a quienes por lo demás nunca logrará igualar excepto mágicamente. La identificación se ha tornado un vehículo de evasión y embotamiento. «Identificarse puede uno solamente con hombres que lleven en su pecho su propio destino estelar distinto de nosotros.» Con ella el arte es fiel servidor de un humanismo a-histórico que degenera a menudo en arte culinario.

En 1931 señala que no bastan las «motivaciones psicológicas del viejo teatro» en una sociedad que ha tornado «oscuras las relaciones entre los hombres». Y si el cambio de la función del teatro es total, debe abarcar aquél también al espectador y exigirle una nueva actitud que es para Brecht «una actitud científica». El teatro épico ciertamente se propone seguir las curvas de los destinos humanos aunque dentro de un marco social preciso y como resultado de éste; el «espectador moderno» debe aprender a comportarse críticamente, pero el dramaturgo debe por su parte facilitárselo.

⁹⁹ III, 84.

¹⁰⁰ III, 92.

En el teatro épico el espectador se encuentra interpelado en forma radicalmente distinta. En este punto la distinción entre teatro abierto y cerrado, por ejemplo, es irrelevante: es aquí precisamente donde mejor opera la noción de teatro «aristotélico» utilizada por Brecht.

Su famosa doble columna de sus apuntes sobre ópera contiene suficientes elementos que permiten afirmar que, sin la posterior terminología, Brecht tenía ya conciencia de la idea del «efecto de alejamiento». El teatro dramático «implica al espectador en la acción» mientras en el épico es eso precisamente, espectador; el dramático «agota su actividad» mientras el épico lo invita a la reflexión; el dramático es «vivencia, sugestión»; el épico en cambio es «imagen del mundo», «argumentación»; el dramático involucra al espectador en algo mientras el épico lo «enfrenta» a algo. A través de una serie de recursos Brecht desea que el arte teatral indique claramente que los seres humanos se encuentran determinados por su «ser social».

El mecanismo de la identificación escasamente varía en una u otra de esas formas teatrales y nos tropezamos siempre con un público pasivo, sentado, un público de consumidores, de «gozadores», como dice Derrida.¹⁰¹ Naturalmente esta pasividad no es física, ella es sustancialmente la imposibilidad de que el espectador sea capaz de asumir un papel activo frente a la propuesta que le hace el artista, que él no se vea obligado a la mera opción de rechazarlo o aceptarla por incompatible o compatible con su ideología. Si esto fuera así, la pieza épica rigurosamente hablando no diría nada nuevo. El teatro aristotélico es un *pretexto*, no un instrumento; un pretexto para alcanzar el reconocimiento de nuestro mundo vivido, un reencuentro de una vivencia «imitativa» y de una vivencia imitada. Empero, así difícilmente se llega a lo real: a lo real se accede no por el acto o el proceso de hacer explícito lo que ya se era, sino por descubrir la radical novedad de algo diferente a nosotros mismos. El teatro épico ofrece un «modelo» de acción el cual interpela al espectador: ante la pieza inacabada este último puede acabarla en la vida real.

La *Verfremdung* consiste en una serie de instrumentos teatrales (un tipo de actuación, interpolaciones en la escena para «extrañar» cosas y sucesos, etc.), cuyo objetivo es el de contribuir a indicar que cada

¹⁰¹ J. Derrida, *L'écriture et la différence*, París, 1967, p. 346.

peripecia o hecho escénico no es aislado sino se encuentra inscrito dentro de una estructura. «El fin del *V-effekt* es destacar (*verfremdem*) el gesto social que subyace a todos los procesos.»¹⁰²

El efecto de alejamiento tiene por función «historizar» los actos o los sucesos. La idea de John Willett de que *Verfremdung* y *Episierung* «aparecen haber sido usadas por Brecht para sugerir exactamente la misma cosa» es exagerada, ya que lo épico es más amplio que el alejamiento, pero evidentemente contiene mucho de verdad.¹⁰³ La íntima relación de los efectos de alejamiento con la problemática global del teatro brechtiano es puesta de presente por Roland Barthes a propósito del modo de actuación.¹⁰⁴ Barthes ve que el distanciamiento está en relación con la estructura de la pieza, que la *Verfremdung* debe apoyarse en el sentido de la obra. Desde el punto estricto de la actuación, la *Verfremdung* tiene por finalidad separar al actor de su propio *pathos* y situar su juego escénico dentro del circuito de la estructura latente.

¹⁰² III, 163.

¹⁰³ J. Willett, *El teatro de Bertold Brecht*, Buenos Aires, 1963, p. 261.

¹⁰⁴ R. Barthes, *Sept photos-moèles de «Mère Courage»*, revista *Theatre Populaire*, No. 35, París, 1959, p. 18. El papel de las técnicas de distanciamiento en el teatro épico es decisivo pero estéticamente no podríamos identificarlas con la esfera toda de la dramaturgia brechtiana. No en razón de que hay obras de Brecht de tipo aristotélico, lo cual es accesorio (como *Los fusiles de la señora Carrar*), sino en virtud de que esas técnicas están subordinadas al nuevo realismo propio del teatro épico. Así lo ha visto Bernard Dort cuando afirma: «caractericemos el teatro épico brechtiano no por la necesidad de una distanciamiento, de un alejamiento (esto es solamente un medio y, de tomarlo en cuenta sólo a él, se tendría el riesgo de asimilar el teatro a una retórica) sino por la voluntad esencial de Brecht de ofrecer por medio de él al espectador (...) imágenes de la vida social recreadas, es decir, hechas comprensibles.» (B. Dort, *Pour une critique brechtienne du cinéma*, revista *Cahiers du cinéma*, No. 114, París, 1960, p. 38.) Victor Chlovski afirmó en un reportaje concedido a *La quinzaine littéraire* (No. 39, París, 1967, p. 4) que fue la influencia directa de Tretiakov durante el estudio de la fórmula «*Príom ostranéníts*» (efecto de extrañamiento); a partir de la discusión del espectáculo chino de Mei Lan Fang dado en Moscú en abril de 1935, lo que mareó a Brecht decisivamente a este respecto. Esta declaración pretende confirmar tesis como la de Hans Egon Holthusen (*Bertold Brecht*, Barcelona, 19), según la cual el origen del efecto de distanciamiento en Brecht procede de la estética de los formalistas rusos. Peter Demetz (*Brecht/A collection of Critical Essays*, Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, No. 5, p. 3) hace caer en cuenta de lo infundado de la hipótesis, pues vocablos de la misma raíz en lengua alemana, y con intención similar a la de la *Verfremdung*, aparecen en 1929 y 1931. La idea incluso podría localizarse antes.

Ahora bien, la concepción del alejamiento no debe reducirse a una simple fórmula instrumental lo cual conlleva el evidente peligro de caer en el formalismo. Aun cuando parece inconcebible una pieza épica sin el uso de una o varias técnicas distanciadoras, empero no es solamente una sagaz observación de Adamov cuando sostiene que la actuación «distanciada» de Helen Weigel en *La Madre* se acerca al caso límite de la «ausencia de efectos».¹⁰⁵

El alejamiento se vale en ocasiones de la *parábola*. Esta última «extraña» la historia narrada y permite verla en su integridad; el tiempo pretérito inherente a la «parábola» sitúa a los personajes en circunstancias que evitan la identificación. «Para obstruir esa salida a los héroes y los traficantes existe sólo la forma parabólica, la cual sin esfuerzo y sin posibilidad de desvío desenmascara cuán sórdida e imperfecta es una sociedad en la que el hombre sólo puede ser bueno y decente cuando obra mal de modo regular.» Schumacher, empero, le objeta que en la parábola anida el germen de lo no dialéctico. Brecht responde: «La parábola no como idealista sino como materialista. La parábola permite desenredar lo complicado. Ella representa para el dramaturgo el huevo de Colón.» Y vincula así la parábola al alejamiento y éste al realismo: «Cuando uno aniquila la falsa conciencia y quiere conformar la correcta, se debe llevar (...) al hombre ante sí mismo (...). En una palabra, se deben alejar los acontecimientos. En tanto más sencillo se les deje correr tanto mejor. Por eso siempre es la forma comparativa la más apropiada.»¹⁰⁶

¹⁰⁵ A. Adamov, *op. cit.*, p. 201.

¹⁰⁶ E. Schumacher, *Er wird Bleiben en Erinnerungen*, etc., p. 355 y ss. Brecht se inspira además en múltiples fuentes y se vale de técnicas no teatrales. Por ejemplo, su famosa teoría sobre el plagio y la propiedad literaria estuvo acompañada, en el plano estético, «de préstamos» como los que hizo de los poemas de François Willon, para los *songs* de *La ópera de dos centavos* que recuerdan el procedimiento «dadaísta del collage» (Cf. C. Heselhaus, *Las máscaras de Bertolt Brecht*, revista *«Ecos»*, t. III, No. 6, Bogotá 1961, p. 603). Que la técnica del montaje novelístico inspire al teatro épico es también indudable. El cine igualmente se ha convertido no en un elemento más para ciertos seguidores de Brecht: es para ellos un genuino método de *mise en scène*. Roger Planchon en su montaje de *Schweyk en la segunda guerra mundial* utiliza el escenario giratorio no para cambiar de escenografía sino para dar una *perspectiva múltiple* de la misma escenografía o para destacar, en un esfuerzo por acercarse al primer plano cinematográfico, un aspecto de ella.

La importancia de la parábola no se circunscribe al hecho de que eventualmente sea ella misma una técnica para la manifestación distanciada de un problema. Schumacher acierta cuando señala que el «nexo» causal de la sociedad se deja mostrar al máximo en la forma parabólica. Es ella además, al menos en Brecht, vehículo de desmixtificación de los viejos y nuevos mitos.

Julio de 1968.



El sentido de la palabra Marc Barbut estructura en matemáticas

Estructura, estructuralismo; estas palabras y la idea que recubren están, desde hace una decena de años, a la orden del día en las ciencias sociales, y ahora ya no hay ninguna entre éstas que no tenga su escuela estructuralista más o menos adelantada. Esto ya lo habrá advertido el lector si, por ventura, no estuviera ya informado de antemano.

Las matemáticas utilizan también esta palabra estructura en un sentido que, según creemos, puede proporcionar un cuadro preciso y cómodo a los investigadores de las ciencias humanas que pretenden expresarse en términos de estructura. Por otra parte, las matemáticas desempeñan, también aquí, la función de humildes servidoras de las otras ciencias: encuentran su justificación en la elaboración de instrumentos de análisis que pueden ser utilizados por las otras ciencias.

La utilización de la palabra estructura por las matemáticas es también un fenómeno reciente, aunque más antiguo que su uso en las ciencias sociales. Es decir, en matemáticas la idea no se impuso de un golpe, sino que fue menester una lenta maduración que va, *grosso modo*, de Evaristo Galois a Bourbaki, para que tomara la forma en la que la conoce ahora todo estudiante de esa especialidad.

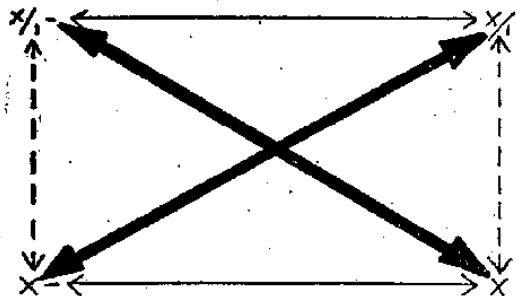
¿Cómo se ha constituido esta idea?, ¿qué sentido tiene ahora esa palabra? Un ejemplo responde mejor que largas explicaciones.

A todos nos ha sido enseñada la «regla de los signos»: todo número tiene un opuesto, y tomar el opuesto de un número x , opuesto que se anota $-x$, se llama «cambiar el signo de x ». Cambiar dos veces consecutivas el signo de x es volver a x . Sucede lo mismo si a un nú-

mero x (diferente de cero, detalle técnico) se asocia su inverso $1/x$: el inverso del inverso es el número del que se ha partido.

Es posible también combinar las dos operaciones: si tengo un número x , tomo su opuesto $-x$, y después el inverso de su opuesto $-1/x$; pero se puede proceder de modo diferente, y tomar primero el inverso $1/x$, y después el opuesto del inverso $-(1/x)$. Se les enseña a los niños que cualquiera que sea de entre éstos el orden que se adopte para hacer estas dos operaciones, el resultado es el mismo.

Todo este procedimiento puede resumirse en el diagrama siguiente:



en el que la flecha \longleftrightarrow simboliza la operación involutiva (es decir, aquella cuya repetición viene a reducirse a no haber cambiado nada) «tomar el opuesto»: el opuesto de x es $-x$, y el de $-x$ es x ; el opuesto de $1/x$ es $-1/x$; el de $-1/x$ es $1/x$. De la misma manera, la flecha $\leftarrow - - - \rightarrow$ simboliza la operación involutiva «tomar el inverso», y la flecha $\leftarrow - - - \rightarrow$ la operación «producto» de las dos precedentes: tomar el inverso del opuesto (o, lo que es lo mismo, el opuesto del inverso). Nótese que esta última operación también es involutiva, lo que se ve muy claro en el diagrama: yo puedo ir de $-1/x$ a x pasando por $1/x$, es decir, recorriendo una flecha

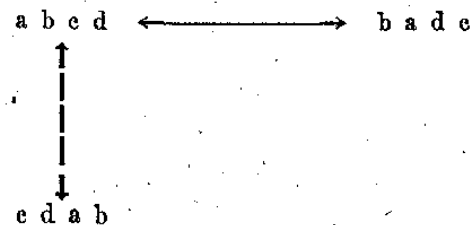
$\leftarrow - - - \rightarrow$ seguida de una flecha $\leftarrow - - - \rightarrow$

Pero un tal recorrido puede llevar de x a $-x$, luego de $-x$ a $-1/x$. Paso pues de $-1/x$ a x como de x a $1/x$.

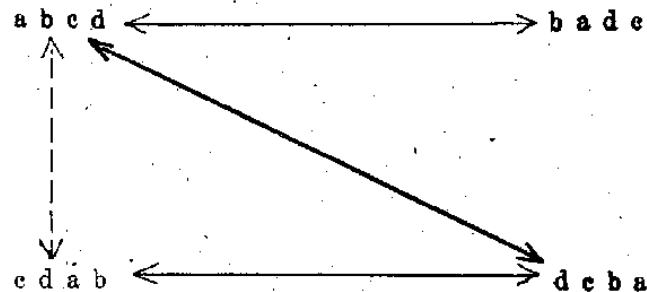
Y ahora, he aquí un inocente juego: sean cuatro letras a, b, c, d , colocadas en ese orden. Regla del juego: se puede o bien dejar las letras en ese orden a, b, c, d , o bien ponerlas en otro orden, pero cambián-

dolas de dos en dos. Por ejemplo, se puede pasar la colocación b, a, d, c , que cambia a y b por una parte, y c y d por otra parte, es decir: las dos primeras letras y las dos últimas. Pero también se puede cambiar entre ellas la primera y tercera letras, y la segunda y la cuarta letras; y también la primera y la cuarta letras, y la segunda y la tercera. Y con esto se habrán agotado todas las posibilidades.

Partimos del ordenamiento a, b, c, d y modifiquémoslo según las dos primeras permutaciones descritas

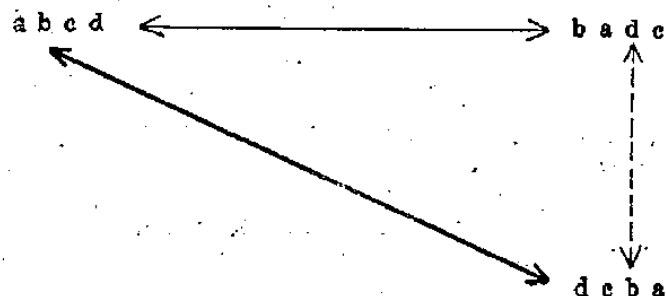


Nótese que estas dos permutaciones son involutivas cada una, repetida dos veces consecutivas, reconduce a la ordenación inicial. Además, si operamos la primera permutación (cambiar las dos primeras letras entre ellas, y las dos últimas entre ellas) sobre el ordenamiento c, d, a, b , obtenemos el ordenamiento d, c, b, a , es decir, aquel que habría obtenido, a partir de a, b, c, d , la tercera permutación (primera y cuarta letras, segunda y tercera) que también es evidentemente involutiva,

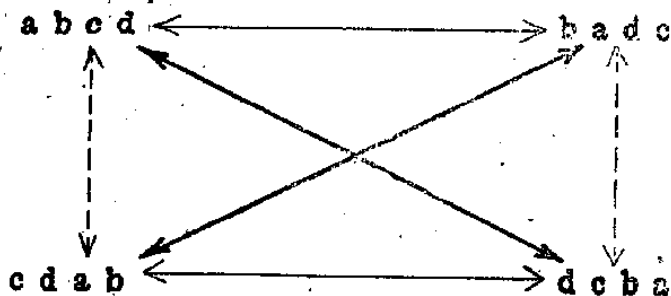


Estamos muy cerca del diagrama precedente, el de los pasos del opuesto y al inverso de un número. Y es claro que se trata del mismo si se

examina lo que sucede si, a partir de a b c d, se opera primero la primera permutación y después la segunda:



La ordenación final es aún d c b a, la que da la tercera permutación. Por otra parte, esta permutación hace que las ordenaciones b a d c y c d a b se correspondan mutuamente. Y así obtenemos sencillamente el diagrama:



que es el mismo que el del primer ejemplo; sólo han cambiado los objetos a los cuales se aplican las transformaciones simbolizadas por las flechas, y la naturaleza de estas transformaciones. Pero la combinatoria de las transformaciones es la misma, a saber: dos transformaciones que anotaremos α y β , sometidas a dos reglas de combinación:

1º cada una de las transformaciones es involutiva: si se repite dos veces consecutivas nada cambia.

Para anotar esta propiedad es menester un signo que simbolice «nada cambia», que es lo que se llama la transformación idéntica; adoptaremos el signo I.

De acuerdo con esta convención, anotamos:

$$\alpha\alpha = I \quad (\alpha \text{ seguido de } \alpha \text{ nada cambia})$$

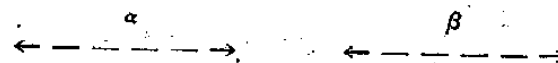
$$\beta\beta = I$$

2º la primera seguida de la segunda es la misma transformación γ que la segunda seguida de la primera; lo que se anota:

$$\alpha\beta = \beta\alpha (= \gamma)$$

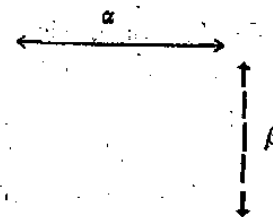
y se dice: α y β se conmutan entre ellas.

Estas dos reglas son suficientes para reconstituir el diagrama. Figuremos α y β por dos flechas; éstas deben estar orientadas en los dos sentidos (regla 1)

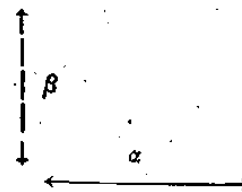


Y ahora figuremos la regla 2:

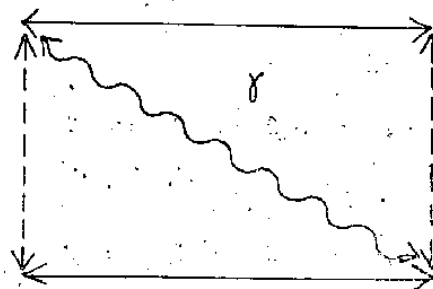
α seguido de β .



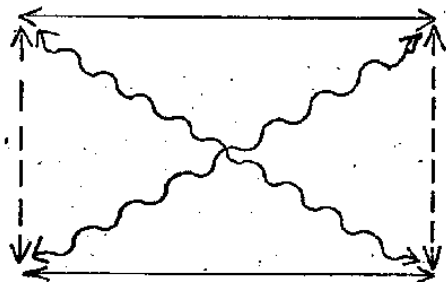
β seguido de α



es la misma transformación:



Si ahora efectuamos los recorridos $\alpha\beta$ y $\beta\alpha$ de todas las maneras posibles sobre el diagrama, se completa en:



Pero también hubiéramos podido expresar todo esto que está contenido en las dos reglas ya no por una gráfica, sino por un juego de escritura; α seguido de β , β seguido de α , es la misma transformación γ , de la regla 2. ¿Y γ seguido de γ ? Escribimos:

$$\gamma\gamma = \alpha\beta\alpha\beta = \alpha\beta\beta\alpha \text{ (regla 2)}$$

Pero según la regla 1, $\beta\beta = I$ (nada cambia). De donde:

$$\gamma\gamma = \alpha I \alpha$$

αI es lo mismo que α , puesto que esto significa la transformación α seguida de la transformación idéntica que nada cambia.

De donde:

$$\gamma\gamma = \alpha\alpha$$

Ahora bien, $\alpha\alpha$ es I (regla 1). Por lo tanto:

¿qué es γ seguido de α ?

$$\gamma\alpha = \alpha\alpha\beta = \beta I = \beta$$

¿Y α seguido de γ ?

$$\alpha\gamma = \alpha\alpha\beta = I\beta = \beta$$

Y así, tenemos otra consecuencia de nuestras reglas:

$$\alpha\gamma = \gamma\alpha = \beta$$

Y se demostraría igualmente:

$$\beta\gamma = \gamma\beta = \alpha$$

Y así concluimos a la tabla de composición de las cuatro transformaciones I , α , β , γ .

	I	α	β	γ
I	I	α	β	γ
α	α	I	γ	β
β	β	γ	I	α
γ	γ	β	α	I

que es fácil de retener: I compuesto con cualquier otra transformación en nada cambia ésta; cada transformación compuesta con ella misma da I ; dos de las tres transformaciones distintas de I compuestas entre ellas dan la tercera.

Esta tabla es la del grupo de Klein, célebre en matemáticas, y presente en múltiples actividades humanas, como vamos a mostrarlo. Pero percatémonos primero de que acabamos de ver dos maneras de obtenerla, dos dominios muy distintos en los que se ha realizado: la aritmética elemental, y las permutaciones de cuatro objetos. Constátase que, en el nivel operatorio, es decir, en la combinatoria de las operaciones, hay algo común a los dos dominios: y esta constatación es ya una primera abstracción.

La reconstitución del diagrama, y la construcción de la tabla, han sido hechas con olvido de los objetos a los que se aplican las transformaciones, y reteniendo sólo las reglas específicas de composición de estas transformaciones. Pero, en cambio, sabíamos que los signos α y β representaban transformaciones. Ahora podemos olvidar también esto, y

pasar así a un segundo nivel de abstracción. Digamos: sea un alfabeto que contenga tres letras I, α, β :

1° Con este alfabeto se pueden construir palabras que tengan esas letras del principio al fin:

$\alpha I \alpha \beta, \beta \alpha I \beta I$, etc., son palabras (técnicamente esta regla se llama regla de la «asociatividad»);

2° Si se borra la letra I de una palabra, esta palabra en nada cambia (I es llamado elemento neutro): $\alpha I, I \alpha, x$ son la misma palabra, cualquiera que sea la palabra x ;

3° Cada una de las letras α y β seguida de ella misma en una palabra puede ser remplazada por la letra I (y, por lo tanto, finalmente borrada);

4° Si en una palabra aparece la secuencia $\alpha \beta$ puede ser remplazada por $\beta \alpha$, y recíprocamente, sin que esa palabra se modifique.

Así, la palabra $\alpha I \alpha \beta$ llegará a ser, sucesivamente, por la aplicación de estas reglas: $\alpha \alpha \alpha \beta, I \alpha \beta, I \beta \alpha, \alpha \beta$.

La palabra $\beta \alpha I \alpha \beta I$ llegará a ser: $\beta \alpha \alpha \beta I, \beta I \beta I, \beta \beta I, II, I$.

Ya es fácil ver —pues ya acabamos de hacer el cálculo, que el lenguaje regido por la «sintaxis» cuyas cuatro reglas acaban de ser explicitadas, sólo contiene cuatro palabras: I, α, β y $\alpha \beta$ (o $\beta \alpha$), y que su gramática es la que conocemos, la del grupo de Klein. Es necesario notar que, como lo hemos hecho, se deben enunciar explícitamente dos reglas, la de la asociatividad y la del elemento neutro, que estaban subentendidas cuando hicimos el cálculo, porque entonces habíamos dado una significación a α, β , e I , a saber: la de ser transformaciones. En consecuencia, ponerlas del principio al fin significaba: componer entre ellas transformaciones, y ya se sabe que esto es asociativo, y que la transformación idéntica nada cambia. Ahora, en cambio, no les damos ningún sentido, nuestro «lenguaje» no tiene «semántica».

Es aquí donde conviene pronunciar la palabra «estructura»; o más precisamente, la palabra «estructura algebraica». Una estructura algebraica es un conjunto cuyos elementos son cualesquiera pero entre los cuales están definidas una o varias leyes de composición, o (sinónimo) operaciones (en nuestro ejemplo una sola ley). La manera según la

cual los elementos se componen puede ser dada por una tabla (o por varias tablas si hay muchas operaciones) que indique por cada pareja de elementos cuál es el resultado de su composición (en nuestro ejemplo se trató de una ley de composición binaria, es decir, de elementos por parejas, es decir, por pares de elementos; también puede haber leyes ternarias, cuaternarias, etc.). Pero este procedimiento sólo es aplicable si el conjunto sobre el que se define la estructura algebraica considerada es finito. Si es infinito se podrá, cuando mucho, dar fragmentos de tabla, tales como las tablas de adición y de multiplicación de los números enteros (que constituyen un conjunto infinito) que aparecen en las pastas de los cuadernos de los escolares. Un procedimiento mucho más general, y universalmente empleado, consiste en dar las condiciones, las reglas (en nuestro ejemplo, las cuatro reglas enunciadas más arriba) a las que satisfacen la o las operaciones, y que permiten ya sea reconstruir la tabla (caso de los conjuntos finitos) o ya, más generalmente, determinar unívocamente el compuesto de tales elementos cualesquiera que se hayan dado. El conjunto de las condiciones a las que satisfacen las operaciones se llama frecuentemente los *axiomas* de la estructura.

Cuando ninguna de estas condiciones es redundante, es decir, cuando no puede ser deducida de las otras, su conjunto se llama la *axiomática* de la estructura.

Dicho de otra manera: una axiomática de una estructura algebraica es un conjunto de condiciones que sea, a la vez, necesario y suficiente para reconstruir la tabla, en el caso en que nos reduzcamos a las estructuras finitas. Pero entiéndase bien que una misma estructura puede tener varias axiomáticas (varios sistemas de condiciones pueden conducir a la misma tabla): Por ejemplo, otra axiomática para el grupo de Klein, que hemos escogido como prototipo de estructura algebraica, sería la siguiente:

1° Hay cuatro elementos I, α, β, γ entre los que está definida una operación binaria (anotada por la yuxtaposición $\chi \gamma$ designa el resultado de la operación χ tomado como primer elemento y γ tomado como segundo elemento);

2° I es elemento neutro: $I \chi = \chi I = \chi$ cualquiera que sea χ (en este ejemplo de cuatro elementos);

3º La operación es asociativa: $(xy)z = x(yz)$ cualesquiera que sean x y z en el conjunto;

4º Para cada elemento x existe un «inverso», es decir, un elemento x' que compuesto con x da el neutro $xx' = x'x = I$;

5º Cada elemento x posee un «orden de repetición» inferior a 4; es decir, que existe un número entero n (no necesariamente el mismo para dos elementos distintos, pero siempre inferior a 4: $n = 1, 2$ ó 3) tal que x compuesto n veces consecutivas consigo mismo da el neutro I .

A decir verdad, este sistema de reglas no constituye una axiomática: es redundante; el lector interesado podrá en todo caso divertirse construyendo la tabla definida por estas cinco reglas, y verá que no hay más que una, a saber: la que ya conoce, la del grupo de Klein.

La definición que hemos dado arriba de una estructura algebraica no ponía en juego más que un sólo conjunto, pero las cosas pueden complicarse y puede haber varios conjuntos. Citemos a Bourbaki (*Algèbre*, cap. I, «Structures Algébriques», 1951, pág. 41): «El objeto del álgebra es el estudio de las estructuras determinadas por el dato de una o varias leyes de composición, internas o externas, entre elementos de uno o varios conjuntos.» Nótese que en esta frase, la primera del párrafo intitulado por nuestros autores «Definición de una estructura algebraica», la palabra «estructura» es definida implícitamente por su contexto. Y Bourbaki pasa casi inmediatamente a las nociones que son inseparables de la noción de estructura: la noción de isomorfismo y la noción de representación.

Digamos primero qué es una representación. El grupo de Klein, dado por su tabla o por una axiomática conveniente, pero sin precisar lo que son sus elementos (es decir, sin semántica) es lo que se llama el grupo «abstracto». Una representación de este grupo es dar una significación a cada elemento del grupo, es decir, es hacer objetos «concretos», que se combinan como los elementos del grupo «abstracto». Y así, cuando interpretamos los cuatro elementos I, α, β, γ del grupo de Klein, I como siendo la permutación idéntica, y α, β, γ las permutaciones.

$$\begin{aligned} \alpha: a b c d &\rightarrow b a d c \\ \beta: a b c d &\rightarrow c d a b \\ \gamma: a b c d &\rightarrow d c b a \end{aligned}$$

de las cuatro letras, nos damos una representación de este grupo como grupo de permutaciones (y éste es un caso particular de un teorema muy general, debido a Cayley, según el cual todo grupo finito puede ser representado como grupo de permutaciones).

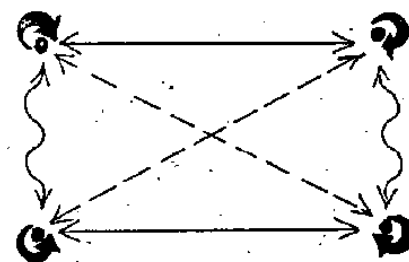
De la misma manera, la segunda interpretación que conocemos del grupo de Klein, en la que I es la transformación idéntica, y α, β, γ son las transformaciones:

$$\begin{aligned} \alpha: x &\rightarrow -x \\ \beta: x &\rightarrow 1/x \\ \gamma: x &\rightarrow -1/x \end{aligned}$$

sobre el conjunto de los números (con excepción de cero) constituye una segunda representación.

Ya se ve que en matemática hay constantemente un doble paso: paso de lo «concreto» a lo «abstracto» (la estructura, la sintaxis) y paso de regreso de lo «abstracto» a un «concreto» (la representación, la semántica) que, dando un sentido a los objetos abstractos, ofrece, si este sentido es familiar, un soporte a la intuición, y permite mayor eficacia en los cálculos. Un buen ejercicio consiste en leer los resultados de las operaciones del grupo de Klein indiferentemente, tanto en la tabla (grupo abstracto) como en el diagrama (interpretación concreta: las flechas figuran las transformaciones):

I	α	β	γ
α	I	γ	β
β	γ	I	α
γ	β	α	I



Las dos representaciones que conocemos del grupo de Klein constituyen dos interpretaciones en dos lenguajes (dotados de semántica) distintos, y permite una traducción fiel de uno de estos lenguajes al otro; la sintaxis es la misma, sólo cambia el sentido de las palabras. Podemos confeccionar un diccionario: a la

α	cambiar abcd en bacd	cambiar el número x por su opuesto $-x$
β	cambiar abcd en cdab	cambiar el número x por su inverso $1/x$
γ	cambiar abcd en dcba	cambiar el número x por el inverso de su opuesto $-1/x$
I	no cambiar nada	no cambiar nada

izquierda, como habla quien permuta objetos, y a la derecha, como habla quien opera sobre números. (véase diagrama anterior).

Estas traducciones es a lo que se llama *isomorfismos*: dos grupos (lo que decimos aquí de los grupos puede ser dicho también de cualquier otra especie de estructura) son isomorfos si los dos son representaciones del mismo grupo abstracto; o dicho de otra manera: si los dos tienen la *misma estructura*. Esto significa que se pueden poner sus elementos en correspondencia biunívoca, de manera que la imagen del compuesto de dos elementos cualesquiera del primer grupo sea el compuesto de las imágenes de esos dos elementos.

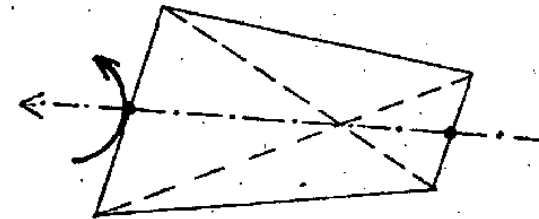
Isomorfismo, la palabra es clara: la forma, la «sintaxis», la «estructura» es la misma, sólo difieren los signos utilizados para anotar los elementos, esto es trivial, y también el sentido que se dé a los elementos, y se les pueda dar, según la conveniencia, tantos sentidos como se quiera.

En esto se ve el motivo por el que las matemáticas son llamadas frecuentemente instrumento de comunicación: gracias a las tres nociones ligadas de estructura, de representación de isomorfismo, los hombres que ejercen sus actividades en dominios muy diversos, podrían según los casos, comprender y reconocer aquello que, desde cierto punto de vista, es lo más importante en su actividad: la combinatoria de sus actos, la de sus gestos, y la de las operaciones que llevan a cabo, es idéntica.

Se entenderá mejor la riqueza y el poder del procedimiento examinando algunas otras realizaciones de nuestro grupo de Klein, al que, como

ya se ha visto, pertenecen las operaciones de quien no supiera más que las cuatro operaciones de la aritmética elemental, y de quien no supiera más que permutar, cambiar de lugar los objetos (por ejemplo, piedritas, como en el cálculo de los antiguos).

Y ahora, he aquí un geómetra: conoce el tetraedro: cuatro puntos A, B, C, D no coplanarios, las seis aristas que los juntan, las cuatro caras triangulares que lo determinan. Las aristas AB y CD no tienen vértice común (ver la figura); juntemos sus medios respectivos (eje de líneas y puntos —.—.—.—.).



Una media vuelta del tetraedro alrededor de este eje lleva A a B y B a A, C a D y D a C. Esta media vuelta permuta, pues, los vértices según la permutación:

α : $ABCD \rightarrow BADC$. Y si hacemos dos veces consecutivas esta media vuelta al tetraedro cada vértice vuelve a su posición inicial: es la permutación idéntica.

Considerando las medias vueltas alrededor de los ejes que juntan los medios AC y BD por una parte, y AD y BC por otra parte, también encontramos las permutaciones β y γ . El grupo de Klein puede, pues, ser representado como grupo de simetrías del tetraedro.

Y ahora pasemos a un lógico: trabaja con proposiciones ligadas entre sí por las conjunciones «y» y «o», y opera frecuentemente sobre las proposiciones mediante la negación: si U es una proposición, NU será la negación de esa proposición. Veamos un ejemplo:

$$U = (X \text{ y } Y) \text{ o } Z$$

en donde X, Y y Z son proposiciones; se sabe que

$$NU = (NX \text{ o } NY) \text{ y } NZ$$

o dicho de otra manera, la negación de una proposición compleja se obtiene negando las proposiciones elementales que la constituyen, y cambiando las conectivas «y» y «o». Pero también se puede negar las proposiciones elementales sin cambiar las conectivas; ésta es una nueva operación, R, sobre las proposiciones:

$$RU = (NX \text{ y } NY) \text{ o } Z$$

También se puede cambiar las conectivas sin negar las proposiciones elementales: operación S

$$SU = (X \text{ o } Y) \text{ y } Z$$

Y se ve que se tiene:

$$RS = SR = N$$

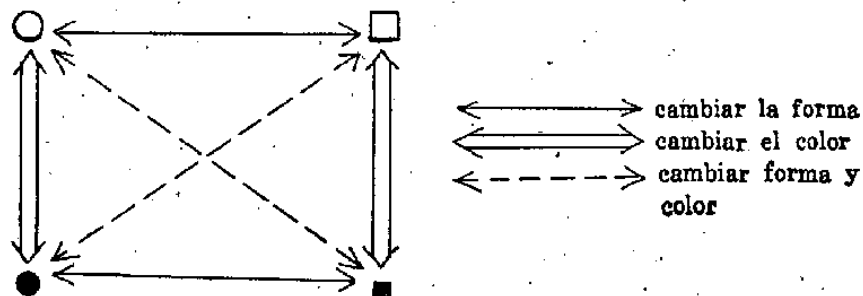
(S seguido de R, o R seguido de S, da la negación N).

Además, es claro que $RR = SS = NN = I$, en donde I consiste en no cambiar nada; cada una de las dos operaciones es involutiva, repetirla dos veces consecutivas no cambia nada.

Esta vez hemos vuelto a encontrar el grupo de Klein ya no por su representación como grupo de permutaciones (como en el caso del tetraedro), sino por su axiomática. Agréguese que esta representación por operaciones de la lógica rudimentaria es frecuentemente llamada (por los psicólogos) grupo de Piaget.¹

Ya que hablamos de los psicólogos experimentales, sepamos que ellos suelen presentar a sus «sujetos» la situación siguiente: se toma un objeto, por ejemplo, redondo y blanco, y se modifica uno de sus calificativos (forma o color, en nuestro ejemplo). Se cambiarán, por ejemplo, la forma, y esto transformará al objeto en un cuadrado blanco, o también, por ejemplo, se cambiará el color, lo que lo transformará en redondo negro. Se puede cambiar también la forma y el color, lo que lo transforma en un cuadro negro. Si no hay más que dos formas

(redondo y cuadrado) y dos colores (blanco y negro), no hay más que cuatro estados posibles para nuestro objeto, y estos cuatro estados están ligados entre sí por transformaciones elementales que resume el diagrama:



Es el diagrama del grupo de Klein.

Esto nos conduce a otra representación: cada estado posible del objeto está caracterizado por dos calificativos (forma y color) y cada uno de estos calificativos tiene dos valores posibles. Podemos anotar $\chi\gamma$ un cambio de estado del objeto, en donde $\chi = 0$ si la forma no cambia, y 1 si sí cambia, y $\gamma = 0$ si el color no cambia, y 1 si sí cambia. Lo que hay que retener en cuanto al juego de las transformaciones de un estado a otro es una regla de composición de los signos 0 y 1 dada por la tabla

	0	1
0	0	1
1	1	0

Si anotamos + (pues es una adición, como se verá) esta ley de composición, se tendrá, por ejemplo:

$$01 + 11 = 10$$

Se adiciona entre ellas los valores del primer carácter:

$$0 + 1 = 1 \text{ según la tabla}$$

¹ Ver por ejemplo: J. Piaget, *Traité de logique* (PUF).

y esto significa: modificar la forma. Se procede de la misma manera respecto al segundo carácter:

$$1 + 1 = 0 \text{ según la tabla}$$

y esto significa cambiar dos veces de color.

De la misma manera: $0 1 + 0 1 = 0 0$ (no cambiar la forma y cambiar dos veces consecutivas el color), y así se puede construir una tabla completa:

	00	01	10	11
00	00	01	10	11
01	01	00	11	10
10	10	11	00	01
11	11	10	01	00

que es la del grupo de Klein, que justamente es un isomorfismo:

I se traduce por 00
 α se traduce por 10
 β se traduce por 11
 γ se traduce por 11

La regla de composición de los signos 0 y 1 se retiene fácilmente si se piensa que es la de composición por adición de números pares o impares:

par + par da par
 par + impar da impar
 impar + par da impar
 impar + impar da par

	P	I
P	P	I
I	I	P

Y así se dice siempre que se trata de la aritmética binaria.

El grupo de Klein es, pues, representable por la composición por adición, en aritmética binaria, de parejas de dos números. Esto se puede generalizar a tripletes de xyz de números:

$$011 + 110 = 1101$$

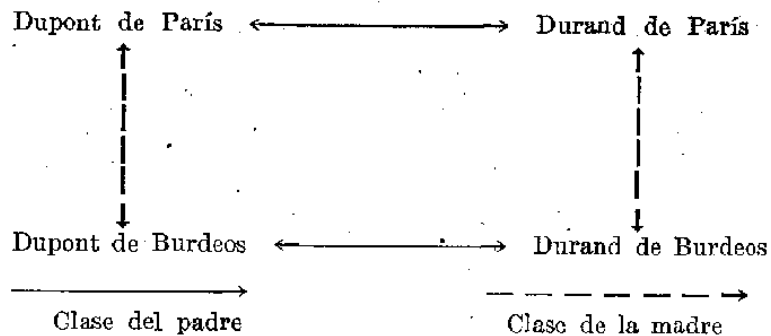
o a cuádrupletes *xyzt*, etc. Bajo la forma de cuádrupletes esta aritmética es efectivamente empleada en ciertos sistemas de adivinación por geomancia.² Los grupos obtenidos con los tripletes, los cuádrupletes, etc., presentan analogías con el grupo de Klein, del que son generalizaciones. Volveremos a este punto.

Pero ya que estamos en la etnología, o mejor dicho en una realización etnológica en nuestro grupo, citemos otro ejemplo en la misma disciplina. En *Les structures élémentaires de la parenté* (PUF, 1949), de Claude Lévi-Strauss, está descrito el sistema kariera; sean cuatro clases tales que cada individuo de la sociedad kariera quede colocado en una clase y sólo en una, y la clase de un niño quede determinada únicamente por las clases de sus padres. Para explicar cómo son escogidas estas clases C. Lévi-Strauss utiliza (p. 208, *op. cit.*) una analogía, y nos dice que todo sucede como si hubiera:

los Dupont de París
 los Dupont de Burdeos
 los Durand de París
 los Durand de Burdeos.

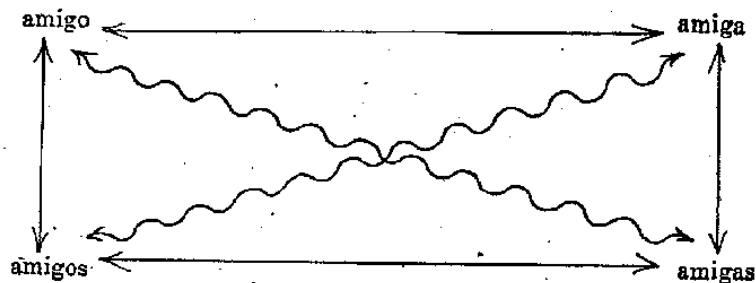
Éstas son las cuatro clases. Las reglas según las cuales un niño es clasificado según la clase de su padre y de su madre se pueden resumir en el diagrama:

² Ver R. Jaúlin: «La géomancie; essai d'analyse formelles, de próxima aparición en *Les Cahiers de l'Homme*



La transformación diagonal, no representada aquí, representaría la clase de la madre del padre o del padre de la madre.

Antes de abandonar el tema de las realizaciones de la estructura del grupo de Klein, citemos una última, que es muy familiar para todos nosotros cotidianamente. Se trata de la combinatoria de ciertas categorías gramaticales en una lengua, como la lengua francesa. Un adjetivo, por ejemplo, en general es susceptible de poseer dos géneros (masculino y femenino) y dos números (singular y plural). Se puede, pues, transformarlo cambiando el género, cambiando el número, o cambiando los dos, según el diagrama:



El lector encontrará muchos otros ejemplos del mismo tipo. Hasta ahora no hemos hablado sino de la estructura de un grupo particular, el grupo de Klein, pero hay otras estructuras algebraicas; hay, en primer lugar, las que constituyen en su conjunto una especie de estructura, y que todas ellas tienen en común la definición siguiente: un conjunto provisto de una operación binaria, asociativa, que posee un elemento neutro, y de la que cada elemento admite un inverso. Entre

las otras especies de estructuras algebraicas, citemos las más importantes: las monoides (o semigrupos), y los cuasigrupos, que son debilitamientos de la estructura de grupo (tienen menos axiomas). Los anillos, los cuerpos, las álgebras, las vectoriales y los módulos, cuyos reforzamientos son (más operaciones: dos o tres, y más axiomas). Los «trellis» (rejillas, redes, latices), las álgebras de Boole, que pertenecen a otra «estirpe» de estructuras.

Fuera de las estructuras algebraicas, se distingue, por una parte, las estructuras combinatorias o relacionales, en las que las conexiones entre elementos de la estructura son dadas no ya por medio de operaciones, sino de relaciones en general binarias (es decir, conectando los elementos dos por dos), como son las relaciones clasificatorias, las relaciones de orden (o jerarquizantes), etcétera.

Por otra parte, están las estructuras llamadas topológicas, que formalizan las nociones intuitivas de vecindad, de proximidad, de interior, de exterior, de frontera, tomadas de nuestra percepción del espacio. Explicar lo que son estas diversas estructuras es algo que no ayudaría mucho al propósito de esta nota. En cambio, nos parece importante mostrar cómo una estructura, empieza poco a poco y engendra toda una familia (la palabra técnica es: categoría) de estructuras. Para esto vamos a partir, claro está, de una estructura que ya conocemos, el grupo de Klein. Examinemos su tabla:

	I	α	β	γ
I	I	α	β	γ
α	α	I	γ	β
β	β	γ	I	α
γ	γ	β	α	I

Pongamos nuestra atención sobre los dos elementos I y α

α	I	β	γ
I	α	γ	β
β	γ	I	α
γ	β	α	I

según la tabla.

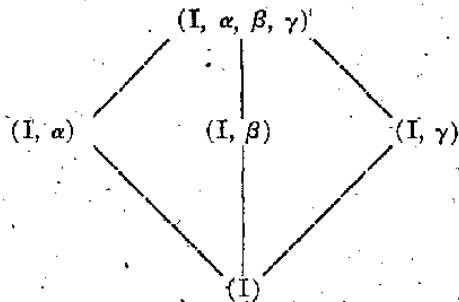
	I	α
I	I	α
α	α	I

ya la conocíamos: son justamente las notaciones de la adición del par y del impar, de la aritmética binaria.

Se dice que el conjunto constituido por I y α es una parte estable del grupo de Klein; por lo demás, la restricción a I y α de la operación del grupo da un grupo, que es un subgrupo del grupo de Klein.

La observación hecha a propósito de I y α vale igualmente para I y β y para I y γ . Y cada vez obtenemos la misma tabla de composición entre los dos elementos retenidos. Por el contrario, α y β compuestos entre sí dan I y γ : no constituyen, pues, una parte estable.

El lector puede asegurarse sin dificultad que los únicos subgrupos son aquí los tres que acaban de ser citados y aquel que está constituido por I solamente. Se puede visualizar el conjunto formado por el grupo y sus subgrupos mediante un diagrama de inclusión que es:



Una estructura algebraica posee, pues, en general, subestructuras. Pero la observación hecha a propósito de I y α va más lejos: si examinamos más de cerca la tabla, constatamos que el conjunto I, α , β , γ puede ser dividido en dos clases: I y α por una parte, y β y γ por la otra,

	I	α	β	γ
I	I	α	β	γ
α	α	I	γ	β
β	β	γ	I	α
γ	γ	β	α	I

tales que las clases se componen también entre sí según las reglas de la adición binaria.

En efecto, consideremos la clase (I, α) como un objeto único y designémosla por el símbolo 0; la clase (β , α) será también identificada con un solo objeto, y será designada por 1. La tabla queda así:

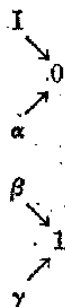
	0	1
0	0	1
1	1	0

El grupo obtenido, el que resulta de la composición de las clases, es llamado *grupo cociente* del grupo de Klein por su subgrupo (I, α); tendríamos igualmente un grupo cociente asociado a los subgrupos (I, β) y (I, γ).

Aquí subgrupo y grupo cociente no difieren (tienen la misma estructura); en general no es así, como lo veremos dentro de un momento.

La conexión, el parentesco, entre una estructura y una subestructura y la estructura cociente se hace evidente por la noción de *homomorfismo*: estas formas, estas estructuras son semejantes. Pero, ¿cómo lo son precisamente? Al constituir el grupo cociente, hemos hecho corresponder al subgrupo (I, α) del grupo de Klein el elemento 0 de la aritmética binaria, y a (β , γ) hemos hecho corresponder el elemento 1 de esta aritmética. Hemos, pues, definido una correspondencia del grupo de

Klein al grupo de la aritmética binaria, en la que las imágenes de cada elemento del grupo de Klein son estas que indica el diagrama:



Y esta correspondencia *respeto la estructura* en el mismo sentido que el isomorfismo definido arriba: el compuesto de las imágenes de dos elementos cualesquiera es la imagen de los compuestos de estos dos elementos. Por ejemplo, α tiene por imagen 0, β tiene por imagen 1. El compuesto de α y β es, en el grupo de partida, γ . La imagen de γ es 1, que es el compuesto de 0 y 1 (imágenes de α y β , respectivamente) en el grupo de llegada.

Ya se ve que el homomorfismo generaliza el isomorfismo en cuanto que este último es un homomorfismo particular, en el cual la correspondencia entre las dos estructuras emparentadas es biunívoca. Pero hay otro procedimiento para construir estructuras homomorfas a una estructura dada, procedimiento que es, de alguna manera, un retorno del que acabamos de ver, el paso al cociente: es la construcción de un *producto* de estructuras (obsérvese la dualidad de los términos utilizados: cociente, producto).

Consideremos el grupo de Klein (I, α, β, γ) por una parte, y el grupo $(0, 1)$ por la otra; construyamos su producto «cartesiano» (un producto «combinatorio»): es el conjunto de las parejas xy donde x puede tomar los cuatro valores I, α, β, γ y donde y puede tomar los dos valores 0 y 1. Obtenemos así las ocho ($8 = 4 \times 2$) parejas: $I0, \alpha 0, \beta 0, \gamma 0, I1, \alpha 1, \beta 1, \gamma 1$. Definamos ahora una operación, que anotaremos Δ , entre dos parejas de la manera siguiente: si xy y $x'y'$ son dos parejas, $xy\Delta x'y'$ es la pareja cuyo primer elemento es el

compuesto de x y x' en el grupo de Klein (xx' pertenecen a este grupo) y el segundo elemento el compuesto de y e y' en el grupo $(0,1)$.

Por ejemplo:

$$\alpha 0 \Delta \gamma 1 = \beta 1$$

Se reconoce aquí el procedimiento que nos sirvió cuando se trató del paso del grupo $(0,1)$ al grupo de Klein bajo la forma de las cuatro parejas 0, 01, 01, 11; por donde se ve que el procedimiento del producto es claramente un retorno del procedimiento del cociente, puesto que el cociente del grupo de Klein por el grupo $(0,1)$ es precisamente el grupo $(0,1)$.

Volvamos al producto que actualmente estamos construyendo: su tabla en la operación Δ se adereza mecánicamente por la lectura de las tablas de los dos grupos compuestos:

$I0$ $\alpha 0$	$\alpha 0$ $I0$	$\beta 0$ $\gamma 0$	$\gamma 0$ $\beta 0$	$I1$ $\alpha 1$	$\alpha 1$ $I1$	$\beta 1$ $\gamma 1$	$\gamma 1$ $\beta 1$
$\beta 0$ $\gamma 0$	$\gamma 0$ $\beta 0$	$I0$ $\alpha 0$	$\alpha 0$ $I0$	$\beta 1$ $\gamma 1$	$\gamma 1$ $\beta 1$	$I1$ $\alpha 1$	$\alpha 1$ $I1$
$I1$ $\alpha 1$	$\alpha 1$ $I1$	$\beta 1$ $\gamma 1$	$\gamma 1$ $\beta 1$	$I0$ $\alpha 0$	$\alpha 0$ $I0$	$\beta 0$ $\gamma 0$	$\gamma 0$ $\beta 0$
$\beta 1$ $\gamma 1$	$\gamma 1$ $\beta 1$	$I1$ $\alpha 1$	$\alpha 1$ $I1$	$\beta 0$ $\gamma 0$	$\gamma 0$ $\beta 0$	$I0$ $\alpha 0$	$\alpha 0$ $I0$

Esta tabla pone en evidencia ciertos cocientes del grupo obtenido; la división en dos clases: $(I0, \alpha 0, \beta 0, \gamma 0)$, que es un subgrupo, e $(I1, \alpha 1, \beta 1, \gamma 1)$ da como cociente el grupo $(0,1)$; la división en cuatro clases $(I0, \alpha 0)$, que es un subgrupo $(\beta 0, \gamma 0)$, $(I1, \alpha 1)$ y $(\beta 1, \gamma 1)$, da como cociente el grupo de Klein. Hay, pues, un homomorfismo del grupo obtenido de Klein.

En los subgrupos y en los cocientes de este nuevo grupo no se encontrará sino los grupos que han servido para construirlo. Pero podemos ahora fabricar otros grupos haciendo su producto con los grupos que ya conocemos, y luego recomenzar, y así *ad infinitum*; obtendríamos así una categoría completa de grupos de 2, 4, 8, 16, 32, etc., elementos, cuyo material elemental de construcción es el grupo (0,1), y que son tales que hay siempre una correspondencia homomorfa entre dos cualesquiera de entre ellos.

Hay, ciertamente, otros procedimientos de fabricación de estructuras a partir de una estructura dada; los que han sido indicados aquí son los más simples y los más usuales; en todo caso, darán al lector una información, siquiera superficial, del poder de los instrumentos que las matemáticas pueden poner a disposición de las otras disciplinas; pero acabar con esta nota optimista sería un abuso si se piensa en las ciencias del hombre.

Las estructuras matemáticas ofrecen un cuadro preciso y de medios operatorios cómodos. Pero sin duda el lector habrá quedado impresionado, al considerar en la estructura que acabamos de estudiar, por la pobreza de su vocabulario y de su sintaxis. Fue a propósito que hemos empleado esta analogía: la complejidad de las sintaxis de las lenguas naturales es un caso extremo de la oposición entre la riqueza de las estructuras de las ciencias del hombre y la pobreza general de las del matemático. Esta oposición pone en evidencia el hecho que la gran eficacia de los modelos matemáticos se paga con una reducción de los fenómenos a los que se aplican a una simplicidad que muy rara vez se encuentra en las ciencias humanas. Cuando lo real es complejo, como lo es también el de las ciencias físicas, es menester saber que si se le aplican las matemáticas, en su estado actual, se lo mira desde un punto de vista que sólo retiene algunas características, las que interesan. Saber determinar cuáles sean éstas es algo que trasciende las ciencias matemáticas.

Problemas del estructuralismo, México, 1967. Ed. Siglo XXI.

La estructura, la palabra, el acontecimiento

Paul Ricoeur

La intención de este informe es remitir la discusión sobre los estructuralismos a su lugar de origen: la ciencia del lenguaje, la lingüística. Es ahí donde tenemos la oportunidad al mismo tiempo de esclarecer el debate y de desapasionarlo. Pues es allí que pueden descubrirse la validez del análisis estructural y el límite de esa validez.

1/ Quisiera demostrar que el tipo de inteligibilidad que se expresa en los estructuralismos triunfa en todos los casos donde se puede:

- a/ trabajar sobre un *corpus* ya constituido, detenido, cerrado y, en ese sentido, muerto;
- b/ establecer inventarios de elementos y de unidades;
- c/ colocar esos elementos o unidades en las relaciones de oposición binaria;
- d/ establecer un álgebra o una combinatoria de esos elementos y de esas parejas de oposición.

Yo llamaría *lengua* el aspecto del lenguaje que se presta a este inventario —*taxinomias* a los inventarios y combinaciones a los cuales la lengua da lugar—, y *semiótica* el modelo que regula la investigación misma.

2/ Quisiera luego establecer que el éxito mismo de la empresa tiene por contrapartida dejar fuera del conocimiento estructural la comprensión de los actos, operaciones y procesos, constitutivos del discur-

so. El estructuralismo conduce a pensar de manera antinómica la relación de la lengua en el discurso. Haré de la *frase* o del *enunciado* el eje de esta segunda investigación. Llamaría *semántica* el modelo que regula su conocimiento.

3/ Quisiera dar una idea en fin de las investigaciones que desde ahora escapan al modelo estructuralista —al menos bajo la forma definida en la primera parte— y que anuncian un nuevo conocimiento de operaciones y procesos; este nuevo conocimiento se situaría más allá de la antinomia de la estructura y del acontecimiento, del sistema y del acto a la que nos hubiera llevado la investigación estructuralista.

En esta ocasión diré algunas palabras sobre la lingüística de Chomsky, conocida bajo el nombre de «gramática generativa», que toca a muerte por el estructuralismo concebido como ciencia de taxinomias, inventarios cerrados y combinaciones ya fracasadas.

Pero sobre todo quisiera esbozar una reflexión sobre la *palabra*, como lugar del lenguaje donde se hace constantemente ese intercambio de la estructura y el acontecimiento. De ahí el título de mi exposición, donde la *palabra* ha sido colocada en tercer lugar entre la estructura y el acontecimiento.

Semejante búsqueda presupone una noción completamente fundamental: a saber, que el lenguaje está hecho de una jerarquía de niveles. Todos los lingüistas lo dicen, pero muchos atenúan esta afirmación sometiendo todos los niveles al mismo método, por ejemplo, la que ha tenido éxito a nivel fonológico, donde efectivamente nos encontramos con inventarios limitados y cerrados, con entidades definidas por la sola prueba de conmutación, con relaciones de oposición binarias, en fin, con combinaciones rigurosas entre unidades discretas. La cuestión es saber si todos los niveles son homólogos. Todo mi estudio descansará sobre la idea de que el paso a la nueva unidad del discurso, constituida por la frase o enunciado, representa un corte, una mutación, en la jerarquía de niveles. No agotaría por otra parte la cuestión de los niveles, hasta dejaría entrever al final que allí hay quizá otros niveles estratégicos como el texto, cuyo eslabonamiento interno llama a otro tipo de inteligibilidad que no sea la frase ni la palabra en posición de frase. Es

con esas grandes unidades de tipo texto que una ontología del *logos* o del *decir* encontraría un lugar; si el lenguaje tiene alguna influencia sobre el ser, es a nivel de manifestación o de eficiencia cuyas leyes son originales respecto a los niveles anteriores.

En suma, el encadenamiento de los métodos, desde los puntos de vista y los modelos, es una consecuencia de la jerarquía de niveles en la obra del lenguaje.

I. LOS PRESUPUESTOS DEL ANALISIS ESTRUCTURAL

Me aferraría menos a los resultados que a los presupuestos que constituyen la teoría lingüística, en el sentido epistemológico estricto de la palabra teoría. Saussure, fundador de la lingüística moderna, advirtió esos presupuestos, pero los expresó en un lenguaje que a menudo está retrasado con la conceptualidad nueva que introduce; es Louis Hjelmslev quien por vez primera teoretizó esos presupuestos en sus *Prolegomena to a Theory of Language*, de 1943; y a sus efectos los enunció en un discurso totalmente homogéneo. Enumeremos esos presupuestos:

1/ El lenguaje constituye un objeto para una ciencia empírica; empírico se toma aquí en el sentido moderno; designa no solamente el papel y la primacía de la observación, sino también la subordinación de operaciones inductivas a la deducción y al cálculo.

Esta posibilidad de constituir el lenguaje en objeto específico de una ciencia ha sido introducida por Saussure mismo en su distinción famosa de la lengua y la palabra. Atribuyéndole a la palabra la ejecución sicofisiológica, la realización individual y las libres combinaciones del discurso, Saussure reserva para la lengua las reglas constitutivas del código, la institución válida para la comunidad lingüística, el conjunto de entidades entre las cuales se opera la selección entre las libres combinaciones del discurso. Así es separado un objeto homogéneo: todo lo que atañe a la lengua cae en efecto dentro del mismo campo, mientras que la palabra se disgrega en los registros de la sicofisiología, de la psicología, de la sociología, y no parece poder constituir el objeto único de una disciplina específica.

- 2/ Dentro de la misma lengua hay también que distinguir una ciencia de estados de sistema, o lingüística sincrónica, y una ciencia de los cambios, o lingüística diacrónica. Saussure aquí también había abierto la vía declarando categóricamente que esos dos acercamientos no pueden ser manejados simultáneamente y que hay que subordinar la segunda a la primera. Llevando la tesis de Saussure a su forma radical, Hjelmslev dirá: «Detrás de todo proceso se debe encontrar un sistema»; por este segundo presupuesto se abre una nueva cantera de inteligibilidad: el cambio, considerado como tal, es ininteligible; no se le comprende sino como paso de un estado de sistema a otro; lo que significa la palabra diacronía; es por consiguiente el sistema, es decir, el arreglo de elementos en un conjunto simultáneo, que se comprende como prioridad.
- 3/ En un estado de sistema no hay términos absolutos, sino de relaciones de dependencia mutua; Saussure decía: «el lenguaje no es substancia sino forma»; si la forma inteligible por excelencia es la oposición, se dirá, también con Saussure: «en la lengua hay solamente diferencias»; lo que quiere decir que no hay que considerar las significaciones supuestas a los signos aislados, como etiquetas en una nomenclatura heteróclita, sino los valores relativos, negativos, o positivos de esos signos, unos respecto a los otros.
- 4/ El conjunto de los signos debe ser considerado como un sistema cerrado, a fin de someterlo al análisis; esto es evidente a nivel de la fonología, que establece el inventario finito a nivel de fonemas de una lengua dada; pero es verdad también a nivel del léxico, el cual, como lo demuestra cualquier diccionario unilingüe, es inmenso pero no infinito. Pero se comprende mejor si se logra sustituir esta lista prácticamente innumerable, con el inventario finito de subsignos que sostienen nuestro léxico y a partir de los cuales se podría rehacer la riqueza inmensa de los léxicos reales. No está de más el recordar que la sintaxis está formada por un sistema finito de formas y reglas. Si se agrega que a un nivel más alto aún el lingüista trabaja siempre sobre un *corpus* finito de textos, se puede formular de manera general el axioma de la clausura que guía el trabajo del análisis. Operando de esta manera al interior de un sistema cerrado de signos, el lingüista puede considerar que el sistema que analiza no tiene exteriores sino únicamente relaciones

internas. Es de esta manera que Hjelmslev definía la estructura: *una entidad autónoma de dependencias internas.*

- 5/ La definición del signo que satisface a esos cuatro presupuestos rompe completamente con la idea ingenua de que el signo está puesto en lugar de algo; si se ha separado correctamente la lengua de la palabra, los estados de sistema de la historia de los cambios, la forma de la substancia, y el sistema cerrado de los signos de todo lo que se refiere a un mundo, hay que definir el signo no sólo por su relación de oposición a todos los demás signos del mismo nivel, sino también en sí mismo como una diferencia meramente interna, meramente immanente. Es en ese sentido que Saussure distingue el significante y el significado, y Hjelmslev la expresión y el contenido. Esta presuposición pudiera ser situada a la cabeza, como Saussure lo hace en el *Curso*; pero, en un orden lógico de presupuestos, esta definición del signo no hace sino consagrar el conjunto de axiomas anteriores. Bajo el régimen del ámbito del mundo de los signos, el signo es o bien una diferencia entre signos, o bien una diferencia interna en cada signo entre expresión y contenido; esta realidad de doble cara cae completamente en el seno del ámbito lingüístico.

El estructuralismo puede así ser definido como la toma de conciencia completa de las exigencias contenidas en esa serie de presupuestos. Es cierto que Saussure no emplea la palabra «estructura», sino la palabra «sistema»; la palabra estructura no apareció antes de 1928 en el *Primer Congreso Internacional de Lingüistas* en La Haya, bajo la forma «estructura de un sistema». La palabra «estructura» aparecía así como una especificación del sistema y designaba las combinaciones restrictivas, seleccionadas en el campo completo de posibilidades de articulación y de combinación, que crean la configuración individual de una lengua. Pero, bajo la forma del adjetivo «estructural», la palabra se ha vuelto sinónimo de sistema. El punto de vista estructural está así globalmente opuesto al punto de vista genético. Acumula a la vez la idea de sincronía (prioridad del estado de la lengua en la historia), la idea de organismo (la lengua como unidad de globalidades envolviendo partes), en fin la idea de combinación o de combinatoria (la lengua como un orden finito de unidades discretas). De esta manera, de

la expresión «estructura de un sistema», se ha pasado al adjetivo «estructural», para definir el punto de vista que contiene a esas diversas ideas, y en fin a «estructuralismo», para designar las investigaciones que toman el punto de vista estructuralista como hipótesis de trabajo, y hasta como ideología y como arma de combate.

II. LA PALABRA COMO DISCURSO

La conquista del punto de vista estructural es ciertamente una conquista de la cientificidad. Constituyendo el objeto lingüístico como objeto autónomo, la lingüística se constituye a sí misma como ciencia. ¿Pero a qué precio? Cada uno de los axiomas que hemos enumerado es a la vez una ganancia y una pérdida.

El acto de hablar no está solamente excluido como ejecución externa, como comportamiento individual, sino como libre combinación, como producción de enunciados inéditos. Ahora bien, esto es lo esencial del lenguaje, es, en otras palabras, su destino.

Al mismo tiempo está excluida de la historia, no sólo el cambio de un estado de sistema a otro, sino la producción de la cultura y del hombre en la producción de su lengua. Lo que Humboldt había llamado la producción y que oponía a la obra hecha, no es sólo la diacronía, es decir el cambio y el paso de un estado de sistema a otro estado de sistema, sino más bien la generación, en su dinamismo profundo, de la obra de palabra en cada uno y en todos. Es también excluir, con la libre combinación y la generación, la intención primera del lenguaje, que es decir algo sobre alguna cosa; esta intención, el locutor y el auditor la comprenden inmediatamente. Para ellos el lenguaje tiende a algo, o más exactamente, tiene un doble objetivo: un objetivo ideal (decir algo) y una referencia real (decir sobre algo). En ese movimiento, el lenguaje franquea dos umbrales: el umbral de la idealidad del sentido y, más allá de ese sentido, el umbral de la referencia. A través de ese doble umbral y en favor de ese movimiento de trascendencia, el lenguaje «quiere decir»; tiene influencia sobre la realidad y expresa la influencia de la realidad sobre el pensamiento. Millet decía ya: en el lenguaje hay que considerar dos cosas: su inmanencia y su trascendencia; diríamos hoy: su estructura immanente y el plano de manifestación en el cual sus efectos de sentido son expuestos a la

mordedura de lo real. Por consiguiente es necesario equilibrar el axioma de la clausura del mundo de los signos por una atención a la función primaria del lenguaje que es la de decir. Por contraste al ámbito del mundo de los signos, esta función constituye su abertura o su apertura.

Esas consideraciones aún masivas y poco analizadas conducen a poner en tela de juicio toda la primera suposición de la ciencia del lenguaje, a saber: que el lenguaje es un objeto para una ciencia empírica. Que el lenguaje sea un objeto, no hay ni que decirlo siempre que se conserve la conciencia crítica de que ese objeto está completamente definido por los enjuiciamientos, los métodos, los presupuestos y finalmente la estructura de la teoría que regula su constitución. Pero si se pierde de vista esta subordinación del objeto al método y a la teoría, se toma por absoluto lo que no es más que un fenómeno. Ahora bien, la experiencia que el locutor y el interlocutor tienen del lenguaje vienen a limitar la pretensión de absolutizar ese objeto. La experiencia que tenemos del lenguaje descubre algo de su modo de ser que resiste a esta reducción. Para nosotros que hablamos, el lenguaje no es un objeto sino una mediación; es aquello a través de lo cual, por medio de lo cual, nos expresamos y expresamos las cosas. Hablar es el acto por el cual el locutor supera el ámbito del mundo de los signos, con la intención de decir algo sobre alguna cosa a alguien; hablar es el acto por el que el lenguaje se excede como signo hacia su referencia y hacia su vis a vis. El lenguaje quiere desaparecer; quiere morir como objeto.

Se delinea una antinomia; por un lado la lingüística estructural procede de una decisión de carácter epistemológico, la de mantenerse en el interior del ámbito del mundo de los signos; en virtud de esta decisión el sistema no tiene exterioridades; es una entidad autónoma de dependencias internas. Pero es una decisión metodológica que violenta la experiencia lingüística. La tarea es entonces, por otra parte, la de recuperar para la inteligencia del lenguaje lo que el modelo estructural excluye y que es quizá el propio lenguaje como acto de palabra, como *decir*. Es preciso resistir aquí a la acción de intimidación, al verdadero terrorismo, que algunos no lingüistas despliegan sobre la base de un modelo ingenuamente extrapolado de sus condiciones de funcionamiento. La aparición de una «literatura» que toma sus propias operaciones como tema, introduce la ilusión de que el modelo estructural agota la

comprensión del lenguaje. Pero la «literatura» así concebida, es también una excepción en el campo del lenguaje; no abarca ni la ciencia ni la poesía que, de un modo diferente, asumen la vocación del lenguaje como *decir*. La conjunción de la lingüística estructural y de la «literatura» del mismo nombre debe ser considerada como un acontecimiento muy contingente y de alcance muy limitado. La pretensión de algunos de demistificar, como ellos dicen, la palabra y el decir, debe ser también demistificada, como no-crítica e ingenua.

Nuestra tarea me parece que consiste más bien en ir hasta el fondo de la antinomia cuya clara concepción es precisamente el fruto avanzado de la inteligencia estructural. La formulación de esta antinomia es actualmente la condición de regreso a una comprensión integral del lenguaje; *pensar* el lenguaje, sería pensar la unidad de aquello mismo que Saussure desunió, la unidad de la lengua y de la palabra.

¡Pero cómo!, el peligro consiste aquí en erigir una fenomenología de la palabra frente a una ciencia de la lengua; a riesgo de recaer en el sicologismo y el mentalismo, de los que la lingüística estructural nos ha liberado. Para pensar verdaderamente la antinomia de la lengua y de la palabra, haría falta poder producir el acto de palabra en el medio mismo de la lengua, la manera de una promoción de sentido, de una producción dialéctica, que haga advenir el sistema como acto y la estructura como acontecimiento.

¡Pues bien!, esta promoción, esta producción, este avance pueden ser pensados, si adquirimos una comprensión exacta de niveles jerárquicos del lenguaje.

No se ha dicho nada todavía sobre esta jerarquía porque se hayan superpuesto dos planos de la articulación fonológica y la articulación lexical (y hasta tres planos, si se añade la articulación sintáctica). Aún no se ha excedido el punto de vista según el cual la lengua es una taxinomia, un *corpus* de textos ya emitidos, un repertorio de signos, un inventario de unidades y una combinatoria de elementos. La jerarquía de los niveles del lenguaje incluye aún algo más que una combinación de sistemas articulados: fonológico, lexical, sintáctico. Se cambia verdaderamente de nivel cuando se pasa de las unidades de lengua a la nueva unidad que constituye la frase o el enunciado. Esta unidad ya no es de lengua sino de palabra o de discurso. Cambiando la unidad

se cambia también la función; o más bien, se pasa de la estructura a la función. Es entonces que existe la oportunidad de encontrar el lenguaje en su condición de decir.

La nueva unidad que consideraremos ahora no es, de ningún modo, semiológica—si se entiende con esto todo lo que se refiere a las relaciones de dependencia interna entre signos o componentes de signos. Esta gran unidad es propiamente semántica si se toma esta palabra en su sentido estricto, que es no solamente el de significar en general, sino de decir algo, de enviar del signo a la cosa.

El enunciado o la frase incluye todos los rasgos que soportan la antinomia de la estructura y del acontecimiento; por sus caracteres propios, la frase atestigua que esta antinomia no opone el lenguaje a nada más que a sí mismo, pero lo atraviesa, por su centro, en el seno de su realización.

- 1/ El discurso tiene como forma de presencia un *acto*, la instancia de discurso (Benveniste) que, como tal, es la esencia del acontecimiento. Hablar es un acontecimiento actual, un acto transitorio, que se desvanece; el sistema por el contrario, es atemporal, porque es simplemente virtual.
- 2/ El discurso consiste en una continuación de opciones mediante las cuales algunos significados se eligen y otros se excluyen; esta opción es la contrapartida de un rasgo correspondiente del sistema, la compulsión.
- 3/ Estas opciones producen combinaciones *nuevas*: emitir frases inéditas, comprender semejantes frases, he aquí lo esencial del acto de hablar y de comprender la palabra. Esta producción de frases inéditas en número virtualmente infinito tiene como contrapartida el repertorio finito y cerrado de los signos.
- 4/ Es en la instancia del discurso que el lenguaje tiene una referencia. Hablar es decir algo sobre alguna cosa. Es aquí que volvemos a encontrar a Frege y Husserl. En su famoso artículo «*Über Sinn und Bedeutung*» (expresiones que Peter Geach y Max Black tradujeron por *Sense and Reference*), Frege mostró perfectamente que el objetivo del lenguaje es doble: objetivo de un sentido ideal es decir, sin pertenencia al mundo físico o síquico), y objetivo de

referencia: si el sentido puede ser considerado inexistente, en tanto que objeto puro del pensamiento, es la referencia—la *Bedeutung*—la que arraiga nuestras palabras y nuestras frases en la realidad: «esperamos una referencia de la proposición misma: es la exigencia de verdad (*das Streben nach Wahrheit*) que nos impulsa (*treibt*) a avanzar (*vordringen*) hacia la referencia». Este avance del sentido (ideal) hacia la referencia (real) es el alma misma del lenguaje. Husserl no dirá otra cosa en las *Recherches logiques*: el sentido ideal es un vacío y una ausencia que requieren ser llenados. Por el relleno, el lenguaje viene hacia sí mismo, es decir, muere para sí mismo. Que se distinga, con Frege, *Sinn* y *Bedeutung* o, con Husserl, *Bedeutung* y *Erfüllung*, lo que se articula así, es una intención significativa que rompe el ámbito del signo, que abre el signo al otro, en resumen, que constituye el lenguaje como un decir, un decir algo sobre alguna cosa. El momento en que se produce el viraje de la idealidad del sentido a la realidad de la cosa es el de la transcendencia del signo. Este momento es contemporáneo de la frase. Es en el plano de la frase que el lenguaje dice algo; por debajo, no. En efecto, la doble articulación de Frege es el resorte de la predicación, tanto como que «decir algo» significa la idealidad del sentido y «hablar sobre algo» significa el movimiento del sentido a la referencia.

Por consiguiente no se deben oponer dos definiciones del signo, una como diferencia interna del significado y del significante y la otra como referencia externa del signo a la cosa. No hay elección entre estas dos definiciones. Una se refiere a la estructura del signo en el sistema, la otra a su función en la frase.

- 5/ Último rasgo de la instancia del discurso: el acontecimiento, la opción, la renovación, la referencia, implican también una forma propia de designar el sujeto del discurso. Alguien le habla a alguien: ahí está lo esencial del acto de comunicación. Por este rasgo, el acto de palabra se opone al anonimato del sistema; o más bien, debe decirse que el sistema no tiene sujeto, ni siquiera «se»; la pregunta: ¿Quién habla?, no tiene sentido a nivel de la lengua; la lengua es un instrumento neutro, un *organon* simplemente disponible; la lengua no tiene a nadie, no es nadie. Con la frase viene la pregunta: ¿Quién habla?, la respuesta no es forzosamente: yo. Pero la pre-

gunta: ¿Quién habla?, aún cuando deba ser una simple pregunta, pregunta sin respuesta, sólo adquiere un sentido a ese nivel. Hay palabras donde un sujeto puede volver a tomar en un acto, en una instancia singular del discurso, el sistema de signos que la lengua pone a su disposición; este sistema permanece virtual mientras no sea cumplido, realizado, operado por alguien que, al mismo tiempo, se dirija a otro. La subjetividad del acto de palabra es de entrada la intersubjetividad de una alocución.

Pero aquí no podríamos conformarnos con repetir estos análisis clásicos de la fenomenología husserliana y posthusserliana; es necesario incorporarlas al terreno lingüístico según el estilo propuesto más arriba. Del mismo modo que es necesario relacionar el paso de lo semiológico a lo semántico a la nueva unidad de la frase; es preciso mostrar como el sujeto parlante llega a su propio discurso por medio de la misma unidad. La fenomenología del sujeto parlante encuentra aquí un sólido apoyo en las investigaciones de lingüistas tales como Emile Benveniste sobre el pronombre personal y las formas verbales emparentadas (demostrativos, adverbios de tiempo y de lugar), sobre el nombre propio, sobre el verbo y los tiempos del verbo, sobre la afirmación y la negación y en general sobre las formas de la alocución inherentes a la instancia del discurso. La propia expresión: instancia del discurso, indica bastante, que no basta yuxtaponer una vaga fenomenología del acto de palabra a una rigurosa lingüística del sistema de la lengua, pero que se trata de anular lengua y palabra en la obra del discurso.

Me limitaré aquí a un solo ejemplo, el del pronombre personal y de las relaciones de personas en el verbo (Emile Benveniste: *Problèmes de linguistique générale*, 226-236, 251-266). Los pronombres personales (yo, tú, él) son ciertamente, en primer lugar, hechos de la lengua; un estudio estructural de las relaciones de personas en el verbo, debe preceder toda interpretación de la incidencia del pronombre en cada instancia del discurso; así, *yo* y *tu* se oponen conjuntamente a *él*, como la persona a la no-persona, y se oponen entre sí, como el que habla a aquél a quien uno se dirige. Pero este estudio estructural no sabría agotar el entendimiento de estas relaciones; sólo constituye el prefacio de la misma. El significado *yo* sólo se forma en el instante en que el que habla se apropia del sen-

tido del mismo para designarse a sí mismo; el significado *yo* es cada vez único: se refiere a la instancia del discurso que lo contiene y únicamente a ella: «*yo* es el individuo que enuncia la instancia presente del discurso conteniendo la instancia lingüística *yo*». (Ibid, 252.) Fuera de esta referencia a un individuo en particular que se designa a sí mismo al decir *yo*, el pronombre personal es un signo vacío del cual puede apoderarse cualquiera; el pronombre espera ahí, en mi lengua, como un instrumento disponible, para transformar esta lengua en discurso, por la apropiación que yo hago de este signo vacío.

Sorprendemos así la articulación de la lengua y de la palabra: se basa, en parte, sobre signos particulares —o «indicadores»— cuyos pronombres personales no son más que una especie, con los demostrativos y los adverbios de tiempo y de lugar; estos signos no connotan una clase de objetos, sino que designan la instancia presente del discurso: no nombran, sino indican el *yo*, el *aquí*, el *ahora*, el *esto*, en resumen, la relación de un sujeto parlante con una audiencia y una situación. Lo admirable es que «el lenguaje está organizado de tal forma que permite a cada interlocutor apropiarse de toda la lengua designándose como *yo*» (262). El problema del verbo debería considerarse con el mismo espíritu. Por una parte, hay una estructura de relaciones de tiempo características de una lengua dada; por otra parte está el enunciado del tiempo en una instancia del lenguaje, en una frase; es este enunciado el que se designa a sí mismo a través del tiempo presente y, por este medio, pone en perspectiva todos los demás tiempos. Esta referencia al presente es completamente comparable al papel «ostensible», de los pronombres demostrativos (este, esta) y de las locuciones adverbiales (aquí, ahora): «Este presente sólo tiene como referencia temporal un dato lingüístico: la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia del discurso que lo describe» (262).

¿Quiere esto decir que el *yo* es una creación del lenguaje? El lingüista está tentado de decirlo («el lenguaje, escribe Benveniste, sólo se funda en la realidad, en su realidad que es la del ser, del concepto del *ego*») (259). El fenomenólogo objetará que la capacidad del locutor a plantearse como sujeto y a oponerse a otro como su interlocutor, es el presupuesto extralingüístico del pronombre per-

sonal. En esto será fiel a la distinción de lo semiológico y de lo semántico, según la cual sólo es en la lengua que los signos se reducen a diferencias internas; a este título, *yo* y *tu*, como signos vacíos, son creaciones de la lengua; pero el uso *hic et nunc* de estos signos, por el cual el vocablo *yo* adquiere un valor semántico, supone la apropiación de este signo vacío por parte de un sujeto que se plantea, expresándose. Ciertamente, la posición *yo* y la expresión *yo* son contemporáneos; pero la expresión *yo* crea tan poco la posición *yo* como el demostrativo *esto* crea el espectáculo de este mundo hacia el cual apunta el indicador «ostensible». El sujeto se plantea como el mundo se muestra. Pronombres y demostrativos están al servicio de esta posición y de esta demostración; ellos designan, a lo más, lo absoluto de esta posición y de esta demostración, que son el lado de acá y el lado de allá del lenguaje: el lado de acá personal, del cual procede el lenguaje considerado como acto de palabra, el lado de allá mundano hacia el cual se dirige, considerado como que dice algo sobre alguna cosa. El lenguaje no es ni fundamento ni objeto; es mediación; es el *medium*, el medio en el cual y por el cual el sujeto se plantea y el mundo se muestra.

De esta manera, es al mismo nivel y en la misma instancia de discurso que el lenguaje tiene una referencia y un sujeto, un mundo y una audiencia. No es por consiguiente sorprendente que referencia al mundo y autoreferencia sean excluidos juntos por la lingüística estructural, como no constitutivas del sistema como tal. Pero esta exclusión es sólo el presupuesto que hay que establecer para constituir una ciencia de las articulaciones; cuando se trata de lograr el nivel de efectuación en el cual un locutor realiza su intención significante relativamente a una situación y a una audiencia ya no vale. Alocución y referencia vienen juntos como acto, acontecimiento, selección, novación.

III. LA ESTRUCTURA Y EL ACONTECIMIENTO

Llegados a este punto, estaríamos tentados de dejarnos desgarrar por la antinomia. Sin duda el estructuralismo conduce a ello. Pero ese paso por la antinomia no es en vano: constituye el primer nivel —el nivel propiamente dialéctico— de una idea, constituyente. Es por lo que, en

un primer tiempo, no tiene más que hacer sino reforzar esta antinomia de lo sistemático y de lo histórico, y oponer, plazo a plazo, lo eventual a lo virtual, la opción a la compulsión, la innovación a la institución, la referencia al ámbito, la alocución al anonimato.

Pero, en un segundo tiempo, es necesario explorar nuevas vías, probar nuevos modelos de inteligibilidad, en los cuales la síntesis de los dos puntos de vista serían nuevamente considerados. Se trata entonces de encontrar instrumentos de pensamiento capaces de dominar el fenómeno del lenguaje, que no es ni la estructura, ni el acontecimiento, sino la conversión incesante del uno en el otro dentro del discurso.

Ese problema concierne al lenguaje como sintaxis y como semántica. Hablaré poco del primer punto, reservándome el volver a él en un estudio posterior, pero del segundo hablaré más, ya que es con él, que ataco el problema enfocado por el título de este estudio: la estructura, la palabra, el acontecimiento.

1/ En el orden de la *sintaxis* que la lingüística postestructuralista hace, actualmente, progresos espectaculares. La escuela de Chomsky en los Estados Unidos trabaja actualmente sobre la noción de «gramática generativa»; dándole la espalda a las taxinomias del primer estructuralismo, esta nueva lingüística parte de entrada de la frase y del problema planteado por la producción de frases nuevas. Al comienzo de *Current Issues in Linguistic Theory* (Mouton, 1964), Chomsky escribe: «El hecho central al cual debe referirse toda lingüística significativa es éste: un locutor ejercitado puede producir en su lengua una frase nueva en el momento oportuno, y otros locutores pueden comprenderla inmediatamente, aunque sea igualmente nueva para ellos. La mayor parte de nuestra experiencia lingüística, como locutor y auditor, se refiere a frases nuevas; una vez que hemos adquirido el dominio de una lengua, la clase de frases con las que podemos operar corrientemente y sin dificultad o titubeo es tan vasta que la podemos considerar infinita bajo todos los conceptos: tanto en el de la práctica, como manifiestamente también, en el de la teoría. El dominio normal de una lengua implica no sólo la capacidad de comprender inmediatamente un número indefinido de frases totalmente nuevas, sino también la aptitud de identificar frases desviantes y eventualmente someterlas a interpretación... Está claro que una teoría del lenguaje que descuida ese aspecto creador no tiene sino un interés marginal» (Ibid., p. 7-8).

Por lo tanto, se requiere un nuevo concepto de estructura para explicar lo que Chomsky llama la gramática de la lengua. El la define en estos términos: «La gramática es un procedimiento que determina la serie infinita de frases bien formadas y asigna a cada una de ellas una o varias descripciones estructurales» (p. 9). Así la descripción estructural antigua, la que se relaciona a inventarios muertos, resulta por asignación de una regla dinámica de engendro que subtiende la competencia del lector: Chomsky no cesa de oponer una gramática generativa a los inventarios de elementos característicos de las taxinomias caras a los estructuralistas. Y así regresamos a los cartesianos (el último libro de Chomsky se llama *Cartesian Linguistics*) y a Humboldt, para quien el lenguaje no es producto, sino producción, generación.

A mi juicio, es esta nueva concepción de la estructura como dinamismo metódico la que vencerá al primer estructuralismo; lo vencerá integrándolo, es decir situándolo exactamente a su nivel de validez. Es sobre este problema que volveré en un estudio posterior.

Pero quiero decir, desde ahora, que no debemos sentirnos desarmados frente a ese nuevo desarrollo de la lingüística. Tenemos, si puedo decirlo así, una doctrina de acogida en la obra del gran lingüista francés —demasiado desconocido— Gustave Guillaume. Su teoría de los sistemas morfológicos —es decir de las formas de discurso— es una especie de gramática generativa. Sus estudios sobre el artículo y sobre los tiempos del verbo demuestran como la obra del discurso es poner las palabras en posición de frase. Lo que llamamos formas del discurso —las categorías del nombre, del verbo, etc.— tienen por función acabar, terminar, cerrar la palabra, de manera de insertarla en la frase, en el discurso. Poniendo la palabra en posición de frase, el sistema de las formas le permite a nuestras palabras y a nuestros discursos aplicarse a la realidad. Más especialmente, el nombre y el verbo son categorías del discurso gracias a las cuales nuestros signos son, en alguna forma, «invertidos en el mundo» bajo el aspecto del espacio y del tiempo. Acabando la palabra en nombre y en verbo, esas categorías hacen a nuestros signos capaces de captar lo verdadero y les evitan encerrarse en el orden finito, cerrado, de una semiología.

Pero la morfología no llena esta función sino porque la ciencia del discurso y de los sistemas tales como los del artículo, del verbo, etc..., es una ciencia de operaciones y no una ciencia de elementos. ¡Que

no se le acuse de mentalismo! Esta acusación, que está en vías de inhibir a muchos investigadores, es válida contra un sicologismo de la imagen y del concepto, es decir contra la cita de contenidos síquicos accesibles sólo a la introspección. Es estúpida cuando se dirige contra las operaciones. Aquí habría que saberse sustraer a prohibiciones más o menos terroristas.

Más que todo, el recurrir a Gustave Guillaume, en ese punto de nuestra investigación, nos ayuda a romper un prejuicio y a cegar una laguna. El prejuicio es este: nos representamos fácilmente, la sintaxis como la forma más interna del lenguaje, como el perfeccionamiento de la autosuficiencia del lenguaje. Nada es más falso. La sintaxis no asegura la escisión de la lengua, esto fue ya hecho por la constitución del signo en el sistema cerrado y taxinómico. La sintaxis, porque deriva del discurso y no de la lengua, está en el camino del regreso del signo hacia la realidad. Es por lo que las formas del discurso, tales como el nombre y el verbo, marcan el trabajo del lenguaje por captar la realidad bajo sus aspectos espaciales y temporales: eso que Gustave Guillaume llama «invertir el signo al mundo». Esto prueba que una filosofía del lenguaje no sólo tiene que dar cuenta de la distancia y de la ausencia del signo en la realidad (la casilla vacía de Lévi-Strauss); podemos atenernos a ese punto de vista todo el tiempo que se considere el sistema cerrado de unidades discretas que componen la lengua; pero tan pronto abordamos el discurso como acto ya no es suficiente. Se hace evidente entonces que el signo no es sólo eso que le falta a las cosas, no sólo ausente a las cosas y diferente a ellas; es lo que quiere aplicarse, para expresar, captar, aprehender, y finalmente mostrar, hacer ver.

Es por lo que una filosofía del lenguaje no debe limitarse a condiciones de posibilidad de una semiología: para explicar la ausencia del signo a las cosas, la *reducción* de las relaciones de naturaleza y su mutación en relaciones significantes es suficiente. Hay además que satisfacer las condiciones de posibilidad del discurso, en tanto que éste sea una tentativa, renovada sin cesar para expresar integralmente lo pensable y lo decible de nuestra experiencia. La reducción —o todo acto comparable por su negatividad— no es suficiente ya. La reducción es sólo el reverso, la cara negativa, de un *querer-decir* que aspira a convertirse en un *querer-mostrar*.

Cualquiera que sea el destino de la obra de Chomsky en Francia y del relevo que Gustave Guillaume pueda ofrecerle a su asimilación, el interés filosófico de esta nueva fase de la teoría lingüística es evidente: una nueva relación, de carácter no-antinómico, está en vías de instituirse entre estructura y acontecimiento, entre regla e invención, entre compulsión y opción, gracias a conceptos dinámicos del tipo de la *operación estructurante* y no ya del *inventario estructurado*. Espero que la antropología y demás ciencias humanas sabrán sacar las consecuencias, como lo hacen en este momento con el antiguo estructuralismo, en el momento en que su declinación en lingüística comienza.

2/ Quisiera esbozar una superación paralela de la antinomia de la estructura y del acontecimiento en el orden *semántico*. Es aquí que vuelvo a encontrar mi problema sobre la palabra.

La palabra, es mucho más y mucho menos que la frase.

Es mucho menos, porque no hay aún palabra antes de la frase. ¿Qué es lo que hay antes de la frase? Signos, es decir diferencias en el sistema, valores en el léxico. Pero no hay aún significación, entidad semántica. El signo, en tanto que diferencia en el sistema, no dice nada. Es por lo que hay que decir que en semiología no hay palabra, sino valores relativos, diferenciales, opositivos. A este respecto Hjelmslev tiene razón: si se separa de la semiología la substancia de sonidos y la de los significados, tales como son una y otra accesibles al sentimiento de los locutores, hay que decir que fonética y semántica no pertenecen a la semiología. La una y la otra provienen del *uso o empleo*, no del *esquema*. Pero resulta que sólo el esquema es esencial a la lengua. El uso o empleo está en la encrucijada de la lengua y de la palabra. Por consiguiente hay que inferir que la palabra nombra al mismo tiempo que la frase dice. Nombra en posición de frase. En el diccionario hay sólo una ronda sin fin de términos que se definen en círculo, que giran en el ámbito del léxico. Pero, he aquí: alguien habla, alguien dice algo; la palabra sale del diccionario; se hace palabra en el momento, en que el hombre se hace habla, en que la palabra se convierte en discurso y el discurso en frase. No es por casualidad si en alemán *Wort*, la palabra es también *Wort*, el habla (aún si *Wort* y *Wort* no tienen el mismo plural). Las palabras, son los signos en posición del habla. Las palabras, son el punto de articulación de lo semiológico y de lo semántico, en cada acontecimiento de palabra.

De esta manera la palabra es como un vehículo entre el sistema y el acto, entre la estructura y el acontecimiento: de un lado proviene de la estructura, como un valor diferencial, pero entonces no es sino una virtualidad semántica; del otro, proviene del acto y del acontecimiento, es en esto que su actualidad semántica es contemporánea de la actualidad desvaneciente del enunciado.

Pero es aquí también donde la situación se invierte. La palabra, dije, es menos que la frase, en que su actualidad de significación es tributaria de la de la frase: pero es más que la frase desde otro punto de vista. La frase, lo hemos visto, es un acontecimiento: considerada así, su actualidad es transitoria, pasajera, desvaneciente. Pero la palabra sobrevive a la frase. Como entidad desplazable, sobrevive a la instancia transitoria del discurso y permanece disponible para nuevos empleos. Y así, con el peso de su nuevo valor de empleo —por ligero que este sea— regresa al sistema. Y, al regresar al sistema, le da una historia.

Para explicar ese proceso, volveré a analizar el problema de la polisemia que traté en otra parte de comprender directamente, pero sin disponer aún de la distinción que percibo hoy entre una semiología, o ciencia de los signos en los sistemas, y una semántica, o ciencia del uso, del empleo de signos en posición de frase. El fenómeno de polisemia es incomprensible si no se introduce una dialéctica del signo y del empleo, de la estructura y del acontecimiento. En términos meramente sincrónicos, la polisemia significa que una palabra, en un momento dado, tienen más de una significación, que sus significaciones múltiples pertenecen al mismo estado de sistema. Pero esta definición carece de lo esencial, que concierna no a la estructura, sino al proceso. Hay un proceso de nominación, una historia del uso, que tiene su proyección en la sincronía, bajo la forma de polisemia. Ahora bien, ese proceso del traspaso de sentidos de la metáfora— supone que la palabra es una entidad cumulativa, capaz de adquirir nuevas dimensiones de sentidos, sin perder los antiguos. Es ese proceso cumulativo, metafórico, el que se proyecta sobre la superficie del sistema como polisemia.

Ahora bien, ese que llamo aquí proyección es sólo un caso de regreso del acontecimiento al sistema. Ese es el caso más interesante y quizá el más fundamental, si es verdad, como se ha dicho, que la polisemia es el eje de la semántica. Es el más interesante, porque allí se llega a sorprender a las mil maravillas eso que llamé los cambios entre la

estructura y el acontecimiento; en efecto, ese proceso se presenta como un concurso de dos factores: un factor de expansión y a lo sumo, de sobrecargas; en efecto la palabra, en virtud del proceso cumulativo que yo decía, tiende a cargarse de nuevos valores de uso; pero la proyección de ese proceso cumulativo en el sistema de los signos implica que la nueva significación encuentra su lugar en el interior del sistema; la expansión, y eventualmente la sobrecarga, es detenida por la limitación mutua de los signos en el interior del sistema. Se puede hablar, en ese sentido, de una acción limitativa del campo, opuesto a la tendencia a la expansión, que resulta del proceso cumulativo de la palabra. Así se explica eso que pudiéramos llamar una polisemia regulada, que es la ley de nuestro lenguaje. Las palabras tienen más de un sentido, pero no tienen un sentido infinito.

Este ejemplo demuestra en qué medida los sistemas semánticos difieren de los sistemas semiológicos: éstos pueden ser tratados sin ninguna referencia en la historia; son sistemas intemporales, por virtuales; la fonología da la mejor ilustración, no juegan sino las oposiciones binarias entre unidades distintivas. En la semántica, por el contrario, la diferenciación de las significaciones resulta del equilibrio entre dos procesos, un proceso de expansión y un proceso de limitación, los que obligan a las palabras a hacerse un lugar en medio de las demás, a jerarquizar sus valores de empleo. Ese proceso de diferenciación es irreductible a una simple taxinomia. La polisemia regulada es de orden pancrónico, es decir a la vez, sincrónico y diacrónico, en la medida en que una historia se proyecta en estados de sistemas, los que desde ese momento no son más que cortes instantáneos en el proceso del sentido, en el proceso de la nominación.

Se comprende entonces lo que sucede cuando la palabra vuelve al discurso, con su riqueza semántica. Siendo todas nuestras palabras polisémicas en algún grado, la univocidad o la plurivocidad de nuestro discurso no es obra de las palabras, sino de los contextos.

En el caso del discurso unívoco, es decir del discurso que no tolera más que una significación, es la tarea del contexto ocultar la riqueza semántica de las palabras, reducirla, estableciendo eso que Greimas llama una isotopía, es decir un plano de referencia, una temática, un tópico idéntico para todas las palabras de la frase (por ejemplo si yo desarrollo un «tema» geométrico, la palabra volumen será interpretado como un

cuerpo en el espacio, si el tema es de biblioteca, la palabra volumen será interpretada como designando un libro). Si el contexto tolera o conserva varias isotopías a la vez, tendríamos un lenguaje efectivamente simbólico, que dice *otra cosa* diciendo *una cosa*. En lugar de cribar una dimensión de sentido, el contexto deja pasar varios, hasta consolidar varios, que corren juntos a manera de textos superpuestos de un palimpsesto. La polisemia de nuestras palabras es entonces liberada. De esta manera el poema permite que todos los valores semánticos se refuercen mutuamente; más de una interpretación está entonces justificada por la estructura de un discurso que da permiso a las múltiples dimensiones del sentido para realizarse al mismo tiempo. En resumen, el lenguaje está de fiesta. Es dentro de una estructura que esa abundancia se ordena y se despliega; pero la estructura de la frase no crea nada absolutamente; colabora con la polisemia de nuestras palabras para producir este efecto de sentido que llamamos discurso simbólico y la polisemia de nuestras palabras resulta ella misma del concurso del proceso metafórico con la acción limitativa del campo semántico.

Así no cesan de complicarse y renovarse los intercambios entre estructura y acontecimiento, entre sistema y acto. Es evidente que la instalación de una o varias isotopías es la obra de secuencias mucho más largas que la frase y que sería necesario, para proseguir este análisis, cambiar de nuevo de nivel de referencia, considerar el *eslabonamiento de un texto*: sueño, poema o mito. Es a ese nivel que encontraría mi problema de la hermenéutica. Pero es en la unidad compleja de la palabra, me parece, que todo se realiza. Es ahí que el cambio de la génesis y de la estructura se pone en claro. Pero para interpretar correctamente ese *trabajo* del lenguaje hay que volver a aprender a pensar como Humboldt en términos de proceso, más bien que de sistema, de estructuración más bien que en estructura.

La palabra me ha parecido ser el punto de cristalización, el nudo de todos los cambios entre estructura y función. Si tiene esta virtud de obligar a crear nuevos modelos de inteligibilidad, es porque ella misma está en la intersección de la lengua y de el habla, de la sincronía y de la diacronía, del sistema y del proceso. Subiendo del sistema al acontecimiento, en la instancia del discurso, aporta la estructura al acto de hablar. Regresando del acontecimiento al sistema, le aporta la contingencia y el desequilibrio, sin lo cual no podría ni cambiar, ni

durar; en resumen, da una «tradicción» a la estructura que en ella misma está fuera del tiempo.

Me detengo aquí. Pero no quisiera hacer pensar que el fenómeno del lenguaje ha sido agotado; son posibles otros enfoques. Acabo de hacer una alusión al nivel del texto y a la estrategia de la exégesis que corresponde a ese nivel posterior de organización. Llegando más lejos en la misma dirección nos encontraríamos los problemas planteados por Heidegger en lo que concierne a la ontología del lenguaje. Pero esos problemas exigirían no sólo un cambio de nivel, sino un cambio de consideración. Heidegger no procede según el orden ascendente que hemos seguido, que es un orden progresivo de los elementos a las estructuras, y de las estructuras a los procesos. Él sigue otro orden —perfectamente legítimo en él mismo— que consiste a partir del ser dicho, del peso ontológico de los lenguajes terminados como el del pensador, del poeta, del profeta. Así, adosado al lenguaje que piensa, él se pone en camino hacia el hablar: *Unterwegs zur Sprache*. Pues, parece que estamos siempre en camino hacia el lenguaje, aunque el lenguaje sea él mismo el camino. Ese camino heideggeriano hacia el lenguaje, no lo tomaré; pero permítanme ustedes, en conclusión, decir que si no lo he abierto explícitamente, no lo he cerrado. No lo he cerrado, porque nuestra propia gestión ha consistido en pasar, del ámbito del mundo de los signos, a la apertura del discurso. Habría entonces una nueva cantera para una meditación sobre la «palabra». Pues, hay grandes palabras, palabras poderosas —Mikel Dufrenne habla magníficamente en *Le Poétique*: a favor del proceso de nominación, esas palabras operan la captura de cierto aspecto del ser, por una especie de violencia que delimita aquello mismo que la palabra abre y descubre. Esas son las grandes palabras del poeta, del pensador: muestran, hacen resaltar lo que rodean con su ámbito. Pero si esta ontología del lenguaje no puede convertirse en nuestro tema, por razón de la forma de desarrollo de este estudio, quizá pueda ser considerada como el horizonte de esta búsqueda. Considerada a partir de este horizonte, nuestra investigación parece movida y guiada por una convicción, a saber, que lo esencial del lenguaje comienza más allá del ámbito de los signos. Nos mantenemos en el ámbito de los signos cuando descendemos hacia los elementos, los inventarios y las nomenclaturas y hacia las combinaciones subyacentes. Mientras más nos alejamos en

efecto del plano de manifestación, para introducirnos en el espesor del lenguaje en dirección a unidades subléxicas, más realizamos el ámbito del lenguaje; las unidades que revelamos por el análisis no significan nada: son simples posibilidades combinatorias; no dicen nada: se limitan a juntar y a separar. Pero, en el movimiento de ida y vuelta entre el análisis y la síntesis, la vuelta no es equivalente a la ida; en la vía de la vuelta, ascendiendo los elementos hacia el texto y el poema completo, emerge, en un rescoldo de la frase y de la palabra, una problemática nueva, que tiende a eliminar el análisis estructural; esta problemática propia al plano del discurso, es la del decir. El surgimiento del decir en nuestro hablar es el misterio mismo del lenguaje; el decir, es lo que yo llamo la abertura, o mejor apertura del lenguaje. Usted ha adivinado que la abertura más extrema pertenece a la fiesta del lenguaje.

«Esprit», mayo de 1967.

BIBLIOGRAFIA:

- E. BENVÉNISTE: *Probleme de Linguistique Générale*, Gallimard, 1966.
- NOAM CHOMSKY: *Syntactic Structures*, Mouton, 1964.
Current Issues in Linguistic Theory, Mouton, 1964.
Aspects of the Theory of Syntax, M.I.T. Press, 1965.
Cartesian Linguistics, Harper and Rowe, 1965.
- Langages, «La Grammaire Générative», revue trimestrielle, No. 4, dic. 1966; Larousse.
- A. J. GREIMAS: *Sémantique Structurale*, Larousse 1966.
- GUSTAVE GUILLAUME: *Temps et Verbe*, Champion, 1965
Langage et Science du Langage, Nizet et Presses de l'Univ. de Québec, 1964.
- HJELMSLEV: *Prolegomena to a Theory of language* (1943), trad. angl. Univ. of Wisconsin Press, 1963.
Le Langage (1963). Trad. fr. Ed. de Minuit, 1966.



Michel Delahaye
y Jacques Rivette

EL FUTURO DEL CINE ¿ARTE EXISTENCIAL?*

Damos inicio aquí a una serie de entrevistas con algunos testigos sobresalientes de la cultura contemporánea.

El cine se ha convertido en un hecho cultural con el mismo rango de los demás y todas las artes y pensamientos tienen que referirse a él y viceversa. Es este fenómeno de información recíproca, a veces evidente (aunque no siempre en el mejor de los casos), a menudo difuso lo que entre otras cosas quisiéramos tratar de enmarcar en esas conversaciones. El cine, siempre presente en ocasiones como telón de fondo y otras en primer plano estará y lo esperamos así, situado en una perspectiva más amplia que a veces se corre el riesgo de olvidar por el archivismo o la idolatría (que también juegan su papel). Roland Barthes, autor de *Grado cero de la escritura de Mitologías de un Michelet*, de *Sobre Racine*, así como de innumerables y muy exitantes artículos (dispersos hasta el momento en *Theatre Populaire*, *Arguments*, *La Revue de Sociologie Française*, *Les Lettres Nouvelles*, etc. y que esperamos sean próximamente compilados), primer investigador y comentarista francés de Brecht, es el primero de nuestros invitados de honor.

Le agradecemos su gentileza por haber accedido a releer atentamente el texto de esta conversación (registrada en cinta magnetofónica).

—¿Cómo integra el cine a su vida? ¿Lo considera usted en calidad de espectador o de espectador-crítico?

Quizás habría que partir de hábitos de cine, de la forma en que entra éste en la vida. En cuanto a mí, no voy muy a menudo al cine, a penas

* Entrevista de *Cahiers du Cinéma* con Roland Barthes.

una vez por semana. En lo que se refiere a la elección del filme, en el fondo, nunca es totalmente libre; sin duda que preferiría ir al cine solo; porque para mí se trata de una actividad enteramente proyectiva; pero como resultado de la vida social, ocurre que lo más frecuente es que uno vaya con dos o más personas lo que hace que a partir de ese momento, la selección se convierta, quíeralo o no, en algo embarazoso. Si yo pudiera escoger en forma puramente espontánea, mi selección tendría que tener un carácter de improvisación total, librada de cualquier tipo de imperativo cultural o cripto-cultural guiado por las fuerzas más oscuras de mí mismo. Lo que plantea un problema en la vida del usuario es que hay una especie de moral más o menos difusa de las películas que hay que ver, de los imperativos necesariamente de origen cultural que son bastante fuertes cuando uno pertenece a un medio de este tipo (será que hay que rebelarse contra ello para considerarse libre). Algunas veces eso tiene algo de bueno, como todos los snobismos. Uno está siempre dialogando con esta especie de ley del gusto cinematográfico; que es probablemente tan fuerte como fresca es la cultura cinematográfica. Ya el cine no es algo primitivo, ahora se distinguen en él fenómenos de clasicismo, de academismo y de vanguardia, lo que nos sitúa, en razón de la propia evolución de este arte, en medio de un juego de valores. Aunque, cuando selecciono las películas que hay que ver entran en conflicto con la idea de imprevisibilidad, de disponibilidad totales que todavía representa el cine para mí, y de manera más precisa, con los filmes que espontáneamente quisiera ver, pero que no son los seleccionados por esta especie de cultura difusa que se está conformando.

—¿Qué piensa usted del nivel de esa cultura, aún difusa tratándose de cine?

Es una cultura difusa porque es confusa: quiero decir con eso que en el cine hay una especie de entrecruzamiento posible de valores: los intelectuales se ponen a defender los filmes de masa y el cine comercial puede absorber muy rápido los filmes de vanguardia. Esta *aculturación* es propia de nuestra cultura de masas, pero posee un ritmo diferente según los géneros, en el cine parece ser muy intensa; en literatura el cruce se hace más cerrado, se hace más escogida; no creo posible unir a esto la literatura contemporánea, lo que suele hacerse, sin un cierto

conocimiento e incluso sin un conocimiento técnico porque el ser de la literatura se incluye en su técnica. En suma, la situación cultural del cine es actualmente contradictoria: ¿imagina usted una literatura-verdad análoga al cine-verdad? Con el lenguaje sería imposible, la verdad se hace imposible con el lenguaje.

—No obstante, uno se refiere constantemente al concepto de «lenguaje cinematográfico» como si la existencia y la definición de ese lenguaje fueran admitidos universalmente, ya sea que se tome la palabra lenguaje en un sentido puramente retórico (por ejemplo, las convenciones estilísticas atribuidas a la contrainmersión o al travelling) o que se le tome en un sentido muy general como relación entre un significante y un significado.

Probablemente en mi caso lo que sucede es que no he logrado integrar el cine a la esfera del lenguaje, que soy un consumidor de modo puramente proyectivo y no como analista.

—¿No hay, si no imposibilidad, al menos dificultad por parte del cine para entrar en esa esfera del lenguaje?

Se puede tratar de situar esa dificultad. Nos parece hasta el presente que el modelo de todos los lenguajes, es la palabra, el lenguaje articulado. Además, este lenguaje articulado es un código, utiliza un sistema de signos no-analógicos (y que por consiguiente pueden ser y son discontinuos); a la inversa, el cine se ofrece a primera vista como una expresión analógica de la realidad (y, además, continua); y una expresión analógica y continua no sabe uno por qué extremo tomarla para introducirla en esa realidad y esbozar un análisis de tipo lingüístico; por ejemplo, ¿cómo separar (semánticamente), cómo hacer variar el sentido del filme, de un fragmento de filme? Por tanto, si el crítico quisiera tratar el cine como lenguaje abandonando la inflación metafórica del término, tendría primero que discernir si en la continuidad filmica hay elementos no analógicos o de una analogía deformada, o transpuesta, o codificada provistas de una sistematización tal que permita tratarseles como fragmentos de lenguaje; ahí hay temas de investigación concreta, que todavía no han sido abordados que lo podrían ser en principio a través de especies de tests filmicos, después de los cuales se vería si es posible establecer una semántica, incluso parcial (sin duda

parcial) del filme. Se trataría aplicando métodos estructuralistas, de aislar elementos filmicos, ver cómo son captados, a qué significaciones corresponden en tal o cual caso y haciéndolas variar, ver en qué momento la variación del significante conlleva una variación del significado. Se pudiera entonces aislar verdaderamente en el filme unidades lingüísticas con las que se podría luego construir las «clases», los sistemas, las declinaciones.¹

—¿Esto no interrumpe ciertas experiencias realizadas al final del cine silente en un plano más empírico, principalmente por los soviéticos, y que no han sido muy concluyentes, salvo cuando esos elementos de lenguaje fueron tomados por un Eisenstein en la perspectiva de una poética? Pero cuando esas investigaciones se quedan en el plano de la pura retórica como en Pudovkin, casi enseguida son refutadas: todo ocurre en el cine como si desde el momento en que se estableciese una relación semiológica, ésta quedara inmediatamente refutada.

De todas formas, si se llegara a establecer una especie de semántica parcial sobre puntos precisos (es decir para significados precisos) sería muy difícil explicar por qué todo el filme no se construye como una yuxtaposición de elementos discontinuos; chocaríamos entonces con el segundo problema, el de la discontinuidad de signos —y de la continuidad de la expresión.

—¿Pero se llegarían a descubrir esas unidades lingüísticas? ¿Nos consideraríamos por ello más avanzados toda vez que no están hechas éstas para ser percibidas como tales? La impregnación del espectador por el significado se realiza a otro nivel, de otro modo que la impregnación del lector.

Sin duda que tenemos una visión muy estrecha de los fenómenos semánticos y lo que en el fondo nos es más difícil de comprender es lo que pudiéramos llamar las grandes unidades significantes, incluso dificultades en lingüísticas puesto que la estilística no ha avanzado en lo absoluto (hay estilísticas psicológicas, pero todavía no estructurales). Probablemente la expresión cinematográfica también pertenece a

¹ El lector podrá referirse, con interés, a dos artículos recientes de Roland Barthes: «La imaginación del signo» (*Arguments* No. 27-28) y «La actividad estructuralista» (*Les Lettres Nouvelles*, No. 32).

este orden de grandes unidades significantes, que corresponden a significados globales, difusos, latentes, que no son de la misma categoría de los significados aislados y discontinuos del lenguaje articulado. Esta oposición entre una micro-semántica y una macro-semántica tal vez constituiría otra manera de considerar el cine como lenguaje abandonando el plano de la *denotación* (acabamos de ver que es bastante difícil aproximar las unidades primarias, literales) para pasar al plano de la *connotación*, es decir al de los significados globales, difusos, y en cierta medida secundarios. Se pudiera aquí comenzar por inspirarse en los modelos retóricos (y no literalmente lingüísticos) aislados por Jakobson, aplicados, de paso, al cine; me refiero a la metáfora y a la metonimia. La metáfora es el prototipo de todos los signos que pueden sustituirse cuyo sentido se recubre porque entran en contigüidad, en contagio, podría decirse; por ejemplo un almanaque que se deshoja, es una metáfora; y estaríamos tentados de decir que en el cine, cualquier montaje, es decir cualquier continuidad significativa es una metonimia, y puesto que el cine es montaje, el cine es un arte metonímico (al menos por ahora).

—¿Pero el montaje no es al propio tiempo un elemento que no puede enmarcarse? Puesto que todo es montaje, desde un plano de revolver seis imágenes hasta un gigantesco movimiento de aparato de cinco minutos, mostrando trescientas personas y una treintena de acciones entrecruzadas, esos dos planos se pueden montar uno detrás del otro —que no por ello no estarán en el mismo plano...

Yo creo que lo que sería interesante hacer es ver si un procedimiento cinematográfico puede ser convertido metodológicamente en unidad significativa: si los procesos de elaboración corresponden a unidades de lectura del filme; el sueño de todo crítico es poder definir un arte por su técnica.

—Pero los procesos son todos ambiguos: por ejemplo, la retórica clásica dice que hundimiento significa desplome: se encuentran doscientos casos, al menos, en que hundimiento no tiene en lo absoluto ese sentido.

Esta ambigüedad es normal y no es lo que complica nuestro problema. Los significantes son siempre ambiguos: el número de significados ex-

cede invariablemente al de significantes: sin eso no habría ni literatura ni arte ni historia ni nada de lo que hace que el mundo se mueva. Lo que constituye la fuerza de un significante no es su claridad sino que pueda ser percibido como tal. Yo diría cualquiera que fuese el sentido: no son las cosas las que cuentan sino el lugar que éstas ocupan. El nexo de significante al significado tiene mucho menos importancia que la organización de los significantes entre sí: hundimiento ha podido significar desplome, pero sabemos que esta retórica está superada porque precisamente la sentimos fundada en una relación de analogía entre «hundir» y «desplomar», que nos parece ingenua sobre todo hoy día en que una psicología de la «denegación» nos ha enseñado que puede haber una relación válida entre un contenido y la forma que le parece más «naturalmente» contraria. En esta revelación del sentido que provoca el hundimiento lo que es importante es la revelación y no el sentido.

—Precisamente, luego de un primer período «analógico», ¿no está ya saliendo el cine de este segundo período de anti-analogía por un empleo más flexible, no codificado, de «figuras de estilo»?

Creo que si los problemas de simbolismo (puesto que la analogía pone en tela de juicio el cine simbólico) pierden su precisión, su agudeza, es sobre todo porque entran en las grandes vías lingüísticas indicadas por Jakobson, la metáfora y la metonimia, el cine parece por el momento haber elegido la vía metonímica o si lo prefiere sintagmática, siendo el sintagma un fragmento extendido, agenciado, actualizado de signos, en una palabra, un trozo de discurso. Es muy chocante que contrariamente a la literatura de «no pasa nada» (cuyo prototipo sería «La educación sentimental»), el cine, incluso aquél que en principio no se ofrece como de masas es un discurso donde el relato, la anécdota, el argumento (con su consecuencia mayor, el *suspense*) no está jamás ausente: incluso lo «rocabolesco», que es la categoría enfática, caricaturizada de lo anecdótico, no es incompatible con el cine de calidad. En él «sucede algo» y ese hecho tiene naturalmente una relación muy estrecha con la vía metonímica, sintagmática de la que hablaba anteriormente. Una «buena historia» es en efecto, en términos estructurales una serie lograda de *dispatchings* sintagmáticos: dada una tal situación (tal signo) ¿de qué puede estar seguido? Hay un cierto número de posibilidades, pero éstas son en número finito (es esa finitud, ese cierre

de los posibles lo que funda el análisis estructural) y en ello la elección del director de escena realiza el «signo» siguiendo dicho significante; el sentido es efectivamente una libertad; pero una libertad vigilada (por el finito de los posibles); cada signo (cada «momento» del relato, del filme) sólo puede ser seguido de otros signos, de algunos otros momentos; esta operación que consiste en prolongar, en el discurso, en el sintagma, un signo por otro (según un número finito, y a veces muy restringido, de posibilidades) se llama una *catálisis*; en la palabra, por ejemplo, no se puede catalizar el signo perro más que por un número pequeño de otros signos (ladra, duerme, come, muerde, corre, etc.), pero no cose, vuela, barre, etc.; el relato, el sintagma cinematográfico también está sometido a reglas de catálisis, que el director practica sin duda empíricamente, pero que el crítico, el analista debiera tratar de recobrar. Porque naturalmente, cada *dispatching*, cada catálisis tiene su parte de responsabilidad en el sentido final de la obra.

—La actitud del director en la medida que podemos juzgarla, es tener una idea más o menos precisa del sentido con anterioridad, y de recobrarla más o menos modificada después. Mientras tanto se enfrasca casi por entero en un trabajo que se sitúa fuera de la preocupación del sentido final: el director fabrica pequeñas células sucesivas, guiado, por... ¿Por qué cosa? Eso es lo que resultaría interesante determinar.

Solamente puede ser guiado, más o menos conscientemente, por su ideología profunda, por el partido que toma en el mundo; porque el sintagma es también responsable del sentido que se imprime a sí mismo, es por eso que el cine puede convertirse en un arte metonímico y ya no simbólico, sin perder nada de su responsabilidad, muy por el contrario. Recuerdo que Brecht nos había sugerido a «*Théâtre Populaire*» que organizara intercambios (epistolares) entre él y los jóvenes autores dramáticos franceses; eso hubiera sido como «jugar» al montaje de una pieza imaginaria, es decir de una serie de situaciones, como en una partida de ajedrez; uno hubiera avanzado una situación, el otro habría escogido la siguiente, y naturalmente (ahí estaba el interés del «juego»), cada golpe sería discutido en función del sentido final, es decir, según Brecht, de la responsabilidad ideológica; pero no tenemos autores dramáticos franceses. En todo caso usted ve que Brecht, teórico agudo —y práctico— del sentido, tenía una conciencia muy fuerte del

problema sintagmático. Todo esto parece probar que hay posibilidades de intercambio entre la lingüística y el cine, a condición de escoger una lingüística del sintagma más bien que una lingüística del signo.

—Tal vez la proximidad del cine como lenguaje no será nunca perfectamente realizable; pero es al mismo tiempo necesaria, para evitar ese peligro de disfrutar del cine como de un objeto que no tenga ningún sentido, sino puro objeto de placer, de fascinación, completamente desprovisto de toda raíz y de toda significación. Además el cine quiere o no, tiene siempre un sentido: por tanto hay siempre un elemento de lenguaje que juega...

Por supuesto, la obra tiene siempre un sentido; pero precisamente la ciencia del sentido que actualmente conoce una promoción extraordinaria (por una especie de snobismo fecundo), nos enseña paradójicamente que el sentido, si puedo decirlo así, no está encerrado en el significado; la relación entre significante y significado (es decir, el signo) aparece al principio como el fundamento mismo de toda reflexión «semiología»: pero por consecuencia, se llega a tener del «sentido», una visión mucho más amplia, en gran medida menos centrada sobre el significado (todo lo que hemos dicho del sintagma va en esa dirección); debemos esta ampliación a la lingüística estructural por supuesto, pero también a un hombre como Lévi-Strauss, que ha demostrado que el sentido (o más exactamente el significante) es la más alta categoría de lo inteligible. En el fondo, es lo *inteligible* humano lo que nos interesa. ¿Cómo manifiesta el cine o alcanza las categorías, funciones, la estructura de lo inteligible, elaboradas por nuestra historia, nuestra sociedad? Es a esta pregunta que podría responder una «semiología del cine».

—Es sin duda imposible realizar lo inteligible.

En lo absoluto. Todo tiene un sentido, incluso el sin-sentido (que al menos tiene el sentido secundario de ser un sin-sentido). El sentido es para el hombre una fatalidad tal que en tanto que libertad, el arte parece emplearse, sobre todo hoy día, no para *hacer* sentido sino por el contrario para *suspenderlo*; para construir sentidos, no pará colmarlos exactamente.

—Tal vez podamos tomar aquí un ejemplo; en la puesta en escena (teatral) de Brecht, hay elementos de lenguaje que en principio no son susceptibles de ser codificados.

Con relación a este problema del sentido, el caso de Brecht es bastante complicado. Por una parte ha tenido como ya he dicho, una aguda conciencia de las técnicas del sentido (lo que era muy original con relación al marxismo, poco sensible a las responsabilidades de la forma); conocía la responsabilidad total de los más humildes significantes, como el color de un traje o el lugar de un proyector; y usted sabe en qué medida estaba fascinado por los teatros orientales: teatros en los cuales la significación está muy codificada —por no decir en clave— y por consiguiente muy poco analógico; en fin hemos visto con qué minuciosidad trabajaba, y quería que se trabajase, la responsabilidad semántica de los «sintagmas» (el arte épico que preconizó; es por otra parte un arte fuertemente sintagmático); y naturalmente, toda esta técnica estaba pensada en función de un sentido político. *En función de*, pero tal vez no *en vista de*; es aquí que se toca la segunda vertiente de la ambigüedad brechtiana; me pregunto si ese sentido *comprometido* de la obra de Brecht no es finalmente, a su modo, un sentido *suspendido*; usted recuerda que su teoría dramática comporta una suerte de división funcional de la escena y de la sala a la obra en plantear preguntas (en los términos evidentemente escogidos por el autor; es un arte responsable), al público para encontrar las respuestas (lo que Brecht llamaba la *salida*); el sentido (en la acepción positiva del término) se desplazaba de la escena a la sala; en suma, hay en el teatro de Brecht, un sentido, y un sentido muy fuerte, pero ese sentido, es siempre una interrogación. Tal vez es eso lo que explica ese teatro, que si ciertamente es un teatro crítico, polémico, comprometido, no es sin embargo un teatro militante.

—¿Este intento pudiera ser extensivo al cine?

Parece siempre muy difícil y bastante vano transportar una técnica (y el sentido es una de ellas) de un arte a otro: no por purismo de géneros, sino porque la estructura depende de los materiales empleados; la imagen espectadora no posee la misma materia que la imagen cinematográfica, no se ofrece en igual medida al corte, a la duración, a la

percepción; el teatro me parece ser un arte mucho más «burdo», o digamos si lo desea, más «denso» que el cine (la crítica teatral también me parece más burda que la cinematográfica), por tanto más próxima a las tareas directas, de tipo polémico, subversivo, discutibles (dejo a un lado del teatro del acuerdo, de conformismo, de la solidez).

—Hace algunos años usted evocó la posibilidad de determinar la significación política de una película examinando, más allá de su argumento, la intención que lo constituye como filme: siendo el filme de izquierda globalmente caracterizado por su lucidez, el de derecha por su vocación a una cierta fantasía...

Lo que me pregunto ahora es, si no hay artes por naturaleza, por técnica, más o menos reaccionarias. Lo estimo así de la literatura, no creo posible que haya una literatura de izquierda. Una literatura problemática, sí, es decir una literatura del sentido en suspensión: un arte que provoque respuestas, pero que no las da. Creo que la literatura, en el mejor de los casos es eso. En cuanto al cine, tengo la impresión que está sobre ese plano, muy próximo a la literatura, y que está por su materia y su estructura, mucho mejor preparado que el teatro para asumir una responsabilidad muy particular de las formas, que yo he llamado la técnica del sentido en suspensión. Creo que el cine tiene dificultades en dar sentidos claros y que en su estado actual, no debe hacerlo. Los mejores filmes (para mí) son aquellos que mejor suspenden el sentido. Suspender el sentido es una operación extremadamente difícil, que exige a la vez una técnica muy grande y una lealtad intelectual total. Ello quiere decir despojarse de todos los sentidos parásitos, lo que resulta difícil en extremo.

—¿Ha visto usted filmes que le hayan dado esa impresión?

Sí, *El Ángel Exterminador*. No creo que la advertencia hecha por Buñuel, al principio: yo, Buñuel, les digo que este filme carece de sentido; no creo en lo absoluto que sea una coquetería de su parte; creo que es verdaderamente la definición del filme. Y en esta perspectiva, el filme es muy hermoso: se puede ver cómo, a cada momento, el sentido está en suspenso, sin resultar jamás, por supuesto, un sinsentido. No es en lo absoluto un filme absurdo; está lleno de sentido:

lleno de lo que Lacan llama la «significancia». Está lleno de significancia, pero no tiene ni un sentido, ni una serie de pequeños sentidos, y por eso mismo es un filme que sacude profundamente, y que sacude más allá del dogmatismo, más allá de las doctrinas. Normalmente, si la sociedad de consumidores de películas estuviera menos alienada, este filme debiera, como se dice vulgar y justamente, «hacer reflexionar». Se podría por otra parte, mostrar, lo que tomaría tiempo, cómo los sentidos que «toman» a cada instante, se captan en un dispatching extremadamente dinámico, extremadamente inteligente, hacia un sentido siguiente que por sí mismo no es nunca definitivo.

—Y el movimiento del filme es el movimiento mismo de ese dispatching perpetuo.

Hay también en esa película un logro inicial, que es responsable del logro global: la historia, la idea, el argumento tiene una claridad que da ilusión de necesidad. Se tiene la impresión que Buñuel lo único que tiene que hacer es tirar de la cuerda. Hasta el presente yo no era muy buñuelista; pero aquí, él pudo, al máximo, expresar toda su metáfora (porque Buñuel ha sido siempre muy metafórico), todo su arsenal y su reserva personal de símbolos: avalado en conjunto por esa especie de claridad sintagmática, por el hecho de que el dispatching se produjo, cada segundo, como tenía que producirse.

—Por otra parte, Buñuel siempre ha confesado su metáfora con una tal claridad, ha sabido siempre respetar la importancia de lo que va primero y lo que va a continuación, de tal manera que se la puede aislar, ponerla entre comillas, por tanto superarla o destruirla.

Desgraciadamente, para los fanáticos ordinarios de Buñuel, éste se define sobre todo por su metáfora, la «riqueza» de sus símbolos. Pero si el cine moderno tiene una dirección, es en *El Ángel Exterminador* que se la puede encontrar...

—A propósito del cine moderno, ¿ha visto usted *El Inmortal*?

Sí... Mis relaciones (abstractas) con Robbe Grillet me complican un poco las cosas. Estoy de mal humor, no hubiera querido que él hiciera cine... Y bien, allí está la metáfora... De hecho, Robbe Grillet no mata

del todo el sentido, lo embrolla; cree que basta embrollar un sentido para matarlo. Matar un sentido es algo fás difícil que eso.

—Y le imprime cada vez más fuerza a un sentido que por otro lado es cada vez más llano.

Porque lo «varía», no lo suspende. La variación impone un sentido más y más fuerte, del tipo obsesivo: un número reducido de significantes «variados» (en el sentido musical de la palabra) devuelve al mismo significando (es la definición de la metáfora). Por el contrario, en ese famoso *Angel Exterminador*, sin hablar de la especie de decisión dirigida a la repetición (al principio, en las escenas retomadas literalmente) no constituyen una suite inmóvil (obsesiva, metafórica) participen cada una en la transformación progresiva de una sociedad de fiesta en sociedad de restricción, constituyen una duración irreversible.

—Además, Buñuel juega a la cronología: la no-cronología es una facilidad: empuña falsamente al modernismo.

Volvemos aquí a lo que decía al comienzo: es hermoso porque hay un relato; una historia con un comienzo, un final, un suspenso. Actualmente, el modernismo aparece muy a menudo como una forma de traicionar la historia o la psicología. El criterio más inmediato del modernismo, para una obra, es no ser «psicológica», en el sentido tradicional del término. Pero al propio tiempo no se sabe en lo absoluto cómo expulsar a esa famosa psicología, esta famosa afectividad entre los seres, este vértigo relacional que (y ahí está la paradoja) ya no está a cargo de las obras de arte, sino de las ciencias sociales y la medicina: «el alma» se ha convertido en sí en un hecho patológico. Hay una como suerte de división de las obras modernas frente a la relación interhumana, inter-individual. Los grandes movimientos de emancipación ideológica —digamos el marxismo, para hablar claramente— han dejado de lado al hombre como individuo y sin duda que no podía hacer otra cosa. Además, se sabe muy bien que ahí también hay algo de trampa, algo que no está bien: mientras que haya «escenas» conyugales, habrá preguntas que hacer al mundo.

—El verdadero tema del arte moderno, es el de las posibilidades de la felicidad. Actualmente, todo transcurre en el cine como si se constatará

la imposibilidad de encontrar la felicidad en la hora actual, con una especie de recurrencia al futuro. Tal vez en los años venideros se verán las tentativas para una nueva concepción de la felicidad.

Exactamente, ninguna gran ideología ni utopía toma hoy día a su cargo esa necesidad. Ha habido toda una literatura utopista inter-espacial, pero la especie de miedo-utopía que consistiría en imaginar utopías psicológicas o relacionales no existe. Pero, si la ley estructuralista de rotación de necesidades y de formas entra a jugar aquí, deberemos llegar pronto a un arte más existencial. Es decir, que las grandes declaraciones anti-psicológicas de estos diez últimos años (en los que yo mismo he participado como se debe) debieran refutarse y volverse obsoletas. Por ambiguo que sea el arte de Antonioni, es tal vez por ahí que nos llega y nos parece importante.

Dicho de otra forma, si queremos resumir qué es lo que deseamos ahora, esperamos: películas sintagmáticas, filmes de historia, filmes «psicológicos».

Cahiers du cinema.

EL MITO: CODIGO Y MENSAJE

Los «Pueblos» forman una cultura relativamente homogénea distribuida a ambos lados de la frontera de Arizona y Nuevo México. Esta sociedad ha permanecido sin cambios desde una época muy anterior a las conquistas españolas del siglo XVI y forma actualmente un microcosmos en el cual las diferentes tribus que viven bajo un «status» de «Indian Reservations», sólo tienen un mínimo contacto con el mundo exterior. Los «Pueblos» se dividen en cuatro áreas lingüísticas repartidas de oeste a este como sigue: Hopí y Zuni (pueblos occidentales de Arizona y de la zona fronteriza de Nuevo México), Keresan y Panoan (pueblos orientales establecidos a lo largo de las riberas del Río Grande). La obra de Sebag está consagrada a los mitos de emergencia de los Keresan. Estos mitos forman un objeto privilegiado para el análisis estructural dado el número de versiones recogidas por los etnólogos en los diferentes poblados.

La relación entre mito y realidad social se deja aprehender bajo varios ángulos diferentes:

- a/ El discurso mítico como todo otro discurso humano tiene necesidad de una materia que le preexista y le sirva de soporte. El la encuentra en el medio natural y humano en cuyo seno surge.
- b/ Tiende a resolver sobre el plano simbólico las antinomias vividas como difícilmente conciliables en el nivel real.
- c/ Sólo logra esto porque pone en acción de una manera más radical —en este caso el intelecto no trata más que consigo mismo— la lógica subyacente a la organización social.

- d/ Haciéndolo, anticipa sobre las formas posteriores del comportamiento humano. En una perspectiva diacrónica no será solamente efecto, resultado; sino causa porque las acciones futuras llevarán su marca.
- e/ Finalmente supera la sociedad particular que lo ha engendrado, dado que más allá de los contenidos parciales, procura significar ciertas estructuras permanentes del espíritu.

Este punto es esencial. Todo discurso humano —y el mito más particularmente— se encuentra con relación al sujeto que es su productor en una relación que toma forma a diferentes niveles. Este sujeto pertenece a una sociedad determinada que se integra ella misma a un área cultural que forma parte de un continente.

El paso de un estrato al otro implica una cierta generalización puesto que desaparecen seres e instituciones que sólo son válidos en una escala determinada. Pero más allá de toda referencia a un dato particular, el mito da cuenta de problemáticas que son constitutivas de toda cultura y ofrecen un número finito de soluciones. En este punto la comparación no se vincula ya con una unidad cultural o geográfica, sino que puede extenderse a la humanidad entera. Lévi-Strauss ha dado una ilustración sorprendente de este tipo de gestión cuando ha mostrado que tres mitos correspondientes a diferentes culturas, ya que uno viene de Tikopia, el otro ha sido recogido entre los Objewa de América del Norte, el tercero entre los Bororo de América del Sur, se proponen con títulos diversos dar cuenta del paso de lo continuo a lo discontinuo, que es lo propio de toda simbolización.¹ Este paso se opera diversamente aquí y allá, y las referencias etnográficas intervienen entonces para dar cuenta de la multiplicidad de las soluciones; pero éstas sólo devienen inteligibles una vez relacionadas con esta problemática primordial. La universalidad alcanzada es efectiva en la medida en que lo codificado en los tres casos es justamente la relación del espíritu con el mundo en lo que ella puede tener de universal.

Ahora bien, el mito Acoma se enraiza, el mismo, en ese grado de profundidad. Como todo mito de origen, reflexiona sobre las condiciones de posibilidad de la sociedad humana y las encuentra en la transición de la conjunción real, inmediata, al signo de esta conjunción. La creación se

¹ *El totemismo hoy*, pp. 27-29, 36-37; *El pensamiento salvaje*, p. 302, *Lo crudo y lo cocido*, pp. 60-63 (en francés).

desarrolla en dos tiempos: creación del universo que es el hecho de Uchtsiti, creación de los animales, de los vegetales, de los dioses finalmente, que realizan las dos hermanas. En cada ocasión se trata de una dispersión. Inicialmente todo está contenido en la persona de Uchtsiti. El estalla literalmente en el espacio, haciendo nacer la tierra. Más tarde, las cestas que recibe Latiku y Nautsiti están llenas de todos los seres Latiku que poblarán el universo y su tarea es la de distribuir su contenido por la superficie de la tierra. La conexión inicial de los elementos reunidos en un solo punto debe ceder su lugar a otro tipo de relaciones ya que el aislamiento absoluto no es posible (los hombres necesitan de los vegetales, de los animales, de los dioses). La solución escogida en primer lugar es análoga, agregada la distancia a la situación inicial: acercamiento de términos cuyo alejamiento sólo sería, entonces, aparente. También los dioses vendrán en persona a visitar el lugar de los hombres. Pero el poder humano verdadero reside en la simbolización. Cuando los Acoma imitan de manera irrespetuosa a los Katchina, no hacen otra cosa que realizar, deformándolo, aquello que los caracteriza en propiedad. La perturbación que de allí se desprende conduce a unos y a otros a romper toda relación directa en favor solamente de la metaforización.

Al término del recorrido los hombres se encuentran en el centro del mundo y son capaces de sintetizar en ese espacio limitado toda la diversidad de lo real. Esta operación sólo es posible por la mediación del símbolo que permite a los seres ocupar un lugar bien definido, sin dejar de estar presentes en el recinto de los hombres. Sólo en la medida en que éstos son aptos para traducir en su lenguaje propio —actividades, rituales, fetiches, etc.—, el conjunto de predicados de los seres que pueblan el universo, es que la sociedad humana está acabada. La única apropiación del mundo es la que pasa por la mediación de los signos. Una problemática tal no se encuentra evidentemente por doquier. Al tratar la relación del espíritu y del mundo, el mito escoge ciertos rasgos constitutivos que se esfuerza en valorizar plenamente. Pero sería fácil mostrar que mitos pertenecientes a otras áreas culturales o tribus² cuya organización social, maestría técnico-económica y valores son todos diferentes, se plantean y resuelven el mismo problema. Es que en esta fase

² Los mitos que hemos recogido entre los Ayoré de Bolivia, tratan explícitamente del mismo problema; pero por su forma como por su contenido, ellos se oponen radicalmente a los mitos de los «Pueblos».

el espíritu no se enfrenta solamente con las dificultades particulares a una comunidad humana determinada, sino con las que se desprenden del ejercicio mismo de sus propiedades.

Lo que el mito dice puede ser entonces retomado independientemente de toda posición social o histórica particular.

El análisis estructural toca aquí en cierta medida, a su fin. Partiendo de mensajes, en un primer momento, ininteligibles y dedicándose a un perseverante trabajo de descifrado nos descubre las reglas que presiden su constitución. Estas nos permiten acceder a su significación. Al revelar el sistema inconsciente subyacente a la cadena sintagmática dicho análisis le quita a esta cadena su carácter extranjero, absurdo, para hacerla accesible. En una palabra, el análisis estructural, allí donde ha sido aplicado, permite siempre una recuperación hermenéutica que no era posible hasta ese momento. Hacerlo constar tiene su importancia. El debate que se inicia debe encontrar normalmente lugar en toda reflexión sobre el alcance filosófico de la investigación mitológica conducida según los criterios arriba definidos. En varias ocasiones, M. Ricoeur ha vuelto sobre el problema y sus análisis pueden servirnos de hilo directriz.

La oposición entre hermenéutica y estudio estructural, se encuentra definida en primer lugar por la posición misma del observador que remite a los fines encarrados en uno y otro caso. La investigación hermenéutica se sitúa en el interior del campo que mide. El que la lleva a cabo reconoce como suya propia la ley de su objeto. Su interpretación es tomada de un texto que modifica la comprensión que él tiene de sí mismo. El mito no ha perdido entonces nada de su eficiencia, ha conservado su poder operante y la mejor prueba de ello es esta retoma, a través de la cual el sujeto interpretante se transforma. Forzando un poco los términos, sería posible decir que lo que es esencial para la investigación científica es la comprensión de su objeto, pero que esta no es más que un medio mediante el cual un sujeto se comprende en su realidad presente en el caso de la hermenéutica. En esta última perspectiva «la interpretación tiene una historia y esta historia es un segmento de la tradición misma; no se interpretará en ninguna parte, más que para explicitar, prolongar y así mantener viva la tradición en la cual uno se mantiene».³ El sujeto que interpreta está situado y es en esta situación

³ «Simbolismo y Temporalidad», *Archivo de Filosofía* No. 1-2, 1963, pág. 5. El texto ha sido retomado parcialmente bajo el título «Estructura y Hermenéutica» en el número de *Esprit* de noviembre de 1963, consagrado a la obra de Lévi-Strauss.

que se enraiza la gestión hermenéutica. El punto de partida no puede por consiguiente ser puesto entre paréntesis. Por el contrario, la recuperación sólo es efectiva en la medida en que el símbolo revela su espesor semántico mediante su capacidad para esclarecer la condición del hombre actual. El símbolo no da solamente que pensar, sino que ser. El tiene poder de informar lo real. Es este poder el que, en un sentido, busca hacer resurgir en su potencia toda interpretación hermenéutica.

El método estructural supone, por el contrario, que el etnólogo, historiador de las religiones, se descentre en relación a su cultura. Nada sería más dirimente para lo bien fundado del análisis, que la proyección sobre los términos indígenas de las clases semánticas del observador. El maíz es un vegetal, el tejón un animal, sólo en tanto que la distinción entre orden animal y orden vegetal, tiene un sentido en la cultura considerada. El intérprete debe entonces efectuar el equivalente de una verdadera reducción fenomenológica que consiste en no considerar nunca como adquirido lo que es dado inmediatamente a su subjetividad. El alcanza aquí una de las dimensiones esenciales de la ascensis etnológica que conduce al estallido de los marcos mentales que nos son más familiares, y a los cuales tenemos tendencia a acordar la permanencia de los universos naturales, para descubrir la posibilidad para el hombre de estructurar su propia existencia siguiendo principios antitéticos. Psicológicamente el sabio busca atajar su propia subjetividad, (se trata, es cierto, de un límite ideal) y sobre todo de no interpretar nunca el símbolo a partir de la eficiencia que el mismo puede tener sobre él, individuo históricamente situado.

Por el contrario, como lo escribe Ricoeur, la interpretación de la simbólica no merece ser llamada hermenéutica más que en la medida en que es un segmento de la comprensión de sí mismo «que la descalifica como ciencia y la califica como pensamiento meditante».⁴ El hecho que el etnólogo pueda considerar este pensamiento mediante como simple variante de un mito inicial no constituye, por consiguiente, a su respecto, una crítica de principio, puesto que él se constituye justamente como tal. La verdad que encara no es entonces simplemente del orden de la interpretación. Cuando Ricoeur establece, en su obra *Finitud y Culpa* en la cual estudia los mitos de origen del mal, la preeminencia del mito adámico, el se refiere ciertamente a criterios internos dado

* «Estructura y Hermenéutica». *Esprit*, obra citada, pág. 597.

que «el mito adámico por su complejidad y sus tensiones internas reafirma en gradaciones variables lo esencial de los otros mitos».⁵

Una formulación semejante no es radicalmente distinta de la de un estructuralista que mostraría que ciertas variantes sólo son empobrecimientos o especificaciones secundarias de un texto básico que las incluye todas. Pero en el caso considerado, la transición de un mito (el mito babilónico por ejemplo), al mito adámico, supone una pérdida considerable —se abandona justamente aquello que hacía la especificidad de la experiencia babilónica del mal— que es considerada como secundaria en la medida en que la dialéctica del sujeto presente implica esta experiencia sólo a título de momento virtualmente superado. A la riqueza de una variante del mito con relación a los otros, responde la riqueza del sujeto que incluye de manera jerarquizada los diferentes momentos que los mitos han seleccionado.

«La permanencia sucesiva entre los mitos nos asegura que todos nos hablan de cierta manera; este crédito, esta creencia son la presuposición de la empresa misma, no los habríamos interrogado si no nos hubieran interpelado y si no pudieran dirigirse aún a nosotros... La presuposición de mi empresa es que el lugar en que se puede escuchar, oír y comprender mejor la instrucción de los mitos *en su conjunto*⁶ es el lugar en que es proclamada aún hoy en día la preeminencia de uno de esos mitos, el mito adámico».⁷

Se ve por ello que la oposición es tan radical que supone el reconocimiento de dos planos distintos en que puede operarse la recuperación simbólica. No es que quien interpreta no esté situado en cada ocasión. Es en vano creer que se pueda comprender desde parte alguna. Pero en uno de los casos, son las reglas constitutivas de toda ciencia las que definen el código al cual se pliega el analista, en el otro es su ser individual, social, espiritual que se plantea como el centro a partir del cual va a desarrollarse un vasto movimiento de reapropiación. Al tratar a este último como una variante del mito de referencia, el etnólogo no innova. Porque sobre el terreno se ve confrontando a veces, bajo formas evidentemente más simples —pero esto importa poco—, a hechos del mismo orden. Los Guayaki cuentan que los hombres al salir del mundo

⁵ *Finitud y culpabilidad*, II. El Simbolismo del Mal, p. 287.

⁶ Subrayado por el autor.

⁷ Obra citada, p. 285.

subterráneo se encontraron en un universo en el que era siempre de día. La noche, que ellos consideran como peligrosa, estaba encerrada en una inmensa marmita que poseía una de las divinidades primordiales. Pero un hombre joven, no iniciado aún golpeó la marmita con la madera de su arco y la rompió, liberando todas las potencias nocturnas. Ahora bien, los Guayaki actuales pueden referirse individualmente a ese gesto destructor para indicar aquello que en su propia conducta recuerda la irresponsabilidad de tal acto. La recuperación hermenéutica de los mitos es constitutiva de la relación del sujeto con el mito cuya legislación reconoce. Ella interviene cada vez que retoma el mito, puesto que este se presenta siempre como relativamente enigmático, palabra que parece no tener emisor verdadero que asumiría el contenido y reivindicaría el sentido ya que es siempre recibida. En razón de ese deslinde que es vivido como tal y que conduce frecuentemente a una constatación de ignorancia, la recuperación viva actual es siempre a la vez posible y necesaria. Ella es el signo de la verdad del mito. Sin embargo Ricoeur va más lejos. Con una extrema prudencia, es cierto, tiende a oponer no solamente dos relaciones posibles al mito, sino dos variedades del discurso mítico que corresponderían a tipos de interpretación diferentes. Una tal separación, no tiene nada de imposible. Históricamente los mitos sobre los cuales ha trabajado Ricoeur son el resultado de un trabajo operado sobre materiales míticos primitivos que nos son desconocidos. Ellos se sitúan en un nivel de abstracción mucho más grande. También la oposición introducida nos lleva a la vez sobre los temas tratados y sobre el modo de constitución del discurso mítico. El totemismo definido como una puesta en paralelo de series naturales y de series culturales, parecería prestarse inmediatamente a un tratamiento sistemático, contrastando el vacío léxico con la riqueza de las relaciones establecidas entre los términos. Por el contrario, desde el momento en que uno se vuelve hacia nuestras tradiciones, el cuadro cambia: «¿Qué es lo decisivo para la comprensión del núcleo de sentido del Antiguo Testamento? No son las nomenclaturas, las clasificaciones, sino los acontecimientos fundadores».⁸

La misma idea fue expresada unos años antes por Henry Duméry: «Que la historia sea "revelante", tal es el principal descubrimiento del pueblo

⁸ *Esprit*, número citado, pp. 631-632.

⁹ «Estructura y hermenéutica», p. 611.

judío. Para el conjunto de las civilizaciones paganas, no es la historia la que revela a Dios, la que expresa lo divino es la naturaleza. Cualquier objeto del mundo sensible puede adquirir valor sacro: una piedra, una fuente, un árbol, el sol, la luna, el cielo, la tierra, etc. El simbolismo que informa estas hierofanías materiales es en apariencia de una extrema complicación. De hecho, los morfólogos contemporáneos muestran que ella obedece a un pequeño número de leyes, que es capaz de engendrar en culturas diferentes, sin vínculo histórico, estructuras míticas y rituales formalmente idénticos... De allí la idea de que el material sico-emprírico del cual los pueblos se sirven para elaborar sus epifanías de lo sagrado, importa bastante poco».¹⁰

En su generalidad nos parece que la distinción puede ser aceptada. Pero un equívoco la acecha. El totemismo no es en caso alguno el todo del pensamiento salvaje. Ningún mito se reduce a la puesta en relación de niveles diferentes de lo real. Ciertamente, se ha podido deslindar para Acoma un conjunto de equivalencias entre las taxonomías animales y vegetales, las delimitaciones sociológicas, la organización del Panteón, etc., pero no se trata aquí de simples relaciones vacías de contenido. El mito cuenta una historia a menudo dramática, a través de la cual este orden ha sido instaurado. Los acontecimientos que son su centro descubren ciertas estructuras permanentes de toda experiencia humana.

Es aquí que la referencia al trabajo menudo con restos ha introducido una cierta ambigüedad. Partiendo de la frase de Boas: «Se diría que los universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas formados para que nuevos universos nazcan de sus fragmentos.» Lévi-Strauss ha visto en la multiplicidad y la heterogeneidad del léxico que utiliza el pensamiento mítico, un factor de desestructuración permanente. En efecto, la fauna, la flora, las instituciones, los comportamientos psicológicos son utilizados por el mito como otros tantos significantes aptos para significar una cierta organización lógica del universo. El léxico variará, por consiguiente, siguiendo las modificaciones reales del medio natural o social,¹¹ o también en función del punto de inserción de los individuos o de los grupos sociales en el seno de este medio. La transformación de un universo mitológico en otro, se operaría entonces sobre el modelo múltiple que trabaja con los restos dispares de universos

¹⁰ *Fenomenología y Religión*, p. 7, París, 1958.

¹¹ Ver los ejemplos dados por Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje*.

anteriores. Ahora bien, tomando el ejemplo de los cambios intervenidos en la temática del mal cuando se pasa de los mitos babilónicos a los mitos hebraicos, Ricoeur escribe: «La recuperación es lo inverso del trabajo menudo con fragmentos, no se puede hablar más de utilización de los restos en estructuras que importan más que la semántica, sino —de la utilización de excedente, que ordena el mismo, como una primera donación de sentido, las intenciones rectificadoras de carácter propiamente teológico y filosófico que se aplican sobre ese fondo simbólico.»¹²

En el trabajo con fragmentos dispersos los restos encontrados son por sí mismos inertes; ellos no llaman a una verdadera recuperación. Ellos sólo pueden ser vueltos a emplear y sometidos a una intencionalidad que les es extrínseca. Por el contrario, en la transposición hermenéutica es el símbolo el que por su contenido inicial superdeterminado llama a una reevaluación. La fragilidad de las mitologías «tótémicas» se opondría por consiguiente a la permanencia de ciertos temas fundamentales que descubriría el intérprete del pensamiento bíblico.

Los residuos cuya contingencia descubre el etnólogo, adquieren un valor a través de una cierta organización sintáctica que puede someter contenidos tan numerosos como diversificados. De allí la importancia acordada a las correlaciones y oposiciones que son las únicas en dar un contenido verdadero a estos desechos. Así, Ricoeur, hablando del método estructural escribe: «Yo caracterizo con una palabra el método, es una elección por la sintaxis contra la semántica.»¹³ Por el contrario, los grandes símbolos subyacentes en el pensamiento bíblico son de un orden completamente distinto: ellos poseen una riqueza intrínseca que preexiste a su modelación en la narración mítica. Mancillamiento, Pecado, Culpabilidad y los símbolos que les son adyacentes nos remiten a experiencias primordiales que especifican la piedad judía con relación a toda otra.

¿No hay aquí sin embargo una cierta confusión? El léxico al cual recurren los «Pueblos» provee una materia que el mito informa y gracias al cual delimitaciones lógicas y semánticas que se sitúan mucho más allá de los términos empleados. Ahora bien, estas delimitaciones muestran a la observación con una estabilidad que contrasta con la dispersión del léxico y su sensibilidad al acontecimiento. Las múltiples parejas, tejón-

¹² Obra citada, p. 614.

¹³ *Esprit*, obra citada, p. 607.

saltamentos, maíz-«ishte», agricultores-cazadores sedentarios-nómadas, etc. son tomadas de los dominios más variados. Es evidente por lo demás que siguiendo las necesidades a las cuales el mito se esfuerza en responder, él habría podido internarse en otras partes del universo físico o social. En Sia y Cochiti son el escarabajo y el coyote los que desempeñan el papel del saltamontes. Por el contrario, la distinción entre los dos tipos de existencias que toma forma a través de una sucesión de parejas presenta una permanencia notable. Ella atraviesa el conjunto de culturas de los «Pueblos». Si nos referimos a las cinco variables del mito de emergencia Zuni recogidas a lo largo de cerca de ochenta años, se percibe más allá de los cambios intervenidos en la trama del acontecer una problemática constitutiva del pensamiento de los «Pueblos» que prácticamente no ha variado. Salvo una ruptura histórica radical, que implica un reajuste profundo de los marcos mentales, se podría seguir en principio a lo largo de varios siglos de historia —lamentablemente el etnólogo no se encuentra jamás en una posición tan privilegiada— la subsistencia de temas primarios que caracterizan propiamente la experiencia «Pueblo». Los temas adoptan todo su valor ordenando contenidos múltiples, pero ellos no dependen directamente de éstos. Si debe operarse una recuperación hermenéutica desprendida del medio natural y social que sirve de soporte a los textos, es sobre esos temas que se proyectaría tematizando su alcance universal que el mito se contentaba con poner en marcha, estructurando la diversidad empírica.

La fragilidad de los universos míticos no proviene entonces de ninguna inferioridad intrínseca sino del nivel en que se sitúa un pensamiento semejante. Lo que le es pedido justamente es unificar en esquemas lógicos y semánticos estables y relativamente simples una pluralidad de seres, de acciones, de acontecimientos que por definición son desiguales. El primer capítulo del *Pensamiento salvaje*, en el que Lévi-Strauss detalla la amplitud de los conocimientos zoológicos y botánicos de los «primitivos» no tiene solamente por objeto el de notar la existencia de un saber positivo,¹⁴ sino el de marcar el tipo de problema al cual los pensadores arcaicos se han confrontado. No hay hecho científico sin teoría. De manera análoga, la masa de datos empíricos acumulados en

¹⁴ Lévy Bruhl había ya insistido sobre el aspecto positivo de estos conocimientos: *La mentalidad primitiva*, pp. 517-518 (en francés).

la menor tribu de América del Sur supone una clasificación del universo, una visión sistemática que no puede, sin embargo, separarse jamás de la materia sensible que ella engloba. De allí esa permanencia de los temas centrales, contrapartida necesaria de la variabilidad del léxico.

Recorriendo la mitología «Pueblo» es posible deslindar dichos temas centrales de los millares de páginas recogidas. Los pensadores «pueblo» han reflexionado sobre un cierto número de problemas fundamentales a los cuales los mitos han dado incesantemente forma: paradoja de la relación entre la vida y la muerte que se oponen pero son ambas indispensables a la existencia humana; dificultad para definir los comportamientos adecuados que ordenan nuestra relación con el universo y recuento de los tipos posibles de desmesura que explican los desequilibrios de la sociedad humana, especificidad de la función simbólica que permite apropiarse el universo sin dejar de escapar a los peligros de los acercamientos demasiado grandes, toma de contacto con las zonas misteriosas en que los contrarios se encuentran súbitamente unidos. Es de todo esto que se trata en los mitos de origen. Ciertos acontecimientos, la emergencia, el combate con los Katchina adquieren por este hecho un valor ejemplar. Ellos ilustran esas problemáticas más que ninguna otra. Ellos no son, sin embargo, jamás despojados, reducidos a su sola profundidad. Ellos deben ser conectados con toda la variedad del universo.

Se comprende entonces de dónde proviene el contraste entre los dos universos míticos, el que tiene que ver con el etnólogo y el que es interior a nuestra tradición histórica. Del uno al otro el pensamiento se ha liberado de la vivacidad del léxico porque no tiene ya más, por tarea, el dar cuenta de la diversidad de los seres como tal. Este movimiento ha proseguido hasta permitir el paso del pensamiento mítico al pensamiento filosófico que toma entonces un valor ejemplar.

Se sabe, después de los trabajos de Cornford que en Francia han sido retomados y desarrollados por Luis Gernet y Jean-Pierre Vernant, que el nacimiento del pensamiento racional no debe concebirse como una brusca ruptura en la cual sólo convendría el término de milagro. En esta última perspectiva el hombre se habría en un momento dado tornado hacia la naturaleza que el habría observado de manera puramente desinteresada, rompiendo con un tipo de pensamiento completa-

mente ajeno a sus nuevas formas de reflexión. Pero Cornford ha mostrado perfectamente¹⁵ que la revolución filosófica es en primer lugar interior al pensamiento mítico, mutación acaecida en el seno del lenguaje. Los esquemas prefilosóficos no han perdido aún nada de su eficiencia: las antiguas teogonías describían un verdadero engendramiento de lo divino; la puesta en primer plano de la idea de naturaleza no impide que sean procesos del mismo orden los que imponen su forma al juego de los elementos naturales. Como escribe Vernant: «Las nociones fundamentales sobre las cuales se apoya la construcción de los jónicos: segregación a partir de la unidad primordial, lucha y unión incesante de los contrarios, cambio cíclico eterno revelan el fondo del pensamiento mítico en el cual se enraiza su cosmología. Los filósofos no han tenido que inventar un sistema de explicación del mundo. Ellos lo han encontrado completamente hecho».¹⁶ Del discurso mítico al discurso racional, la lógica subyacente al mundo es idéntica.

Por el contrario, la relación entre esta trama lógica y los seres que le son sometidos, se ha transformado profundamente. Hemos marcado la permanencia de ciertas delimitaciones esenciales en el seno de toda mitología que contrastan con la contingencia de los elementos. Por primera vez, la misma coherencia va a ser postulada sobre uno y otro plano. Lo que caracteriza al pensamiento racional en sus orígenes, incluso cuando está aún embebido totalmente de pensamiento mítico es la afirmación de la existencia de una sustancia única —Aire, Agua, Fuego, Tierra— que subsiste bajo la diversidad de las apariencias. Esta diversidad que el mito buscaba de ordenar sin dejar de conservarla como tal, se revela por consiguiente como una ilusión. El verdadero objeto del discurso filosófico se sitúa más allá de la polivalencia de lo sensible. Este discurso se encuentra entonces —por lo menos en principio al abrigo de las subversiones del léxico. El no puede concebirse más como un montaje de restos dispersos puesto que no tiene necesidad de rendir cuentas de los desechos a los cuales el pensamiento mítico recurría porque debía encontrar allí justamente un sentido. La unidad de la naturaleza no se revela más en una sistematización que sólo puede

¹⁵ *Principium Sapientiae. The origins of greek philosophical thought*, Cambridge, 1952.

¹⁶ «Del mito a la razón»: la formación del pensamiento positivo en la Grecia arcaica». *Los Anales*, pp. 186-187.

ser formal, ya que ella no se propone abolir el mundo de las cualidades sensibles, ella es afirmada como tal.

Este vuelco sólo ha sido posible, sin embargo, en la medida en que el pensamiento mítico no es dispersión pura, simple clasificación siempre rehecha, sino imposición de un número limitado de formas estables a una multiplicidad que es valorizada. En su término, esta permanencia de formas permite la transición a la permanencia del contenido. Ésta se opera cuando las sociedades humanas se sitúan en un nivel distinto de eficiencia práctica, social que aquel al que somos confrontados en las sociedades arcaicas. Es de este cambio de plano que debe rendir cuentas el historiador.

Esta conversión de un pensamiento al otro que se ha operado en un tiempo determinado, permite situar en su justo lugar la referencia al armazón con distintos restos que para Ricoeur constituiría un rasgo distintivo esencial. Ese aspecto del pensamiento mítico es indispensable por el plano en que él se sitúa. El no se reduce sin embargo nunca a tales procedimientos. Una recuperación de otro orden que se liberaría radicalmente del léxico puede, por consiguiente, operarse siempre. Esta recuperación no está reservada en modo alguno a nuestra tradición religiosa; ella logra allí, sin embargo, un alcance desconocido en cualquier otra parte puesto que se ha producido un verdadero corte entre la diversidad del mundo y el mensaje religioso propiamente dicho. Explícitamente tematizados, algunos temas centrales se presentan entonces con un espesor de sentido que llama a la interpretación. Toda narración les es parcialmente inadecuada porque restringe a una serie de acontecimientos particulares un esquema universal. Pero tal separación está en marcha en todo pensamiento mítico y da cuentas justamente de la desestructuración incesante de sus productos. Ciertamente, ella no es comprendida inmediatamente como tal, porque es siempre la historia de un ser determinado —animal, planta, hombre, dios— la que es contada. Pero el primer resultado del análisis estructural es justamente el de introducir una ruptura entre el significante y el significado y de aislar un núcleo de sentido susceptible de ser retomado independientemente de toda concreción.

Ahora bien, con frecuencia, un trabajo tal es iniciado por el pensamiento religioso mismo. Si la recuperación hermenéutica en el interior de la tradición judeo-cristiana es homogénea al texto que debe ser in-

terpretado, es que éste ha operado ya una ruptura análoga. Como la reflexión filosófica naciente, pero en otro nivel, el pensamiento judío se ha liberado del léxico. No lo ha hecho definiendo una sustancia única subyacente al universo, sino una relación ejemplar con un Dios infinito que trasciende absolutamente la diversidad del mundo. Esta relación fue hecha explícita en ciertos momentos esenciales de la historia de un pueblo, cuya singularidad reside en el hecho de que rompió toda relación inmediata con su contorno natural para no definirse más que por esa relación misma. No es, por consiguiente, a partir de fragmentos dispares que la interiorización del sentido puede efectuarse ya que éstos han sido eliminados de buenas a primeras. Pero todo texto mítico implica, por su naturaleza misma, la posibilidad de una eliminación semejante. Esta distinción nos lleva al problema metodológico. Hemos indicado además, que la oposición entre conciente e inconciente no es esencial para el análisis estructural. Una metodología única se aplicará lo mismo al funcionamiento de un orden que se ignora como tal, como a un acuerdo de elementos perseguido con toda lucidez en función de ciertos fines.¹⁷ No deja de ser decisivo para la comprensión del fenómeno considerado, el saber en qué nivel uno se sitúa. Ahora bien, nos parece posible afirmar que la preminencia del léxico implica una inconciencia, por lo menos parcial, del orden que lo estructura. El mito está construido enteramente sobre una paradoja: de un lado los seres que intervienen en la narración no son más que el significante contingente de un significado que se sitúa en otro nivel; por el otro, es la historia de estos seres la que cuenta el mito. El comportamiento de la urraca puede significar claramente la desmesura y como tal ser remplazado por el del coyote, del escarabajo, del saltamontes, pero cuando oigo un mito determinado es precisamente de la urraca que se trata. Ella es el objeto de la narración que se me comunica. El mensaje mítico se desarrolla, por consiguiente, simultáneamente sobre varios planos; uno de ellos está constituido por el material significante mismo. Esta vivacidad de la trama de los acontecimientos no excluye una conciencia del orden que le es subyacente. Todos los etnógrafos han podido constatar que sus informantes cuentan sin inquietud alguna, varias variantes del mismo tipo.

¹⁷ *Marxismo y estructuralismo.*

De la una a la otra, las divergencias son a menudo importantes, lo que no impide que el indígena afirme que ha contado la misma cosa. Sin embargo la naturaleza de esas sustituciones no es percibida normalmente. Puesto en lugar del universo, el mito sólo necesita para ser eficiente que sea comprendida la manera en que lo efectúa. Es lo sensible mismo que dándose, descubre una organización que lo trasciende. La situación se modifica con el rechazo a un segundo plano de la materia léxica puesto que la forma de la relación se separa de la materia sensible y deviene objeto de explicación. ¿Se puede en ese caso postular la igualdad entre lo que el hombre piensa y lo que él cree pensar? La hipótesis no tiene nada de absurdo, ella se ha realizado efectivamente en los lenguajes matemáticos y se encuentra planteada a título de ideal normativo para todas las ciencias. Siguiendo la admirable fórmula de Husserl: «La verdadera ciencia, por lejos que alcance su doctrina real, ignora toda profundidad.»¹⁸ Es esta profundidad la que da cuentas del descentramiento de la intención, ella es el hecho de los lenguajes naturales y de todos los sistemas simbólicos que los utilizan. Ella excluye que el efecto de sentido que se produce al término sea homogéneo con la intención productiva que está en su fuente.

Los grandes temas del pensamiento bíblico, mancillamiento, culpabilidad, pecado pueden, por consiguiente, ser retomados por una intencionalidad viva que experimente su verdad en su realidad presente. Pero, desde que es el texto mismo el que deviene tema de estudio, se pondrá en evidencia la existencia de un sistema cuyas diferentes categorías se definen recíprocamente. La reactualización lo implica siempre.

De hecho, hay que tener en cuenta una doble oposición cuyos términos no se corresponden. La primera entre análisis estructural y hermenéutica nos devuelve a la posición del sujeto que interroga y a los fines que persigue. La segunda trata sobre la naturaleza de los discursos estudiados. Estos discursos se especifican siguiendo la naturaleza misma de los contenidos que ellos vehiculan y de los objetos a los cuales se aplican. La investigación estructuralista sacando a la luz la unicidad del espíritu humano, y el carácter sistemático de toda forma de actividad intelectual abre la vía a una morfología de los tipos de discurso, no fundado sobre consideraciones exteriores al in-

¹⁸ *La filosofía como ciencia rigurosa*, p. 122, París, 1955.

telecto, sino sobre las diversas combinaciones de sus elementos constitutivos.

Al término de este largo recorrido, puede ser que indicaremos que la objetividad del método estructural no excluye todo otro tipo de relación con los mensajes que nos arriban de esos mundos frágiles y en vía de desaparición que son las sociedades primitivas. Muy por el contrario, habiendo suprimido la heterogeneidad primera del contenido al revelar las reglas de su constitución, ella permite la emergencia bajo la trama sensible de una actividad categorial que podría ser la nuestra. Revelando la contingencia del léxico, ella aísla ciertos problemas que definen la relación del pensamiento con el mundo, independientemente de toda especificación secundaria. ¿Qué es decir, sino que en este momento la recuperación hermenéutica deviene posible y que aún me concierne lo que me puede ser contado por un indígena de Acoma?

Les temps modernes, 1965.

Claude Lévi-Strauss y el nuevo eleatismo

Henri Lefebvre

La noción de estructura tiene un campo de validez. El conocimiento (la ciencia) no puede pasarla por alto. En lo que se refiere a estructuralismo procede por extrapolación y reducción. Añade una ideología a la noción de estructura. Con el estructuralismo, ésta sobrepasa sus derechos, sus condiciones de receptibilidad. En particular absorbe las nociones aproximadas pero diferentes de forma y de función. Así proceden igualmente el formalismo y el funcionalismo, abusando cada una de dichas ideologías de una noción limitada y pasando de lo relativo a lo absoluto. El estructuralismo y su éxito son el resultado de circunstancias exteriores al pensamiento científico aunque a través de la ciencia (epistema). Este es un fenómeno digno de atención. El análisis de esas condiciones y del contexto refuerza una crítica que sin este apoyo permanecería abstracta y correría el riesgo de fallar sobre ese plano, de la abstracción, donde el más «puro» parece superior al impuro, y el más formal a aquel que envuelve un contenido. El estructuralismo, es la ideología del equilibrio entre las fuerzas actuantes en el mundo moderno: sistemas económicos y políticos, clases, países industriales y países poco industrializados. Es la ideología del *statu quo*. Algunos dirían que por tanto es la ideología

de la coexistencia pacífica, y de la «estructuración» del mundo bajo el signo de la paz. A lo que puede responderse que esta ideología está aprobada y considerada como probada por aquellos que temen a los cambios profundos y que quieren mantener el estado de cosas existente. Sin duda ¡porque les conviene! Por tanto se ocupan de «estructurar» la sociedad moderna a fin de conservar su orden. Resulta bastante sorprendente que exista una versión estructuralista del marxismo. Esta versión rigurosa por cierto (L. Althusser) se opone a una interpretación que permite a veces demasiado compromiso (R. Garaudy). En nuestra opinión, son estos dos productos de descomposición del dogmatismo. La versión estructuralista opera un análisis marxista del marxismo, lo que la lleva por el camino del rigor pero también la expone al pleonasma y a la tautología. De ese modo estudia el análisis marxista de la sociedad actual y de los problemas concretos que plantea (problemas de su definición —de las relaciones locales y mundiales entre la ciudad y el campo— del estado y la planificación autoritaria, etc.). El teórico (el hombre teórico) se establece en una fortaleza inexpugnable tal vez, pero de la que no podrá salir jamás. Bajo pretexto de rigor epistemológico se constituye un Sistema, busca instalarse en un Sistema e instaurar un Sistema. Para los mantenedores del Sistema se es estructuralista, o no se es. ¡Se es —o no se es! no hay otra posibilidad. ¡Esos espíritus rigurosos no comprenden que alguien pueda utilizar la noción de estructura sin «ser» estructuralista! Ese panestructuralismo reproduce una situación teórica conocida desde los inicios del pensamiento: la pretendida constatación y la valoración de lo inmóvil (eleatismo) contra el movimiento (heraclitismo). La tendencia panestructuralista expresa a su modo en Francia, un resecamiento del pensamiento y de lo «vívido». Se emplea el prestigio del rigor en la confusión extrema de las pasadas ideologías. Se elabora el lenguaje (o mejor: la escritura) del rigor. Sin saberlo, nos establecemos así en el plano del *metalenguaje*. La función referencial del lenguaje desaparece en beneficio de la función metalingüística (en la acepción de R. Jakobson). El discurso no tiene que ver ya más que consigo mismo. Pleonasma y Tautología imperan, en un discurso en segundo o tercer grado. ¡Y no solamente con los filósofos! La recepción y la asimilación de lo que «mueve» el pensamiento (de lo que constituyó el «movimiento» de la reflexión) a saber, el marxismo, el psicoanálisis, la etnología, el

surrealismo tienen una extraña tendencia hacia la dureza frígida. Lo que no puede dejar de tener consecuencias que convendrá seguir de cerca. La crítica del panestructuralismo no es más que un episodio de una crítica radical del Modernismo.

La sistematización «panestructuralista» se basa en el estudio del lenguaje y de la lingüística. Conlleva dos afirmaciones diferenciadas, y la oscilación entre ambas y el tránsito de la una a la otra. Nuestra crítica disociará esos dos términos, rechazará el paso doblemente ilegítimo (no motivado y no explicitado) del uno al otro. Aún más, demostraremos que existe un postulado común a esas dos tesis: una concepción del lenguaje que refutaremos profundizando la noción de nivel.

Primera proposición.—La lingüística puede y debe proveer un modelo a las ciencias sociales. Elimina las representaciones que hasta ahora pasaban por científicas en sociología, en psicología, en economía política. ¿Por qué? Porque ofrece una teoría formal, rigurosa, modelo de inteligibilidad. Y como sistemática y porque sistemática, ofreciendo una transparencia a la mirada del pensamiento.

Segunda proposición.—El lenguaje define (porque lo determina) el status de los miembros de cualquier sociedad, el modo de existencia de un conjunto social. El lenguaje no es solamente una herramienta, un instrumento, un mediador entre «los hombres» (individuos y grupos) y los objetos. Las estructuras sociales son también conjunto de relaciones que se mantienen independientemente de las unidades que relacionan. El lenguaje, como sistema, define la sociedad como tal, así como también las formas de pensamiento. Conserva por tanto una suerte de función trascendental. Es el «lugar de nuestra instalación». Estamos cogidos en el sistema del lenguaje, en la implicación de significantes y de significados (aun si ocurre entre ellos ciertos «desprendimientos» autorizados y utilizados que a título de tales forman parte del sistema). ¿Cómo saldríamos nosotros, puesto que cada detalle, cada fragmento, cada hecho, cada individuo, cada cosa solamente cobran existencia cuando se nombran y regresan al conjunto del lenguaje? Nuestro suelo, nuestro tiempo y nuestro espacio, están cortados por las palabras, dispuestas según el sistema de las palabras. Estamos dominados e incluso «transidos» por el lenguaje. Efectivamente, desde que pensamos en él, el hecho de estar cogidos en un sistema a la vez opaco y translúcido, el

lenguaje, del que no podemos salir ¿No resulta angustioso? Hay un sistema, o el Sistema. Bajo el lenguaje: un abismo. Encima, el horizonte desierto. El lenguaje no tiene referencial. No nos envía a ninguna otra cosa, ni a lo real, ni al hombre, ni a la obra o a una obra determinada, ni a lo cotidiano o a lo no-cotidiano. La primera afirmación conduce a lo inteligible. Propone un modelo, es decir una construcción mental. Es de orden metodológico o epistemológico. La segunda serie de afirmaciones lleva a lo real. Separa de lo «real» muchas ilusiones y apariencias: el «sujeto» de los filósofos, lo «vivido», el individuo, el hombre, Dios, el discurso total, etc. Afirma la identidad del inteligible y de lo real en el Sistema. Es del orden casi ontológico y normativo. Se ha producido el salto de una combinación mental a una realidad social y a una norma de dicha realidad. De derecho, las dos series de afirmaciones están diferenciadas. Deben discutirse separadamente. Tal vez la primera de ellas es aceptable, al menos parcialmente (no sin crítica) mientras que es conveniente rechazar la segunda. De hecho, resulta demasiado fácil pasar de una teoría que se pretende científica a una filosofía. Si Lévi-Strauss conserva una prudencia encomiable en cuanto a esto, al igual que L. Sebag en su libro *Estructuralismo y marxismo*, el paso se da rápidamente. Pensamos que Michel Foucault ha superado sus escrúpulos. No es, no será el único. En él, el poder del lenguaje —sistemático y fundador de sistematización— sustituye a la historicidad, presumiblemente corruptora.

Esos protagonistas de una tendencia que confiere categoría de conocimiento riguroso de la sociedad capaz de definirlo, de administrarlo, al estudio del lenguaje y sus resultados actuales en un saber unitario (sin fuerza, sin laguna) no llegan hasta una hipótesis muy simple. Su saber, su discurso científico ¿no sería el lenguaje de esta sociedad? Sus conceptos mezclados con la ideología ¿no constituirían una (o la) superestructura de esta sociedad (llamada «neo-capitalista.» o «de masa» o «de consumo», etc.) todavía mal definida? ¿No habría isomorfismo u homología entre la estructura de esa sociedad, la estructura que en ella encuentra su lugar y más particularmente la estructura del discurso actual en las ciencias sociales? Si fuera de otro modo, habría que admitir que la ciencia puede definitivamente separarse de la ideología, sin mezclas, y que se puede distinguir claramente lenguaje, metalenguaje, conceptos elaborados en las ciencias sociales. Por supuesto que esas

homologías sólo pueden aparecer si se distingue con cuidado el discurso científico, el cotidiano, el literario, el publicitario y todos los géneros de discurso que tienen lugar y pertenencia en esta sociedad, tomando sus articulaciones, diferencias y distancias. Sin duda constituyen un conjunto, cuando no un «sistema». Existen correspondencias entre ellos, estipuladas por la división del trabajo en esta sociedad y por la exigencia de representaciones ideológicas, que restablecen una cierta unidad por encima de las ocupaciones parcelarias en todos los campos. Esta argumentación no tiene otra finalidad que la de señalar un peligro. Si el discurso de esta sociedad se convierte en lenguaje teórico, a través de la filosofía y las ciencias sociales, pudiendo a continuación re-invertirse en una práctica concientemente *sistemática* (en el estado, la pedagogía, la búsqueda de una integración consciente), descontando los conflictos, eliminando a los individuos, ¿no es una amenaza que debemos destacar?

Esta hipótesis explicaría la moda del estructuralismo, ese fenómeno ideológico y sociológico. Un tal fenómeno sociológico pudiera bien ser un fenómeno socio-lógico, es decir de lógica social. Las tendencias a la organización, a la conservación y al mantenimiento de las estructuras de equilibrio se manifiestan en una forma del discurso y primeramente en un discurso sobre la forma, la coherencia, el equilibrio y el Sistema. Este pretende ser discurso sobre lo social e incluso conocimiento de lo social, pero es solamente discurso de esta sociedad y por tanto, metalenguaje en tanto que ésta se justifica dándose por plazo y por fin las sociedades anteriores y su historia. La lógica de semejante sociedad pretende que en un momento dado numerosos individuos haciendo funcionar su intelecto, planteen problemas lógicos, formales y «rigurosos». Y que todos juntos, ignorándose o no, pongan entre paréntesis los contenidos. Estos les parecen subsidiarios, empíricos. Además, es el momento exacto en que esos problemas concretos, planteados por «contenidos» sin sistema formal subyacente o dominante son de urgente prioridad, como lo son las cuestiones agrarias (planteadas por estructuras retardadas) y urbanas frente a las amenazas de destrucción nuclear. Las dos series de proposiciones más arriba consideradas admiten el concepto de sistema. Por otra parte, impugnamos el monolitismo y el dogmatismo de las aplicaciones del concepto. La discusión conduce esencialmente a la noción de nivel. Por varias razones. En primer lugar, la lingüística, como ciencia, ha elaborado esta noción muy extendida

y de uso común. En segundo lugar, la elaboración metodológicamente teórica del concepto de nivel ha sido objeto de una escuela bien determinada de lingüistas (E. Benvéniste, A. Martinet, G. Mounin, etc.). Además, esta escuela parece reticente ante las pretensiones de panestructuralismo. Aporta argumentos muy serios contra las extrapolaciones, y en particular contra la que pasa del primero al segundo grupo de proposiciones (del «modelo» al «status»). Pudiera ser que el concepto de *nivel* conllevara una crítica interna al concepto de *sistema*, que moderase sus excesos, y redujese sus pretensiones.

Nos inclinamos a distinguir cuidadosamente en el estudio del lenguaje, los conceptos de *nivel* y de *dimensión*. Podemos demostrar que la tendencia panestructuralista ha hecho énfasis en las *dimensiones* del lenguaje, indispensables para concebir las nociones en extremo importantes del *código* y del *mensaje*. Ha descuidado la noción de *nivel* que arruina por su base la tesis de la exclusividad y la coherencia absoluta del Sistema. Además el dogmatismo supone un postulado de coherencia absoluta.

«La noción de nivel nos parece esencial en la determinación del procedimiento de análisis. Es la única llamada a hacer justicia a la naturaleza articulada del lenguaje y al carácter discreto de sus elementos; es la única que nos hace encontrar, en la complejidad de las formas, la arquitectura singular de las partes y el todo. El campo para estudiarla es el de la lengua como sistema de signos lingüísticos», escribe E. Benvéniste.¹

En el nivel inferior de un análisis que pone al descubierto la segmentación de lo «real», el lenguaje, encontramos entidades minimales; este nivel se desdobra en fonemático (unidades segmentales minimales: los sonidos, las letras) y *merismático* en la terminología de E. Benvéniste (los rasgos distintivos que componen el fonema, por ejemplo la oclusión, la dentalidad, la sonoridad, la aspiración). Según nuestro autor, no es

¹ *Problemas de lingüística general*, cap. X, «Los niveles del análisis lingüístico», Gallimard, 1966. Las indicaciones dadas por el autor completan las de A. Martinet y G. Mounin que se han tenido en cuenta en *Lengua y sociedad*. Coll. Idée, Gallimard, 1966. Este último libro, obra de un sociólogo y no de un lingüista no ha mostrado suficientemente bien la distancia entre el nivel lexical, el de las frases, y los demás. El análisis estructural de E. Benvéniste refuerza nuestras críticas del panestructuralismo. Muestra los límites y el campo de validez de una noción, la de estructura, así como los peligros de una extrapolación-reducción que transforme la noción en ideología (filosofía).

posible definir ese nivel como el de unidades no significantes. Toda unidad, o todo nivel, debe poseer un sentido para alcanzar status lingüístico. El sentido de *d* o de *b* por ejemplo, es el de permitir o más bien de exigir la referencia a una unidad de nivel superior cuya unidad inferior es constituyente, a saber el *morfema* (la palabra). Este posee una doble naturaleza. Se descompone en unidades de nivel inferior (fonemático) y entra, a título de unidad signifiante, en otras unidades del mismo género, en una unidad de nivel superior: la frase.

El uso del término «sentido» para E. Benveniste suscita algunas interrogaciones. Si el sentido de las letras y sonidos elementales es entrar en combinaciones (distribuciones) de nivel superior, si la entidad elemental no puede concebirse sin un ámbito dotado de una doble relación (sintagmática con los demás elementos simultáneamente presentes paradigmática con los otros elementos virtualmente presentes), el lingüista no puede en efecto «irse de lado» con el sentido. Pero hay que reconocer que este uso de la palabra «sentido» no está en concordancia a su empleo corriente y que consecuentemente a este uso, el fonema no tiene sentido ni significación. Sin embargo, el especialista —el lingüista— tiene el derecho de definir el sentido científico de un término determinado, aquí del término «sentido». Lo que hace Benveniste definiendo con el mayor cuidado la diferencia entre *forma* y *sentido*. La disociación, escribe, de una unidad compuesta, nos entrega la constitución formal; la integración nos entrega unidades significantes. La forma de una unidad lingüística se define como su capacidad de disociarse en constituyentes de nivel inferior. Su sentido se define como su capacidad de integrar una unidad de nivel superior.

Las relaciones de la forma y del sentido, propiedades conjuntas, se revelan en la estructura de los niveles lingüísticos, «recorridos por las operaciones descendentes y ascendentes del análisis, y gracias a la naturaleza articulada del lenguaje» (p. 127). La cuestión del sentido se desdobra por sí misma. Preguntar si tal segmento (tal unidad) tiene o no un sentido es una pregunta diferente a esta otra: «¿Cuál es ese sentido?» La propiedad de constituir una unidad distintiva, opositiva, delimitada, identificable por los locutores para quienes una lengua determinada es su lengua, es una propiedad inherente al sistema lingüístico. Pero al mismo tiempo la lengua supone referencia al mundo de los objetos.

Resumamos. Está el nivel inferior, que se desdobra en fonemático y morfemático. Tenemos el nivel intermedio de los morfemas (palabras). Finalmente, está el nivel superior de las frases. En otra terminología, comportando una interpretación o una comprensión un poco diferente de las estructuras, se podría decir que tenemos primeramente el nivel de las unidades no significantes (fonemas), después el de las unidades significantes, es decir de los signos en la acepción plena del término (con doble matiz signifiante-significado), más el de los grupos de unidades significantes que no son signos pero poseen un sentido.

De igual modo se puede distinguir el nivel fonológico, el morfológico (sintaxis, código gramatical) y el lexical. Lo importante es subrayar con E. Benveniste como con A. Martinet y G. Mounin que la articulación entre los dos primeros niveles es transparente a la vez globalmente (en sus enunciados completos, bajo forma de frases, que se refieren a situaciones concretas y específicas) y bajo forma de unidades inferiores referentes a «objetos» generales o particulares tomados de la experiencia o forjados por la convención lingüística. «Cada enunciado, y cada término del enunciado posee así un referente...» (p. 128). E. Benveniste distingue la noción de *sentido* y la de *designación*. «Los encontramos, diferenciados pero asociados, al nivel de la frase», último nivel que el análisis alcanza.² La frase no es una clase formal que tendría por unidades «frasemas», delimitados, susceptibles de oponerse. El nivel categoremático conlleva una sola forma específica —la proposición, organizada según un código, la gramática, la sintaxis. La frase contiene signos, pero no es un signo. Es diferencia dada en una unidad, disociación implicada en la integración (y a la inversa), forma inseparable del sentido. Las operaciones descendentes y ascendentes del análisis son simultáneas, coexistentes.

Por el contrario, entre esos dos niveles y el superior, la relación es compleja en otro sentido y su ley difícil de captar también en otro sentido. «Los fonemas, los morfemas, las palabras (lexemas), pueden ser contados: son finitos en número. Las frases, no. Los fonemas, los morfemas, las palabras (lexemas) tienen una distribución a su nivel respectivo, un empleo en el nivel superior. Las frases no tienen ni distribución ni empleo. Un inventario de los empleos de una palabra

² En *Lenguaje y sociedad*, una distinción entre *significación* y *sentido* trata de resolver el mismo conjunto de dificultades. E. Benveniste prefiere desdoblar el *sentido*.

podría no tener fin, un inventario de los empleos de una frase no podría incluso ni comenzar. La frase, creación indefinida, variedad sin límite, es la vida misma del lenguaje en acción. Sacamos en conclusión que con la frase estamos dejando el terreno de la lengua como sistema de signos para entrar en otro universo, el de la lengua como instrumento de comunicación cuya expresión es el discurso. Son estos dos universos diferentes...»³ Con la frase y la disposición de éstas, el análisis penetra en la translingüística.

Observaciones importantes. Si hay que admitir un sistema, de inmediato éste se desdobra. Tenemos dos, al menos dos: el sistema de signos y el instrumento de comunicación, la lengua y el discurso (con sus funciones «interhumanas», estipula E. Benveniste). La lingüística refiere a la translingüística. La referencia para los que comunican, es la *situación*. La frase, nivel superior del sistema de signos, es la unidad del discurso, que transmite una información, o un orden, informa sobre una situación. Podemos decir que para los dos primeros niveles hay articulación determinada (en lo que concierne a cada uno de ellos y en lo tocante a su relación). Pero en lo referente a las frases primero y el empleo de éstas en el discurso después, se produce un corte, hiato, es decir lugar para una actividad específica. Entre los sonidos (fonemas), entre las palabras (monemas y morfemas) hay articulación. Entre los dos niveles, hay doble articulación. Pero entre la frase, sus empleos y elementos, hay literalmente *desarticulación*. En otros términos, el concepto de *nivel* se desdobra. Hay niveles articulados y niveles separados por una laguna, por un corte, por una *desnivelación*.

Es esto lo que indican gráficamente los *blancos*. Entre las letras y las palabras, entre éstas por sí mismas, los blancos hacen sensible la articulación. Entre las frases, los blancos gráficos y los blancos semánticos (con las respuestas gráficas que los jalonan, las puntuaciones) muestran las discontinuidades mucho más acusadas. El blanco gráfico y el blanco semántico indican tan pronto una relación, tan pronto un hueco. El blanco es un «vacío pleno». A veces, lo que llena ese vacío salta a la vista. Otras, es una emergencia que se produce más lentamente, se desmiente, se desconoce, introduce malentendidos, luego se perfila y se reconoce.

³ E. Benveniste, *op. cit.*, p. 129-130. Cf., *Lenguaje y sociedad*, p. 335, un cuadro al que la presente exposición aporta algunos complementos.

¿Cómo afirmar desde entonces que existe un sistema, el Sistema? Solamente desde el punto de vista de la lingüística, el Sistema se desdobra o más bien se desmultiplica. La tesis de la unidad del Sistema reduce el modelo lingüístico. En cuanto al paso del modelo o status, se produce un salto, una *extrapolación*. Planteemos la cuestión en otra forma. Se puede admitir que para el lenguaje en general, y para cada lengua en particular, existe un sistema fonético (a nivel fonemático) y un sistema morfológico (el código gramatical). No hay ninguna prueba de que exista *un sistema lexical*. Por el contrario. Los argumentos abundan contra la hipótesis de tal sistema. Es aquí, que entre lo sistematizable (el sistema de signos) y lo no sistematizable (empleo de frases, discurso en acto) habría hiato, desnivelación, corte no articulado. Al más elevado nivel, no basta el concepto de sistema. Se hace necesario introducir otros elementos, otros aspectos de los «fenómenos lingüales» y de la comunicación. Tal vez falta explorar esos niveles superiores que llegan hasta lo imaginario y pasar en o por lo *translingüístico*.⁴

De los análisis precedentes y de los estudios a que hacen referencia, llegamos a la conclusión que el concepto de *nivel* tiene una gran importancia teórica. ¿No sería éste un aporte esencial de la lingüística a la ciencia de los fenómenos sociales? Ahora bien, una tendencia conocida, o más bien una escuela, deja casi enteramente a un lado este concepto. Hemos ya observado y tratado de demostrar en otra parte que los análisis de R. Jakobson se refieren a las *dimensiones* del lenguaje más bien que a los *niveles*. Por referencia a los fenómenos sociales, es decir, en tanto que lingüístico, nuestro análisis ha acentuado la diferencia entre esos dos conceptos (dimensión y nivel).

Las dimensiones comprenden sistemas de oposiciones pertinentes; los enlaces determinados entre los términos (paradigmas y sintagmas) más los símbolos que figuran en el discurso, no estando tomada la palabra «símbolo» tal como la aceptan los lógicos. Si retenemos el concepto de nivel nos obligamos a hacer notar su ausencia en los análisis de Lévi-Strauss y sus seguidores incluyendo a Michel Foucault. Partiendo de dichas observaciones, resultaría educativo releer obras ya obsoletas y cuyas conclusiones pasaban por ciertas para los dogmáticos del estructuralismo. En el capítulo sobre «lenguaje y parentesco» de su *Antro-*

⁴ Cf. *El sistema de los objetos* por Jean Baudrillard, que aparecerá próximamente, coll. Ideas (Gallimard).

pología estructural, Claude Lévi-Strauss distingue en un sistema de parentesco el *sistema de las apelaciones* (es decir, una nomenclatura, un vocabulario) y el *sistema de actitudes* (p. 45). El estudio de los sistemas de apelación plantea métodos de análisis formal de tipo fonológico, es decir de una combinación de elementos análogos a los fonemas e integrándose en sistemas. «El sistema de las actitudes constituye más bien una integración dinámica del sistema de las apelaciones» (p. 47). Pudiera creerse que Lévi-Strauss va a establecer una diferencia de *nivel* entre esos dos sistemas y procura definir claramente esta diferencia (articulación, o no articulación, diferencia minimal o laguna que deja lugar a las actividades). De hecho Lévi-Strauss se esfuerza en reducir la diferencia. «El grupo social, como la lengua, tiene a su disposición un material sicofisiológico muy rico; como la laguna, sólo retiene ciertos elementos...» (p. 49). Se trata de una transposición formal del método seguido por el fonólogo (p. 47). El sistema de parentesco es un lenguaje (p. 58), cada rasgo constitutivo se caracteriza como un «paquete» de relaciones, y éstas forman parejas de oposiciones pertinentes, susceptibles de figurar en un cuadro (Cf. p. 30 y siguientes).

Las pocas reservas formuladas por Lévi-Strauss en lo tocante a la extensión de la fonología o, si se quiere, a la reducción de fenómenos sociales a nivel fonológico (no definido como nivel) están destinados a desaparecer. Esto ocurre en el capítulo «Lenguaje y sociedad» (cap. III) de la misma obra. El autor afirma que una computadora podría suministrar un cuadro periódico de las estructuras lingüísticas partiendo de repertorios fonológicos (de sonidos conocidos del fonólogo). «Solamente tendríamos que localizar en ese cuadro el emplazamiento de las lenguas ya estudiadas» (p. 66). Seguidamente hace extensivo ese método a los fenómenos de la moda, a las reglas del matrimonio en el conjunto de las sociedades. «Que el mensaje esté aquí constituido por las *mujeres del grupo* que circulan entre los clanes, descendencias y familias (y no como en el propio lenguaje, por las *palabras del grupo* que circulan entre los individuos) no altera en nada la identidad del fenómeno...» (p. 69). Postulado de identidad que lleva al autor a construcciones de carácter «precario e hipotético», de las que sin embargo afirma que son susceptibles de verificar (p. 72 y 74). «Esas hipótesis se refieren a las analogías fundamentales entre manifestaciones de la vida en sociedad, muy distantes en apariencia unas de otras, tales como el lenguaje, el arte, el derecho, la religión» (p. 75). Incluso si se le re-

conoce a Lévi-Strauss el mérito de haber propuesto por vez primera un modelo general, que une los resultados científicos obtenidos por los lingüistas y los matemáticos, no hace más que subrayar fuertemente la pobreza de ese sistema prestado de la fonología. ¿No deja escapar los niveles más complejos y ricos de la realidad social? El autor sigue un doble trayecto que puede confundir al intelecto, reducción a lo fonológico, de un lado, del otro extensión sin límites de la reducción al lenguaje, considerado como revelador de «las leyes universales en las que consiste la actividad inconsciente del espíritu». Es bastante curioso que el concepto de nivel sólo aparezca claramente en Lévi-Strauss en su respuesta a las críticas que le dirigen G. Gurvitch, así como G. Haudricourt y G. Granai en los *Cahiers Internationaux de Sociologie* (1955). El autor hace su defensa de reducir la sociedad o la cultura a la lengua. Su propósito, su «revolución copernicana» es interpretar la sociedad en función de una teoría de la comunicación. «Desde hoy, este intento es posible a tres niveles, puesto que las reglas del parentesco y del matrimonio sirven para asegurar la comunicación de las mujeres entre los grupos como las reglas económicas sirven para asegurar la comunicación de bienes y servicios y las lingüísticas a la comunicación de mensajes. Esas tres formas de comunicación son al propio tiempo formas de intercambio...» (pp. 95 y 96). Es evidente que Lévi-Strauss confunde *nivel* y *forma*, lo que implica una incompreensión del concepto de nivel, o un desprecio (inconsciente) por su alcance. Uno elimina (inconscientemente) aquello que le molesta.

Es cierto según Lévi-Strauss que solamente se trata de *modelos*. «El principio fundamental es que la noción de estructura social no se relaciona con la realidad empírica, sino con los modelos construidos siguiendo a ésta...». Las relaciones sociales son la materia empleada por la construcción de modelos que ponen de manifiesto la propia estructura social (Cf. *Antropología estructural*, pp. 305 y 306). Diremos nosotros que es aquí, donde se hace manifiesta la ambigüedad... de un pensamiento que se pretende riguroso y emplea la escritura del rigor (A decir verdad, esta forma de pensamiento que sobrepasa considerablemente el campo de las ciencias sociales ha *instituido* el lenguaje del rigor: ha hecho de él una especie de institución; pero no es a partir del lenguaje, palabra o discurso; es a partir de la escritura, de sus estipulaciones de un carácter ordenador y ordenado). ¿Quién reprochará a un sabio construir modelos? ¿Cómo dar de lado a esto para penetrar

una realidad altamente compleja y que se hace compleja en el curso de su «historia»? ¿Cómo no admirar la lucidez y la prudencia de ese sabio, que se impide producir otra cosa que no sean «modelos teóricos», provisionales, revisables? De acuerdo. Muy bien. Pero, ¿cuál es la relación exacta entre modelo y sistema? El modelo llama a la conciencia de una estructura, que ofrece un carácter de sistema (p. 306). El modelo no es por tanto una abstracción intelectual sino la reproducción mental de lo que existe socialmente como sistema. «Los modelos pueden ser conscientes o inconscientes según el nivel en que funcionan» (p. 308). Aquí, la noción de *nivel* aparece o reaparece, pero para fomentar la discusión. Cuando el intelecto del sabio funciona, cuando para por los dos niveles clásicos (observación y experimentación, Cf. p. 307) es que extrae de las penumbras de la inconsciencia un modelo, por ende un sistema, que funciona a ese nivel. En la hipótesis desfavorable en que la sociedad «dispone de un modelo consciente», el intelecto solo tiene que registrar el sistema que le es ofrecido por la propia sociedad. La noción de *modelo*, en sí misma metodológicamente indispensable, interviene para disimular una *ontología del Sistema*. El término *modelo* tiene dos acepciones, una intelectual y científica, la otra real (aunque «inconsciente» en la mayor parte de las sociedades). El pensamiento estructuralista oscila entre esas dos acepciones. Pestaña (Cf. *op. cit.*, p. 509). No es seguro que la etnología contemporánea escape a esos juegos de desdoblamiento, de dualidades, de oscilaciones que según M. Foucault caracterizan las ciencias llamadas humanas (Cf. *Las palabras y las cosas*, en particular p. 383).

Supongamos ahora que se «tome en serio»⁵ la noción de nivel. Ello quiere decir que la homología entre los niveles se debe establecer con cuidado. Significa que los niveles no son necesariamente articulados, ni articulados todos de la misma manera.

Un hecho etnológico o sociológico, como la prohibición del incesto o el papel privilegiado del tío materno en sistemas muy diversos, ¿podrían interpretarse de otro modo, si se tomase en serio la diferencia esta-

blecida por Lévi-Strauss entre el nivel de la nomenclatura y el de las «actitudes»? Una serie de preguntas pudieran hacerse: «En una estructura social dada, ¿quién decide la suerte del niño que va a nacer o que ya ha nacido? ¿Quién debe tomarlo a su cargo? ¿Qué grupo? y ¿Por qué?». Esta pregunta no es «naturalista» puesto que las respuestas, soluciones diversas e incluso opuestas a un problema general, difieren según los recursos de los grupos, sus relaciones, su organización interna: y también, no hay ni que decirlo, según su «cultura». Según la respuesta, formalizada o no por ritos y costumbres, el niño virtual puede ser suprimido antes o después del nacimiento. Si es aceptado, la tarea ingrata y costosa de educarlo pertenece por razones conscientes o «inconscientes» a tal familia, a tal grupo. Es curioso que los antropólogos y etnólogos, que nos informan abundantemente sobre la nomenclatura, sobre el «sistema», sobre las actitudes en lo que se refiere al sexo, sobre la «cultura», ofrezcan bastante pocas indicaciones en lo referente al embarazo y sus consecuencias.

Los niveles pueden ser o bien articulados (es el caso de la *doble articulación* puesta de manifiesto por los lingüistas entre los fonemas y los monemas o lexemas) o bien separadas por un hiato. Citemos aquí un ejemplo prestado de la sociología contemporánea. El análisis comenzado por el Instituto de Sociología Urbana de *vivir* en las afueras «en campaña» permite definir niveles: una incautación del espacio, una utopía, una ideología. Esos niveles han sido separados por una investigación de tipo lingüístico sobre la que volveremos más adelante. En el primer nivel, el análisis distingue otros: el cierre, la marca (de «esquinas», de lugares a los que se unen símbolos), la disposición del espacio apropiado con una cierta libertad. Esos niveles están bien articulados, es decir inseparables, inherentes unos a otros, dados en una unidad con sus diferencias. Entre el nivel de la apropiación y el del «sueño de la vida en campaña»,⁶ la utopía de la dicha «casera», existe un cierto hiato, y aún más entre esos niveles y el de la ideología elaborada por «pensadores» oficiales y hombres de estado de la Tercera República por razones de alta estrategia política, y seguidamente difundida con éxito extraordinario. Es únicamente a nivel intermedio de la utopía que el análisis concreto encuentra aquello que M. Foucault ge-

⁵ Cf. las publicaciones del Instituto de Sociología Urbana sobre *La vivienda rural*, 3 vols., por N. y A. Haumont, M. G. y H. Raymond prefació de H. Lefebvre.

neraliza: una presencia-ausencia, un discurso que se anida y se desata sin fin alrededor de sí mismo. La ideología penetra la utopía, la legítima, la acentúa, pero difiere de ella profundamente, como una representación de la propiedad puede diferir de algo más o menos irrisoria-mente «vividó»⁷ por los propietarios. De la misma manera la ideología penetra la apropiación del espacio, pero esta última se refiere a la noción general de *praxis*, y no a la ideología. Un análisis cuidadoso permite por tanto discernir en este «habitar» —que parece primeramente un simple «hecho»— tres capas. La primera es a la vez efectiva (práctica) y afectiva. Paródicamente tal vez, caricaturalmente, es una obra. La segunda plantea lo imaginario social; la tercera de un estudio de estrategias políticas y principalmente de la estrategia elaborada por los hombres políticos de la Tercera República que contemplan la integración de la clase obrera por «el acceso a la propiedad». La ideología tiene como vehículo un lenguaje.

La apreciación efectiva y afectiva del tiempo y del espacio se expresa en cosas, en discursos. Únicamente el nivel intermedio tiene verdaderamente por apoyo un lenguaje. Las oposiciones (como entre la libertad de la vivienda de campaña y el sometimiento de las gentes que permanecen en el centro de las ciudades o en los nuevos conjuntos —entre la naturaleza simbolizada por algunas briznas de hierba y la falsedad urbana— entre la salud y la felicidad de los que viven en tiendas de campaña y la infelicidad de los demás). Son estos todos actos que tienen que ver con el lenguaje. Ni los símbolos ni las oposiciones tendrían pertinencia sin el discurso. En este nivel y sólo en éste se aplican los métodos propiamente lingüísticos y semánticos. Los «habitantes» pueblan de signos un espacio que han conformado y cerrado a otro nivel, en otra racionalidad y otra finalidad. Esos signos y significantes se consumen a modo de un gran sueño eufórico. Los dos primeros niveles, el espacio apropiado y lo imaginario social están ligados con una cierta coherencia, compensando el segundo las insuficiencias del primero y resolviendo en apariencia los conflictos entre sujeciones y actividades de apropiación. Además, entre esos dos niveles y la ideología de que se revisten, hay un hueco. Se impone hacer un estudio para reconocer el origen e impacto de la ideología. Por tanto, el análisis permite discernir los trazos específicos de cada nivel, así como las

dos formas de diferencia entre los niveles, la articulación y la desnivelación (hiato). Por otra parte, descubrimos en el «mundo de la vida en campaña» un conjunto signifiante, pero las diferencias que pone de manifiesto el análisis impiden hablar de un sistema de campaña. Salvo si se le desea dedicar cosa e ideología.

Lo que señala Michel Foucault (que manda a paseo la antropología pero conserva la etnología como «zócalo epistemológico» con la lingüística) resulta demasiado exacto. El estructuralismo dogmático quiere franquear el «paso al punto de vista de la norma, de la regla y del sistema» (*Las palabras y las cosas*, p. 372). Eso es justamente lo que le reprochamos. Se pasa de una filosofía de la Libertad (que después de Marx han tomado J. P. Sartre, Georges Gurvitch y algunos otros) a una filosofía de las restricciones. La ciencia de la Libertad ¿hubiera fracasado con la revolución? Tal vez. Habría todavía que demostrarlo con algo más que con análisis epistemológicos. Habría que demostrar cómo y por qué en este sentido el horizonte está cerrado, y por qué razones el conocimiento debe situarse en el punto de vista de las restricciones. Admitir que haya que cambiar el conocimiento que se pretendió ciencia de la Libertad y de lo particular, en ciencia de lo necesario y de lo general, no es razón suficiente para valorizar las restricciones, para legitimarlas bajo una cubierta de conceptos (como la de sistema).

Ciertamente, las computadoras operan calculando las combinaciones de elementos y eliminando ciertas combinaciones según las restricciones impuestas por su programa. ¿Sería éste el nuevo punto de partida del conocimiento? En la presentación del estructuralismo integral se confundieron peligrosamente el punto de vista de una combinatoria universal (retorno de la cibernética y de la teoría de la información) y el punto de vista de la norma. «Se dirá que existe “ciencia humana” no en cualquier parte donde se trate del hombre, sino donde se analicen en la dimensión propia del inconsciente, normas, reglas, conjuntos significantes» (M. Foucault, p. 376).

Las sociedades pasadas, que permiten aproximar cuando no explicar los métodos históricos, quisieron mantenerse cerradas, coherentes, y emplearon para llegar a ello todas las formas de la represión, todas las normas y reglas que les fue dado imponer. Todos los conjuntos significantes han existido en la práctica mucho antes de su aparición

⁷ Cf. *Lenguaje y sociedad*, p. 167 y siguientes.

en la literatura y en la filosofía, mucho antes de su descubrimiento teórico. El más bundo análisis de la ciudad antigua o medieval revela esos «conjuntos significantes» (monumentos, el estilo de la ciudad) y descubre las normas y reglas que dan a esa ciudad una fuerte coherencia. ¡Lo que definía una forma limitada y destinada a brillar en libertad! Sin embargo, la historia parece demostrar que las sociedades pasadas sólo intentaron cerrarse completamente en los momentos en que se sintieron amenazadas por dentro y por fuera. El reforzamiento de la estructura corría parejo con su desmoronamiento.

En nuestra sociedad, que data de la producción industrial (sin que por ello nos obliguemos a definirla como «sociedad industrial») los huecos, las lagunas, los hiatos han sido numerosos. Por esos huecos han pasado fuerzas nuevas, las iniciativas de los individuos, (los «empresarios» por ejemplo) o las de las clases y grupos (los sindicatos obreros y los grupos patronales o monopolísticos), etc. El individuo, con ideología individualista o sin ella, se beneficiaba. El derecho, la moral, las estrategias políticas, las ideologías, se afanaban cerrando los huecos a través de los cuales podía pasar éste. En la medida en que las cribas y las redes —controles sociales, barrajes institucionales, filtros de normas y del lenguaje— se hacían más finos, los deseos del individuo capaz de soportar esta situación se afinaban igualmente. Sufría. Un inmenso número de hombres capaz de intentar la individualización (la realización en sí de una obra, en un acto, en «el objeto» singular de un deseo singular) caían en el camino, víctimas de neurosis, abandonando la lucha. Algunos lograban pasar. Otros incluso llegaban hasta la acción de regreso: modificaban algo en esta sociedad de la que emergían, a veces intentaban transformarla.

El énfasis hecho en la restricción, en la norma y la regla, en nombre del rigor científico, nos parece de extrema gravedad. ¿Deben ocuparse las ciencias sociales de las *instituciones*, es decir de las normas, reglas, y conjuntos constituidos? Ciertamente sí, pero no para consagrar lo institucional, para hacerlo válido y conferirle un certificado de legitimación. El conocimiento de las instituciones implica la crítica radical de las mismas.

Parece que en la actualidad, gentes de penetrante inteligencia se proponen apretar la entrada de la red hasta lograr que nadie pase. Se quiere el triunfo de una cierta concepción del saber: conformismo y

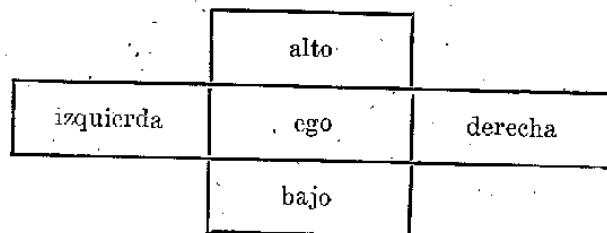
restricciones aceptadas. Un cierto psicoanálisis ¿no se ocupa de recuperar a los desdichados colgados de la red que no han podido atravesar la criba, que fracasan en la individualización? Se les reintegra a las normas, a las instituciones existentes. Los teóricos proclaman el fin del individuo en nombre del Sistema. Al mismo tiempo que el fin del «hombre» en general, del humanismo ideológico. Muy bien. El nihilismo, no cesamos de repetirlo, coincide con la sistematización de lo institucional.

El desdén teórico por el concepto de *nivel* impide a Lévi-Strauss la comprensión de la historia. Lo que le permite nivelarla con una extraordinaria ingenuidad. Cómo explicar de otra forma que no sea por la candidez, a menos que se trate de una astucia, su tesis que hace entrar todas las formas específicas de intercambio y de comunicación en una categoría: el intercambio en general, la comunicación en general, en suma el «comercio» en el sentido del siglo XVIII. La famosa operación denunciada por Marx acerca de las «sustancias naturales» —los árboles reducidos al árbol en general, a la idea de árbol, a la idea— se reitera para los períodos históricos y las diversidades sociales. Inclusive «desustanciación» bajo pretexto de conocimiento por lo general, por la forma. En particular, la producción de mercancías, la economía mercantil y monetaria pierden toda especificidad en beneficio del «intercambio» (cf. *Antropología estructural*, p. 36 y siguientes). La sociedad ha atravesado *niveles* de crecimiento y de desarrollo bastante bien definidos por Marx: modos y relaciones de producción, fuerzas políticas... Si hay lugar a retomar para profundizar las determinaciones de Marx, esta nueva elaboración sólo puede llevarse a buen término acentuando las diferencias y no reabsorbiéndolas en generalidades (nivelándolas puesto que se ignoran los niveles).

El pensamiento de Lévi-Strauss y de su escuela exalta algunas oposiciones pertinentes a fin de utilizar su lenguaje. La más característica es la oposición «reducción-extrapolación» ya varias veces señalada.

Si se llega al extremo de su pensamiento, se encuentra una predilección curiosa, casi maniática, casi esquizofrénica por lo inmóvil, por el cuadro, por la reja. El tipo de inteligibilidad que valorizan excluye al movimiento. En lugar de buscar las insuficiencias de una matriz, de una reja, de una mesa, para captar la movilidad, prefieren negar esta

última, negando que se trata sólo de una preferencia de su parte. Si yo quiero representar el referencial «inconsciente» de la mayoría de la gente en su cotidianidad, presento un cuadro cerrado, compuesto de oposiciones pertinentes que representa el espacio de la vida cotidiana:



Este pequeño cuadro, lejos de suministrarme la inteligibilidad de lo cotidiano, me mostrará sus límites y problemas. Me guardaría de consagrarle «espacio de la representación», «espacio para alojar el conocimiento», reja, «campo», ¡y ménos aún tipo de equilibrio y norma! Su pobreza revela en una cierta medida la pobreza del «espacio de la cotidianidad». El estereotipo se utiliza en la crítica de la vida cotidiana, lejos de pasar por su estructura o su forma inteligible. Tomado epistemológicamente, un cuadro cerrado de oposiciones pertinentes no tiene otro referencial que el de sí mismo, suprime la referencia. Lo que no ocurre sin graves inconvenientes. En el caso actual, si se presenta tal cuadro, se procede al contrario para situar el referencial: *lo cotidiano*, es decir, un nivel de lo social con relación a la técnica, a la cultura, al estado, a la sociedad en su conjunto, a sus formas de ocupación de los tiempos y de los espacios. ¿Es metodológica y teóricamente admisible, suprimir todo referencial para dejar el lenguaje sólo consigo mismo, su propio doble, su espejo, el mismo y otro a la vez? Es ésta sin embargo la operación que lleva a cabo Michel Foucault, llevando lógicamente a su término la tendencia estructuralista ya representada por Lévi-Strauss. El lenguaje, el discurso, no poseen otro referencial que ellos-mismos. La «función referencial» solamente entra en juego en relación con el contexto.⁸ Únicamente designa la

⁸ Esta tendencia a suprimir la función referencial se devela en el curioso artículo de Félix Guattari «Recherches», No: 2, p. 35. «El punto de partida último, alcanzado por una reducción absoluta, es el signo que no remitiéndose más que a sí mismo, no remite a nada».

cohesión o coherencia del Sistema. A nombre del «principio de inmanencia» (Jakobson) tomado dogmáticamente, se reduce a una unidad la cualidad tan fuertemente marcada por E. Benvéniste, la del sistema de signos, y de la comunicación (texto citado, *Problemas de lingüística general* p. 130). Es por eso que el panestructuralismo ataca tan violentamente lo «vivido» conjuntamente con el individuo. La referencia «vívida» a los objetos y al mundo de los objetos, a las situaciones, debe caer para que subsista únicamente el sistema de signos, sin sustancia, sin otra determinación que su transparencia. Esta transparencia no puede sorprender: se han evacuado los contenidos. Presentarla como una victoria del inteligible-victoria mortal, victoria de la muerte (Cf. M. Foucault, *op. cit.*, p. 395) es una actitud que puede sorprender. Es cierto que el conocimiento científico no puede conservar como tales las referencias del sentido común. Comporta una crítica de lo «vivido», lo que no significa la eliminación de lo vivido sino un esfuerzo para comprenderlo y situarlo. Nos percibimos pronto de qué manera el referencial o los referenciales del sentido común se han disociado y disuelto en el curso del siglo xx. Sin embargo Marx había intentado determinar el referencial al que tenía que referirse el discurso científico para no dar vueltas alrededor de sí mismo y captar un contenido. Para Marx las relaciones de producción constituyen el núcleo de la praxis, lo esencial de las actividades sociales cuyas conexiones y resultados se observan en esa praxis. Es de ellos que se habla desde que el discurso desbroza las ilusiones de lo inmediato, de lo aparente, de lo «vivido». ¿Quién habla? Si alguien hace una pregunta, responderemos que Marx sin plantearla explícitamente, ha establecido la identidad del lenguaje de la revolución y del lenguaje de la ciencia, la identidad del sabio y del revolucionario.

Es sobre ese punto fundamental que debe versar la crítica al marxismo, si se le quiere criticar y es sobre ese punto fundamental que debe versar un enfoque del marxismo que se proponga responder a las interrogantes del pensamiento moderno aceptadas como hipótesis. Ahora bien, ocurre algo notable. Las ideologías contemporáneas que se ocupan del marxismo simulan adoptar el lenguaje del rigor. Su afectación, su escritura, los dispensan de un examen riguroso. Michel Foucault, ideólogo del Sistema, liquida el marxismo sin haberlo expuesto ni discutido reduciendo de una forma ridículamente prematura

el pensamiento de Marx al de Smith y al de Ricardo (Cf. *op. cit.*, p. 262 y siguientes, en particular las pp. 311 y 331, etc.) *Ha llegado por otra parte el momento de declarar explícitamente la extrema debilidad científica* de la obra de Michel Foucault, disimulada bajo un lenguaje de rigor. La lingüística moderna sólo se designa por metáforas tales como «zócalo epistemológico» o «espacio del epistema». Los conceptos de la lingüística, las funciones del lenguaje inferidas por el lingüista, y por el sociólogo, son elididas o eludidas. Por ejemplo, el problema de la función referencial o metalingüística o el concepto de *nivel*. En beneficio de una «teoría pura del lenguaje» (p. 392) que juega en el pensamiento de Michel Foucault el papel del modelo más general que permite reducir las diferencias y particularidades. Puede suponerse aunque no esté especificado, ni mucho menos probado que esta «teoría pura» coincide con la de Sistema unitario y único. Y ahora, después de la pregunta «¿quién habla?», podemos preguntar: «¿De qué se habla?», la de la función referencial según Jakobson, hecha no a niveles de fonema o de monema, sino del lenguaje. La tesis de Marx no nos parece refutada. Si no se habla nunca de las relaciones de producción, de la praxis, de las clases sociales, de la vida cotidiana, no se sabe ya de qué se habla. Es el lenguaje que habla: entre los miembros de la sociedad se establecen relaciones únicamente de lenguaje y cualquiera dice cualquier cosa. Esta tesis de Marx tiene que completarse. El referencial, no es ya lo «real», del sentido común. Tampoco es la «naturaleza». Son más bien, con el conjunto de las *obras*, las de las actividades productivas incorporadas en los campos sensibles: música, imágenes, pintura, paisajes, ciudades, etc., la vida cotidiana en sí misma que se constituye e instituye alrededor nuestro. Es de ella que se habla, a favor o en contra, con o sin. Tales son las invariantes de estructura (para esta segunda mitad del siglo xx, que comienza de modo tan escabroso) a los cuales se refiere consciente o inconscientemente el discurso.

El dogmatismo de la estructura desemboca en un idealismo (en el sentido clásico) bastante insólito. Por un viejo procedimiento, el del idealismo, pone el mundo al revés. Ve en la vida social la obra del lenguaje, en lugar de concebir éste como obra de la sociedad. Considera que los demás «campos» son los simples resultados del lenguaje, pone las palabras delante y por encima de las cosas; en lugar de demostrar cómo las palabras y las cosas y sus conexiones son obras.

En el nivel *lexical*, salvo que se pruebe lo contrario, no existe el sistema. Sin embargo hay «subconjuntos» o si se quiere «subsistemas» a condición de entender por eso grupos no cerrados, abiertos unos sobre otros, entrelazados; estos grupos hay que *construirlos*.

Por ejemplo, en lo referente al *habitar* (no empleemos ese horrible neologismo que acentúa la pasividad: el *habitat*). Para construir un modelo del *habitar* (por ejemplo, el *habitar en campaña*), hay que confrontar las palabras y las cosas en el campo de una realidad práctica, determinada y determinante, susceptible en sí misma no a «la sociedad» de modo inmediato, sino de forma particular a un grupo social y seguidamente, a través de ese grupo a lo global. Es necesario (aunque no suficiente) inventariar el repertorio (las palabras). Hay que mirar las cosas. No es desaconsejable tener en cuenta el comportamiento de la gente, su instalación práctica. Es así y entonces que se puede abordar el análisis de su lenguaje. Ni las cosas, ni las palabras, ni los miembros de grupos constituyen un «corpus» separado, riguroso. La construcción del modelo retiene ciertos rasgos, descarta otros, pero no puede congelarse y tiene que volver sobre aquello que precisamente descartó para retomar y afinar el modelo.

Se constituyen subconjuntos y subsistemas para el *habitar*, para el «vestirse» para la *nutrición*, etc. con las relaciones de producción, actúan las actividades múltiples de las gentes que consumen productiva o improductivamente. Por supuesto que en la misma sociedad, son las propias gentes, miembros de los grupos que componen la sociedad, que habitan, que se visten, que se alimentan (o que producen los alimentos, el vestido, etc.) ¡No hay un grupo que se viste, otro que se alimenta, otro que habita! Esos subsistemas construidos por el análisis permanecen abiertos y sin embargo constituyen una globalidad: la vida cotidiana. Tal es el sentido de esa argumentación. Los conjuntos significantes no pueden aislarse. Son múltiples, situados a diversos niveles, articulados en ciertos casos, separados en otros por huecos y lagunas que no suprimen toda relación entre ellos. Esos subsistemas confieren significaciones a objetos, a un ámbito: pero las significaciones son accesibles a todos los miembros de la sociedad. Toman un sentido (global).

No es la «estructura lineal» del lenguaje la que dicta la selección de las palabras, como lo cree M. Foucault (Cf. p. 392) sino una estructura

en otro sentido compleja, la de las situaciones y grupos en la globalidad social, con referencias relativamente constantes (entre otras a la vida cotidiana).

Una sociedad se nos presenta así compuesta de una gran multiplicidad de clases y de grupos, de conjuntos y de sistemas parciales (subconjuntos y subsistemas). Si tenemos el habitar, y el vestir y el campo perceptivo (paisaje, música, etc.) tenemos también el «sistema» jurídico, el «sistema» fiscal, el «sistema» escolar, el «sistema» electoral, etc. Esta interacción altamente compleja de «subsistemas» no lanza a la sombra los grupos y clases que actúan a través de esos conjuntos, ni sus estrategias. Con mayor razón las relaciones de producción y de propiedad.

Así se nos presenta una sociedad como una globalidad extraordinariamente compleja. ¿Puede el lenguaje fijar el status de la sociedad, el de los miembros del conjunto social? Se trataría más bien por medio del conocimiento de fijar el status del lenguaje en la sociedad: ¿hay un Sistema? ¿existe el Sistema? Si fuera así, no saldríamos de él, no entraríamos a él, no podríamos conocerlo. ¿Cómo captar un sistema o un subsistema sin una distancia crítica, sin una entrada y una salida, sin apertura y, por lo tanto, sin una doble crítica (externa e interna)? La tesis dogmática del Sistema unitario revela una voluntad de sistematización, más que un conocimiento. Es una voluntad que se encubre bajo un lenguaje, el del rigor. Ese lenguaje, que se caracterizaría, según las muestras conocidas, por la proyección de la metáfora en la metonimia. Esos términos son tomados en la acepción en que lo toma R. Jakobson, de modo contrario a su definición de la poesía. Para él, el discurso poético resulta de una proyección del eje paradigmático (virtualidades, oposiciones pertinentes) sobre el eje de los sintagmas (actualidad, enlaces). La escritura del rigor trata las metáforas como enlaces seudológicos, en relaciones de la parte al todo. Ejemplo: el «zócalo epistemológico», «el espacio del epistema». Disimula el abuso y la extrapolación, transformándolas en relaciones aparentemente exactas. Esta operación, a su vez, disimula bajo el conocimiento el esfuerzo por imponer una sistematización abusiva. El lenguaje o más bien la escritura del rigor ¿no sería el de la voluntad de poder? Esta escritura del rigor implicaría una retórica muy particular, bastante original. Es una poesía de la antipoesía, un mito de lo antimítico. El éxito de esta ideología conduce al nihilismo que envuelve cuidadosamente bajo la

apariencia de la ciencia absoluta, más bien que al conocimiento que pretende alcanzar.

¿De quién viene nuestro análisis desconfiado? De Nietzsche, entre otros, que ha acorralado las operaciones y los trucos de la voluntad de poder y también de una dura experiencia. Y si ahora alguien recurre a Nietzsche contra nosotros, si dice que Nietzsche ha inventado la escritura rigurosa, recurriremos a Zarathustra contra el filósofo de la «voluntad de poder» del que sabemos también que defendía la esencia del devenir. No hay ambigüedades con Zarathustra, habla, toma y retoma la palabra para decir en verdad, a saber, identidad del Ego y del mundo.

En esta aclaración, la tentativa de «rigor» de la que analizamos una manifestación, las tesis panestructuralistas, se perfila de forma nueva.

Esta llamada renovación de la filosofía está llamada a morir. Falta de revalorización de la filosofía, es decir de retomar los proyectos fundamentales de los filósofos, se reitera el fracaso de la filosofía, agravándola. Esa pretendida renovación no se inclina hacia otra cosa que hacia una justificación del estado de cosas y del Estado existente.

¿Se llega a extraer del estudio de la lengua —de la lingüística— de un metalenguaje del que todas las ciencias, incluyendo las llamadas exactas, serían sólo modalidades y aplicaciones a campos parciales? Un logro semejante sería la validación teórica de las ambiciones panestructuralistas.

No parece que ese proyecto pueda realizarse. La objeción científica extraída del concepto de nivel que muestra cómo el lenguaje no puede ser comprendido como un sistema (unitario, único, de una coherencia absoluta) parece impedir la realización de ese proyecto.

No impide que una obra como la de M. Foucault se presente sin explicitar el concepto, para el *metalenguaje* de la filosofía y de las ideologías. El tránsito de la filosofía a la metafilosofía exige una elucidación del mensaje filosófico. ¿Qué pasos debe seguir este análisis? Puede comenzar por la determinación de los rasgos generales del discurso filosófico. Hecho este, regresa hacia las filosofías, hacia sus particularidades, para captarlas y entenderlas. Procedería así de lo abstracto a lo concreto, siendo lo concreto un fragmento (o «segmento») de una historia. M. Foucault sigue el paso inverso. El mensaje de este autor se centra en los códigos de las filosofías y de las ideologías pasadas. Cumple la función metalingüística, descifra para el lector de

1966 los textos de siglos pasados: los cuadros de Velázquez, considerados como campos semiológicos, o el *Don Quijote*, etc. Muy bien, pero va de lo concreto al abstracto más general. Mejor: entrega su propio código que tiene una palabra: Sistema. Esta palabra contendría igualmente los códigos de las filosofías examinadas y liberaría lo esencial, hasta ahora desconocido, de sus mensajes.

Es así que podemos comprender el gran número de citas sin referencia que contiene la obra de M. Foucault. El lector avieso reconoce aquí y allá a Hegel, a Bachelard, a Heidegger, a Nietzsche e incluso a Marx. ¿Plagio? ¿Estilo alusivo? No.. Operación de descodificación, legítima con esta perspectiva. Elaborar el metalenguaje de la filosofía, es por tanto una gestión completamente diferente del tránsito de la filosofía a la metafilosofía. Incluso es lo contrario. El metalenguaje filosófico, el que descodifican los filósofos, sólo puede ser por otra parte metonímico. La invención filosófica (tal vez como cualquier otra) procedió por metáfora, desviando las significaciones de términos conocidos, ya utilizados por los predecesores de cada filósofo, arrancándolos a los «sistemas» anteriores (el ser, Dios, la naturaleza, etc.). La exposición de cada filosofía pretendiendo ser demostrativa, acentuaba inevitablemente el lado metonímico del encadenamiento.

El acto de descifrar las filosofías por M. Foucault va aún más, lejos en esta tendencia inherente a la filosofía. Transcribe (proyecta) las metáforas en metonimias. Es la escritura del rigor. ¿Qué nos enseña esta descodificación simultánea (sincrónica) de todas las filosofías? Que toda filosofía fue o pretendió ser sistema. Lo que ya sabíamos. Ahora está mostrado, demostrado, probado. La coherencia, cualidad transparente y oculta, se convierte en la idea más general de lo que fue (más o menos) coherente. Cada filosofía, cada ideología, encarna momentáneamente el Sistema. Los árboles se definen por la idea del árbol y ésta por la Idea. Tenemos ante la vista la esencia de la filosofía, evacuados su historia y su contenido, marchamos por el desierto de la esencia. Las filosofías, privadas de contenido, se reducen a la forma pura del discurso filosófico. Se esbozan fantasmalmente, nubladas con contornos de penumbra, en la transparencia del Sistema. Las diferencias, las particularidades se disuelven en la luminosidad de la esencia más general. Todo es inteligible en y por la denominación de la totalidad: el Sistema.

De ello resulta que un estudio semejante no conlleva ya una invención ni un descubrimiento. Los excluye. Permanece en la sombra y el mito; contempla su fin. Con su metalenguaje y sus metáforas metonímicas llena el vacío de los círculos cerrados del puro Pleonismo, de la suprema Tautología: el Sistema, es el Sistema. Las filosofías y el filósofo se creen aún presentes e incluso más que nunca presentes en sus ausencias. Su pseudoausencia surge ante nuestra vista. El filósofo es el rey ausente, es el que sabrá decir sin mencionarlo, lo que mencionan sin describirlo las más brillantes y oscurecedoras páginas de Michel Foucault. El autor demuestra su extrema habilidad, su virtuosismo centelleante, su talento superior. En su libro, tumba de la filosofía reposan embalsamadas y reconocibles las más bellas frases de los filósofos. Un virtuoso del metalenguaje las ha amortajado, envueltas en lo que hay de muerte y de mortal en los filósofos: el Sistema y la voluntad de sistema. Lo que hubo de vivo —el proyecto del hombre, la idea de la libertad— ha desaparecido. La crítica radical de la filosofía debiera recuperar ese contenido, ponerlo de nuevo a la luz, transformarlo en acción revolucionaria y de ese modo pasar a la metafilosofía. Esta crítica es invertida y revertida. Bajo la ilusión y la apariencia de una viva luz filosófica, la vida de la filosofía y lo que deja de viviente se han ahogado. La muerte de la filosofía es revivida, el legado más pesado, aceptado. Una vez más, lo muerto se ha apoderado de lo vivo. Aquí, una vez más, nos proponemos revertir lo que ha sido invertido, para restablecer los derechos de lo vivo. Es de esta forma que hemos utilizado los conceptos extraídos de la lingüística, incluidos el de estructura contra los abusos estructuralistas. ¿Es el lugar y momento de añadir que esta sustitución del metalenguaje de la filosofía por la metafilosofía tiene como acompañantes una serie de operaciones homólogas? En los más diversos campos, una actividad que se pretende creadora, que se cree «mensaje» aporta sólo una descodificación de los antiguos mensajes: un metalenguaje. Críticos literarios y novelistas «nuevos» extraen penosamente el metalenguaje de obras novelescas. Cineastas y críticos de cine intentan ya ofrecer el metalenguaje del cine. Pintores y comentaristas de la pintura viven en la descodificación de la pintura caduca y sobre mensajes centrados sobre códigos así como sobre el código general (la significación y los signos) de la pintura. Esas creaciones «de segundo grado», de carácter reflexivo, se consagran al formalismo. Corren el riesgo del deterioro que

los lleva de la región de los *sentidos* a la de los puros *significantes* y ésta al nivel de los signos sin significación. Al puro pleonasmos.

Este es un aspecto que no perderemos de vista de la gran mutación que atraviesa la sociedad, la cultura, la civilización. ¿Mutación mortal o advenimiento? Es la pregunta del futuro. Pase lo que pase, nos opondremos a la idea de un advenimiento a lo que anuncia M. Foucault al final de su obra, un acontecimiento de orden teórico.

Dando a conocer la esencia desértica de la filosofía (una vez eliminado su contenido, el proyecto del hombre), apareciendo como una filosofía trascendental del Sistema, el panestructuralismo hace surgir de nuevo contradicciones que son suyas y de la filosofía. La teoría del Sistema plantea el *nominalismo*. En efecto, definiendo el lenguaje como sistema de signos, cada uno de éstos sólo se conciben por sus conexiones con el conjunto de signos. Lo mismo ocurre con el pensamiento y con la «realidad», si se toma como modelo el lenguaje considerado como sistema unitario. En esta concepción que precipita a su acepción lógica las nociones de coherencia y de sistema sabemos ya que la función referencial del lenguaje desaparece. Y sin embargo, cada palabra debe tener una denotación, cada término recibir acepciones y definiciones incluso en los casos frecuentes de polisemia, de sinonimia. Dicho de otro modo, la sistemática llevada al extremo sobre el modelo del lenguaje se revela *realista* a nivel de signo (de la relación *significante-significado*) y *nominalista* a nivel global, el de sistema.

Se comprende mejor por qué las filosofías han flotado del nominalismo al realismo. Sus tesis se flexionan según las exigencias de la filosofía como tal. La voluntad de sistematización las orientaban hacia el nominalismo; pero el conocimiento como hecho práctico y la necesidad de asegurar la correspondencia término por término, cándidamente, entre las palabras y las cosas, las empujaban hacia el realismo. La contradicción entre las teorías, así descubierta y formulada, se cambia en contradicción teórica interna a la filosofía. Aparece así como contradicción en el interior de la promoción estructuralista del Sistema. Nuestros sistemáticos no pueden dilucidarlo. Siguen oscilando del nominalismo al más ingenuo de los realismos. Si cesan de dilucidar la cuestión, el nominalismo «puro» ligado muy de cerca al nihilismo, los acecha. No dejaremos de señalar que Michel Foucault se cuida de no examinar este aspecto de la «problemática» del sistema.

Sobre la marcha hemos dado respuesta a estas interrogantes. La correspondencia entre el «mundo objeto» y el discurso se asegura a nivel de conjuntos parciales. Si se quiere examinar esta correspondencia término por término, sólo resulta aproximada. Hay que recuperar la definición y la denotación de cada palabra, el significado. Sobrevienen distanciamientos constantemente: empleos metafóricos, connotaciones diversas, desprendimientos de significantes, etc. Al más elevado de los niveles, con el sentido surge la esencia al igual que la verdad. Es a nivel medio y mediador que se establece o restablece la concordancia entre las palabras y las cosas, en la práctica cotidiana. El conjunto (parcial) de palabras relativas al habitar corresponde al conjunto (parcial) de los objetos. Procede igualmente para las demás actividades, para los conjuntos tales como los objetos de la cotidianidad,⁹ muebles, equipos domésticos, objetos técnicos o seudotécnicos (auto, refrigerador, etc.)

Así culminamos en un neorealismo. El realismo ingenuo que se pretende integral reclama una correspondencia término por término a todos los niveles. Extrapola. El nominalismo aporta argumentos cuando no pruebas en su favor a nivel de significantes tanto como a nivel del sentido. Si las exigencias de realismo ingenuo se verificasen, el lenguaje no cambiaría jamás; en lo adelante ya no tendrían sentido, ni errores o veracidad. Sin embargo, si los nominalistas tuvieran integralmente razón, el pensamiento y la conciencia se hundirían. ¿No será eso lo que desean los dogmáticos del Sistema?

La posición aquí definida trata de reencontrar el movimiento dialéctico contra los abusos de un rigor que se asemeja singularmente a la rigidez cadavérico. El neorealismo quiere superar la aparición del nominalismo y del realismo, en vez de eludir la venerable problemática de la filosofía. Los juegos con las categorías filosóficas resultan peligrosos. Como en una novela de serie negra, el cadáver tiene en sus manos un arma, y aquel que se permita tocarla sin precauciones extremas con ese cuerpo yacente, muere víctima de su audacia.

Desde hace tiempo, los análisis críticos de los filósofos, expuestos por las filosofías o por las ciencias amenazan la tesis (filosófica) de una finalidad del pensamiento en la naturaleza, en la historia y en la vida

⁹ Cf. «El sistema de los objetos», por Jean Baudrillard, que aparecerá próximamente, coll. Ideas (Gallimard).

social. Ahora bien, ese sentido desaparece con la finalidad y a la recíproca. Los ataques del panestructuralismo contra el humanismo llevan al extremo la destrucción del sentido y del fin. El futuro no tiene por término lo humano, así como tampoco la verdad, la justicia o la libertad. Al propio tiempo, el Sistema (a través de los demás sistemas, hacia delante o hacia atrás) se descubre como una especie de causa final. O bien, no hay nunca más que un sólo sistema «discurso virtual» desconocido o subestimado «a partir del cual el hombre es llamado sin cesar al conocimiento de sí mismo» (M. Foucault, *op. cit.*, p. 334). O bien, ha habido varios sistemas y hay que explicar el tránsito de una estructura tan imperiosa a otra igualmente imperiosa. En ambos casos, las nociones de causalidad y de finalidad persisten, desfiguradas. Ciertamente, el Sistema está vacío; es una forma pura. Se produce por la coincidencia de lo inteligible y de lo absurdo del Mismo y del Otro. ¿Sería una puesta en perspectiva, una evaluación según el esquema nitzcheano? Si es así, la teoría del Sistema no sale del relativismo mientras que por esencia se ofrece para el descubrimiento de lo absoluto en lo relativo. Si no, la filosofía trascendental del Sistema (lleno o vacío) presupone una teleología. El tiempo tiene por objeto, por término, por «fin», el acontecimiento que descubre y proclama el Sistema. Imposible, si se toman las categorías filosóficas en su escape, es decir, en el escape a sus contradicciones: nominalismo y realismo, racionalidad y absurdo, mecanicismo y teleología, sentido y ausencia de sentido, viudez y plenitud, causalidad y finalidad. Hacer silencio sobre la problemática, no resuelve ningún problema. Esta forma de reconsiderar la filosofía, de reescribir y de reactualizar su historia, no puede satisfacer a nadie. Es imposible permanecer en ese punto. El fetichismo del Sistema produce resultados que los fetichistas toman como descubrimientos y para la objetividad suprema. Cuando M. Foucault reescribe la historia del conocimiento desde el siglo xvi (filosofía y ciencia, o «campo epistemológico» y «campo filosófico») tiene tendencia a retener de cada época aquello que ya estaba ganado, asimilado. Solamente tales materiales pueden servir para la construcción de Sistemas. Lo sistematizable y lo sistematizado, en la filosofía y la ciencia como en otros campos sería, en nuestra opinión, sólo lo elaborado y debilitado. Para utilizar otra metáfora, ¿no sería la cola del cometa en vez de la cabeza?

Cuando M. Foucault analiza el saber del siglo xvi subraya la doble imagen y la doble relación: «microcosmo-macrocosmo». Ahora bien, la

elaboración de esta imagen y de esta relación no es nueva. Data de varios siglos. Lo nuevo, lo que quiebra las estructuras proviene de la medicina (Vesalio), de la astronomía de los navegantes y viajeros. Gramsci dio a conocer ciertos aspectos del pensamiento del siglo xvi que M. Foucault mantiene deliberadamente en la sombra (el papel de la Universidad de Padua y de las corrientes hasta entonces subterráneas que emergen del pensamiento crítico inspirado en Averroes). La lectura de Rabelais muestra bastante bien lo que hay de exacto en la perspectiva de M. Foucault y sus límites. El esquema de M. Foucault sólo opera si se admite un postulado implícito. De un período se conserva sobre todo sus ilusiones; aquello que parece logro. Se descarta el conflicto entre la creación y la pedagogía, entre las estructuras y las desestructuraciones. Se descuida la ley de desarrollo desigual, que no escatima la ciencia y la filosofía. Después de esa serie de operaciones, se tiene una esquematización que no se puede decir que es falsa, porque todo en ella es «exacto». Sin embargo la verdad escapa a esta exactitud, hechos y actos, obras e instituciones. Al esquema del Sistema lo sustituiríamos con gusto por otro esquema, que por otra parte no es nuevo: coexistencia de lo que parece ya logrado y que está superado por la creación o el descubrimiento —conflicto que surge entre esas coexistencias— sistematización de lo que fue creación y descubrimiento cuando los materiales aparecen reunidos —disolución de sistemas y a veces utilización de los restos.

Esta refutación no equivale a un rechazo puro y simple. Hay innovaciones a partir de Marx, tanto en la práctica y la «realidad» como en la teoría y el conocimiento. No podemos dejar de reconocer el aporte de la lingüística, de la etnología, del psicoanálisis. ¿En qué consiste ese aporte? «El hombre» actual ¿estará penetrado o incluso constituido por «estructuras inconscientes» más o menos arcaicas o arqueológicas y por consiguiente extratemporales que «nosotros» tratamos de «decir» para liberarnos de ellas por el habla, o bien por el contrario, para aceptarlas como restricciones necesarias? ¿Este «pensamiento salvaje» o mejor este «ser salvaje» dominaría nuestra condición actual? Estas estructuras inconscientes llegadas de un «más acá» del tiempo histórico, si existen, pueden solamente reaparecer en las fisuras y los huecos de una sociedad histórica, dominada por los cambios en las fuerzas productivas y las modificaciones entre las relaciones de produc-

ción y de propiedad. La mayoría de los partidarios del estructuralismo tendrían que convenir en ello, puesto que ofrecen lugar de opción en su sistema al psicoanálisis. La teoría de la conciencia y de la realidad social «agujereada», lagunaria, fisurada, debiera convenirles. Pero entonces, ¿qué se propone el panestructuralismo?, ¿qué pretende sino rellenar las fisuras y tapar los huecos? Mientras que otros, en cuya posición estamos nosotros, quisieran ampliarlos. Añadiremos que la teoría marxista de la forma-valor no entra en el esquema habitual de las formas económico-sociales y del tiempo histórico atribuido a Marx. La forma de la mercancía introduce en la práctica social relaciones caracterizadas por la puesta entre paréntesis, «espontáneamente», del trabajo productivo y de las relaciones de producción. La forma de la mercancía introduce igualmente «cadenas de significantes» separados de los significados (necesidades reales y actividades) constituyentes del lenguaje y del mundo de la mercancía, susceptibles de dar pretexto a múltiples connotaciones, metáforas y simbolismos. La sociedad en la que impera la mercancía, donde ésta puebla las conciencias, da lugar a una extraña forma de inconciencia. Es la propia conciencia la sede del inconciente, de la escisión entre la inconciencia y la representación conciente. Es la conciencia de los objetos que se objetiva haciéndose inconciencia (desconocimiento) de los objetos como productos en las relaciones de producción.

¿Puede decirse de un Sistema (o del perfecto Sistema) que se congela, que se reifica? No. El Sistema no sufre la automatización y la reificación como un proceso que lo degradaría. Es la propia reificación si no se confunde en este concepto la cosa y la abstracción (la forma tomada por el objeto, el producto hecho mercancía). ¡Es la forma que reifica y no la cosa en tanto que objeto y producto, en tanto que bien! No se puede seguir diciendo que el Sistema es alienante. Es la alienación suprema, en tanto que borra el trazo de la alienación el sentimiento y la conciencia del desgarrarse en sí —y que va incluso hasta recuperar el sentimiento y la conciencia de alienación, bajo forma de nostalgias, de lamentos, de obras entretenidas, de revueltas anodinas.

Llevando a su fin esas categorías filosóficas (alienación, reificación) para rechazarlas, o más bien rechazándolas, el Sistema las aclara. Nos muestra a la vez la necesidad y los límites. El análisis de un Sistema a partir de la alienación y de su caso límite, la reificación, no nos

entregará los secretos de ese sistema, de su estructura, de su forma, de sus funciones y de su funcionamiento. Nos permitirá una cierta crítica. No irá hasta la comprensión, y aún menos hasta la explicación, y fracasará ante la acción (la eficacia).

Aquí todavía nos permite la Sistemática acabada, tomar la medida de los filósofos y de sus conceptos: utilizarlos, limitarlos.

Facultad de Letras de París — Nanterre.

«L'Homme et la société»



El Marx desconocido

Martin Nicolaus

Cuando en 1859 Carlos Marx evaluó su carrera intelectual, condenó a la oscuridad a todos sus trabajos anteriores, excepto cuatro. Escribió que en *La Miseria de la Filosofía* (1847) había expuesto por vez primera los puntos decisivos de sus opiniones científicas, aunque en forma polémica; y daba a entender que la misma descripción se aplicaba al *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), al *Discurso sobre el Libre Comercio* del mismo año y a una serie inconclusa de artículos periodísticos titulados *Trabajo Asalariado* y *Capital*, publicada en 1849. No hace mención de los *Manuscritos Economico-filosóficos* (1844), la *Sagrada Familia* y las *Tesis sobre Feuerbach* (1845), y se refiere al manuscrito *La Ideología Alemana* (1846) sin mencionar su título como a un trabajo que él y Engels abandonaron alegremente a los ratones.¹ Tres años antes de su muerte, cuando se le preguntó acerca de la posible publicación de sus obras completas, se dice que respondió secamente:

¹ Cf. el Prefacio de la *Critique of Political Economy*. Con una excepción, he utilizado la edición *Werke* de los escritos de Marx y Engels, publicada por Dietz, Berlín, de 1962 a 1967; pero he citado los títulos en inglés y suministrado mis propias traducciones. El Prefacio aparece en el Vol. 13, pp. 7-11 (W13: 7-11) del *Werke*. Se puede encontrar una traducción al inglés en las *Selected Works* de Marx-Engels, Vol. I, pp. 361-365.

«Tendrían que ser escritas primero.»²

Marx contemplaba entonces a la mayoría de sus primeras obras, que habían despertado el entusiasmo de sus intérpretes contemporáneos, con un escepticismo que lindaba en el rechazo, y estaba dolorosamente consciente hacia el final de su vida de que los trabajos que había presentado o estaba a punto de presentar al público, eran tan sólo fragmentos.

La publicación del Grundrisse

Sólo una vez en su vida habló con un tono de logro y de éxito acerca de uno de sus libros. Tan sólo una vez anunció que había escrito algo que no sólo abarcaba todos sus puntos de vista sino que también los presentaba de una manera científica.

Fue en el Prefacio a la *Crítica de la Economía Política* (1859), una obra que también permaneció como un simple fragmento, dadas las dificultades con su editor. Solamente dos capítulos de la *Crítica* llegaron al público, pero su contenido, aunque de importancia, apenas justificaba las afirmaciones implícitamente hechas acerca de ellos en su Prefacio. El Prefacio esboza toda una visión global, todo un conjunto de doctrinas científicas que expli-

can el desarrollo de la historia en sus dimensiones económica, política y sociológica y demuestran cómo y por qué la organización actual de la sociedad debe sucumbir por la tensión de sus conflictos internos, para ser remplazada por un orden superior de civilización. Sin embargo, los capítulos publicados no demostraron tal extensión; ni siquiera el surgimiento final de un nuevo orden se deriva claramente de su contenido. Más bien tratan de cuestiones de economía puramente técnicas y prometen un camino largo y arduo hacia un fin que no aparece claro. Entonces, ¿de qué estaba hablando Marx en el Prefacio? ¿Estaba haciendo declaraciones sobre teorías que no había elaborado, sobre ideas que no había escrito aún?² Hasta el año 1939, esta pregunta seguía siendo un gran misterio. Las atrevidas generalizaciones hechas en el Prefacio pudieran ser encontradas en declaraciones igualmente atrevidas pero también generales en la *Miseria de la Filosofía* y en el *Manifiesto*; los volúmenes de *El Capital* contienen algunos ecos, asimismo polémicos y generales. Pero era difícil, si no imposible, extraer de las partes existentes de *El Capital* las respuestas que el Prefacio anuncia

² Citado en *Carlos Marx, Ensayo de Biografía Intelectual*, de Maximilien Rubel, Marcel Riviere, París 1957, p. 10.

como teóricamente resueltas, principalmente la cuestión de cómo y por qué el orden social capitalista se derrumbará.

Así, Rosa de Luxemburgo escribió su *Acumulación de Capital* (1912) precisamente con el propósito de llenar esta muy importante grieta en los escritos inconclusos de Marx,³ lanzando de este modo gasolina sobre una acalorada disputa dentro del partido que todavía arde en la actualidad. Todavía es un misterio el porqué el manuscrito en base al cual Marx escribió el Prefacio de 1859, permaneció oculto hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial; pero de todas formas en 1939 el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú sacó de sus archivos y publicó un enorme volumen conteniendo los manuscritos económicos de Marx en los años 1857-58. Dos años después salió un segundo volumen y en 1953 la casa editora Dietz de Berlín reeditó los dos volúmenes en uno. Titulado por sus editores como *Grundrisse der Kritik des Politischen Ökonomie (Rohtentwurf)* —Fundamentos de la Crítica de la Economía Política (Borrador)— y publicado junto con extractos importantes de los cuadernos de notas de Marx de 1850-51, este trabajo permite al fin un examen del material del cual se han destilado las generalizaciones del Prefacio.⁴

El *Grundrisse* no ha sido ignorado desde su publicación, pero tampoco ha sido apreciado por su total importancia. Inicialmente considerado como un material interesante para la reconstrucción de la génesis de *El Capital*, el trabajo vegetó por largo tiempo en el medio ambiente de los estudiosos del marxismo.⁵ Eric Hobsbawm presentó en 1965 una parte de él, fundamentalmente los pasajes históricos, bajo el título *Las Formaciones Económicas Precapitalistas*.⁶ Más tarde han aparecido algunos extractos aislados en las obras de André Gorz y Herbert Marcuse.⁷ Juntos, parecen haber avivado el apetito de un grupo cada vez mayor de intelectuales, especialmente en la amorfosa Nueva Izquierda, para un examen más mi-

³ Cf. *The Theory of Capitalist Development* de Paul Sweezy, Monthly Review Press, New York, 1942, p. 202.

⁴ Marx: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Rohtentwurf)*, Dietz, Berlín 1953, y Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt. Citado en lo adelante como *Grundrisse*. Extractos publicados en rústica Rowohlt, Marx: *Texte zu Methode und Praxis III*, citada en lo adelante como R.

⁵ Maximilien Rubel: «Contribution a l'histoire de la genèse du *Le Capital*», en *Revue d'Histoire économique et sociale*, II (1950), p. 168.

⁶ Lawrence y Wishart, Londres, e International Publishers, New York.

⁷ *Strategy for Labor* de André Gorz, Beacon Press, Boston, 1967, pp. 128-30; *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse, J. Mortiz ed. México, 1968, pp. 25-36.

nucioso de este trabajo hasta ahora desconocido pero obviamente importante. Este año, al fin, apareció una traducción al francés de la primera parte, pero los lectores que permanecen sujetos al idioma inglés tendrán que esperar.⁸ No se ha hecho público ningún plan para publicar una versión en inglés.

De todas formas, el trabajo tiene un significado histórico. Los frutos de quince años de investigación económica, los mejores años en la vida de Marx, están contenidos en esas páginas. Marx lo consideraba no sólo como un trabajo que echó abajo las doctrinas centrales de toda la economía política anterior, sino también como la primera exposición científica de la causa revolucionaria.⁹ Aunque él no podía saberlo en aquel momento, éste iba a ser el único trabajo en el cual su teoría del capitalismo desde los orígenes hasta el derrumbe se presentaba en toda su integridad. Aunque oscuro y fragmentado, se puede decir que el *Grundrisse* fue el único trabajo de economía política verdaderamente completo que Marx escribió.

El enfoque de Marx sobre el mercado.

El *Grundrisse* es la cima, al final de un ascenso largo y difícil. Marx había publicado diez años antes el primero de los que consideraba sus trabajos científicos, *La Miseria de*

la Filosofía, y no publicó el primer volumen de *El Capital* hasta una década después. Para comprender el significado del *Grundrisse*, será necesario repasar brevemente los escritos económicos que lo precedieron.

Inmediatamente después de terminar su crítica de la filosofía del derecho de Hegel, en la que sacó en conclusión que la anatomía de la sociedad no debía buscarse en la filosofía, Marx comenzó a leer a los economistas políticos. En este empeño fue precedido y, sin duda alguna, guiado, por el joven Engels, que había publicado su *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie* en el *Deutsch-Französische Jahrbücher* de Marx y Ruge por el mismo año, 1844. Engels sostenía en este artículo que el desarrollo de la economía burguesa durante el último siglo, así como el desarrollo de la teoría económica que le correspondía, podían resumirse como una afrenta prolongada, continua y atroz a todos los principios fundamentales de moral y decencia, y que

⁸ *Les Fondements de la Critique de l'Economie Politique (Grundrisse)* de Carlos Marx, 2 vols., Editions Anthropos, Paris, 1967.

⁹ *Grundrisse*, p. XIII; cf. también Marx a Engels, enero 14 de 1858: «Estoy obteniendo algunos buenos desarrollos. Por ejemplo, he dislocado toda la doctrina de la ganancia como existía hasta ahora.» *Selected Correspondence*, Londres y New York, 1942, p. 102.

si no se implantaba un sistema económico moral y razonablemente organizado, entonces debía y tenía que ocurrir una revolución social monstruosa. El peso del ataque de Engels fue dirigido a lo que consideraba el principio fundamental de la economía burguesa, específicamente la institución del *mercado*. Todos los vínculos morales de la sociedad han sido derrocados por la conversión de los valores humanos en valores de cambio; todos los principios éticos han sido derrocados por los principios de la competencia, y todas las leyes existentes hasta este momento, hasta las leyes que regulan el nacimiento y la muerte de los seres humanos, han sido usurpadas por las leyes de la oferta y la demanda. La humanidad misma se ha convertido en una mercancía.¹⁰

Esta corriente de pensamiento fue recogida y desarrollada por Marx, con una diferencia importante, a través de sus escritos económicos desde 1844 a 1849. La diferencia consiste en que (según se evidencia en sus *Manuscritos* de 1844) Marx rechazó de inmediato el axioma moralizador unilateral de la crítica de Engels para remplazarlo con una base dialéctica. Descartó los imperativos categóricos que acechaban bajo la superficie del escrito de Engels. La competencia y el mercado, escribió, no eran tanto una

afrenta a la moral como una fragmentación y una renuncia a la capacidad de desarrollo inherente a la especie humana. En la sociedad basada en la propiedad privada, los productos del trabajo humano pertenecen, no al obrero, para su propio disfrute, sino se convierten en propiedad de personas ajenas y son utilizados por ellas para oprimirlo. El síntoma más claro de este hecho, escribió Marx, es que el obrero no produce las cosas que le son más necesarias, sino las cosas que le aportarán valores de cambio más elevados al propietario privado. De este modo, el proceso de la producción material se ve fragmentado en segmentos, y el producto mismo se ve fragmentado en valor de uso y valor de cambio, de los cuales sólo el último es importante. «La deliberación de *división del trabajo y cambio* es del mayor interés, ya que es la expresión perceptible y enajenada de la *actividad y capacidad humanas*...»¹¹ En resumen, desde un punto de partida filosófico completamente diferente, Marx llegó

¹⁰ «Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie» de Engels, WI:499-524, y como un apéndice del *Economic-Philosophical Manuscripts* de Marx, traducido por Milligan, Londres y New York.

¹¹ Los *Manuscritos* de 1844 sólo se han de publicar como un volumen adicional de la edición *Werke*. Esta referencia es de la traducción de Bottomore en los *Early Writings* de Marx, Londres, 1963, p. 187.

a la misma perspectiva crítica que Engels, es decir, que lo esencial de la sociedad burguesa debía encontrarse en la competencia, la oferta y la demanda, el mercado; es decir, en su sistema de *cambio*.

El concepto de enajenación (como categoría económica) también contenía la simiente de una idea diferente, pero que no cobró distinción, como veremos, hasta el *Grundrisse*. Mientras tanto, sin embargo, Marx continuaba, junto con la mayoría de sus conocidos intelectuales radicales, agudizando su ataque a la soberanía de la competencia. Su polémica con Proudhon (*La Miseria de la Filosofía*) lo revela en profundo desacuerdo con esa autotitulada lumbrera sobre casi todos los puntos de la economía y la filosofía, incluyendo especialmente todas las cuestiones relacionadas con las instituciones del cambio y la competencia en la sociedad burguesa, con excepción de una: que la competencia es fundamental.¹² Si la burguesía suprime la competencia para remplazarla con el monopolio, de este modo sólo agudiza la competencia entre los obreros. Marx escribe en el *Manifiesto*: «La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecenta-

miento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí.»¹³ De lo que Marx saca en conclusión que si los obreros pueden, al formar asociaciones, eliminar la competencia entre ellos mismos, entonces se liquidará «la base misma sobre la que la burguesía produce y se apropia los productos». En el *Discurso sobre el Libro Comercio* de Marx, se repite el mismo tema: si disminuye el desarrollo industrial, los obreros serán arrojados de sus trabajos y sus salarios deben descender; si crece la industria, los obreros disfrutarán un alza momentánea, sólo para ser descartados nuevamente al ser remplazados por las máquinas.¹⁴ Aquí, al igual que en *Trabajo Asalariado y Capital*, la «ley» de Marx de que los salarios siempre deben tender al mínimo absoluto necesario para mantener al obrero escasamente vivo se deriva directamente de los principios de la oferta y la demanda, con los supuestos adicionales de que la oferta de fuerza de trabajo debe siempre tender a exceder la

¹² W4: 161 y *Poverty of Philosophy*, Londres y New York, p. 149.

¹³ W4: 474 y *Selected Works* de Marx y Engels, I, p. 45.

¹⁴ W4: 455 y *Poverty of Philosophy*, pp. 215-16.

demanda.¹⁵ Aquí encontramos insinuaciones ocasionales de la idea de que también operan otros procesos, pero las únicas doctrinas sistemáticamente elaboradas son aquellas que derivan analíticamente del rumbo futuro del desarrollo capitalista y el papel de la clase obrera en él, del mecanismo de competencia, de la forma esperada del mercado para la mercancía fuerza de trabajo. El estudio principal de Marx fue la economía del intercambio de mercancías y de dinero.

De la competencia a la producción

La primera cosa que requiere aclaración y la más importante sobre el lugar que ocupó el *Grundrisse* en el desarrollo intelectual de Marx es que representa una crítica de todas estas ideas anteriores. «Crítica» no significa «rechazo»; en este caso significa más bien penetración a un nivel más profundo. El gran avance que representa el *Grundrisse* en el pensamiento de Marx descansa en su rechazo, sobre premisas de superficialidad, de la tesis de que el mecanismo del mercado es un factor incitador, causal o fundamental; y en su reconocimiento de que el mercado es simplemente un dispositivo para coordinar los diversos momentos individuales de un proceso mucho más importante que el intercambio.

Mientras la economía anterior de Marx se había centrado alrededor del movimiento de la *competencia*, en el *Grundrisse* analiza sistemáticamente, y por primera vez en su trabajo, la economía de la *producción*.

Antes de examinar más en detalle el texto, se impone introducir unos cuantos ejemplos, a fin de obtener una visión general.

1/ La diferencia más evidente y más fácilmente atribuible a la teoría económica de Marx en el período anterior y posterior a 1850 es un cambio en la terminología. Antes, Marx se refería consistentemente a la mercancía que ofrece el obrero a la venta como «trabajo», y aclara que esta mercancía es exactamente igual a cualquier otra mercancía. Si se mira la sociedad burguesa exclusivamente como un sistema de mercados, esta definición es correcta. Sin embargo, en el *Grundrisse* y con posterioridad, Marx concluye que la mercancía trabajo no es una mercancía como cualquier otra; que la mercancía trabajo, de hecho, es única, y que la mercancía que el obrero vende debe denominarse «fuerza de trabajo». En ediciones posteriores de sus primeros trabajos económicos, Marx y Engels alteran debida-

¹⁵ W6: 397-423 y *Selected Works* I, pp. 79-105; ver también W6: 535-56.

mente la terminología para que correspondiera al nuevo punto de vista, y en diversos prefacios plantean sus razones para hacerlo y la importancia del cambio.¹⁶

2/ En los primeros escritos económicos, el curso del desarrollo capitalista se deriva analíticamente, como puede verse, del movimiento proyectado de la oferta y la demanda. Compárese esto con la declaración categórica varias veces aparecida en *El Capital* de que los mecanismos de la competencia «lo muestran todo al revés»¹⁷ y de que las deducciones analíticas hechas sólo en base a la oferta y la demanda son superficiales, de hecho contradictorias, en relación a los procesos fundamentales ocultos pero esenciales de la producción capitalista y la acumulación. Las bases intelectuales de estas declaraciones posteriores en *El Capital* se sientan en el *Grundrisse*.

3/ Finalmente, una visión general del progreso analítico que representa el *Grundrisse* puede obtenerse siguiendo la postura de Marx hacia Ricardo, especialmente hacia la teoría de Ricardo del excedente. En el momento del primer encuentro con Ricardo y la teoría del excedente en 1844, Marx sólo señaló que el énfasis que Ricardo ponía en el excedente demostraba que la ganancia, no los seres humanos, son

la preocupación principal de la economía burguesa, y que esta teoría es la prueba definitiva de la *infa-* *mia* en que se ha hundido la economía política.¹⁸ En *La Miseria de la Filosofía* (1847), trata a Ricardo con algo más de respeto, y Marx cita largamente al socialista inglés Bray, que utiliza la teoría ricardiana del excedente para demostrar la explotación de la clase obrera. Sin embargo, Marx no cita a Bray a fin de enfatizar la importancia fundamental de su teoría, sino sólo para criticar ciertas deducciones derivadas de ella.¹⁹ Del mismo modo, en *Trabajo Asalariado y Capital*, Marx sencillamente expone la teoría ricardiana de que el producto de trabajo tiene más valor que la reproducción del obrero, pero sin más análisis.²⁰ En este momento está plenamente consciente de la existencia de un excedente, pero no está plenamente consciente de las enormes implicaciones de este hecho para la teoría económica; la

¹⁶ Véase preferentemente el prefacio de Engels a la edición de 1891 de *Wage-Labour and Capital*, W6: 593-99 y *Selected Works*, I, pp. 70-78.

¹⁷ *El Capital*, III, W25: 219 Traducción al inglés, Londres y New York, 1962, p. 205.

¹⁸ Citado en *Biographie Intellectuelle de Rubel*, p. 119.

¹⁹ W4: 98-105 y *Poverty of Philosophy*, pp. 69-79.

²⁰ W6: 409-410 y *Selected Works*, I, pp. 91-92.

teoría, en breve, no es el eje de su análisis, sino que coexiste pasivamente junto al, y a la sombra del, análisis dominante de la oferta y la demanda. Sin embargo, cuando en 1850 comenzó sus estudios económicos desde el principio, Marx se sumergió directamente en Ricardo y empleó por lo menos los dos años siguientes absorbiendo a Ricardo en detalle. Sus cuadernos de notas y extractos de este período, anexados por los editores al texto del *Grundrisse*, muestran que la teoría del excedente de Ricardo comenzó entonces a revelar sus implicaciones a Marx, y que éste concentró su atención sobre ella.²¹ Finalmente, en el propio *Grundrisse*, aunque Marx critica a Ricardo en varios puntos, lo trata con un gran respeto y lo llama el «economista de la producción por excelencia».²² Este cambio gradual de actitud corresponde a, y refleja, la creciente conciencia de Marx de la importancia de la teoría de la plusvalía, con la que Marx comienza a fundamentar toda su teoría de la acumulación capitalista en el *Grundrisse*.

Igual que cualquier estudio en estadística comparada, estos ejemplos de antes-después pueden hacer surgir la idea errónea de que la aplicación de los conceptos ricardianos cambiaron a Marx de la noche a la mañana de teórico de la oferta y la demanda en atesorador de plus-

valía. Ciertamente el cambio fue mucho más gradual; como hemos dicho, existen elementos de la teoría del excedente diseminados en sus primeros trabajos, y los trabajos posteriores no aseguran de modo alguno que el mecanismo de competencia no tenga importancia, todo lo contrario. Estas sutilezas no deben opacar el hecho de que tuvo lugar una ruptura cualitativa a través de la superficie del análisis fundamentado en el mercado, y que esta ruptura es el problema analítico principal del que se ocupa el *Grundrisse*.

El vínculo social del dinero

Aunque es nómica en detalle, la mayor parte de la estructura del texto del *Grundrisse* se encamina firmemente hacia la solución de problemas claramente definidos. Después de una brillante Introducción inconclusa —en la que no podemos detenernos aquí— el trabajo consiste en dos capítulos; el primero trata del dinero (pp. 32-149) y el segundo, mucho más largo, del capital (pp. 150-764). El último está subdividido en tres partes, que tratan respectivamente de la producción, la circulación, y la transformación de la plusvalía en ganancia. Los problemas y cuestiones que

²¹ Ver *Grundrisse*, pp. 787-92, 829.

²² *Grundrisse*, p. 18 y R: 20.

trata el texto, sin embargo, no son tan limitadamente económicos como pudieran indicar los títulos de los capítulos. Aquí, al igual que en otros lugares, pero quizá más claramente aquí que en otros lugares, la «economía» de Marx es también y al propio tiempo «sociología» y «política». El primer capítulo aclara esto inmediatamente.

En cierto grado, el capítulo sobre el dinero es una polémica contra el proyecto de la reforma monetaria recién propuesta en aquel entonces por Alfred Darimon, seguidor de Proudhon y, por lo tanto, encarnizado opositor de Marx. En otro grado algo menos superficial, es meramente un tratado sobre el dinero, y puede leerse como el primer proyecto de la teoría del dinero desarrollada por Marx como aparece en la *Crítica*. Sin embargo, su aspecto más importante es su crítica sociológica y política de una sociedad en la que el dinero es el medio predominante de cambio. ¿Bajo qué circunstancias históricas puede el dinero convertirse en la abstracción de valores de cambio, y los valores de cambio convertirse en la abstracción de todas las formas de cambio? ¿Qué premisas sociales deben existir para que el dinero pueda funcionar como un nexo entre los individuos ocupados en relaciones de cambio? ¿Cuáles son las consecuencias sociales y políti-

cas de este tipo de relaciones de cambio? ¿Qué formas más amplias de organización social corresponden a esta constelación molecular de individuos ocupados en transacciones privadas? Estos son los problemas de los que se ocupa Marx, del mismo modo que Sombart, Weber, Simmel y Tönnies investigaron, alrededor de medio siglo después, los efectos del cambio monetario sobre los vínculos de la sociedad. Marx escribe: «La convertibilidad de todos los productos y actividades en valores de cambio presupone la disolución de todas las relaciones personales (históricas) arraigadas de dependencia en la producción, y presupone la dependencia universal de todos los productores entre sí. La producción de cada individuo es dependiente de la de todos los demás, y la conversión de su producto en artículos para su consumo se ha tornado dependiente del consumo de todos los demás. Los precios *per se* son anticuados; el cambio, igual; pero la creciente determinación de los precios mediante el costo de la producción y el creciente papel del cambio entre todas las relaciones de producción son cosas que se desarrollan primeramente, y continúan desarrollándose más plenamente dentro de la sociedad burguesa, la sociedad de la libre competencia. Relegados por Adám Smith en la forma típica del

siglo XVIII al período prehistórico, estos acontecimientos son verdaderamente el producto de la historia.

«Esta dependencia recíproca puede observarse en la necesidad siempre presente del cambio, y en el hecho de que el valor de cambio es el medio universal. Los economistas expresan esto en la forma siguiente: todos persiguen su interés privado y sólo su interés privado, y así sin saberlo o quererlo, todos sirven el interés privado de todos, los intereses generales. La cuestión aquí no es que, al seguir sus intereses privados, todos obtengan la totalidad de los intereses privados, es decir, el interés colectivo. Se podría muy bien inferir de este lema abstracto que todos recíprocamente bloquean los intereses de los demás, de modo que, en lugar de una afirmación general, esta guerra de todos contra todos produce una negación general. La cuestión es más bien que el interés privado es ya en sí mismo un interés socialmente determinado, que sólo puede obtenerse en ciertas condiciones socialmente dadas, y que es por lo tanto dependiente de la reproducción de estas condiciones y medios. Es el interés de una persona privada; pero su contenido y la forma y los medios para su realización están establecidos por condiciones

sociales, independientemente del individuo.

«Esta dependencia recíproca universal de los individuos que son (de otro modo) indiferentes los unos a los otros, forma su vínculo social. Este vínculo social está expresado en *valor de cambio*... Un individuo ejerce poder sobre las acciones de otro, establece una reclamación la riqueza social, en tanto posea *valor de cambio, dinero*. Lleva su poder social y su vínculo con la sociedad en el bolsillo...

«Cada individuo posee poder social en forma de un objeto, una cosa. Quítesele a esta cosa su poder social, y este poder sobre las personas debe transferirse a las personas.

«Las relaciones de dependencia personal... son las primeras formas de organización social, en las que los poderes productivos del hombre están aún poco desarrollados, y sólo en puntos aislados. La independencia personal, basada en la dependencia de las cosas, es la segunda forma en importancia, que permite por primera vez el desarrollo de un sistema de cambio social universal, relaciones universales, necesidades universales, y riqueza universal. La libre individualidad, basada en el desarrollo universal de los individuos y en su dominio conjunto sobre sus poderes productivos sociales y riquezas comunales es la

tercera etapa. La segunda crea las premisas de la tercera.»²³

Aquí vemos la interpretación de las categorías económicas, sociales y políticas claramente desarrolladas. Cualquier cosa que Marx pueda haber tenido que decir sobre las fluctuaciones específicas del valor del dinero, o sobre los efectos de la metalización o de la moneda fiduciaria, es de menor importancia en este sistema de ideas, comparado con la tesis fundamental, expresada aquí, de que el dinero es un objeto que expresa cierto tipo de relación históricamente producida entre los seres humanos. El dinero es un *vínculo social*; es decir, une y gobierna recíprocamente las más diversas actividades de los individuos de otro modo aislados. Aquel que posee este vínculo social objetivizado puede dominar las actividades de otros; representa el vínculo social *per se* y puede así actuar en la capacidad de representante de la generalidad, la colectividad, para regir las actividades de los individuos dentro de la sociedad.

El cambio igual que reproduce desigualdad

Hasta ahora, el análisis de Marx sobre el dinero formula con más agudeza y claridad las ideas desarrolladas por él en el manuscrito

de 1844, sobre el cambio enajenado. En una breve sección de transición que introduce el capítulo que trata del capital, Marx logra, sin embargo, un avance significativo sobre el análisis anterior. Ya no se detiene en este punto para lamentarse de la enajenación de los individuos, unos de otros y de sí mismos, que es resultado de las relaciones de cambio burguesas, sino que continúa para inspeccionar esta forma de relaciones sociales en una perspectiva histórica y política. Aquí resulta fundamental la comparación de las relaciones burguesas con las relaciones feudales. Después de todo, el levantamiento revolucionario de la burguesía trajo consigo la emancipación política del individuo de los vínculos de la dominación, y cambió positivamente la política de un círculo cerrado de privilegios y servidumbre conaturales en un mercado abierto de adultos libremente contratadores. Ya el obrero no se encuentra atado de por vida a su amo, ni existen estatutos para extraerle a las clases trabajadoras un diezmo secular progresivamente creciente. El comerciante que vende y el ama de casa que compra hogazas de pan; el contratista que compra y el obrero que vende horas de trabajo —todas son personas libres, libremente ocupa-

²³ *Ibid.*, pp. 74-76 y R: 36-38.

das en el libre cambio de equivalentes. Esta es una línea de argumento que los socialistas de la época de Marx, al menos en su estimación, no podían refutar sistemáticamente. Mientras que los socialistas maldecían la sociedad de la competencia, las relaciones de mercados y los nexos de contado, los ideólogos burgueses se alegraban al responder elogiando estas mismas condiciones como la base de la libertad política.²⁴

«En estas formas simples de las relaciones de dinero, aparecen extinguidas todas las contradicciones inmanentes a la sociedad burguesa, y por eso es que los demócratas burgueses buscan refugio en ellas... para justificar las relaciones económicas existentes. Ciertamente, mientras se contempla una mercancía o trabajo sólo como un valor de cambio, y se contemplan las relaciones entre ellos sólo como relaciones de cambio, como equilibrio de estos valores de cambio, entonces los individuos, los sujetos entre los que ocurre este proceso, son meramente socios en el cambio. No existe en lo absoluto diferencia formal entre ellos... Cada sujeto es un socio en el cambio; es decir, cada uno tiene con el otro la misma relación que el otro tiene con él. De este modo, como sujetos del cambio, su relación es de *igualdad*. Es imposible encontrar un vestigio distin-

tivo, mucho menos contradictorio entre ellos, ni siquiera una pequeña diferencia. Es más, las mercancías que cambian son, como valores de cambio, equivalentes; o al menos cuentan como equivalentes. (Lo más que pudiera haber sería error subjetivo en su valuación recíproca, y hasta donde un individuo obtuviera una ventaja sobre otro, *esto no sería en el aspecto de la función social que los une*, ya que esta función es idéntica para ambos, y dentro de ella son iguales. Sería más bien el resultado de la astucia natural, la persuasión, etc., en resumen, el resultado de la superioridad puramente individual de un individuo sobre otro...). Así, si un individuo acumula riqueza y el otro no, ninguno lo está haciendo a expensas del otro... Si uno se empobrece y el otro se enriquece, es de su libre albedrío, y no procede en modo alguno de la relación económica, de la situación económica en la que se encuentran».²⁵

El argumento que Marx pone aquí en boca de un adversario burgués imaginario es elocuente. Ya que, si es cierto que el obrero, al vender trabajo, y el capitalista, al pagar

²⁴ «El análisis de lo que es realmente la libre competencia, es la única respuesta racional a su glorificación por los profetas de la clase media o su condenación por los socialistas.» *Ibid.*, p. 545 y R: 198.

²⁵ *Ibid.*, pp. 153, 158 y R: 47 y 53.

salarios, están ocupando en el cambio recíproco de mercancías que tienen igual valor —i.e.: si el cambio es un cambio de equivalentes— entonces la estructura de la clase capitalista sólo está relacionada coincidentalmente al sistema económico capitalista. Los ricos se enriquecen cada día más, no debido a ninguna necesidad estructural inherente, sino sólo debido al accidente de un juicio y persuasión superiores. Ni tampoco se explica económicamente la existencia histórica de la clase capitalista al decir que el obrero no recibe el valor total a cambio de su trabajo. Si esa fuera la cuestión, si el capitalista le pagara al trabajador menos del equivalente por su trabajo, entonces el capitalista podría ganar sólo en la medida en que el trabajador perdiera, pero no más. El capitalista como comprador y el obrero como vendedor de trabajo, podrían colocarse en situación desventajosa uno a otro sólo en el grado en el que pueden hacerlo dos naciones comprometidas en comercio exterior; si una le paga continuamente a la otra menos del valor total, ésta puede enriquecerse y la otra empobrecerse, pero la riqueza total de ambas no puede ser mayor al final de lo que era al principio de su intercambio (o al menos eso creían los mercantilistas). Es evidente que tal proceso no podía continuar durante mucho

tiempo o en gran escala; pronto la parte en desventaja debe extinguirse. El problema que debe resolverse es: ¿cómo puede ser que el obrero recibe el valor de cambio total por su mercancía, y sin embargo existe un excedente del cual vive la clase capitalista? ¿Cómo es que el obrero no es engañado en el contrato de trabajo, y sin embargo es explotado? ¿Cuál es la fuente de la plusvalía? Esa es la pregunta a la que se dirige Marx en las primeras cien páginas del capítulo sobre el capital.

El surgimiento de la plusvalía

Después de una revisión sistemática de las formas primarias del capital (capital mercantil o capital dinero), y después de situar el problema en el enfoque histórico adecuado, Marx resume el análisis condensando el proceso de la producción capitalista en dos componentes fundamentales, dos elementos básicos:

- «1/ El trabajador entrega su mercancía, el trabajo, que tiene un valor de uso y un precio al igual que cualquier otra mercancía, y recibe a cambio cierta cantidad de valores de cambio, cierta suma de dinero del capitalista.
- «2/ El capitalista cambia el propio trabajo, trabajo como ac-

tividad creadora de valor, como trabajo productivo; es decir, cambia la fuerza productiva que sostiene y multiplica el capital, y que así se convierte en la fuerza productiva y reproductiva de capital, una fuerza que pertenece al propio capital.»²⁶

Bajo inspección, el primer proceso de cambio aparece claramente comprensible; Marx dice sencillamente que el trabajador entrega trabajo y recibe salarios a cambio. Pero el segundo proceso no parece ser, en lo absoluto, un cambio; hasta su gramática es unilateral, asimétrica. Esa es precisamente la cuestión, escribe Marx. En una transacción de cambio corriente, lo que cada una de las partes hace con la mercancía que cada uno recibe es ajeno a la estructura del cambio en sí. Al vendedor no le interesa si el comprador utiliza la mercancía adquirida para fines productivos o no; eso es asunto privado y no tiene pertinencia económica en el proceso de cambio puro y simple. En el caso específico del «cambio» entre trabajo y salarios; sin embargo, el uso que le da el comprador de trabajo a su mercancía es de extrema importancia para él, no sólo en su capacidad privada, sino en su capacidad como *homo oeconomicus*. El capitalista entrega salarios (va-

lores de cambio) por el uso del trabajo (por su valor de uso) sólo a fin de convertir este valor de uso en valor de cambio adicional.

«Aquí... el valor de uso de la cosa recibida a cambio aparece como una relación económica específica, y el uso específico al que se aplica la cosa comprada forma el propósito final de ambos procesos (1 y 2 antes mencionados). De este modo, el cambio entre trabajo y capital ya es formalmente diferente del cambio corriente; son dos procesos diferentes... En el cambio entre trabajo y capital, el primer acto es un cambio y puede ser clasificado totalmente como circulación común; el segundo proceso es cualitativamente diferente del cambio, y haberlo llamado cambio era un uso incorrecto. Este proceso es lo contrario del cambio; es una categoría esencialmente diferente.»²⁷

Después de varias digresiones, Marx examina entonces largamente esta «categoría esencialmente diferente». Abordando la cuestión a través de la distinción entre el valor de uso y el valor de cambio de la mercancía trabajo, señala que el valor de cambio del trabajo está determinado por el valor de los productos y servicios necesarios para mantener y reproducir al trabaja-

²⁶ *Ibid.*, p. 185.

²⁷ *Ibid.*, pp. 185-86.

dor. En tanto que el capitalista le pague al trabajador salarios suficientemente elevados para permitirle al obrero continuar viviendo y trabajando, ha pagado el valor total del trabajo y la relación de cambio definida en el contrato de trabajo es una relación equivalente. El capitalista ha pagado el valor de cambio total y justo de la mercancía. Pero de hecho, lo que ha comprado es cierto número de horas de control y disposición sobre la actividad productiva del obrero, sobre su habilidad creadora, su capacidad de trabajar. Aquí introduce Marx, por primera vez, el cambio en la terminología que corresponde a su descubrimiento de la «categoría esencialmente diferente». Lo que el obrero vende no es «trabajo» sino *fuerza de trabajo* (Arbeitskraft); no una mercancía como cualquier otra, sino una mercancía única.²⁸ Sólo el trabajo tiene la capacidad de crear valores donde anteriormente no existía ninguno, o de crear valores mayores que aquellos requeridos para mantenerse. En breve, sólo el trabajo es capaz de crear *plusvalía* . El capitalista compra el control sobre ese poder creador, y hace que este poder se ocupe en la producción de mercancías para el cambio, durante un número de horas específico. La renuncia del obrero al control so-

bre su poder creador es denominada por Marx: explotación.

Esta no es la ocasión para revisar en detalle la teoría de la plusvalía de Marx, de la cual las ideas formuladas aquí son la piedra angular. Baste decir que Marx comienza aquí no sólo a resolver el problema de cómo puede ocurrir la explotación a pesar del hecho de que el contrato de trabajo es un cambio equivalente, sino que también comienza la tarea científica esencial de la cuantificación. La explotación es, para Marx, un proceso verificable en variables empíricas específicas que, al menos en principio, están sujetas a medidas precisas junto con la dimensión económica. Sin embargo, las variables que Marx quisiera que midiésemos, no son aquellas citadas generalmente en las revisiones críticas de su teoría. La explotación no consiste en la desproporción entre el ingreso de la clase obrera y el ingreso de la clase capitalista; estas variables sólo miden la desproporción entre los salarios y las ganancias. Puesto que las ganancias sólo son una fracción de la plusvalía en conjunto, tal índice sólo reflejaría una fracción del significado de Marx. Ni es posible tampoco medir com-

²⁸ Cf. *ibid.*, pp. 193-194 y R: 66. Para «control» y «disposición», ver pp. 193, 195, 201, 215, etc., o R: 66, 67, 73, 89, etc.

pletamente la explotación considerando los salarios como porcentaje del PNB; este índice mide sólo la tasa de explotación en un año dado. Quizás con mayor claridad que en otro lugar, Marx manifiesta en el *Grundrisse* que el empobrecimiento del obrero debe medirse estimando el poder del mundo que, en conjunto, él mismo construye de acuerdo con las especificaciones de los capitalistas: «El se empobrece inevitablemente... debido a que el poder creador de su trabajo se establece en oposición a él, como el poder enajenado del capital... De este modo, todo el progreso de la civilización o, en otras palabras, todo aumento en el poder creador de la sociedad, o si quiere, en el poder productivo del propio trabajo —tales como los resultados de la ciencia, los inventos, la división y organización del trabajo, las mejoras en las comunicaciones, la creación del mercado mundial, la maquinaria, y así sucesivamente— no enriquece al obrero, sino al capital, y de este modo incrementa el poder que domina al trabajo.»²⁹

Por tanto, un índice de la explotación y el empobrecimiento que capte exactamente las variables a que se refería Marx, tendría que ordenar, a un lado, las propiedades reales de la clase obrera, y al otro, el valor de todo el capital de todas las fábricas, de los servicios, de las

inversiones infraestructurales, de las instituciones y establecimientos militares que se encuentran bajo el control de la clase capitalista y sirven a sus objetivos políticos. No solamente el valor económico, sino también el poder político y la influencia social de estos activos establecidos tendrían que ser incluidos en la ecuación. Solamente una estadística de este tipo sería adecuada para probar si la predicción de Marx sobre la explotación creciente y el empobrecimiento creciente, había sido legalizada por el curso del desarrollo capitalista o no.

¿Cuál es la contradicción fundamental?

No es necesario que nos detengan aquí los diversos pasos mediante los cuales Marx construye su idea fundamental de que la producción capitalista implica una categoría radicalmente diferente del simple cambio de mercancía, en la teoría totalmente juiciosa de la acumulación capitalista que presenta posteriormente en *El Capital*. La explotación ocurre «a espaldas del proceso de cambio»; esa es la idea fundamental que señala su penetración más allá de la crítica de la sociedad burguesa como sociedad mercantil. Podemos ahora proceder a examinar hasta qué extremo el

²⁹ *Ibid.*, pp. 214, 215 y R: 88, 89.

texto del *Grundrisse* justifica los fundamentos arrolladores establecidos por los nuevos logros científicos de Marx en su Prefacio de 1859. En particular, nos interesamos por conocer si el *Grundrisse* suministra una mayor dilucidación del famoso pasaje sobre la *revolución* en el Prefacio: «Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o —lo que no es más que la expresión jurídica de esto—, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social.»³⁰

Mientras existen reminiscencias de este pasaje en algunos de los primeros trabajos, así como en una ocasión en *El Capital*,³¹ permanecen en un nivel de generalidad tan elevado como para ser virtualmente inútiles. Sobre todo, en ningún momento se aclara exactamente qué debe incluirse bajo la rúbrica de «fuerzas productivas» o «relaciones de producción». ¿Debemos entender «fuerzas productivas materiales» como significando solamente el aparato tecnológico, y «relaciones de producción» como el sistema

político-legal? En otras palabras, ¿es la frase «fuerzas materiales» sólo otra forma de decir «infraestructura» y «relaciones» quiere decir «superestructura»? ¿Exactamente a qué se refieren estos términos?

La clave fundamental para descifrar lo que Marx tenía en mente cuando hablaba de «relaciones de producción» —para empezar con esta mitad de la dicotomía— ya está suministrada en el propio Prefacio. Marx escribe que las formas políticojurídicas tales como las relaciones de propiedad no son estas «relaciones de producción» en sí mismas, sino simplemente una *expresión* de estas relaciones. Desde este punto de partida, el texto del *Grundrisse* puede verse como un comentario extenso y detallado sobre la naturaleza de estas «relaciones». ¿Pues qué otra cosa es el capítulo sobre el dinero? Aquí Marx demuestra, como hemos visto, que el dinero en la sociedad burguesa no es un mero objeto natural, sino más bien la forma objetivizada de la *relación social* fundamental dentro de la cual ocurre la producción capitalista. El dinero es el vínculo

³⁰ W13: 9 y *Selected Works* I, p. 363.

³¹ W4: 181 y *Poverty of Philosophy*, p. 174; *Manifiesto*, W4: 467 y *Selected Works*, I, p. 39; *El Capital* I, W23: 791 y *El Capital* I, Londres y New York, p. 763.

social que une a los productores y consumidores que de otra forma se encuentran aislados dentro de la sociedad capitalista, y constituye los puntos de partida y conclusión del proceso de acumulación. La relación social que descansa en la base de todas las relaciones legales y políticas capitalistas, y de la que estas últimas son meras expresiones —como lo demuestra Marx en el capítulo sobre el dinero— es la relación de cambio. El imperativo social es que ni la producción ni el consumo pueden llevarse a cabo sin la intervención del valor de cambio; o, en otras palabras, que el capitalista no sólo debe extraer plusvalía sino que debe también realizar plusvalía mediante la conversión del producto excedente en dinero, y que el individuo no sólo debe tener necesidad de bienes de consumo, sino que también debe poseer el dinero para adquirirlos. Lejos de ser leyes naturales inmutables, estos imperativos gemelos se encuentran caracterizados por Marx como relaciones sociales producidas históricamente y específicas de la forma capitalista de producción.

En cuanto al otro lado de la dicotomía, es fácil despistarse por la palabra «material» en la frase «fuerzas productivas materiales». Es cierto que el original en alemán (*materielle Produktivkräfte*) puede

muy bien traducirse como «fuerzas materiales de producción», y de todos modos está claro que para Marx el término «material» no se refería meramente a los atributos físicos de masa, volumen y situación. Una máquina es siempre una cosa material, pero si es utilizada en una capacidad productiva, conviértase o no en una fuerza productiva, depende de la organización social del proceso productivo, como Marx señala extensamente en el *Grundrisse*.³² Las fuerzas productivas son, en sí mismas, un producto social e histórico, y para Marx el proceso productivo es un proceso social. Es necesario enfatizar este punto a fin de aclarar que el importante papel que Marx le asigna al desarrollo de las fuerzas productivas materiales bajo el capitalismo no hace de Marx un determinista tecnológico. La cuestión es todo lo contrario; no es la tecnología la que obliga al capitalista a acumular, sino la necesidad de acumular la que lo obliga a desarrollar los poderes de la tecnología. La base del proceso de acumulación, del proceso a través del cual las fuerzas productivas aumentan el poder, es la extracción de plusvalía de la fuerza de trabajo. La fuerza productiva es la fuerza de explotación.

³² *Grundrisse*, pp. 169, 216, 579, etc., y R: 89-90.

Es aparente, pues, que la dicotomía formulada por Marx en el Prefacio es idéntica a la dicotomía entre los dos procesos distintivos que Marx identifica en el *Grundrisse* como fundamentales a la producción capitalista: de una parte, la producción consiste en un acto de cambio, y de la otra, consiste en un acto que es lo contrario al cambio. De una parte, la producción es un simple cambio de equivalente, de la otra, es la apropiación violenta del poder creador mundial del obrero. Es un sistema social en el que el obrero, como vendedor, y el capitalista, como comprador, son jurídicamente partes contractuales iguales y libres; y es al propio tiempo un sistema de esclavitud y explotación. Al comienzo y al final del proceso productivo descansa el imperativo social de los valores de cambio; sin embargo, el proceso productivo debe rendir plusvalía desde el comienzo hasta el final. El cambio de equivalentes es la relación social fundamental de la producción, pero la extracción de no equivalentes es la fuerza fundamental de la producción. Esta contradicción, inherente al proceso de producción capitalista, es la fuente de las contradicciones que Marx esperaba abordar en el período de la revolución social.

El camino hacia la revolución

El problema de cómo puede precisamente esperarse que esta contradicción conduzca al derrumbe del sistema capitalista es uno que ha obsesionado a los estudiantes de Marx por lo menos durante medio siglo. Los volúmenes de *El Capital* no suministran una respuesta muy clara. Esta deficiencia es la raíz de la «controversia del derrumbe» que agitó a la socialdemocracia alemana y que continúa destellando intermitentemente aún hoy. Verdaderos ríos de tinta se han gastado en un esfuerzo por llenar esta brecha en el sistema teórico de Marx. Pero esta brecha existe, no debido a que el problema fuera insoluble para Marx, no porque él no viera respuesta alguna, sino porque las conclusiones a que había llegado en el *Grundrisse* se mantuvieron enterradas e inaccesibles a los eruditos hasta 20 años después de la Primera Guerra Mundial. *El Capital* es una obra que avanza lenta y cuidadosamente desde las formas puras de las relaciones económicas, paso a paso, hacia una más cercana aproximación a la realidad económico-histórica; nada se prejuzga ni se introducen nuevas teorías, hasta que se ha preparado la base para las mismas. A ese paso, es fácil concebir que hubieran sido necesarios varios volúmenes más de *El*

Capital antes de que Marx hubiese podido llegar al punto que había alcanzado en el bosquejo de su sistema en el *Grundrisse*. *El Capital* está penosamente inconcluso, como una novela de misterio que termina antes de que se descifre la trama. Pero el *Grundrisse* contiene el bosquejo que el autor hizo de toda la trama. Desde el comienzo mismo, la economía del *Grundrisse* es más ambiciosa y más directamente pertinente al problema del derrumbe capitalista que la economía de las partes existentes de *El Capital*. En sus últimos trabajos, Marx relega la relación entre personas y mercancías (la relación de utilidad) a un dominio en el que no está interesado, en ese momento, y acepta el nivel de necesidades de consumo que prevalece en el sistema económico como históricamente dado, concediéndole poco análisis posterior.³³ En general, da el consumo por sentado, y concentra su investigación sobre el cómo, en lugar del sí, de la realización del excedente. Sin embargo, en el *Grundrisse*, comienza con la afirmación general de que el proceso de producción, considerado históricamente, crea no sólo el artículo de consumo, sino también la necesidad de consumo y el estilo de consumo.³⁴ Critica específicamente a Ricardo por consignar el problema de la utilidad a la esfera extraeconómica, y afirma ma que la relación entre el consumidor y la mercancía, debido a que esta relación es un producto de la producción, cae justamente dentro del alcance correcto de la economía política.³⁵ De acuerdo con extractos como el que reproducimos, no hay dudas de que tiene conciencia no sólo de los aspectos cualitativos sino también de los cuantitativos del problema del consumo: «Incidentalmente... aunque cada capitalista demanda que sus obreros deben ahorrar, él se refiere sólo a sus propios obreros, porque se relacionan con él como obreros; pero en modo alguno puede esto aplicarse al resto de los obreros, porque estos se relacionan con él como consumidores. A pesar de toda la habladuría piadosa sobre la frugalidad, él busca consecuentemente todos los medios posibles para estimularlos hacia el consumo, haciendo sus mercancías más atractivas, llenándoles los oídos con charlatanería sobre nuevas necesidades (*neue Bedürfnisse ihnen anzuschwatzen*). Es precisamente este lado de la relación entre capital y trabajo la que es una fuerza civilizadora esencial, y en la que se basa la justificación histórica

³³ *El Capital* I, W23: 49-50 (Sección Primera, Capítulo I, p. 1).

³⁴ *Grundrisse*, pp. 13-18 y R: 14-18.

³⁵ *Ibid.*, pp. 178-179n., 226-227, 763.

—pero también el poder contemporáneo— del capital.»³⁶

Estos comentarios generales son dejados de lado entonces con un recordatorio para él mismo de que «esta relación de producción y consumo debe ser desarrollada posteriormente».³⁷ Unas cien páginas más adelante se hace referencia al problema nuevamente. Después de una crítica sobre el descuidado de Ricardo en cuanto al problema del consumo, y de las panaceas utópicas de Sismondi contra la sobreproducción, Marx formula la contradicción inherente del capitalismo como una «contradicción entre la producción y la realización» de la plusvalía. «Para comenzar, existe un límite de la producción, no de la producción en general, sino de la producción basada en el capital... Basta demostrar en este punto que el capital contiene una barrera específica contra la producción —que contradice su tendencia general a romper todas las barreras de la producción— a fin de exponer la base de la superproducción, la contradicción fundamental del capitalismo desarrollado.» Como es aparente por las líneas que siguen inmediatamente, Marx no quiere decir por «superproducción» simplemente «inventario excesivo»; generalmente quiere decir, más bien, poder productivo excesivo. «Estos límites inherentes coinciden necesari-

amente con la naturaleza del capital, con sus determinantes esenciales. Estos límites necesarios son:

«1/ *Trabajo necesario* como límite del valor de cambio de la fuerza de trabajo viva, de los salarios de la población industrial.

«2/ *Plusvalía* como límite al tiempo de trabajo excedente; y, en relación con el tiempo de trabajo excedente relativo, como límite del desarrollo de las fuerzas productivas.

«3/ O, lo que es igual, la *transformación en dinero*, en valor de cambio, como tal, como límite a la producción; o: cambio basado en el valor, o valor basado en el cambio, como límite de la producción. Esto es, nuevamente:

«4/ Lo mismo que *restricción de la producción de valores de uso* por valor de cambio; o: el hecho de que la riqueza real debe tomar una forma *específica* distintiva de sí misma, absolutamente no idéntica a ella, a fin de convertirse en algún objeto de producción.»³⁸

³⁶ *Ibid.*, p. 198 y R: 71.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*, pp. 318-319. Un modelo de cinco elementos de un sistema capitalista cerrado, del cual deduce Marx la imposibilidad de la reproducción ampliada debido a la imposibilidad de la realización, aparece en las pp. 336-347. Más sobre la realización en las pp. 438-442 (R: 174-176) y en otros lugares.

Mientras que un análisis adecuado de las implicaciones de estas tesis algo secretas requerirían un libro, es aparente de inmediato que estos cuatro «límites» no representan más que aspectos diferentes de la contradicción entre «fuerzas productivas» y «relaciones sociales de producción». La tarea de mantener las enormes fuerzas de la extracción de plusvalía dentro de los límites fijados por la necesidad de convertir esta plusvalía en valor de cambio, se torna crecientemente difícil a medida que el sistema capitalista se mueve hacia sus etapas desarrolladas. En términos prácticos, estos cuatro «límites» pudieran formularse como cuatro alternativas politicoeconómicas relacionadas, aunque mutuamente contradictorias, entre las cuales debe escoger el sistema capitalista, aunque no le conviene escoger: 1) Los salarios deben ser aumentados para incrementar la demanda efectiva; 2) Debe extraerse menos plusvalía; 3) Los productos deben ser distribuidos sin consideración a la demanda efectiva; o 4) Los productos que no pueden ser vendidos no deben siquiera ser producidos. La primera y segunda alternativas resultan en una reducción de la ganancia; la tercera es capitalísticamente imposible (excepto como subterfugio político); y la cuarta significa depresión.

Trabajo excedente

Lo más sorprendente y lo que más debe destacarse en la teoría de Marx del derrumbe capitalista tal como lo vemos ya en este punto, es su gran amplitud y flexibilidad. Las crisis catastróficas que se incrementen a un crescendo revolucionario son sólo una de las variantes posibles del proceso de derrumbe; y verdaderamente, Marx hace poco hincapié en este tipo de crisis en el *Grundrisse*. Por cada posible tendencia hacia el derrumbe, Marx menciona un número de tendencias retardatarias; esta lista incluye el desarrollo del monopolio, la conquista del mercado mundial y, significativamente, Marx menciona el pago de «salarios excedentes» a los obreros por los capitalistas.³⁹ Considerando todo esto, la teoría del derrumbe de Marx en el *Grundrisse* suministra una ampliación importante a la afirmación en el Prefacio de que «ningún orden social desaparece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que tienen cabida en él».⁴⁰ Si se consideran los requisitos que deben cumplirse, desde el punto de vista de Marx, antes de que el orden capitalista esté listo para ser derrocado, nos preguntamos si el fracaso de los movimientos revo-

³⁹ *Ibid.*, p. 341.

⁴⁰ W13: 9 y *Selected Works I*.

lucionarios anteriores en Europa y los EE.UU. no es imputable sólo a inmadurez.

«El gran papel histórico del capital es la creación del trabajo excedente, trabajo que es superfluo desde el punto de vista del simple valor de uso, la simple subsistencia. Su papel histórico se cumplimenta tan pronto como (de una parte) se ha desarrollado el nivel de las necesidades al grado en que el trabajo excedente en adición a la subsistencia necesaria se ha convertido a sí mismo en una necesidad general que se manifiesta en necesidades individuales y (de otra parte) cuando la disciplina estricta del capital ha entrenado a generaciones sucesivas en la laboriosidad, y esta cualidad se ha convertido en su propiedad general, y (finalmente) cuando el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, que el capital, con su deseo sin límites de acumular y realizar, ha aguijoneado constantemente, ha madurado hasta el punto en que la posesión y el mantenimiento del bienestar societario no requieren más de una cantidad disminuida de tiempo de trabajo, donde la sociedad laboriosa se relaciona con el proceso de su reproducción progresiva, y con una cada vez mayor reproducción, de un modo científico; donde, por tanto, ha cesado el trabajo humano que puede ser

reemplazado por el trabajo de las cosas.»⁴¹

Entre otras cosas, es de señalar en esta larga oración, la afirmación de que el orden capitalista no se encuentra maduro para la revolución hasta que la clase obrera —lejos de verse reducida al nivel de bestias andrajosas y miserables— haya ampliado su consumo *por encima* del nivel de la simple subsistencia física e incluya el disfrute de los frutos del trabajo excedente como una necesidad general. En lugar de la imagen del proletariado hambriento muriendo lentamente como consecuencia de una jornada de 18 horas en una mina o un taller, Marx presenta aquí el proletario bien alimentado, científicamente competente, al que una jornada de ocho horas presumiblemente le parezca una pérdida de tiempo. En otro pasaje, Marx va más allá; vislumbra un aparato productivo capitalista más completamente automatizado que el de cualquier sociedad existente en la actualidad, y escribe que, no obstante, a pesar de la ausencia virtual en este orden social de una «clase obrera» según se define comúnmente, esta organización económica debe derrumbarse.

«En el grado en que se desarrolle la industria en gran escala, la creación de riqueza real llega a depen-

der menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo invertido, y más del poder de los instrumentos que se ponen en movimiento durante el tiempo de trabajo, y cuya poderosa efectividad en sí misma no está relacionada con tiempo de trabajo inmediatamente invertido en su producción, sino depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología... La gran industria revela que la riqueza real se manifiesta más bien en la desproporción monstruosa entre el tiempo de trabajo invertido y su producto, así como en la desproporción cualitativa entre el trabajo, reducido a una abstracción pura, y el poder del proceso productivo que supervisa. El trabajo no aparece ya como un elemento integral del proceso productivo; por el contrario, el hombre actúa como supervisor y regulador del propio proceso productivo... Se mantiene al lado del proceso productivo en lugar de ser su actor principal. Con esta transformación, la piedra angular de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo que el hombre invierte directamente, ni el tiempo que utiliza en trabajar, sino por el contrario la apropiación de su propio poder productivo colectivo, su comprensión de la naturaleza y su dominio sobre la naturaleza, ejercido por él como un todo social —es, en resumen, el desarrollo del

individuo social. El robo del tiempo de trabajo de otras personas, sobre el cual descansa la riqueza contemporánea, parece una base miserable comparada con esta nueva base creada por la propia industria en gran escala. Tan pronto como el trabajo en su forma directa ha dejado de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser su medida, y por lo tanto, el valor de cambio, la medida del valor de uso... De este modo se derrumba el sistema de producción basado en el valor de cambio... El capital es su propia contradicción en proceso, ya que su instinto es reducir ese tiempo de trabajo al mínimo, mientras que mantiene, al propio tiempo, que el tiempo de trabajo es la única medida y fuente de la riqueza. Por lo tanto reduce el tiempo de trabajo en su forma necesaria a fin de aumentarlo en su forma superflua; de este modo el trabajo superfluo se torna incessantemente una precondición —una cuestión de vida o muerte para el trabajo necesario. Así que de una parte anima todos los poderes de la ciencia y la naturaleza, de la coordinación y el intercambio social, a fin de independizar la creación de riqueza (relativamente) del tiempo de trabajo invertido en ella. Por otra parte, quiere utilizar el tiempo de trabajo como medida de las gigantescas fuerzas sociales crea-

⁴¹ Grundrisse, p. 231 y R: 91.

das de esta manera, y reprimirlas dentro de los límites necesarios para mantener los valores ya creados como valores. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales —ambas son partes distintas del desarrollo del individuo social— se le presentan al capital sólo como medios, y sólo medios para producir sobre su base limitada. Sin embargo, de hecho, estas son las condiciones materiales para destruir totalmente esta base.»⁴²

Este pasaje y otros similares en el *Grundrisse* demuestran una vez más, por si fueran necesarias más pruebas, que la aplicabilidad de la teoría marxista no está limitada a las condiciones industriales del siglo XIX. Sin duda sería una teoría mezquina la que predijera el derrumbe del orden capitalista sólo cuando ese orden consistía en trabajo infantil, talleres de trabajo excesivo con bajos salarios, desnutrición crónica, pestilencia, y todos los demás azotes de sus etapas primitivas. No se requiere genio alguno y muy poca ciencia para revelar las contradicciones de tal condición. Sin embargo, Marx continúa imaginando el caso más fuerte posible a favor del sistema capitalista, al otorgarle al sistema el desarrollo pleno de todos los poderes que le son inherentes —y exponiendo en-

tonces las contradicciones que deben conducir a su desplome.

El eje desconocido

El surgimiento gradual del *Grundrisse* de la oscuridad a la conciencia de los estudiantes y seguidores de Marx debe tener una influencia muy estimulante. Este trabajo hace explorar de muchas maneras la fijación mental, el marco estático de fórmulas y consignas a que ha sido reducida gran parte del marxismo después de un siglo de abandono, 90 años de socialdemocracia, 80 años de «materialismo dialéctico» y 70 años de revisionismo. Para decirlo más enérgicamente, el *Grundrisse* hace estallar la mente. Una serie de conclusiones parece ser ineludible.

Primero, este trabajo hará que sea imposible o al menos desesperadamente frustrador, dicotomizar el trabajo de Marx en «nuevo» y «viejo», en elementos «filosóficos» y «económicos». Los entusiastas de Hegel y los partidarios de Ricardo también encontrarán estimulante el trabajo o, a la inversa, igualmente frustrador, ya que el *Grundrisse* es, por decirlo así, la glándula pineal a través de la cual estos dos grandes antecedentes de Marx se entre-

⁴² *Ibid.*, pp. 592-94 y R: 209-211.

gan a una ósmosis recíproca.⁴³ Contiene dos pasajes que formulan ideas ricardianas con lenguaje hegeliano e ideas hegelianas con lenguaje ricardiano; el intercambio entre ellos es directo y fructífero. Aunque aquí no hemos examinado esta cuestión en detalle, el lector del *Grundrisse* encontrará una línea de continuidad directa que se remonta a muchas de las ideas de los *Manuscritos* de 1844, y desde la perspectiva del *Grundrisse* no estará muy claro si los manuscritos anteriores eran en efecto un trabajo de filosofía, o si eran sencillamente una fusión de líneas de pensamiento económico y filosófico para lo cual no existe un precedente moderno. Igualmente, desde la perspectiva del *Grundrisse*, las muy a menudo aparentemente técnicas oscuridades de *El Capital* revelarán su sentido más amplio. El *Grundrisse* es el eslabón perdido entre el Marx maduro y el Marx joven.

Por otro lado, el hecho de que Marx lleva a cabo una serie de nuevos descubrimientos y progresos en el transcurso del *Grundrisse* debe hacer a los estudiantes y seguidores de Marx más sensibles a las deficiencias económicas de los primeros trabajos. El *Grundrisse* contiene el registro gráfico del descubrimiento y la sistematización de Marx

de la teoría de la plusvalía, sobre la cual está construida su teoría del derrumbe capitalista. Si ya no fuera claro, una lectura de este trabajo aclara que la teoría de la plusvalía no era un elemento funcional del modelo económico sobre el que se basa el *Manifiesto*. En 1848, Marx está consciente de la existencia de un excedente; pero ciertamente no estaba consciente de la importancia de este elemento. Existe prueba del conocimiento que Marx tenía de la teoría ricardiana del excedente en otros primeros escritos económicos (la *Miseria de la Filosofía* y *Trabajo Asalariado y Capital*), pero estos trabajos demuestran igualmente que la teoría de la plusvalía no se había convertido en una parte funcional del modelo económico sobre el cual basaba Marx sus predicciones. Por ejemplo, la primera teoría de Marx sobre los salarios y las ganancias, es claramente una función de un modelo de oferta-demanda del sistema económico; y será necesario reexaminar críticamente a la luz del modelo posterior de la plusvalía, esta primera teorización. Por lo menos en un área-problema importante, —la cuestión de la polarización de clases—, se puede demostrar que la profecía

⁴³ Los editores han suministrado un índice exhaustivo de todas las referencias patentes y secretas a Hegel, así como el índice de Marx de las obras de Ricardo.

del *Manifiesto* es refutada explícitamente por Marx en un trabajo posterior, sobre la base de su teoría de la plusvalía.⁴⁴ Cuántas otras discrepancias existen, y cuántas de ellas son trazables a las diferencias entre el primer modelo de mercado y el modelo posterior de la plusvalía, es una cuestión que debe ser examinada no sólo en su propio beneficio, sino también para aclarar la confusión que resulta a menudo cuando se pregunta, por ejemplo, qué era lo que Marx opinaba precisamente sobre la cuestión de incrementar la depauperación.

De todo esto se desprende que aún no se ha escrito el más importante manifiesto político marxista. Fuera de la breve *Crítica del Programa de Gotha* (1875) no existe declaración política programática alguna basada de lleno en la teoría de la plusvalía y que incorpore la teoría de Marx sobre el derrumbe capitalista según aparece en el *Grundrisse*. No existe fundamento para repudiar el *Manifiesto* de 1848 en conjunto; aunque sí existe razón para someter todas sus tesis y puntos de vista a un nuevo examen crítico a la luz de la teoría de la plusvalía del propio Marx. Pueden surgir muchas sorpresas pasmosas, por ejemplo, si se publicara una edición del *Manifiesto* que contuviera anotaciones exhaustivas y detalladas extraídas de los

escritos posteriores, punto por punto y renglón por renglón. Evidentemente la teoría de la plusvalía es fundamental para el pensamiento de Marx; se puede hasta decir que con sus ramificaciones es la teoría de Marx. Sin embargo, ¿cuántos grupos políticos marxistas y cuántos críticos marxistas de Marx hacen de la teoría de la plusvalía el punto de partida de sus análisis? La única gran obra contemporánea en la que la plusvalía desempeña el papel principal es el *Capital Monopolista*⁴⁵ de Baran y Sweezy. A pesar de las deficiencias de ese trabajo, señala el camino en la dirección marxista correcta y sienta la base indispensable para el tipo de análisis que debe hacerse si la teoría de Marx sobre el capitalismo ha de afirmar de nuevo su relevancia política.

Desgraciadamente, desde varios puntos de vista, el *Capital Monopolista* termina con la conclusión (o, quizás, más exactamente, comienza con la suposición) de que no es actualmente previsible la revolución nacional dentro de los países capitalistas desarrollados. Este

⁴⁴ Cf. Martin Nicolaus: «La Coreografía Hegelina y la Dialéctica Capitalista: el Proletariado y la Clase Media según Marx», en *Studies on the Left* VII: I, ene.-feb., 1967, pp. 22-49.

⁴⁵ *Monopoly Capital* de Paul Baran y Paul Sweezy, Monthly Review Press, New York, 1966.

argumento puede y debe ser confrontado con la tesis de Marx en el *Grundrisse* de que todos los obstáculos a la revolución, tales como los que citan Baran y Sweezy, es decir el monopolio, la conquista del mercado mundial, la tecnología avanzada, y una clase obrera más próspera que en el pasado, no son más que las precondiciones que hacen posible la revolución. Igualmente, no se puede decir que la visión de Marx sobre la contradicción principal del capitalismo, como lo afirma en el *Grundrisse*, ha sido jamás exhaustivamente explorada y aplicada a una sociedad capitalista existente; en esto el *Capital Monopolista* falla seriamente. Los resultados de tal análisis también pueden contener algunas ideas sorprendentes. En fin, aún queda mucho trabajo por hacer.

Podemos terminar diciendo que, después de todo, esa es la conclusión más importante que se puede extraer del *Grundrisse*. Debido a que este trabajo destaca las deficiencias de los primeros escritos económicos y pone de relieve la naturaleza fragmentaria de *El Capital*, puede servir de poderoso recordatorio de que Marx no era un vendedor de verdades prefabricadas sino un creador de instrumentos. El mismo no completó la ejecución del diseño. Pero los planos de su palanca para mover al mundo al fin han sido publicados. Ahora que la obra maestra sin pulir de Marx ha visto la luz, la construcción del marxismo como ciencia social revolucionaria que expone las raíces de la sociedad industrial, aún la más avanzada, se ha hecho una posibilidad.

New Left Review Nº 48.
Marzo-abril 1968.

BRASIL, satélite y gendarme

Carlos Núñez

Una parte de este análisis ha sido realizado a mediados de 1967, tras la revelación del memorándum secreto en que la Escuela Superior de Guerra brasileña trazara su estrategia como «satélite privilegiado» del imperialismo (publicado en el número 10 de *Pensamiento Crítico*). Por si aún quedara alguna duda sobre la autenticidad de ese documento —que de ilusos, y de «observadores» interesados, está el mundo lleno—, basta para disiparlas la coincidencia literal, que, a nueve meses de su revelación, puede rastreadarse entre él y los poderes extraordinarios atribuidos ahora por el régimen brasileño al Consejo de Seguridad Nacional. En base a este y otros hechos convergentes, el análisis ha sido actualizado especialmente para *Pensamiento Crítico*.

No hubo descanso para Humberto Castelo Branco durante las horas previas al 15 de marzo de 1967. Casi hasta el mismo momento de ascender las rampas del Palacio Planalto hacia los fríos y despojados espacios donde habría de dar posesión del mando a su sucesor Costa e Silva, el mariscal-presidente se dedicó a firmar decenas de decretos; y esas disposiciones no se limitaban al reparto de embajadas y puestos públicos entre cuñados, sobrinos y paniaguados que suele preceder a todo cambio de administración. Al eximir de impuestos a las empresas internacionales que lo pagan en su país de origen o al decretar la restructuración de la Universidad Federal de Río de Janeiro de acuerdo a la «reforma universitaria» propiciada por su régimen y la USAID, Castelo in-

tentaba ajustar algunos tornillos más del aparato estratégico montado por la Escuela Superior de Guerra y el Pentágono para guiar la acción del régimen militar brasileño.

Esa estrategia sirve a un amor fácilmente identificable. Cuarenta y ocho horas antes de «resignar la guardia», entre decreto y decreto, el propio Castelo Branco se hizo tiempo para explicarlo a las nuevas promociones castrenses, en una conferencia de apertura de cursos en la misma ESG, donde se refirió al tema «Seguridad y desarrollo». «La opción que realmente se nos presenta —adujo el mariscal— es entre un concepto de seguridad eminentemente nacional, lo que sería algo irreal en el mundo moderno, y esquemas de defensa asociativa, en que pasamos a pensar en términos de seguridad continental». De hecho, la frase no hacía sino glosar una mucho más directa y expresiva de Lincoln Gordon, pronunciada en los mismos salones de la Sorbonne¹ militar brasileña poco después del golpe militar que derrocó a Goulart: «No creo que un país pueda vivir y actuar en una independencia completa».

La revelación detallada de esa «de-

fensa asociativa» (eufemismo sustituable por un término más crudo y realista: satelización) consta en el documento confidencial de la ESG publicado en el número 10 de *Pensamiento Crítico* —documentos: *Orientación general del planeamiento de la seguridad nacional*—: ese memorándum presta valor confirmatorio a las palabras con que Castelo abrió la conferencia del 13 de marzo, asegurando a los discípulos de la Sorbonne que el tema «Seguridad y desarrollo» era «asunto dominante en vuestro programa, doctrinario en vuestros estudios y hoy ya integrado, en su esencia, a la nueva constitución brasileña y a las leyes modernas». Una primera aproximación en el análisis de ese documento conduce a comprobar la falacia que sustenta cierta supuesta «diferencia» entre Castelo y su sucesor en la dinastía gorila iniciada tres años atrás. En los hechos, esta presunta «diferencia» —que ha llegado a despistar a algunos honestos y habitualmente lúcidos observadores— es apenas un movimiento más en el viejo calidoscopio político manejado por el imperio.

EL PRECIO DE LA SATELIZACION

La propaganda de origen o inspiración norteamericana ha venido insistiendo sobre una supuesta libe-

¹ Nombre que recibe la Escuela Superior de Guerra en alusión a la misión militar francesa que la organizó después de la primera guerra mundial (N. de R.)

realización del régimen brasileño a partir de la asunción de Costa e Silva; el objetivo de esa promoción resulta claro: tras haber ocupado el país, Estados Unidos necesita ahora reducir las tensiones internas para consolidar definitivamente sus conquistas. Simultáneamente, desde el punto de vista político, Washington ha debido procurar solución a una disyuntiva sólo en apariencia difícil: lograr una imagen «institucionalizada» del gobierno surgido del *putch* del 64, para aplacar la mala conciencia interna sobre su desembozado apoyo a ese cuartelazo y para facilitar la movilidad diplomática de su satélite, sin hipotecar las ventajas que le ofrecen los regímenes militares, cuya generalización preconiza (Malgré la reciente defenestración de su promotor), la llamada «doctrina MacNamara». Así, desechando a sus más extremistas servidores civiles (como el inefable Carlos Lacerda, cuyo oportunismo e inestabilidad temperamental podrían resultar incómodos para el sólido pragmatismo del *State Department*), prefiriendo apostar a la rigidez organizativa de los militares, el imperio promueve una liberalización periférica, aparente, que —lejos de afectar— conserva sustancialmente la política que le abrió las puertas del dominio sobre Brasil.

En este contexto, la prisa de Castelo Branco por concretar disposiciones de sensible importancia hasta el minuto antes de abandonar la presidencia no debe ser entendida como una zancadilla personal contra su sucesor, sino como la complementación de una estructura adecuada para operar, sin mengua del sistema, esa aparente liberalización.

De la misma manera, algunas concesiones del régimen en el campo económico (como la fijación de un tope para los créditos que los bancos brasileños pueden otorgar a las empresas extranjeras) van dirigidas a contemplar parcialmente las aspiraciones del sector de la burguesía nativa que rodea a Costa e Silva, sin alterar los elefantiásicos beneficios que el capital norteamericano extrae de este gigantesco Puerto Rico del cono sur.

De hecho, el nuevo mariscal presidente ha cambiado ciertos estilos: habla sonoramente sobre «el desarrollo acelerado», propugna de labios afuera un ambiguo «humanismo», elude la aplicación de nuevas privaciones de derechos políticos, ofrece alguna seguridad a la reducida (y mediatizada) oposición parlamentaria, permite ciertas bravatas independentistas de sus ministros. Pero nada más: esta nueva aplicación de la célebre máxima del Gatopardo conduce exclusivamente

a asegurar los intereses fundamentales de Estados Unidos. El documento confidencial de la Escuela Superior de Guerra lo confirma plenamente, revelando que Costa e Silva no es más que la cabeza visible de un poder manejado por el Estado Mayor del ejército brasileño y sus tutores del Pentágono. Vale la pena recordar un antecedente directo del esquema propuesto por ese documento confidencial: la llamada «doctrina Couto e Silva», expuesta en un breve folleto publicado en 1957 bajo el título *Aspectos geopolíticos de Brasil*. Su autor, Golberi Couto e Silva, conocido como un erudito en temas de geopolítica, fue encargado tras el golpe de abril (que determinó la revalorización de su «doctrina») de una oficina de informaciones —«una miniatura de la CIA», según un observador argentino— que contaba entonces con casi 2,000 agentes. En su folleto, Couto e Silva desarrolla la tesis de una *barganha leal* (canje leal) entre Brasil y Estados Unidos, por el cual aquél se asocia a la política de defensa de Washington en el Atlántico Sur a cambio de que se le reconozca «el casi monopolio de dominio en esta área»: dos párrafos son suficientes para ejemplificar esa tesis:

«Cuando entre nuestros vecinos hispanoamericanos reerudece sin dis-

fraces una oposición a Estados Unidos de América que se enmascara de «tercera posición» o de cualquier rótulo, aprovechándose, exactamente, de aquel enfoque allende-Atlántico y allende-Pacífico de los intereses primordiales norteamericanos, el Brasil parece estar en condiciones superiores, por su economía no competitiva, por larga y probada posición de amistad y, sobre todo, por los recursos decisivos de que dispone, para una *barganha leal* —el manganeso, las áreas monacíticas, la posición estratégica del Nordeste y de la desembocadura amazónica, con su tapón de la isla de Marajó— de negociar una alianza bilateral más expresiva que no sólo nos asegure los recursos necesarios para concurrir sustancialmente en la seguridad del Atlántico Sur y defender, si fuera el caso, aquellas áreas brasileñas que están expuestas a las amenazas extracontinentales, contra un ataque envolvente al territorio norteamericano vía Dakar-Brasil-Antillas; sino, una alianza que, por otro lado, traduzca el reconocimiento de la real estatura del Brasil en esta parte del océano Atlántico, poniendo término a cualquier política bifronte y acomodaticia con relación a nuestro país y a la Argentina, ambas naciones, por ejemplo, igualmente contempladas, contra todas las razones y

todas las evidencias, en armas de guerra naval». (...) «También el Brasil puede invocar un destino manifiesto tanto más cuanto él (el destino) no choca, en el Caribe, con los de nuestros hermanos, del norte».

La única diferencia fundamental entre la tesis de Couto e Silva y el esquema estratégico trazado ahora por los mariscales de la Escuela Superior de Guerra (ESG) radica en el precio que Brasil debe pagar para convertirse en «satélite privilegiado» de Estados Unidos; no alcanza una alineación de sus acciones militares con las directivas del Pentágono y de su política internacional con la diplomacia del Departamento de Estado, sino que ha sido necesaria la total enajenación de las riquezas nacionales en favor de los intereses monopolísticos que sustentan toda la estructura imperial y cuya instrumentación teórica para uso de las neocolonias es prevista por el Fondo Monetario Internacional. La *barghana* se ha concretado, pero hasta algunos de los sectores comprometidos en el golpe de abril dudaban que haya sido *leal*.

LOS DUEÑOS DEL BRASIL

Basta una rápida y superficial confrontación entre las líneas trazadas por el documento de la *Sorbonne*

en el campo socioeconómico y la actual realidad brasileña para comprobar hasta dónde ese aparente propósito de «desarrollo nacional» supervisado por el FMI ha servido a los intereses norteamericanos más que a los propios brasileños:

«Significa un enigma lo que los mariscales brasileños entienden por "contener la inflación": en los primeros veintidós meses del régimen militar se habían emitido ya 1.385.000.000.000 de cruzeiros (contra 694.000.000.000 emitidos en 30 meses de administración Goulart), mientras la expansión de los medios de pago —procurada a través de las llamadas "Obligaciones Reajustables del Tesoro"— generaba un gigantesco empapelamiento que confluía a la agudización del proceso inflacionario. Según el First National City Bank, a fines de agosto de 1966, Brasil tenía la más fuerte desvalorización de su moneda en 1965 (32,8%) y el promedio mayor de depreciación monetaria en 10 años entre 45 países estudiados. Entre 1964 y 1966, en sólo dos años de gobierno militar, el cruzeiro experimentó una devaluación del 150%.

Contrariando una vez más las previsiones contenidas en las recetas del FMI, esta aceleración de la tasa inflacionaria no ha logrado sino agudizar la recesión económica. La restricción de los créditos privados

y la reducción de compras del gobierno dentro del país son algunos de los factores que han influido en esa recesión; otro factor está constituido por la política de congelación de salarios. Algunos indicios reveladores sobre esta recesión pueden hallarse en las cifras de importación: en 1960, Brasil importaba materias primas por 450.4 millones de dólares; en 1965, esa cifra había descendido hasta 359.9 millones, recuperándose sólo parcialmente en 1966, con 427.9 millones; las únicas materias primas cuya importación se vio acrecentada (de 121.6 millones en 1960 a 151.1 en el 65 y 195.4 en el 66) fueron las destinadas a la industria química farmacéutica, mayoritariamente dominada por capitales norteamericanos. También descendió la importación

de bienes de capital: 492.2 millones de dólares en 1960, 229 en 1965, 347.6 en 1966. Simultáneamente, creció la importación de manufacturas (de 152.6 millones en el 60 a 227 en 1966) y de alimentos (168.6 y 231.1 en los mismos años). Entretanto, el dinero puesto en circulación ha servido para estimular y ayudar a las empresas extranjeras que operan en el país. Abundar sobre algunos detalles de la penetración de capitales norteamericanos en la vida económica del Brasil sería por lo menos recurrente. La ocupación financiera del país resulta claramente evidenciado a través de este cuadro elaborado por Paulo R. Schilling, sobre la participación porcentual de la dominación extranjera en los principales rubros de la economía brasileña:

Energía eléctrica	72 %
Industria automovilística	90 "
Molienda y distribución de trigo	73 "
Producción de portland	63 "
Artículos de caucho	90 "
Derivados del petróleo (distribución)	95 "
Siderurgia	50 "
Comercio de exportación	60 "
Fabricación de máquinas	70 "
Industria de la construcción naval	85 "
Tejidos	50 "
Industria farmacéutica y de perfumería	85 "
Carnes en conserva	80 "
Tabaco y cigarros	85 "
Industria química	50 "
Plásticos	50 "

El mismo Schilling ha revelado algunos hechos que ayudan a ubicar claramente el objetivo de algunas medidas previstas por el memorándum de la ESG («incentivar... la aplicación del ahorro popular en inversiones industriales...»), al referir:

«Hay que considerar, todavía, que en muchos casos una participación minoritaria de no más del 20 ó 30% permite el control de las empresas, principalmente de aquellas que obtienen sus recursos por la suscripción popular de acciones. Por intermedio de los fondos de inversiones; los grupos extranjeros pusieron a la economía nacional a su servicio. La CRESCINCO (grupo Rockefeller) fue el primero de estos fondos que se organizó en el Brasil, estableciéndose luego muchos otros. Obteniendo, por medio de la suscripción de acciones los recursos del pueblo, que emplean en empresas extranjeras, los fondos de inversiones fortalecieron el dominio del capital monopolista extranjero. Reflejos exteriores de estas maniobras, no comprendidas por la mayoría del pueblo, fueron las "nacionalizaciones" de diversos trusts extranjeros como el Swift, la Standard Oil del Brasil y la Light and Power».

Desde el café (que representa promedialmente el 50% de la entrada

de divisas del Brasil, pero cuya comercialización exterior está manejada en un 99.21% por empresas privadas, entre las cuales las seis mayores, norteamericanas, dominan más del 30%) hasta el manganeso (que, aunque sólo representa para Brasil un 2.5% en la obtención de divisas, contribuye considerablemente a la industria siderúrgica norteamericana y es directamente extraído, procesado y exportado por la U.S. Steel, la Bethlehem Steel o sus filiales), todas las riquezas brasileñas están hoy por hoy en manos de los monopolios norteamericanos. Esta apropiación se ha cumplido por muy diversas vías; en algunos casos, ni siquiera ha significado entrada de capitales, ya que las empresas extranjeras se han servido de créditos de los bancos brasileños (dominados, a su vez, por consorcios yanquis), hasta extremos insólitos: incluso la banca oficial ha llegado a destinar un 70% de sus créditos a industrias que benefician a inversionistas extranjeros; sólo ahora, cuando es difícil concebir una mayor alienación de las riquezas nacionales, el régimen accede parcialmente a algunos reclamos del empresariado nacional, obligando a los bancos a orientar un 50% de sus créditos en servicio de la industria nativa.

LO QUE TRAEN Y LO QUE SE LLEVAN

Una relación comparativa entre las inversiones extranjeras y las remesas al exterior en tres años de régimen militar resulta por demás reveladora:

—las inversiones directas ascendían a 30 millones de dólares en 1963 y 28 millones en 1964; en 1965 ya alcanzaban los 70 millones y en 1966 llegaban a 170 millones; —las reinversiones significaban 57 millones en 1963, 58 millones en 1964, 84 en 1965 (no hay datos confirmados para el 66);

—los empréstitos y financiamientos han crecido de 262 millones (1963) a 382 millones (1966);

—en total, la inversión extranjera, en sus distintas formas, alcanzaba a 349 millones de dólares en 1963; en 1966, aún sin contar las reinversiones, había llegado a 552 millones;

—entre tanto, las remesas al exterior por concepto de rendimiento de capitales iban de 147 millones en 1963 a 250 millones en 1966; por transacciones gubernamentales, de 48 a 55 millones; por servicios diversos (patentes, royalties, asistencia), de 49 a 113; por fletes y seguros, de 153 a 130 (el descenso en este rubro responde a la caída de las importaciones);

—el total de las remesas al exterior era de 420 millones en 1963, 433 en 1964; 603 en 1965 y 618 en 1966;

—las remesas al exterior superaron a la inversión de capitales en 71 millones durante 1963, 121 millones en 1964, 192 millones en 1965 y 66 millones de dólares en 1966;

—un punto de referencia: entre 1963 y 1966, la deuda externa de Brasil se incrementó en 516.9 millones de dólares.

Vale la pena anotar otro detalle significativo: en 1965, debido al descenso de las importaciones, la balanza de pagos brasileña arrojó un saldo favorable de 400 millones de dólares; el gobierno invirtió el superávit en... títulos de deuda pública de Estados Unidos.

Este es, a grandes líneas, el fiel retrato del «desarrollo nacional» que dicen promover los teóricos del gobierno del Estado Mayor brasileño; en este contexto, no es extraño que, junto a la edulcorada prosa «desarrollista» que da pie a la desembozada subasta de las riquezas nacionales, el documento confidencial de la Sorbonne llegue hasta el extremo de contemplar explícitamente la promoción multilateral de «razonables garantías» para las inversiones extranjeras, por ejemplo. Por este camino no es tampoco difícil avizorar hacia dónde conducen

las líneas estratégicas elaboradas por los mariscales brasileños y sus inspiradores norteamericanos en campos como la educación y la salud pública. Por lo menos dieciséis acuerdos de «colaboración», sin contar los estaduales, han sido firmados entre Brasil y Estados Unidos para llevar a cabo planes de enseñanza; el planeamiento general de la educación, puesto en manos de una comisión integrada por cinco brasileños y cinco norteamericanos, ha derivado en la reciente creación de un «superministerio» que controlará la vida estudiantil; la «reforma» universitaria ha sido realizada según lineamientos surgidos de la USAID; hay «técnicos» norteamericanos hasta en las más humildes escuelas rurales; capitales yanquis controlan más del 80% de la industria farmacéutica; el escándalo de las «serpentininas anticonceptivas», que pastores norteamericanos distribuyeron en la región amazónica, sin mayores cautelas sanitarias—resultado: más de 3000 mujeres esterilizadas y muchos casos de infección—, ha dado una prueba de algunas de las «soluciones» preconizadas por Estados Unidos para los graves problemas provocados por la superpoblación: agentes de la USAID intentaron sobornar con un millón de dólares a tres obispos brasileños (la información fue confirmada por

éstos) para que aprobaran la aplicación de medidas anticonceptivas como éstas en Brasil.

LA MISION DE COSTA E SILVA

Sin entrar todavía a analizar la servidumbre de la política militar a los intereses del Pentágono, basta con sumar a este amargo panorama el vasallaje total al Departamento de Estado que caracteriza a la política exterior del Brasil de hoy para apreciar exactamente cuál ha sido el precio pagado por el gobierno del Estado Mayor para convertirse en «satélite privilegiado» de Washington y obtener el respaldo norteamericano a su triste ambición subimperial. El esquema trazado en el documento confidencial de la *Sorbonne* no es más que la constancia contable de ese precio; hasta el 15 de marzo, Castelo Branco abonó en los plazos previstos cada uno de los pagarés firmados por la gorilocracia en abril de 1964; reformó la Constitución, impuso una ley de seguridad (que incluso un alto militar ha calificado de «fascista»), acató sumisamente las instrucciones del FMI, providenció todas las medidas requeridas por los intereses monopolistas (en este sentido, el decreto que exime de impuestos a las empresas internacionales que los pagan en su país de origen fue cierta-

mente un broche de oro), adaptó toda la legislación a la institucionalización del poder militar. Algunos meses después, pudo morir en paz con su congénito entreguismo. La segunda etapa viene siendo cumplida por Costa e Silva, y su camino ya está trazado.

Ya en 1962, el *New York Herald Tribune* anotaba: «Si perdiéramos el Brasil, el gigante de América Latina, estaríamos en camino de perder a todo el continente, con los billones de dólares de inversiones norteamericanas, públicas y privadas, que esto significa.» De entonces acá, esos billones han crecido, pero hoy parece difícil (como lo señalara Ernesto Guevara en su mensaje a la Tricontinental) que Estados Unidos pueda obtener más que lo que ya tiene en América Latina; lo que ahora busca es consolidación y protección. Así, a la satelización sucede la ocupación; en los planes del Pentágono, Brasil es la cabecera de puent para esa ocupación. Como el también brasileño Panascó Alvim en la FIP que coonestó la intervención norteamericana en Santo Domingo, Costa e Silva asumirá en el continente—según prevé Washington— la jefatura formal de esa fuerza de ocupación.

En el aspecto interno, como confiesan involuntariamente en su documento secreto, los mariscales y sus

socios norteamericanos están solos; todas las restantes fuerzas del país, estudiantes, trabajadores urbanos y rurales, empresariado nacional, configuran «presiones» antagónicas al gobierno del Estado Mayor. Las dos primeras representan los mayores riesgos para el régimen, que las juzga más agresivas; la viga maestra de su acción contra ellas es la Ley de Seguridad, collar de hierro que cercena hasta las más mínimas expresiones de oposición. Paralelamente, el esquema de la ESG prevé la disminución de las tensiones internas por la vía de una conciliación con algunos sectores de la burguesía nacional, que tras haber apoyado el *putsch* de abril vio crecientemente frustradas sus ambiciones en todos los planos; Costa e Silva es el instrumento de este pretendido «rescate» del empresariado, a algunas de cuyas figuras ha colocado en puestos de gobierno. Pero esta participación es apenas formal; privado de su base de sustentación por la voracidad de los monopolios norteamericanos (algún ácido humorista ha dicho que la única industria productiva que aún está en manos brasileñas es la confección de banderas estadounidenses para cubrir la creciente demanda provocada por las periódicas quemas públicas del emblema imperial), el sector golpista de la burguesía no constituye sino un

instrumento más en la institucionalización del régimen militar. Magalhaes Pinto, uno de los figuras mayores de esa burguesía y ahora canciller de Costa e Silva, ha llegado a declarar (*Le Monde*, mayo 10): «Los problemas de seguridad no serán resueltos sino en la medida en que lo sean los problemas económicos». A primera vista, la frase procura una indirecta respuesta al planteo de Onganía durante la reunión presidencial de Punta del Este, pero —más allá de la intención del flamante canciller brasileño— el entrelazamiento previsto por el gobierno del Estado Mayor para los rubros de «seguridad» y «desarrollo» no contempla ciertamente una prioridad para este último, sino, por el contrario, su supeditación a los intereses de la «seguridad». El propio Castelo Branco se encargó de aclararlo en los salones de la Sorbonne dos días antes de abandonar la presidencia: «Desarrollo y seguridad, a su vez, están ligados por una relación de mutua causalidad. Por un lado, la verdadera seguridad presupone un proceso de desarrollo, sea económico, sea social. Económico porque el poder militar está también esencialmente condicionado a la base industrial y tecnológica del país. Social, porque aun un

desarrollo económico satisfactorio, si va acompañado de excesiva concentración de la renta y creciente desnivel social, genera tensiones y luchas que impiden la buena práctica de las instituciones y acaban comprometiendo el propio desarrollo económico y la seguridad del régimen».

El memorándum de la ESG se encarga de ubicar este concepto en sus más crudas implicaciones: el imperio, a través de los regímenes militares que le sirven, procura una conciliación formal con algunos sectores de la burguesía, una improbable disminución de las tensiones internas mediante la acción conjugada de un rígido aparato represivo y de propuestas sobre un presunto «desarrollo nacional» (que, en los hechos, no es desarrollo ni es nacional, porque sirve a los intereses monopolísticos norteamericanos), una coordinación de las fuerzas policíacomilitares de América Latina para ejecutar la estrategia contrarrevolucionaria dictada por el Pentágono. Los dos primeros pasos vienen cumpliéndose en el «satélite privilegiado» brasileño. El tercero, también contemplado en el documento secreto de los mariscales, ofrece peculiaridades que merecen un análisis más detenido.

EL GUARDIAN DEL PATIO TRASERO

El ejército argentino compra armas en Europa (incluyendo el área socialista) ante la renuencia del Pentágono en proporcionárselas; la cancillería brasileña emite comunicados en los que rechaza toda fórmula para la creación de dispositivos supranacionales en el ámbito continental. Periódicamente, episodios como éstos parecen conmover la imagen generalmente aceptada de los regímenes militares latinoamericanos como subordinados de Washington; tales episodios son prontamente utilizados por quienes procuran internamente una mayor base política para esos regímenes publicitando su presunto «nacionalismo», y no son pocos los desprevenidos observadores que ceden a la tentación de sumergirse en alambicadas especulaciones al respecto. Ubicados en el contexto de las vías entrelazadas que suele utilizar el imperio para alcanzar sus objetivos, empero, estos elementos en apariencia contradictorios revelan de hecho cuáles son los pasos inmediatos previsto por Estados Unidos para la acción de sus satélites latinoamericanos.

Algunos de ellos aparecen claros a la luz del documento secreto de la Escuela Superior de Guerra brasileña, que configura una transcrip-

ción del esquema estratégico del Pentágono para América Latina. Y, como surge de la mera lectura, el maniqueísmo político y el paranoico anticomunismo que vician las premisas de ese esquema estratégico no constituyen por cierto excusa suficiente para subestimar las amenazas que él conlleva para la integridad política de los países latinoamericanos.

El memorándum de los mariscales brasileños representa la culminación teórica y práctica de la tesis de interdependencia propugnada por los gestores del golpe del 64. El proceso de aplicación de esa tesis ha conducido al Brasil hasta una inserción global de su política en la estrategia internacional de Washington, tanto en el plano específicamente militar como en el económico y diplomático. Dos frases bastan para ilustrar el signo creciente de esa enajenación, unánimemente reconocida: «Un amigo se encuentra en situación difícil. Nosotros, entonces, debemos mostrar que los amigos ciertos son los de las horas inciertas», dijo el canciller Leitao da Cunha en junio de 1965, justificando el apoyo brasileño a la intervención norteamericana en Santo Domingo; «Lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para Brasil», diría más tarde su sucesor, Juracy Magalhaes, en frase que ha

pasado a la más triste historia del satelismo.

El parentesco directo de la estrategia propuesta por la Sorbonne con los esquemas del Pentágono para la «defensa del hemisferio» rompe los ojos del más desprevenido observador: los puntos básicos de las «hipótesis de guerra» consideradas por el documento reiteran puntualmente las evaluaciones del Estado Mayor Norteamericano (algunas de las cuales han sido parcialmente reveladas ante el Senado de los Estados Unidos en abril de 1967), y hacen por otra parte explícita referencia a «la impresión creciente» en Washington sobre determinados temas estratégicos; las medidas propuestas para hacer frente a la «agresión interna» pueden encontrarse incluso en la literatura oficiosa del Pentágono, como *Strategy for the Americas* de Joseph Reidy, exfuncionario del Ministerio de Defensa y del Departamento de Estado que sirvió en las embajadas norteamericanas en Río y Buenos Aires. Y no se trata sólo de coincidencias en torno a las connotaciones estratégico-tácticas de la guerra insurreccional («en el Brasil se diría guerra revolucionaria, pues el general Castelo Branco y el llamado grupo de la Sorbonne aún tienen una pizca de sofisticación militar francesa», apuntó un observador brasileño dos años atrás), sino tam-

bién y especialmente de una puntual atención hacia los intereses geoestratégicos del Pentágono en relación a una posible confrontación internacional, atómica o convencional (v. gr.: la consideración particular del litoral nordestino, que —por su proximidad al África y sus posibilidades en el control del tráfico marítimo atlántico— los «expertos» norteamericanos califican como «notable excepción» en la orientación mayormente caribeña de su estrategia continental).

LOS ANTECEDENTES

Poco de esto es nuevo, por cierto, aunque hasta ahora no se conocieran tan detalladamente. Desde el golpe militar de 1964, las cancillerías latinoamericanas han podido recoger una serie de inquietantes indicios al respecto, ahora confirmados hasta el exceso por el memorándum del Estado Mayor brasileño. Ese *desier* incluye:

—la revaloración de la doctrina expuesta en 1957 por Golbert Couto e Silva, que propone una *barganha* —canje— leal entre Brasil y Estados Unidos, y a la que ya me referí en anteriores páginas.

—la instalación en Washington del Colegio Interamericano de Defensa (al que el entonces —y todavía— embajador brasileño en la OEA, Ilmar Pena Marinho, califi-

cará de «escuela de dictadores») y el entredicho surgido a su propósito entre la cancillería brasileña y el Estado Mayor de las FFAA. En 1965, el periodista —ahora también diputado— Hermano Alves recordaría el incidente en estos términos: «Itamaraty,¹² entonces conducida por el profesor San Thiago Dantas, se opuso tenazmente a la creación de ese Colegio. El entonces subsecretario de estado para Relaciones Exteriores del gobierno brasileño, el diputado Renato Archer, trabó un conflicto prolongado con el ministro de Guerra, general Segádas Viana, que insistía en matricular oficiales brasileños en aquella academia desaprobada por Itamaraty. La Comisión Militar Mixta Brasil-Estados Unidos trabajaba intensamente para que el ejército brasileño crease una situación de hecho, desautorizando al Ministerio de Relaciones Exteriores. Y fue lo que ocurrió. Aunque el Congreso, por recomendación de Itamaraty, no aprobaba la contribución financiera del Brasil al Colegio Interamericano de Defensa, el Ministerio de Guerra pasó a matricular oficiales en aquel establecimiento —para lo que contaba, apenas, con el permiso del Estado Mayor de las FFAA., en esa

¹² Nombre que se le da al Ministerio de Relaciones Exteriores en alusión al edificio que ocupa. (N. de R.)

época encabezado por el general Araujo Motá. Lo curioso es que, cuando el profesor San Thiago, como ministro de Hacienda, fue a Washington, algunos oficiales brasileños, matriculados en el Colegio, lo buscaron para decirle que estaban disgustados con el carácter supranacional de la instrucción que les era suministrada. Llegaron, incluso a declararle que consideraban contrarias a los intereses nacionales brasileños las enseñanzas teóricas que recibían—» el documento confidencial —característica AAA/520.1 (22)—que circuló entre Itamaraty y la embajada norteamericana en Río en marzo de 1965, durante los preparativos para la conferencia de cancilleres de OEA prevista para mayo y luego fallida a raíz de la intervención estadounidense en Santo Domingo. Ese documento (en el que puede encontrarse ya la teoría de las «fronteras ideológicas», explícitamente formulada algunos meses más tarde en la proclama de Uruguayana) comentaba la propuesta norteamericana de «una alianza del Hemisferio», respaldándola, y ofrecía a Washington «mucho documentación sobre las actividades subversivas en el Brasil antes de abril de 1964» y pruebas acerca de una presunta «infiltración extremista en los altos escalones gubernamentales en varios paí-

ses del hemisferio»; sugería veladamente en sus entrelíneas la posibilidad de que tropas latinoamericanas participaran en conflictos extracontinentales mantenidos por Estados Unidos, lo que seguramente venía a significar un nuevo y nada desdeñable elemento de trueque para la *barganha leal*. Además, proponía un entendimiento *tête a tête* entre Brasil y Estados Unidos, en estos términos:

«Con relación a la alianza sugerida el gobierno de Brasil está en un todo de acuerdo, siempre que las condiciones de ayuda mutua en caso de interferencia externa sean formuladas con máxima precisión y teniendo en cuenta las particularidades de las Américas. Sólo así sería posible evitar las experiencias negativas que se muestran patentes en la Organización del Tratado del Sudeste de Asia. Las sugerencias del gobierno brasileño en cuanto a los gobiernos específicos, serán discutidas con las autoridades de los Estados Unidos y con la Junta Interamericana de Defensa por el ministerio de guerra del Brasil. En esta ocasión se tratará también de resolver la mejor forma posible de permitir a las fuerzas americanas influir positivamente en otras áreas del mundo en las que está en juego el destino de la democracia y la libertad».

—la decidida participación de Brasil en la llamada Fuerza Interamericana de Paz con la que la OEA cohonestó la intervención militar norteamericana en Santo Domingo, que significó al ejército brasileño la jefatura formal de dicha fuerza. De hecho, la jefatura real de la FIP (a la que Brasil contribuía con apenas una décima parte del total de tropas) estaba en manos del general estadounidense Bruce Palmer; éste llegó a declarar a la prensa de su país que, si recibiera órdenes contradictorias del general brasileño y de sus propios superiores del Pentágono, no dudaría en acatar estas últimas— el amago —prontamente ocultado— de intervención en Bolivia por esa misma época (mayo de 1965). Mientras se organizaba la FIP, el gobierno de Castelo Branco hizo declaraciones en el sentido de que estaba dispuesto a enviar tropas a Bolivia para evitar un gobierno extremista, ante la movilización popular en los distritos mineros que desembocarían en una masacre por cuenta del propio gobierno boliviano. Coincidentemente con esas declaraciones, hubo desplazamientos de unidades militares norteamericanas en el Pacífico y trascendió que Washington habría consultado con Chile para pasar tropas hacia Bolivia a través de su territorio, a lo que el gobierno de Frei se negó.

EL AVAL DEL PENTAGONO

La proclamación de la tesis de las «fronteras ideológicas», las reiteradas amenazas intervencionistas —dirigidas fundamentalmente contra el Uruguay—, el indisimulado empeño en apoyar y promover la creación de una fuerza militar interamericana en el marco de la OEA; constituyen persistentes elementos probatorios (cuyos detalles son obviados en virtud de su amplia divulgación) sobre la enajenación de la política brasileña en favor de los esquemas estratégicos norteamericanos. El documento secreto de la Escuela Superior de Guerra confirma palmariamente esa enajenación pero, simultáneamente, habilita una comprobación lateral: por lo que surge del memorándum, el Pentágono ha otorgado plenamente su aval a las propuestas brasileñas de *barganha leal*. De tal manera, la estrategia combinada con los mariscales brasileños contempla en principio las aspiraciones expansionistas de éstos, decididos a resumir las funciones gendarmílicas que sus antecesores cumplieron hace un siglo para el imperio británico.

Así, mientras Brasil atiende a las necesidades estratégicas de Estados Unidos para cualquiera de sus «hipótesis de guerras» (preparación de núcleos combinados de las FF.AA.

para participar en la «defensa de la democracia», en el continente o fuera de él; cesión de territorios para bases de proyectiles, como la ya instalada en Natal, y de materiales estratégicos, como los extraídos en la cuenca amazónica, sin contar con los recursos y el apoyo diplomático que Washington recibe de su «socio mayor» latinoamericano), obtiene a su vez una relativa carta blanca en la prosecución de sus intereses subimperiales. Notoriamente, la tesis de las «fronteras ideológicas» funciona en un sólo sentido; ya en 1965, el entonces canciller Leitao da Cunha dejaba entreverle en una carta dirigida a *Correio da Manhã* comentando un editorial de éste sobre el tema: «Al recomendar el examen de los conceptos de soberanía y no intervención, quedó implícito que esto es materia soberana de los estados. No dejan éstos de ser soberanos cuando libremente deliberan sobre la naturaleza y extensión de su soberanía». Los mariscales brasileños; que pretenden imponer a sus vecinos la resignación de las fronteras físicas, defienden a ultranza sus propias fronteras, tal como surge de la estrategia expuesta en el memorándum de la ESG.

Al incluir a Uruguay y Guyana como «áreas estratégicas» de sus planteos geopolíticos, el gobierno del Estado Mayor procura man-

tener a raya —al parecer, apelando incluso a la intervención armada— las fronteras de Venezuela, país con el cual mantiene un prolongado diferendo territorial en la región guayánica, y las de Argentina, su tradicional rival en la pretendida hegemonía del continente. Pero, al mismo tiempo, esas áreas cuentan en la estrategia del Pentágono: la frontera brasileño-venezolana (y aun, supone Estados Unidos, la propia Guyana) plantea el eventual riesgo de penetración guerrillera hacia la explosiva zona del Nordeste; Uruguay, por su parte, al momento de elaborarse el documento, preocupaba a los estrategas norteamericanos en razón de las libertades sindicales, de información y de movimiento que aún conservaba, constituyendo en este sentido una suerte de mosca blanca entre el bloque de regímenes militares que lo circundan. Asimismo, la protección de las fronteras brasileñas (con todos los países del continente salvo Ecuador y Chile) no está exclusivamente dictada por el interés expansionista del «satélite privilegiado», sino que entronca con el propósito norteamericano de prevenir la coordinación entre los movimientos armados que actúan o pueden actuar en América Latina.

Con estos objetivos a la vista, los mariscales brasileños comenzaron, apenas llegados al poder, una veloz

carrera armamentista. Entre 1954 y 1963, la participación de los ministerios militares en el total de gastos generales oscilaba entre un 14 y un 17%; poco después del *putsch* (en abril mismo, los militares brasileños se autoduplicaron el sueldo), el embajador Augusto Federico Schmidt decía en *O Globo* —ciertamente, ni uno ni otro podrían ser calificados de «subversivos»— que los gastos militares ya estaban consumiendo un 40% de los ingresos presupuestales. En 1965, Brasil adquirió armas a Estados Unidos por 2,5 millones de dólares; en 1966, sus compras ascendieron a 12 millones, incluyendo una partida de 100 tanques M-41. En agosto de 1966, el gobierno del Estado Mayor adquirió la patente belga para fabricar en el país los fusiles automáticos FAL; las plantas de municiones están en expansión, existen proyectos en avanzado grado de concreción para activar la industria química con fines bélicos (napalm, gases asfixiantes, explosivos), incrementando la producción de plantas ya existentes en San Pablo y Minas Gerais; también se han incrementado las industrias de armas portátiles automáticas, como la de Itajubá y la INA, dedicadas respectivamente a la fabricación de fusiles y de metralletas. En los últimos meses de 1966 se anunció la ins-

talación en San Pablo de una planta de construcción de aviones, destinados a «*fines bélicos y civiles*»; las informaciones destacaban que esos aviones resultaban muy apropiados para el transporte a media distancia de unidades de comandos, ofreciendo «*una gran versatilidad para el uso militar contrainsurreccional*». La construcción de una «*fábrica de aviones de uno y dos motores, otros aparatos anfíbios y helicópteros*» en Minas Gerais ha sido ahora oficialmente anunciada por el grupo germanooccidental Dornier.

Pero el Pentágono debía aún sortear un obstáculo para completar su estrategia de contrarrevolución a nivel continental: la «*presión político-histórica*», como la llaman los generales de la *Sorbonne*. En buen romance, la tradicional rivalidad entre los militares argentinos y brasileños.

LOS BRAZOS DEL PENTAGONO

«*Un oscuro general, con el pecho cubierto por una constelación de condecoraciones brasileñas, es la mayor preocupación de la cancillería y del Estado Mayor de Argentina y del Brasil*»; dos años atrás, un periodista argentino describía así a Alfredo Stroessner, «*presidente*» vitalicio del Paraguay, por enton-

ces protagonista de una encendida disputa con el Brasil en torno a la región de los Saltos del Gaurá. En 1967, al tiempo que se iniciaba la construcción de la represa de Aca-ray —que, desde territorio paraguayo, proveerá de energía eléctrica a algunas regiones de Brasil y Argentina—, la importancia de Stroessner para cancilleres y militares de los dos países mayores del continente había cambiado su signo: en sus manos parecía encontrarse una clave no de enemistad sino de conciliación. De hecho, ese nuevo papel de Stroessner obedecía a las más recientes directivas del Pentágono, que continuaba editando fórmulas para lograr una mayor orquestación de las fuerzas represivas del continente.

Durante largo tiempo, la política de Washington respecto a Argentina y Brasil fue procurar un oscilante desequilibrio en la correlación de fuerzas, apoyándose en uno u otro según sus conveniencias. Esa estrategia (basada en el fomento de lo que el historiador norteamericano Nicholas Spykman llamó *natural conflict* entre los dos países) favoreció largamente al país norteamericano en los años previos a la segunda guerra mundial, mientras Argentina era apuntalada por el todavía influyente imperio británico. En la década del 40, la coincidencia —no demasiado concreta,

por cierto— entre Perón y Getulio Vargas asordino momentáneamente ese «conflicto natural». Pero ya en los años finales de la década siguiente y en los primeros 60, y por encima de los intentos conciliadores de Frondizi y Janio Quadros, la oposición volvió a adquirir filosas aristas, ahora decididamente a nivel de los ejércitos. Las decenas de documentos y análisis manejados por los altos mandos argentinos revelan, en lo que un cáustico observador definió como «una antología del resentimiento» que los favores del Pentágono se han encaminado mayoritariamente hacia el país nortño: en abril de 1966, el propio Departamento de Defensa norteamericano hizo públicas las cifras de asistencia militar recibidas por los países latinoamericanos entre 1950 y 1965, según las cuales Brasil figuraba como destinatario de casi un 35W del total (171 millones sobre 486 millones de dólares) y aparecía igualmente a la cabeza de los créditos para compra de material militar y de plazas para entrenamiento de oficiales en bases norteamericanas.

Durante este período, sólo en una oportunidad la balanza pareció inclinarse en favor de Argentina. En setiembre de 1961, cuando Goulart asumió la presidencia tras la «Gran Crisis» desatada por la oposición militar a su investidura,

las autoridades del Pentágono «llamaron la atención» a la oficialidad del ejército argentino sobre «el peligro que representaba Brasil para la estabilidad de América Latina»; y cuando Frondizi fue depuesto, los militares argentinos comenzaron a recibir equipos modernos provenientes de Estados Unidos, incluyendo pertrechos que permitían la creación de una brigada especial para llevar a cabo acciones fuera de las fronteras nacionales. El golpe de abril volvió la correlación de fuerzas a su *status* anterior, y aun agudizó el desequilibrio, transformando decididamente a Brasil en el «satélite privilegiado» de Washington. El *natural conflict* tornó a hacerse tenso al instituirse la FIP para actuar en la Dominicana; el gobierno de Illia prestó su aprobación en la OEA pero se mostró renuente al envío de tropas, pese a las indisimuladas presiones castrenses. Onganía, entonces comandante en jefe del ejército, había obtenido de Averell Harriman la promesa de que el comando de la Fuerza Interamericana estaría en manos de algún país centroamericano, a los efectos de evitar la elección entre Brasil o Argentina; la no participación de ésta, empero, determinó el nombramiento del brasileño Panasco Alvim para la jefatura formal en Santo Domingo. Según los milita-

res argentinos, las vacilaciones de la Casa Rosada habían permitido a Brasil obtener una sensible ventaja sobre sus rivales del Plata (y, de alguna manera, este factor también llegó a pesar en el movimiento militar que derribó a Illia en junio de 1966). Incidentalmente, el oficial designado por Castelo Branco para el comando de las tropas brasileñas en Santo Domingo —como hombre de confianza del mariscal-presidente—, además, verdadero poder detrás del indeciso Panasco Alvim —resultó ser el coronel Meira Matos, conocido por sostener la tesis de que hay en Argentina «una permanente conspiración racista contra Brasil», cuyo campo de batalla más crítico se encuentra en Paraguay y Bolivia; como agregado militar en la Paz durante algunos años, Meira Matos había sido acusado por los servicios de inteligencia argentinos de mantener una actitud de «intriga y deliberada provocación contra la Argentina».

Sin embargo, algunos meses después se hizo evidente un acercamiento entre los militares argentinos y brasileños: el todavía comandante en jefe y actual mandatario del régimen militar: Juan Carlos Onganía, y el ministro de Guerra y hoy cabeza visible del gobierno de Estado Mayor, Arthur Costa e Silva, lanzaron su ya célebre proclama-

sobre las «fronteras ideológicas»; al poco tiempo, Onganía desataría un nuevo escándalo con su carta al inspector general del ejército uruguayo, invitándolo prácticamente a participar de la flamante cofradía militar. Algunos sectores del ejército argentino, con todo, conservaban aún ciertas reservas, justamente basadas en la posición de privilegio obtenida por Brasil mediante su abierta asociación con Estados Unidos; *Clarín*, un diario argentino que suele ser considerado como intérprete de algunos círculos castrenses, expresó entonces: «Estamos ante una resurrección de la vieja estrategia del "país llave", a que tantas veces se han inclinado en el pasado los planificadores de la diplomacia norteamericana. Esa política se basa en la doble idea de que en cada región existe un país naturalmente líder y que es en ese país donde debe concentrarse el esfuerzo de ayuda exterior de los Estados Unidos. (...) No creemos que esa estrategia tenga futuro. (...) A la Argentina le interesa primordialmente el desarrollo económico y la paz social en Brasil. Pero de allí a homologar que la integración continental debe hacerse bajo la dirección de Brasil, y que se vuelva a pensar en términos de "país llave", hay una gran distancia».

¿Se ha recorrido ya esta distancia? Los exponentes de la tesis de las «fronteras ideológicas» están hoy formalmente en el poder, y el Pentágono necesita de un acuerdo para conformar la fuerza militar que lleva a cabo la represión contra los movimientos armados de liberación; pero en uno y otro bando existen todavía reservas: los mariscales brasileños no parecen dispuestos a resignar la posición de predominio ya lograda y los argentinos se muestran renuentes a aceptar la ventaja de sus vecinos y rivales de ayer. Las dificultades interpuestas por algunos países latinoamericanos a la creación de una fuerza militar permanente en el marco de la OEA —que, por su mismo carácter mayoritario, podría diluir el tradicional enfrentamiento entre ambos ejércitos— han obligado a Washington a buscar otras vías de conciliación. En los últimos meses de 1966, algunos observadores señalaron que esa tarea de celestinaje parecía haber sido confiada al gobierno de Bolivia, otro hijo predilecto del Pentágono: tras el proyecto de la Cuenca del Plata, tras los viajes de René Barrientos, tras los propios intereses monopolísticos que la iniciativa conllevaba, llega a atisbarse la intención de crear un «club de los generales» del cono sur, que, de paso, al intentar que Uruguay se integrara al proyecto,

contribuía a neutralizar su presunto «peligro» en el seno de la nueva internacional gorila.

Los militares argentinos parecieron acoger con entusiasmo la idea (cuya paternidad putativa, por otra parte, les era adjudicada en algunos círculos del continente, como los chilenos, declaradamente alarmados por el aislamiento que el proyecto parecía augurarles), por lo menos con más entusiasmo que Brasil, cuya cancillería se mostró marcadamente reticente durante las semanas previas a la reunión de cancilleres realizada en Buenos Aires en febrero del 67, lugar y fecha que también servirían de marco a las primeras negociaciones conjuntas sobre el plan de Cuenca del Plata. De hecho, el ajedrez geopolítico a que invitaba Barrientos ofrecía para los argentinos un interés adicional: la posibilidad —o la ilusión— de nutrir su industria siderúrgica (léase también industria de guerra) en los yacimientos de hierro bolivianos, quebrando de esa manera la dependencia de aquélla con respecto al Brasil. Pero el estallido de la lucha guerrillera en Nancahuazú, y la consecuente agudización de la inestabilidad de Barrientos, no sólo pusieron en evidencia la incapacidad congénita del ejército de Bolivia (que parecía inhibirlo de participar eficazmente en una fuerza militar regional o

continental), sino incluso interrumpieron las gestiones conciliatorias de Palacio Quemado. En rigor, la guerrilla de Nancahuazú revirtió a Bolivia a su papel de «campo de batalla» entre las ambiciones hegemónicas argentinas y brasileñas.

CELESTINA DE RECAMBIO

Tras asumir el poder a cara descubierta en junio de 1966, los militares argentinos han debido reconocer que sus tradicionales rivales llevan ya una considerable ventaja en el «escalonamiento» de la estrategia norteamericana para América Latina. Procurando descontar en algo esa ventaja, han lanzado una ofensiva que parece nutrirse en dosis similares de obsecuencia y arrestos «nacionalistas»; en ese contexto se ubican ajustadamente la propuesta de institucionalización de la Junta Interamericana de Defensa, presentada por Costa Méndez en la conferencia de OEA en Buenos Aires, y el discurso de Onganía en la apertura de la reunión presidencial de Punta del Este, con sus explícitas alusiones a la «seguridad interna». Poco después de esa «cita en la cumbre», Marcel Niedergang dio a conocer en *Le Monde* algunas declaraciones del canciller argentino que vinieron a desatar una pequeña tormenta diplomática; según órganos allegados el régimen mili-

tar de Casa Rosada, Niedergang —a quien, pintorescamente, acusaban de «inclinaciones chilenistas»— habría «atribuido» a Costa Méndez «dos espíñosas afirmaciones»: «La presencia de un foco de guerrillas en Bolivia, en la proximidad de la frontera con la Argentina, pone nuevamente de actualidad el tema de la «necesaria colaboración entre las fuerzas armadas americanas». «Si la asistencia militar a Bolivia se coordina y planifica en escala interamericana no habrá problemas. De otro modo podrían surgir ciertos inconvenientes con algunos vecinos: con Uruguay, por ejemplo, o con Chile, que sostiene entredichos con el gobierno de Barrientos a propósito del acceso de Bolivia al mar.»

En rigor, estas consideraciones iban dirigidas inocultablemente a prevenir, una vez más, una posible preminencia brasileña en la orquestación de «la asistencia militar a Bolivia». La intervención directa del Pentágono en el país del altiplano vendría a quitar entidad, momentáneamente, a los temores de Costa Méndez.

En algunas esferas del ejército argentino se evidencia periódicamente el empeño —habitualmente vano— de presentar una imagen «digna» frente a las presiones norteamericanas. A fines de mayo pasado, el semanario *Confirmado* (al que, en

esa misma edición, uno de sus lectores califica como «enrolado en la obsecuencia hacia los altos mandos militares») intentó demostrar la peregrina tesis de que Washington se ha avenido a reconocer una presunta Argentina «poderosa, independiente, activa y hasta agresiva en ocasiones», que «no se resignó nunca a ocupar el papel de peón como ocurrió con otros países del hemisferio». Tan triste trovata incluía sin embargo un detalle revelador:

«Las caídas de Arturo Frondizi y de Arturo Illia fueron mal recibidas (por EE.UU.), pero el fenómeno sólo sirve para demostrar una vieja presunción argentina: en América del Sur, Estados Unidos hace ya un siglo que eligió a Brasil como *pivote* para su política zonal. El respaldo político y diplomático, las cuantiosas inversiones que le brindó en estos tres últimos años lo demuestran. Dean Rusk lo confesó públicamente hace apenas 15 días.»

En marzo de 1967 *Confirmado* anotaba, a propósito de la visita de Costa Méndez al Paraguay: «Argentina ha tomado, sin duda, conciencia de la importancia de este vecino, al cual contribuyó a exterminar como gran potencia hace un siglo. Sabe que la permanente rivalidad con Brasil —por amistosa que quiera pintársela ahora— no

cesa.» A fines de mayo, era el ministro de guerra brasileño, general Lira Tavares, quien visitaba Asunción; y, a su regreso, la prensa brasileña informaba sobre una propuesta presuntamente paraguaya (en verdad, no es difícil sospechar el origen real del proyecto) para coordinar la acción militar de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Pocos días después, el mismo Lira Tavares viajaba a Buenos Aires para entrevistarse con Onganía y otros jefes militares argentinos. La nueva fórmula conciliadora estaba en marcha.

En marzo, mientras el canciller Sapeña Pastor recibía en el aeropuerto de Asunción a su colega Costa Méndez, Stroessner despedía a su hijo que viajaba a Brasil para completar sus estudios militares; la anécdota informa superficialmente sobre una aparente equidistancia de Paraguay respecto a quienes fueron sus agresores un siglo atrás. Esa equidistancia ofrecía —en opinión de Washington— considerables garantías para el buen éxito de su misión.

Lo que los «ideólogos» del militarismo argentino parecen no querer es que esa presunta resignación de Washington ante una Argentina «independiente» esconde un propósito ciertamente sórdido: poco importa que el Departamento de Estado y el régimen de Onganía di-

sientan o se hagan mutuas reverencias a nivel diplomático, mientras el Pentágono orquesta un aparato militar con participación cierta del ejército argentino, incluyendo sus sectores sedicentes «nacionalistas». La cancillería porteña insiste sobre la institucionalización de la JID, y esa insistencia es explicable: al invocar la necesidad de crear un aparato militar en el marco del sistema interamericano, el régimen argentino intenta preservar una posición de presunta igualdad respecto a sus rivales nortños. Pero Brasil, que tiene información más directa sobre el rumbo con que hoy sopla el viento, puede permitirse un formal rechazo de la FIP, como el contenido en el comunicado de Itamaraty del 1º de junio último. Un cronista brasileño cercano al Palacio Santos ha referido los dos puntos centrales de ese comunicado en estos términos:

1/ «Para Brasil, la seguridad nacional es un problema de los gobiernos nacionales y de sus respectivas fuerzas armadas. Por lo tanto, un problema puramente interno. Aquí es rechazada de plano y sumariamente cualquier fórmula para la creación de dispositivos militares supranacionales para todo el continente».

2/ «En una segunda etapa, el comunicado hace algunas consideraciones y admite un cierto grado de colaboración militar en la lucha contra la subversión en los países americanos. En Itamaraty se acentúa, mientras tanto, el hecho de que el comunicado emplea el término «colaboración», no «cooperación» ni mucho menos, «integración»».

He aquí un sabroso manjar para los especuladores: ¿Costa e Silva rechaza ahora lo que tan encendidamente defendiera antes Castelo Branco? ¿es cierto entonces que el nuevo régimen brasileño ha optado por una línea «independiente»? Por cierto que no: Costa e Silva y Castelo Branco son dos nombres distintos y un solo Dios verdadero: ambos han sido y son apenas la cabeza visible del gobierno del Estado Mayor. Lo que ha cambiado, momentáneamente, es sólo un detalle en la estrategia del Pentágono. La voz del amo se ha hecho oír.

EJERCITOS, NO GOBIERNOS

El avance de la lucha guerrillera en varios puntos del continente y el surgimiento de nuevos focos armados, amén de la prevista coordinación de las fuerzas revolucionarias en torno a una estrategia con-

tinental, han convencido al Pentágono de que una fuerza militar interamericana podría ser inoperante tácticamente: para el imperio y sus ahijados de las oligarquías nativas no se trata ahora de ocupar militarmente un país donde —como en la República Dominicana— se asiste al enfrentamiento abierto, en términos militares convencionales, de dos facciones en pugna. La lucha guerrillera plantea a las fuerzas represivas nuevas necesidades tácticas: si en Bolivia por ejemplo, el ejército nacional resultó incapaz —hasta la creación de los cuerpos de *rangers* entrenados por EE.UU.— de llevar adelante una acción eficaz contra la guerrilla, no menos ineficiente habría sido una fuerza de heterogénea composición, bien equipada y adiestrada pero desconocedora de la región, de la idiosincrasia nativa, inhibida quizá por la diferencia de nacionalidades, de disciplinas, de intereses. Así, mientras el Departamento de Estado procuraba orquestar la fanfarria de la OEA en un intento —que ya podía anticiparse fallido— de maniatar a Cuba, al Pentágono confiaba a los ejércitos de Brasil y Argentina, al parecer reconciliados por Paraguay, la tarea de contener la «subversión interna» en el continente.

Esta línea táctica, larga y detalladamente prevista por el documento

secreto de la *Sorbonne*, se había venido dibujando soterradamente, hasta que los viajes de Lira Tavares la pusieron al descubierto. Tras sus visitas a Asunción y Buenos Aires, el ministro de guerra brasileño cumplió una misión de adiestramiento, que incluyó a los cuadros intermedios, en el seno del Tercer Ejército, con asiento en Porto Alegre (jurisdicción que comprende la zona fronteriza con Uruguay). Los puntos centrales de ese adiestramiento para una acción coordinada con otros ejércitos del continente versaron sobre:

- a/ canje de informaciones de ejército a ejército sobre cualquier manifestación señalada como subversiva en el continente;
- b/ evitar fugas de guerrilleros de un país a otro;
- c/ en el momento que correspondiera, colaborar materialmente, sea con tropas, sea con apoyo logístico, al éxito de cualquier acción antisubversiva en América del Sur.

Estos objetivos vienen cumpliéndose con relativa puntilliosidad, a través de operativos que comienzan a funcionar en ámbitos regionales como caso previo a la coordinación represiva continental. Los hechos más significativos registrados en la esfera político-militar durante los últimos seis meses vienen a ilustrar

adecuadamente sobre ese proceso (incluyendo los obstáculos con que tropieza), al tiempo que revelan la viga maestra que el Pentágono utiliza procurando sostener su estrategia para América Latina. Una breve relación de esos hechos debería incluir:

La «guerrita» entre Argentina y Brasil en campo boliviano ha quedado en tablas, porque los soldados no pelean en presencia del capitán. El régimen de Onganía contribuyó al aparato «antisubversivo» con algunos «asesores», en materia mayormente *gehndarmeril*; Costa e Silva, por su parte, se hizo presente con cargamentos de napalm y parque aéreo. Ambos se dedicaron, ciertamente, a vigilar sus respectivas fronteras con el país «infectado» (necesidad que, para el caso de Brasil, aparece ya explícitamente contemplada en el memorándum de la *Sorbonne*, particularmente en lo que se refiere a la zona Codumbá-Cáceres); pero el Pentágono juzgó la tarea central demasiado compleja como para dejarla en manos de subordinados, sobre todo previendo que esos subordinados se inclinarían singularmente a disminuir sus diferencias laterales en el seno de un ejército ya bastante frustrado por su propia incapacidad. La primera tarea del alto mando imperial fue así conminar a la oficialidad boliviana a que de-

jara en suspenso el enfrentamiento interno de facciones (que todavía en julio último hacía prever a algunos observadores la posibilidad de que Barrientos fuera derrocado por un golpe de estado de Vázquez Sempértégui con apoyo de Ovarado), quitando en consecuencia posibilidad de maniobra a los personeros argentinos y brasileños que hacían su propio juego dentro de esas facciones; la tarea inmediata consistió en adiestrar y conducir directamente los cuerpos «antisubversivos»; procurando al mismo tiempo aceitar y afinar el mediocre dispositivo de inteligencia del ejército boliviano, mediante una masiva inyección de «expertos» de la CIA. Con el asesinato del Che, el régimen militar de Palacio Quemado volvió por sus fueros en el concierto de las gorilocracias del cono sur. Mientras, con desfachatada incongruencia, los personeros del gobierno boliviano insistían en sostener que su presunto «triunfo» sobre las guerrillas se había logrado «sin ayuda extranjera de clase alguna». La intercoordinación de los ejércitos sureños continuaba procesándose. Vale la pena ubicar estas verónicas conciliadoras en que juegan su papel los socios menores de la internacional gorila dentro de un contexto que las clarifica ajusadamente: con la momentánea interrupción de las actividades gue-

rrilleras en Bolivia, las pugnas internas del gobierno del altiplano tendían a resurgir; paralelamente, Stroessner necesitaba aplicar su atención con exclusividad al ámbito paraguayo, en el que jugaría la farsa política de su «relección», ahora consumada; también en Argentina y Brasil los militares afrontaban ásperas pugnas entre contrapuestas ambiciones personales; y en todos los campos del área gorila, las superficiales diferencias que a veces asoman entre las políticas del Pentágono y del Departamento de Estado aparecían más significativas de lo que en realidad son. Paso a paso, se iría viendo hasta dónde la política impuesta por el imperio a sus satélites del sur, en la medida que supedita toda acción política, económica o social a las necesidades de la acción represiva (como puede advertirse claramente en el memorándum de la ESG), contempla prioritariamente los lineamientos del Pentágono. En ese sentido es ilustrativo observar las crecientes dificultades internas con que tropiezan los «presidentes» de regímenes militares que deben su puesto a los afanes «institucionalizadores» del State Department pero que no poseen un control personal sobre las fuerzas armadas sino, por el contrario, dependen del poder real manejado por los institutos castrenses: en

grados diversos, tanto Barrientos como Costa e Silva parecen encontrarse en este caso.

La «operación Uruguay», cumplida a mediados de diciembre, tras la muerte del presidente Gestido, vino a poner más en evidencia este aspecto de la situación del continente, aun delatando algunas de sus singularidades. Apenas siete días después de asumir la presidencia, Pacheco Areco entró por la senda de la gorilización decretando la disolución de seis organizaciones políticas de izquierda y la clausura de dos periódicos. Esa medida fue adoptada bajo presión directa de los gorilas vecinos, representados para el caso por Alfredo Ovando, que suspendió sus «vacaciones» en Río de Janeiro para asistir al sepelio de Gestido, permaneciendo luego varios días en Montevideo. Las exequias del presidente uruguayo contaron también con la presencia del propio Juan Carlos Onganía y del Ministro del Interior brasileño, Albuquerque Lima, pero era Ovando quien fungía como mensajero del Pentágono y de sus ahijados sudamericanos: el «veraneo» en Brasil, ofició obviamente como pantalla para su contacto con los jerarcas de la *Sorbonne*, contacto que ahora se extendía a los más identificados oficiales gorilas del ejército oriental. Precisamente unas semanas antes, con el pretexto

de la muerte de Guevara y de las expresiones de dolor popular que ella promovió, sectores ultramontanos de la jerarquía militar uruguaya habían recurrido al expediente de auspiciar un homenaje a «los soldados latinoamericanos muertos en lucha contra las guerrillas» como forma de agitar políticamente a la derecha castrense; a principios de enero, esa iniciativa resultó frustrada por la actitud mayoritariamente civilista de la oficialidad media, pero el fracaso gorila no era sino un síntoma de la singularidad del ejército uruguayo, que el Pentágono no ha perdido de vista por cierto. En rigor, las fuerzas armadas no tienen entidad real como factor de poder en el Uruguay: la exigüidad geográfica del país, su conformación topográfica, su propio surgimiento como «estado tapón» al abrigo del imperio británico y como peón en el juego geopolítico de aquél y de los subimperios vecinos (ejemplificado transparentemente en la Guerra de la Triple Alianza que destruyó la naciente potencia paraguaya), han determinado, entre otras razones, su carencia de tropa y, consecuentemente, la renuencia de los mandos a embarcarse en golpes de fuerza. El folklore político ha recogido la leyenda del golpe de estado de 1933 como síntoma extremo: el *putsch* fue capitaneado entonces

por Gabriel Terra desde la presidencia del Ejecutivo, y contó para el caso con... el cuartel de bomberos y la policía. En este contexto, la estrategia norteamericana no cuenta mayormente con el ejército para imponer decisiones en el nivel político: le alcanza, hoy por hoy, con un Ejecutivo fortalecido por la reciente reforma constitucional y un presidente dócil y de buen oído como Pacheco Areco. La labor represiva queda en manos de las fuerzas policiales, debidamente asesoradas por el FBI y la CIA; esta fórmula, por otra parte, coincide plenamente con la primera etapa de la acción «antisubversiva», que también en Argentina y Brasil se apoya en el aparato policial y que en el Pacífico se orienta rápidamente en tal sentido (como lo ha probado recientemente el viaje del máximo jerarca policial peruano a Bolivia y Chile). Las aventuras intervencionistas que sugiere el documento secreto de la ESG quedan así en suspenso: mientras la acción popular no crezca, y aunque pueda resultar hiriente para la mística castrense, al Pentágono le resulta más conveniente que los mariscales de la *Sorbonne* se entiendan con un comisario uruguayo antes que arriesgarse en una redición de la Provincia cisplatina.

Entre tanto, el ejército argentino asiste a una querrela intestina a

cuyas instancias el Pentágono no puede mostrarse insensible. La línea pronorteamericana encarnada en un sector de los participantes del cuartelazo del 28 de junio (sector cuyas cabezas visibles, en el nivel diplomático y en el militar, son los tristemente célebres hermanos Alvaro y Julio Alsogaray) tropieza, en el camino de sus intereses, con la inocultable preferencia que tanto el Pentágono como el State Department demuestran hacia sus colegas brasileños; al mismo tiempo el despecho originado por esa manifiesta preferencia ha llevado a otros sectores, representantes de un sedicente «nacionalismo», hacia una política tradicional en las relaciones de algunos ejércitos latinoamericanos con sus padrinos de Washington: el chantaje. Así debe interpretarse la «misión Uriburu», que recorrió varios países de Europa occidental y oriental, cerrando convenios para la adquisición de armamentos, entre los cuales el más importante contempla la compra de tanques franceses AXM-13; parte de cuya fabricación y montaje final se realizarían, en Argentina; el régimen de Onganía ha cerrado trato también con una firma alemana (Siemens) para la instalación de una central nuclear, desechando los ofrecimientos de Westinghouse y General Electric en tal sentido (sobre este punto editorializó que-
josamente el *New York Times*: «Argentina ha dado otro gran paso en dirección a la órbita económica europea al conceder un contrato para la construcción de la primera planta atómica latinoamericana. Fuertes elementos del nacionalismo argentino y el deseo de evitar ataduras con Estados Unidos han influido en la concesión»). Con referencia a los AXM-13 y a la planta atómica (pero quizá más a los primeros que a la segunda), un vocero del Departamento de Estado, citado también por el *Times*, declaró a fines de febrero último: «Es una vergüenza que haya ocurrido esto. Al fin y al cabo, en un país dirigido por el ejército, la diplomacia norteamericana depende de sus relaciones con el ejército. Los abastecimientos norteamericanos significan asesores técnicos norteamericanos y que los militares argentinos estudien en Estados Unidos, así como otros contactos importantes. Ahora todo volverá a ir hacia el otro lado»; en alguna medida, esta observación podía entenderse como dirigida al propio Ejecutivo norteamericano, al que algunos sectores del SD consideran culpable de negligencia ante el creciente deterioro de las relaciones diplomáticas entre Washington y Buenos Aires: un comentarista argentino vinculado al ala «nacionalista» del ejército comentaba a

principios de marzo que «el último embajador norteamericano partió de Buenos Aires hace dos meses y el presidente Johnson no ha encontrado todavía a un buen amigo para que lo reemplace». Y ese «último embajador» era Edwin Martin, cuyo indisimulado apoyo a Arturo Illia hasta la misma víspera de su caída fue motivo de las primeras fricciones entre EE.UU. y el régimen de Onganía. Pero por detrás de estas especulaciones, muchas veces exageradas por ilusos o interesados observadores, suelen correr hechos ciertos: la «presión político-histórica», el «natural conflict», continúan siendo un estorbo en la aplicación de la estrategia del Pentágono para América Latina (paradojicamente, quizá Costa e Silva deba agradecer algo a sus colegas argentinos, ya que la adjudicación del contrato a Siemens por parte de éstos puede llevar a Washington a aflojar su renuncia con respecto a la instalación de plantas nucleares en Brasil), y se reflejan no sólo en relación a los equipamientos castrenses, sino también por ejemplo en torno a las negociaciones argentino-brasileñas sobre compra-venta de trigo y acero (producción comparada: Argentina 1.288.000 toneladas métricas de acero y 6.500.000 de trigo; Brasil 3.534.000 de acero y 500.000 de trigo), que rozan in-

cluso los intereses norteamericanos, en cuanto a la Ley 480 de excedentes agrícolas por ejemplo.⁵ Es tal vez precisamente en el plano de la economía donde la oposición entre los dos países preocupa más manifiestamente a Estados Unidos; la revista *Visión*, que se ocupa habitualmente de traducir al castellano las opiniones de Washington, reclamaba en noviembre último con tono imperioso: «Con todos sus altibajos, el entendimiento argentino-brasileño tiene que producirse en el campo económico. Sin la comprensión recíproca y la coordinación de sus intereses, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio no funciona y el Mercado Común Latinoamericano se convierte

⁵ Un curioso caso de competencias entre Estados Unidos y su «satélite privilegiado» se dio en el campo de la siderúrgica con relación al mercado argentino: según reveló *Confirmado* en febrero último, aunque sin relacionar ambos hechos más que superficialmente, tanto el *impasse* producido en las negociaciones comerciales argentino-brasileñas como el fracaso del convenio de asociación entre Acindar y la United States Steel Corporation se debían a la producción y colocación en Argentina de *Palanquilla* (acero semielaborado), extranjeros. Aunque (al igual que la batalla entre Brasil y Estados Unidos en torno al café soluble) todo podría reducirse a una guerra entre los mismos trusts internacionales con sede en el imperio, es inocultable que hechos como éstos contribuyen a exacerbar el nacionalismo latente en algunos sectores de los regímenes militares latinoamericanos y, consecuentemente, a enturbiar sus relaciones con Washington.

en una utopía». Haciendo gala de mayor pragmatismo, empero, el Pentágono deja a los «nacionalistas» llevar adelante sus compras en Europa o cede parcialmente a su chantaje (como en la sorpresiva venta de aviones norteamericanos a la fuerza aérea argentina, cuando todavía era objeto de escándalo el caso de los AXM-13; y aquí habría que tomar en consideración un elemento más sutil y conflictivo: las diferencias y los mutuos recelos entre las tres armas de la estructura castrense; en última instancia, es consciente de lo que suelen olvidar los comentaristas deslumbrados con los meandros de la geopolítica: que, la hora de la represión, las armas de los gorilas argentinos (sean norteamericanas, francesas o afganistanas) no apuntarán ciertamente al pecho de la oligarquía nativa ni al de los inversionistas norteamericanos que continúan, con prisa y sin pausa, su penetración en la industria del cono sur.

¿Cómo influyen estos hechos en el esquema estratégico trazado por el

⁴ Pensando con sus deseos, *Visión* recuerda significativamente la frase pronunciada por el estadista argentino Julio A. Roca durante una visita a San Pablo a principios de siglo: «*Todo nos une; nada nos separa*». Obviamente, si ya entonces era una hipocresía, hoy la frase carece de todo valor, en buena medida debido a los manejos con que Washington ha procurado aprovechar el natural conflicto.

memorándum de la *Sorbonne*? Lo primero que cabe anotar, justamente, es que todos ellos —con mayor o menor detallismo— han sido contemplados por el memorándum. Y las previsiones en el plano ejecutivo de los mariscales de la ESG se han venido cumpliendo matemáticamente bajo el reinado del «liberal» Costa e Silva: baste como ejemplo la constitución de la Comisión para Problemas Estudiantiles, puesta bajo la égida del varias veces citado general Meira Matos. Pero, sobre todo, la «*Orientación General del Planeamiento de la Seguridad Nacional*» ha encontrado impar culminación en el decreto (aprobado por el Congreso bajo el número 348) que otorga poderes especiales al Consejo de Seguridad Nacional (CSN); es precisamente en ese siniestro malabarismo, que supone la aprobación por el Congreso de un aparato que pone crudamente en evidencia la esencia dictatorial del régimen, donde los confiados publicistas de la «redemocratización brasileña» pueden encontrar la verdadera diferencia entre Costa e Silva y Castelo Branco. Un órgano tan poco sospechoso como *O Estado de Sao Paulo* ha definido los cometidos del CSN en estos términos: «*No hay ninguna esfera que escape al ámbito de competencia del Consejo, desde la política exterior al planeamiento*

económico, pasando por la investigación tecnológica y por la política sindical»; según el mismo diario, cabrá al secretario general del CSN, Jaime Portela, designar a los responsables de todas las divisiones de seguridad e información de los ministerios civiles: «*verdaderos comisarios políticos colocados por el Consejo, esos elementos serán obligatoriamente oficiales de las fuerzas armadas o civiles diplomados por la Escuela Superior de Guerra*». No en vano el CSN ha sido calificado por la prensa como «*superministerio*» o «*el Pentágono brasileño*». Vale la pena transcribir textualmente el artículo 8 de sus estatutos para advertir hasta dónde reitera puntualmente las previsiones que el memorándum secreto de la *Sorbonne* trazara dieciocho meses atrás y que serían públicamente reveladas ya a mediados de 1967:

«Al Consejo de Seguridad Nacional compete:

1/ La formulación de la política de Seguridad Nacional básicamente, mediante el establecimiento del concepto estratégico nacional y de las directivas generales de planificación, incluyendo la fijación de los objetivos nacionales permanentes (ONP) y de los objetivos nacionales actuales estratégicos (ONAE), así como de las hipótesis de guerra.

2/ La conducción de la política de Seguridad Nacional, con la apreciación de los problemas que le fueran propuestos en el cuadro de la coyuntura nacional e internacional, en especial los referentes a:

- a/ Seguridad interna.
- b/ Seguridad externa.
- c/ Negociaciones y firmas de acuerdos y convenios con países y entidades extranjeras sobre límites, actividades en las zonas indispensables a la defensa del país y asistencia recíproca.
- d/ Programas de cooperación internacional.

3/ Indicar las áreas y los municipios considerados de interés para la Seguridad Nacional.

4/ El estudio de los problemas relativos a la Seguridad Nacional, con la cooperación de los órganos de información y de los encargados de preparar la movilización nacional y las operaciones militares, en lo que concierne a políticas de: transportes, minerales, siderúrgica, energía eléctrica, energía nuclear, petróleo, desarrollo industrial, desarrollo regional y de ocupación del territorio, de investigación y experimentación tecnológica; de educación sindical, de inmigración y de telecomunicaciones.

5/ En las áreas indispensables a la Seguridad Nacional, dar asentimiento previo para:

- a/ Concesión de tierras, apertura de vías de transporte e instalaciones de medios de comunicación;
- b/ Construcción de puentes, rutas internacionales y campos de estacionamiento;
- c/ Establecimiento o explotación de industrias que interesen a la Seguridad Nacional.

6/ Modificar o anular las concesiones o autorizaciones referidas en el ítem anterior».

El aparato está ya montado; si efectivamente Costa e Silva y los integrantes de la llamada «burguesía nacional» que lo rodean intentaron resistirse al cepo, bastaron algunas reuniones de los altos mandos y un par de oportunos tironcitos de oreja por parte de los mariscales «castelistas» para que tanto el «presidente» como los «legisladores» levantaran sus tímidas objeciones. Con el CSN, no hay *linha bamba* posible. Hasta Washington puede maniobrar con Lacerda y con el Frente Amplio, porque un civil en el Palacio de la Alborada mal podría cambiar otra cosa que no fuera; si se quiere, la «imagen» internacional del régimen: el poder seguiría estando en manos de

los mariscales de la *Sorbonne* a través de los mecanismos previstos por su memorándum y puestos ya en funcionamiento.

Quien haya dedicado su atención exclusivamente a contabilizar los sucesivos fracasos de Washington por crear un aparato militar en el marco de la OEA (llámese Fuerza Interamericana Permanente o institucionalización de la Junta Interamericana de Defensa) arriesga haber perdido de vista la operación cumplida por el Pentágono simultáneamente a esas frustraciones diplomáticas, operación que por cierto tiene antigua data; ya en 1955, en la Universidad de Columbia, el líder liberal colombiano Eduardo Santos la había definido en estos términos: «Cada país está siendo ocupado por su propio ejército». En el sur del continente, es particularmente a partir de 1964 (cuartelazos en Brasil y Bolivia) que la fórmula adquiere filosa consistencia; ciertamente, ella conduce a extremos mucho más ácidos, en el nivel de una pretendida inserción de los ejércitos latinoamericanos en el «triángulo atlántico» (tal como lo explicita Reidy en el citado *Strategy For The Americas* y lo sugiere el propio memorándum de la *Sorbonne*) y, consecuentemente, de un mayor compromiso de su parte en las aventuras bélicas del imperio. En este sentido, pueden resultar

más que ilustrativos el anunciado envío de una misión de «observadores del ejército brasileño a Viet Nam, el pequeño escándalo suscitado en torno a un proyecto similar para oficiales argentinos y las declaraciones de Alfredo Stroessner durante su reciente visita a Washington. En rigor, Estados Unidos no ha podido avanzar por este camino en el plano diplomático, como lo probó la reunión presidencial de Punta del Este; que el Pentágono obtenga éxitos donde el State Department ha fracasado depende de elementos quizá imponderables. Entre ellos, y sin entrar en el terreno de la creciente rebeldía popular, corresponde contabilizar las contradicciones internas de los mismos ejércitos latinoamericanos y los sustratos nacionalistas que ellos albergan entre sus filas.

Por supuesto, Estados Unidos no subestima este hecho; un periodista francés que visitó el año pasado las instalaciones de entrenamiento «antisubversivo» que el Pentágono posee en la zona del Canal de Panamá ha dado cuenta de una anotación significativa:

«La Escuela de las Américas, parte integrante del Southern Command, es la clave de la estrategia y política norteamericanas en América. La casi totalidad de los instructores son de la Special Forces («boinas verdes»). No son simples oficiales

militares. Vienen de las grandes universidades y conocen de etnología y sociología; han recibido formación política; han aprendido a ser discretos y a respetar el orgullo nacional, siempre receloso, siempre en carne viva, de los latinoamericanos». Ese nacionalismo «receloso, en carne viva» juega en varios niveles: manejado por el imperialismo —ayer británico, hoy norteamericano—; transformado en «presión política-histórica» (según el lenguaje pseudocientífico de la ESG), suele servir a fines enteramente opuestos a su esencia conceptual; entendido en función de la lucha liberadora, en cambio, oficia como antídoto primario contra los intereses imperiales. En una u otra forma, su existencia es insoslayable, y con ella tropiezan crecientemente los graduados de la Escuela de las Américas, que por cierto no han aprendido tan bien a ser «discretos» y «respetuosos» (piénsese si no en las declaraciones de Ralph Poppie Shelton, encargado de la instrucción de los rangers en Bolivia: «Matar un vietcong cuesta 400.000 dólares. Aquí sale mucho más barato») En el caso del ejército argentino, por ejemplo, si su rivalidad con Brasil, convenientemente manipulada, le impidió durante muchos años ver tras la fachada subimperial al verdadero enemigo de los intereses nacionales, esa

identificación resulta cada vez más clara en la misma medida en que el imperio juega su suerte continental a la carta del «satélite privilegiado». Ciertamente, confiar sólo en el «nacionalismo» incubado por los institutos castrenses sería, en el mejor de los casos, ingenuo; pero contar con él en el marco de una estrategia continental antimperialista parece más que útil, imprescindible.⁵ Al tiempo que la complementación policíaco-militar «antisubversiva» planteada por Lira Tavares se concreta en los hechos (secuestro del dirigente argentino García Elorrio en Montevideo, detención de la estudiante boliviana María Esther Selene Autelo Colin, en Río de Janeiro, para no citar si-

⁵ Podría citar aquí, sólo a cuenta de una necesaria profundización en el tema, la opinión de Régis Debray, quien justamente ha sido de los que más lúcida y persistentemente ha advertido sobre el riesgo que implica confiar exclusivamente en posibles (o no) levantamientos militares. Al entrevistarle en Camiri, en octubre último, pregunté a Debray si, de escribir nuevamente *¡Revolución en la Revolución?* tras haber vivido la experiencia guerrillera boliviana en su primera fase, cambiaría algo en su trabajo. «No, no cambiaría nada, pero tal vez agregaría cosas»; por ejemplo: «lo nacional quiere decir, la importancia de factores de tipo nacional, que, aunque son usados en forma retrógrada por la reacción, deben ser tenidos en cuenta». El propio Barrientos ha sido bien consciente del fenómeno al insistir —por cierto vanamente— en su profesión de que el ejército boliviano no ha recibido «ningún tipo de ayuda exterior» en su lucha contra la guerrilla.

no dos casos recientes), las rivalidades de cuño nacionalista, como la que existe —en la periferia de la órbita subimperialista— entre Palacio Quemado y La Moneda, han llegado a hacer posible por ejemplo la salida por territorio chileno de cinco guerrilleros del ELN que lucharon junto al Che; es por supuesto difícil que el caso se repita, pero notoriamente él importa como síntoma de un fenómeno que la estrategia revolucionaria no puede desconocer, en la misma medida que se cuenta entre los supuestos de la estrategia imperialista.

Quizá en este contexto pueda adquirirse significado la enigmática frase con que Juan Bosch cerró un año atrás sus declaraciones a un periodista español: «Creo que Estados Unidos necesitará utilizar ejércitos latinoamericanos para llevarlos a combatir a Asia. Esos ejércitos iniciarán la última guerra de independencia de nuestros países». De hecho, hasta la Sorbonne y el Pentágono se han dado por enterados de que esa guerra ya está en marcha.

⁶ Bosch no ha tenido que ir muy lejos para encontrar ejemplos de militares comprometidos en la lucha de liberación: el caso de Francisco Caamaño, graduado en West Point y en la Escuela de las Américas, puede ser un ejemplo elocuente en el sentido anotado, aunque la propia experiencia dominicana ejemplifique también, trágicamente, la imposibilidad de batir al imperio con sus mismas armas en su mismo terreno.



Dubonnet
my
dear

MANIFIESTO DEL MONCADA*

Ante el cuadro patético y doloroso de una República sumida bajo la voluntad caprichosa de un solo hombre, se levanta el espíritu nacional desde lo más recóndito del alma de los hombres libres. Se levanta para proseguir la revolución inacabada que iniciara Céspedes en 1868; continuó Martí en 1895, y actualizaron Guiterras y Chibás en la época republicana. En la vergüenza de los hombres de Cuba se asienta el triunfo de la Revolución Cubana.

Ante la arrogancia desafiante de la dictadura y el brantable del pueblo cubano en la decisión unánime de reconquistar su constitución, sus libertades esenciales y sus derechos inalienables, pisoteados sin tregua por la usurpación traicionera.

Ante el caos en que ha sumido a la nación el empeño del más ambicioso de todos los cubanos y el interés despiadado de sus congéneres, la juventud cubana que ama la libertad y respeta el decoro de los hombres libres, se alza vibrante en un gesto de rebeldía inmortal, rompiendo el pacto insano con la concepción del pasado y con el presente de duelo y decepción.

Ante la tragedia de Cuba contemplada en calma por líderes políticos sin honra, se alza en esta hora decisiva, arrogante y potente, la juventud del Centenario, que no mantiene otro interés como no sea el decidido anhelo de honrar con sacrificio y triunfo, el sueño irrealizado de Martí.

En nombre de las luchas incansables que han marcado cumbres de gloria en la historia de Cuba, viene la Revolución nueva, rica en hombres sin tachas, para renovar de una vez y para siempre la situación insostenible en que han hundido al país los ambiciosos y los imprevisores y, agarrada

* Redactado, en acuerdo y orden del Cmde. Fidel Castro, por Raúl Gómez García, mártir del Moncada. (N. de R.)

a las raíces del sentimiento nacional cubano, a la prédica de sus más grandes hombres y abrazada a la bandera gloriosa de la estrella solitaria, viene a declarar ante el honor y la vergüenza del pueblo cubano:

En la vergüenza de los hombres de Cuba está el triunfo de la Revolución Cubana. La revolución de Céspedes, de Agramonte... de Maceo... de Martí... de Mella y de Guiterras, de Trejo y de Chibás. La Revolución que no ha triunfado todavía. Por la dignidad y el decoro de los hombres de Cuba, esta Revolución triunfará.

El Centenario Martiano culmina en cielo histórico que ha marcado progresos y retrocesos paulatinos en los órdenes político y moral de la República: la lucha sangrienta y viril por la libertad e independencia; la contienda cívica entre los cubanos para alcanzar la estabilidad política y económica; el proceso funesto de la intervención extranjera; las dictaduras de 1929-33 y de 1933-44; la lucha incansable de los héroes y mártires por hacer una Cuba mejor.

Alboreaba en la vida cubana el propósito encendido de encontrar el camino verdadero; estaba la conciencia ciudadana en disposición de dar su mejor fruto, conquistada por el sacrificio de la vida de uno de sus más preclaros próceres y por el mandato de su voz admonitoria; cuando, al mando del más ambicioso de los cubanos, una ruidécula minoría se apoderó del país, derrochando falaces promesas y mentirosa propaganda. El propósito era hacer creer al pueblo sano que aquel golpe traicionero al corazón de las instituciones, era capaz de engendrar el progreso social, la paz, el trabajo.

Al collar de sangre y de ignominia, de lujuria desmedida y de atraco al tesoro nacional, que estaba atado al nombre del nuevo gobernante, se unía la larga cadena de atentados contra Cuba: institución del «golpe de estado» para asegurar regímenes de fuerza; soborno del Congreso y de los presidentes títeres; destitución física de varios Presidentes; imposición de castas y privilegios; di-

solución del Congreso; nombramiento ilegítimo de personeros en el Poder Judicial; destitución de Concejales y Alcaldes; atropellos y abusos en la persona física de los ciudadanos pacíficos, y colocación de una bandera sin gloria al lado de la bandera más gloriosa.

El presente reeditó con creces, al poco tiempo del golpe traidor, las calamidades, la angustia, el desalajo y el hambre, de que es signo inequívoco el ambicioso Jefe de Gobierno y sus acólitos principales. La paralización en seco del ansia popular por el abuso de la fuerza, trajo como consecuencia la más grave situación engendrada por un suceso político cubano en todas las épocas; Merma de la producción industrial; disgusto de los obreros y expulsión de sus centros de trabajo; persecución y encarcelamiento de los estudiantes por su protesta cívica contra el Régimen; aislamiento y división de los Partidos Políticos; desaparición repentina del dinero de la calle; huida a las arcas, del temeroso capital; presos los que se atrevieron a protestar públicamente por el atropello a la República; disolución del Código y muerte de la Constitución y sus derechos. Sobre la conciencia del autor cae el desprecio de los hombres libres y el filo de la espada justiciera...

En el caos surgido sobre nuestro pueblo, herido, pero jamás muerto, cayeron otras tardías ambiciones. Los que no pudieron hacer del país lo que mil veces prometieron teniendo en sus manos el Poder... los que, si bien no ahogaron la expresión serena de la libertad, tampoco contribuyeron a hacerla justa y eterna para nuestro país, para arrancar de la raíz de nuestra historia el trágico golpe insólito; vinieron entonces a fungir de apóstoles, tratando en vano de reconquistar glorias pasadas. Ni puede triunfar en el ánimo y conciencia popular otra idea como no sea la desaparición total de este estado latente, de este caos infecto donde nos han sumido tanto los culpables del atentado madrugador a las instituciones nacionales, como los que han podido ver en calma el crimen. Ni es honrado ni justo atentar al corazón de la República, ni es justo ni es honrado encaramarse sobre ella para dejar que los demás atenten.

Ante el cuadro político de Cuba se regocijan el dictador infeliz y sus congéneres subidos sobre la frente del pueblo en su afán ansioso de saqueo. Ante el cuadro patético de Cuba los políticos

venales se asocian para montar la nueva pantomima. Fósiles de la política cubana sacan al foro público las ideas más retrógradas, los pensamientos más inútiles; mientras el ansia popular, que nunca se equivoca, esperaba la clarinada de alerta, la defensa de sus más sagrados derechos, de su bandera tricolor y de la idea eterna por la que han muerto los más ilustres y desinteresados ciudadanos.

Por defender esos derechos, por levantar esa bandera, por conquistar esa idea, en tierra tiene puestas las rodillas la juventud presente, juventud del Centenario, pináculo histórico de la Revolución Cubana, época de sacrificio y grandeza Mariana. Por conquistarla, el ojo avizor tiene la juventud puesto en la entraña de los hombres de verdad, de mente ágil, espíritu gigante, que supieron darlo todo por una Cuba digna de la sangre espontánea de sus hijos, viva en la consolidación de su destino inevitable por el sueño supremo del apóstol.

A los que prescindieron de los amantes de la libertad para consumir el golpe de estado, se les levanta en esta hora decisiva, arrogante y potente, la juventud del Centenario, coo de un ayer honroso, cuna de un porvenir mejor. Los que no contaron con esa juventud honesta y estudiosa, capaz de escribir con sacrificio y triunfo su homenaje mejor a Martí, ni conocen ni saben que en el corazón de los cubanos todos está el valor y la vergüenza de la Patria y que iremos a ponerla en victoria en los campos excelsos de las palmas. Allí debe estar la justicia del pueblo en este año glorioso. En 1853 con el nacimiento de un hombre luz, comenzó la Revolución Cubana; en 1952 terminará con el nacimiento de una República luz.

A/ La Revolución declara que no persigue odio ni sangre inútil, sino salvar la vergüenza de Cuba en su año crucial. Surgiendo de las capas más genuinas del valor criollo, nace la revolución del pueblo cubano con la vanguardia de una juventud anhelante de una Cuba Nueva, limpia de pasados errores y de mezquinas ambiciones. Es la revolución hermandad de nuevos hombres y de

procedimientos nuevos preparada con la potencia irredenta y la decisión de los que dedican su vida a un ideal.

La Revolución declara que es el frente meditado de un empeño; arrancando de una vez y para siempre todas las ataduras que nos ligan al pasado corrupto y todos los mitos que nos mantienen en el presente de amargura y de dolor.

B/ La Revolución se declara libre de trabas con las naciones extranjeras y libre también de influencias y apetitos de políticos y personajes propios. La revolución es una entidad viril, y los hombres que la han organizado y que la representan pactan con la sagrada voluntad del pueblo para conquistar el porvenir que se merece. La revolución es la decisiva lucha de un pueblo contra todos los que lo han engañado.

C/ La Revolución declara que respeta la integridad de los ciudadanos libres y de los hombres de uniforme que no han traicionado el corazón nacional, ni le han sometido su bandera gloriosa, ni han abjurado de su Constitución.

Saluda en esta hora decisiva a todos los cubanos de vergüenza, donde quiera que estén, y abraza con júbilo a los decididos que se cobijen sinceros sobre su arco de triunfo.

D/ La Revolución declara su energía y rigor contra los que sólo han sabido tener energía y rigor para arrebatár al pueblo sus sagrados derechos e instituciones, conculcando la libertad y soberanía al costo del dolor, y de la angustia de los hijos de Cuba.

E/ La Revolución declara su decisión firme de situar a Cuba en el plano de bienestar y prosperidad económica que aseguran su rico subsuelo, su situación geográfica, su agricultura diversificada, y su industrialización, que han sido explotados por gobiernos legítimos y espurios, por ambiciones desmedidas y por interés culpable.

F/ La Revolución declara que reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, y en el Manifiesto de Montecristi; y

hace suyos los Programas Revolucionarios de la Joven Cuba, el PRC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

G/ La Revolución declara su respeto por las Naciones libres de América hermana que han sabido conquistar, a costa de cruentos sacrificios, la posición de libertad económica y justicia social que es el índice de nuestro siglo. Y hace votos, en esta hora decisiva, porque la clarinada cubana sea una estrella más en la conquista de los ideales e intereses latinoamericanos, latentes en la sangre de nuestros pueblos y en el pensamiento de nuestros hombres más ilustres.

H/ La Revolución declara su afán y decisión de renovar, íntegra y totalmente, el medio económico nacional, con la implantación de las medidas más urgentes para resolver la crisis y repartir trabajo honrado y dinero equitativo a todos los hogares cubanos, decisión que es una e indivisible en el corazón de los hombres que la defienden.

I/ La Revolución declara su respeto por los obreros y los estudiantes como masas acreditadas en la defensa de los derechos inalienables y legítimos del pueblo cubano a través de toda la historia, y les augura a ellos y a todo el pueblo, la plasmación de una total y definitiva justicia social basada en el adelanto económico e industrial bajo un plan sincronizado y perfecto, fruto de razonado y metódico estudio.

J/ La Revolución declara su respeto absoluto y reverente por la Constitución que se dio al pueblo en 1940 y la restablece como Código Oficial. Declara que la única bandera es la tricolor de la estrella solitaria y la eleva como siempre, gloriosa y firme, al fragor del combate, que no hay otro himno que el Nacional cubano reconocido en el mundo entero por la estrofa vibrante:

¡Que morir por la Patria es vivir!

K/ La revolución declara su amor y su confianza en la virtud, el honor y el decoro del hombre y confiesa su intención de utilizar los que valen de verdad, en función de esas fuerzas del espíritu.

N
U
O

ritu, en la tarea regia de la reconstrucción cubana. Estos hombres existen en todos los lugares e instituciones de Cuba, desde el bohío campesino hasta el Cuartel General de las Fuerzas Armadas; y el ojo avizor de la Revolución los situará en la posición de servicio que Cuba les pide. No es ésta una Revolución de castas.

Cuba abraza a los que saben amar y fundar, y desprecia a los que odian y deshacen. Fundaremos la República Nueva, con todos y para el bien de todos, en el amor y la fraternidad de todos los cubanos.

La Revolución se declara definitiva, recogiendo el sacrificio incommensurable de las pasadas generaciones, la voluntad inquebrantable de las presentes generaciones, y la vida en bienestar de las generaciones venideras.

En nombre de los Mártires.

En nombre de los derechos sagrados de la Patria.

Por el honor del Centenario...

LA REVOLUCION CUBANA.

INDEPENDENCIA O MUERTE • LIBERTAD O MUERTE • PATRIA O MUERTE • IND

LA HISTORIA ME ABSOLVERA

(FRAGMENTO)

En el sumario de esta causa han de constar las cinco leyes revolucionarias que serían proclamadas inmediatamente después de tomar el Cuartel Moncada y divulgadas por radio a la nación. Es posible que el coronel Chaviano haya destruido con toda intención esos documentos, pero si él los destruyó, yo los conservo en la memoria.

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940, como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia. A partir de ese instante, el Poder Judicial, que se ha colocado desde el 10 de marzo frente a la Constitución y fuera de la Constitución recesaría como tal Poder y se procedería a su inmediata y total depuración, antes de asumir nuevamente las facultades que le concede la Ley Suprema de la República. Sin estas medidas previas, la vuelta a la legalidad, poniendo su custodia en manos que claudicaron deshonrosamente, sería una estafa, un engaño y una traición más. La segunda ley

INDEPENDENCIA O MUERTE • LIBERTAD O MUERTE • PATRIA O MUERTE • IND

revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de 5 o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de 10 años.

La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros y empleados el derecho de participar del 30% de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse. La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del 55% del rendimiento de la caña y cuota mínima de 40 mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen 3 años o más de establecidos.

La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o *ab intestato* de procedencia mal habida, mediante tribunales especiales con facultades plenas de acceso a todas las fuentes de investigación, de intervenir a tales efectos las compañías anónimas inscriptas en el país o que operen en él donde puedan ocultarse bienes malversados y de solicitar de los gobiernos extranjeros extradición de personas y embargos de bienes. La mitad de los bienes recobrados pasarían a engrasar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad a los hospitales, asilos y casas de beneficencia.

Se declaraba además, que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos por las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la Patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.

Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales

como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la nacionalización del *trust* eléctrico y el *trust* telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la Hacienda Pública.

Todas estas pragmáticas y otras estarían inspiradas en el cumplimiento estricto de 2 artículos esenciales de nuestra Constitución, uno de los cuales manda que se proscriba el latifundio y, a los efectos de su desaparición, la ley señale el máximo de extensión de tierra que cada persona o entidad pueda poseer para cada tipo de explotación agrícola, adoptando medidas que tiendan a revertir la tierra al cubano; y el otro ordena categóricamente al Estado emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia decorosa. Ninguna de ellas podrá ser tachada por tanto de inconstitucional. El primer gobierno de elección popular que surgiere inmediatamente después, tendría que respetarlas, no sólo porque tuviese un compromiso moral con la nación, sino porque los pueblos cuando alcanzan las conquistas que han estado anhelando durante varias generaciones, no hay fuerza en el mundo capaz de arrebatárselas.

El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo: he ahí concretados los 6 puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.

Quizás luzca fría y teórica esta exposición si no se conoce la espantosa tragedia que está viviendo el país en estos 6 órdenes sumada a la más humillante opresión política.

El 85% de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la *United*

Fruit Company y la *West Indian* unen la costa norte con la costa sur. Hay 200 mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de 300 mil caballerías de tierras productivas. Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo, si el campo hizo la independencia, si la grandeza y la prosperidad de nuestra nación depende de un campesinado saludable y vigoroso que ame y sepa cultivar la tierra, de un Estado que lo proteja y lo oriente, ¿cómo es posible que continúe este estado de cosas?

Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados... Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar el país es urgente, que hacen falta industrias metalúrgicas, industrias de papel, industrias químicas, que hay que mejorar las crías, los cultivos, la técnica y la elaboración de nuestras industrias alimenticias para que puedan resistir la competencia ruidosa que hacen las industrias europeas de queso, leche condensada, licores y aceites y las de conservas norteamericanas, que necesitamos barcos mercantes, que el turismo podría ser una enorme fuente de riquezas; pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendas griegas. Tan grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba 200 mil bohíos y chozas; 400 mil familias del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones, cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; 2 millones 200 mil personas de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y 2 millones 800 mil de nuestra población rural y suburbana, carecen de luz eléctrica. Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres, los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones; si el Estado se abstiene, construyen mientras pueden percibir un tipo elevado de renta, después no colocan una piedra más aunque el resto de la población viva a la intemperie; otro

tanto hace el monopolio eléctrico; extiende las líneas hasta el punto donde pueda percibir una utilidad satisfactoria, a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días. El Estado se cruza de brazos y el pueblo sigue sin casas y sin luz.

Nuestro sistema de enseñanza se complementa perfectamente con todo lo anterior: ¿En un campo donde el guajiro no es dueño de la tierra para qué se quieren escuelas agrícolas? ¿En una ciudad donde no hay industrias para qué se quieren escuelas técnicas e industriales? Todo está dentro de la misma lógica absurda: no hay ni una cosa ni otra. En cualquier pequeño país de Europa existen más de 200 Escuelas Técnicas y de Artes Industriales; en Cuba, no pasan de 6 y los muchachos salen con sus títulos sin tener dónde emplearse. A las escuelas públicas del campo asisten descalzos, semidesnudos y desnutridos, menos de la mitad de los niños en edad escolar y muchas veces es el maestro quien tiene que adquirir con su propio sueldo el material necesario. ¿Es así como puede hacerse una patria grande?

De tanta miseria sólo es posible librarse con la muerte; y a eso sí los ayuda el Estado: a morir. El 90% de los niños del campo está devorado por parásitos que se les filtran desde la tierra por las uñas de los pies descalzos. La sociedad se conmueve ante la noticia del secuestro o el asesinato de una criatura, pero permanece criminalmente indiferente ante el asesinato en masa que se comete con tantos miles y miles de niños que mueren todos los años por falta de recursos, agonizando entre los estertores del dolor y cuyos ojos inocentes, ya en ellos el brillo de la muerte parecen mirar hacia lo infinito como pidiendo perdón para el egoísmo humano y que no caiga sobre los hombres la maldición de Dios. Y cuando un padre de familia trabaja 4 meses al año, ¿con qué puede comprar ropas y medicinas a sus hijos? Creerán raquíuticos, a los 30 años no tendrán una pieza sana en la boca, habrán oído 10 millones de discursos, y morirán al fin de miseria y decepción. El acceso a los hospitales del Estado, siempre repletos, sólo es posible mediante la reco-

mendación de un magnate político que le exigirá al desdichado su voto y el de toda su familia para que Cuba siga siempre igual o peor.

Con tales antecedentes, ¿cómo no explicarse que desde el mes de mayo al de diciembre un millón de personas se encuentran sin trabajo, y que Cuba con una población de 5 millones y medio de habitantes, tenga actualmente más desocupados que Francia e Italia con una población de más de 40 millones cada una?

Cuando vosotros juzgáis a un acusado por robo, señores Magistrados, no le preguntáis cuánto tiempo lleva sin trabajo, cuántos hijos tiene, qué días de la semana comió y qué días no comió, no os preocupáis en absoluto por las condiciones sociales del medio donde vive; lo enviáis a la cárcel sin más contemplaciones. Allí no van los ricos que queman almacenes y tiendas para cobrar las pólizas de seguro, aunque se quemen también algunos seres humanos, porque tienen dinero de sobra para pagar abogados y sobornar magistrados. Enviáis a la cárcel al infeliz que roba por hambre, pero ninguno de los cientos de ladrones que han robado millones al Estado durmió nunca una noche tras las rejas: cenáis con ellos a fin de año en algún lugar aristocrático y tienen vuestro respeto. En Cuba cuando un funcionario se hace millonario de la noche a la mañana y entra en la cofradía de los ricos puede ser recibido con las mismas palabras de aquel opulento personaje de Balzac, Taillefer, cuando brindó por el joven que acababa de heredar una inmensa fortuna: «¡Señores, bebamos al poder del oro! El señor Valentín, 6 veces millonario actualmente acaba de ascender al trono. Es rey, lo puede todo, está por encima de todo, como sucede a todos los ricos. En lo sucesivo la igualdad ante la ley, consignada al frente de la Constitución, será un mito para él, no estará sometido a las leyes, sino que las leyes se le someterán. Para los millonarios no existen tribunales ni sanciones.»

El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no puede seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que hacen en sus despa- chos de aire acondicionado 10 ó 12 magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los

milagros de unos cuantos becerros de oro que como aquel del antiguo testamento que derribó la ira del profeta, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la República sólo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla. Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saladrigas, cuyo estadismo consistió en dejarlo todo tal cual está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la «libertad absoluta de empresas», «garantías al capital de inversión» y la «ley de la oferta y la demanda», como habrán de resolverse tales problemas. En un palacete de la Quinta Avenida, estos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ya ni el polvo de los huesos de los que hoy reclaman soluciones urgentes. Y en el mundo actual ningún problema social se resuelve por generación espontánea. Un gobierno revolucionario con el respaldo del pueblo y el respeto de la nación después de limpiar las instituciones de funcionarios venales y corrompidos, procedería inmediatamente a industrializar el país, movilizándolo todo el capital inactivo que pasa actualmente de 1.500 millones a través del Banco Nacional y el Banco de Fomento Agrícola e Industrial y sometiendo la magna tarea al estudio, dirección, planificación y realización por técnicos y hombres de absoluta competencia, ajenos por completo a los manejos de la política.

Un gobierno revolucionario, después de asentár sobre sus parcelas con carácter de dueños a los 100 mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas, procedería a concluir definitivamente el problema de la tierra; primero: estableciendo como ordena la Constitución un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola y adquiriendo el exceso por vía de expropiación, reivindicando las tierras usurpadas al Estado, desecando marismas y terrenos pantanosos, plantando enormes viveros y reservando zonas para la repoblación forestal; segundo: repartiendo el resto disponible entre las familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores para la utilización común de equipos de mucho costo, frigoríficos y una misma dirección profesio-

nal técnica en el cultivo y la crianza y facilitando, por último, recursos, equipos, protección y conocimiento útiles al campesinado.

Un gobierno revolucionario resolvería el problema de la vivienda rebajando resueltamente el 50% de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo las infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción de viviendas en toda la Isla en escala nunca vista, bajo el criterio de que si lo ideal en el campo es que cada familia viva en su propia casa o apartamento. Hay piedra suficiente y brazos de sobra para hacerle a cada familia cubana una vivienda decorosa. Pero si seguimos esperando por los milagros del becerro de oro, pasarán mil años y el problema estará igual. Por otra parte, las posibilidades de llevar corriente eléctrica hasta el último rincón de la Isla son hoy mayores que nunca, por cuanto es ya una realidad la aplicación de la energía nuclear a esa rama de la industria, lo cual abaratará enormemente su costo de producción.

Con estas 3 iniciativas y reformas el problema del desempleo desaparecería automáticamente y la profilaxia y la lucha contra las enfermedades sería tarea mucho más fácil.

Finalmente, un gobierno revolucionario procedería a la reforma integral de nuestra enseñanza, poniéndola a tono con las iniciativas anteriores, para preparar debidamente a las generaciones que están llamadas a vivir en una patria más feliz. No se olviden las palabras del Apóstol: «Se está cometiendo en América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente para la vida urbana y no se les prepara para la vida campesina.» «El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos.» «Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre.»

No vamos a decir que fuimos al Moncada a hacer una Revolución socialista. No es verdad. Por lo menos, en este momento, hablo muy personalmente. Fuimos allí con la idea de hacer un cambio, de que hombrés mejores gobernarán, y de que los hombres no robarán; pero no de hacer ese cambio. Allí fue cuando precisé el cambio. Pero sí fuimos allí, si no para hacer un cambio radical, sí para hacer un cambio, y sí para decirle a nuestra Patria, a nuestro pueblo: «Hay quien muere por la bandera», por esa misma bandera que hoy tenemos, por esa bandera que hoy amamos aunque la vemos más internacionalista.

Allí no fuimos con esa idea. No sabíamos mucho de cambios tan profundos, pero sí sabíamos que queríamos esto, que era esto; lo que no podíamos precisar cómo era, y sabemos que con Fidel precisaríamos cómo era y lo haríamos como debía ser, como nuestro pueblo quería que fuera, y que nuestra bandera seguiría siendo nuestra bandera aunque fuera internacionalista.

Allí fuimos siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos, porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros. Allí fuimos con las ideas de Martí y hoy seguimos con las ideas de Martí, con las ideas de Lenin, con las ideas de Marx, con las ideas de Bolívar, con la revolución de Bolívar, con la revolución del Che; con la dirección de Martí, con la doctrina de Marx y con Bolívar, con el continente que Bolívar quiso unir y quiso hacer.

Haydée Santamaría

ESTUDIANTE: Compañera Haydée: nosotros quisieramos que usted nos explicara qué experimento después de conocer que el ataque al Moncada había fracasado.

HAYDEE SANTAMARIA: Compañera, tal vez a ustedes les parezca que esto no es verdad, pero —les digo con sinceridad— es verdad. ¡Nunca pensé que el ataque al Moncada había fracasado!

«Vi que los compañeros se ponían los uniformes, se ponían las corbatas... Uniformes de soldados de la tiranía. Yo dije: "Bueno, ya me va a tocar mi fusil. ¿No? Esperaba mi fusil yo con un esmero y unas ganas de verme con mi fusil, pero cuando veo lo que me toca: un 22. Cuando me tocó el 22 ése me enfrié... Yo te voy a manifestar con honradez que cuando me dieron el fusil ése, a mí se me enfrió el corazón; después tuve que darle masaje natural para que volviera a latir, porque se paró.

El problema no era el hecho, ¡era un fusil 22, tú!; empezaron a repartir las balas y cogí mis cuatro cajitas de balitas 22, hasta que se aproximara la hora.»

Comandante Juan Almeida

«¿Pertenezo yo a ese movimiento?» (preguntó un acusado que no había tenido participación en el asalto y que, en su condición de abogado, asumía su propia defensa).
—«No» —respondió Fidel.

—«¿Entonces no he sido agente intelectual de esa revolución?» —insistió.

—«Nadie debe preocuparse de que lo acusen de agente intelectual de la revolución, porque el único responsable intelectual de ella es José Martí». (Copias taquigráficas del sumario de la Causa 37 por el asalto al Cuartel Moncada; primera comparecencia de Fidel Castro.)

«Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generacional tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre.»

(«La historia me absolverá».)

Hemos vivido cosas como todos los cubanos, unas más grandes, otras más pequeñas, pero todas con un sentido profundísimo. Nos hemos preguntado por qué razón, si hemos vivido después del Moncada, la Sierra —antes de la Sierra, la clandestinidad—, después de 1959, un Girón, cosas enormes, ¿qué razón hay para que el Moncada sea algo distinto a lo otro? Y esto no quiere decir que podamos querer más a uno que a otro.

Yo algunas veces he dicho —no sé si en alguna entrevista o con alguna persona con quien he hablado— que a mí esto se me reveló muy claramente cuando nació mi hijo. Cuando nació mi hijo Abel fueron momentos difíciles, momentos iguales a los que tiene cualquier mujer cuando va a tener un hijo, muy difíciles. Eran dolores profundísimos, eran dolores que nos desgarraban las entrañas y, en cambio, hasta fuerza para no llorar, no gritar o no maldecir. Cuando ocurren dolores así, se maldice, se grita y se llora; ¿y por qué se tienen fuerzas para no llorar y maldecir cuando hay dolores? Porque va a llegar un hijo. En aquellos momentos se me reveló que era el Moncada. A pesar de aquellos dolores, de aquella cosa que creíamos, sentíamos pérdida, de aquel dolor, mas dolor que cualquier dolor, ¿cómo no maldecíamos y cómo no llorábamos y cómo estábamos serenos? Pensamos que únicamente por la llegada de algo grandioso se pueden resistir esos dolores. La llegada del hijo, el hijo que esperamos, no se puede recibir llorando, ni gritando. Sobre todo cuando decía de lo primero, también hablabamos del primer hijo. No se quiere al primero más que al segundo ni más que al último; pero sí el primero es distinto: no estamos preparados para recibirlo, no sabemos si resistiremos los dolores, no sabemos si seremos buena madre, no sabemos si sabremos criarlo. Y eso nos produce una cosa distinta al segundo y al tercero y a los que vengan después, porque ya sabemos que sí podemos resistir, que sí sabemos criar; queremos a ese segundo o tercero igualito que al primero, pero ese primero es lo inesperado, es para lo que una no está preparada.

Y ahí se me reveló muy claramente qué había sido el Moncada. No era el hecho que más pudimos amar ni el más grande, pero sí el primero, ese primero que no sabíamos cómo podíamos enfrentarnos a él, hasta dónde seríamos capaces de resistir. Y tal vez íbamos preparados para ver morir, para dejar allí a los que debían haber vivido muchos años. Pero también surge lo inesperado: no estábamos preparados para vivir lo que vivimos allí.

Haydée Santamaría



LOS AUTORES

- JEAN CUISENIER** | Sociólogo estructuralista francés, colaborador de **L'sprit**.
- FRANCISCO POSADA** | Director del Departamento de Humanidades de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Colombia. Ha publicado en **Ideas y Valores**, **Eco**, etc.
- MARC BARBUT** | Matemático francés, colaborador de **Les Temps Modernes**.
- PAUL RICOEUR** | Lingüista y crítico literario destacado. Sus estudios hispánicos han logrado gran repercusión en Francia.
- ROLAND BARTHES** | Escritor, director de la escuela de crítica literaria de L'Ecole d'Hautes Etudes Pratiques de Paris, autor de varios libros, entre ellos, el renombrado **Sur Racine**.
- LUCIEN SEBAG** | Escritor francés, marxista. Conocido por su libro **Marxismo y estructura-**

lismo, y por rigurosos ensayos sociológicos.

HENRI LEFEBVRE

Ensayista francés, autor entre otros del libro «Le marxisme» París, 1961.

CARLOS NUÑEZ

Periodista de "Marcha", Uruguay. El artículo que publicamos es el análisis del documento "Orientación general del planeamiento de la seguridad nacional", aparecido en la sección «Documentos», **Pensamiento Crítico** No. 10.

MARTIN NICOLAUS

«Su ubicación de una ruptura cualitativa en el pensamiento de Marx durante la década de 1850 es paralela al énfasis de Luis Althusser y su escuela en Francia. Pero donde Althusser ha explorado principalmente sus consecuencias filosóficas, Nicolaus relaciona el cambio conceptual a los problemas políticos y sociológicos» (*New Left Review*). El autor norteamericano estudia aquí un texto muy importante de Marx, los manuscritos económicos de 1857-59.

quaderni piacentini

Redazione:

PIACENZA, VIA POGGIALI 41,
ITALIA

tricontinental

Organo teórico
del Secretariado Ejecutivo
de la Organización de
Solidaridad de los Pueblos
de Asia, Africa
y América Latina

Direttore
Lelio Basso
Vice Direttore
Antonio Lettieri

Rivista mensile marxista che tratta:

- analizi economica del capitalismo in Europa occidentale.
- problemi della lotta antimperialista nei paesi capitalisti avanzati e nel Terzo mondo.
- questioni di teoria marxista.

abbonamento annuo per l'estero 8.00

Redazione Via della Dogana Vecchia 5 - 00186 Roma

new left review

Published from London every two months since 1960.
Our main aim is to increase awareness of the necessity
and reality of the struggle against capitalism and
imperialism wherever they exist.

Subscriptions 5.50 per year or "2 from
New Left Review, 7 Carlisle Street, London W.1.

HORA CERO

TESTIMONIOS
REVOLUCIONARIOS
DE AMERICA
LATINA

EDITORES:

JULIAN MEZA
y DIANA RIVERA

APARTADO POSTAL M-7145
MEXICO, 1, D. F. - MEXICO



Ruedo ibérico

REDACTORES JEFE

RAMÓN BULNES

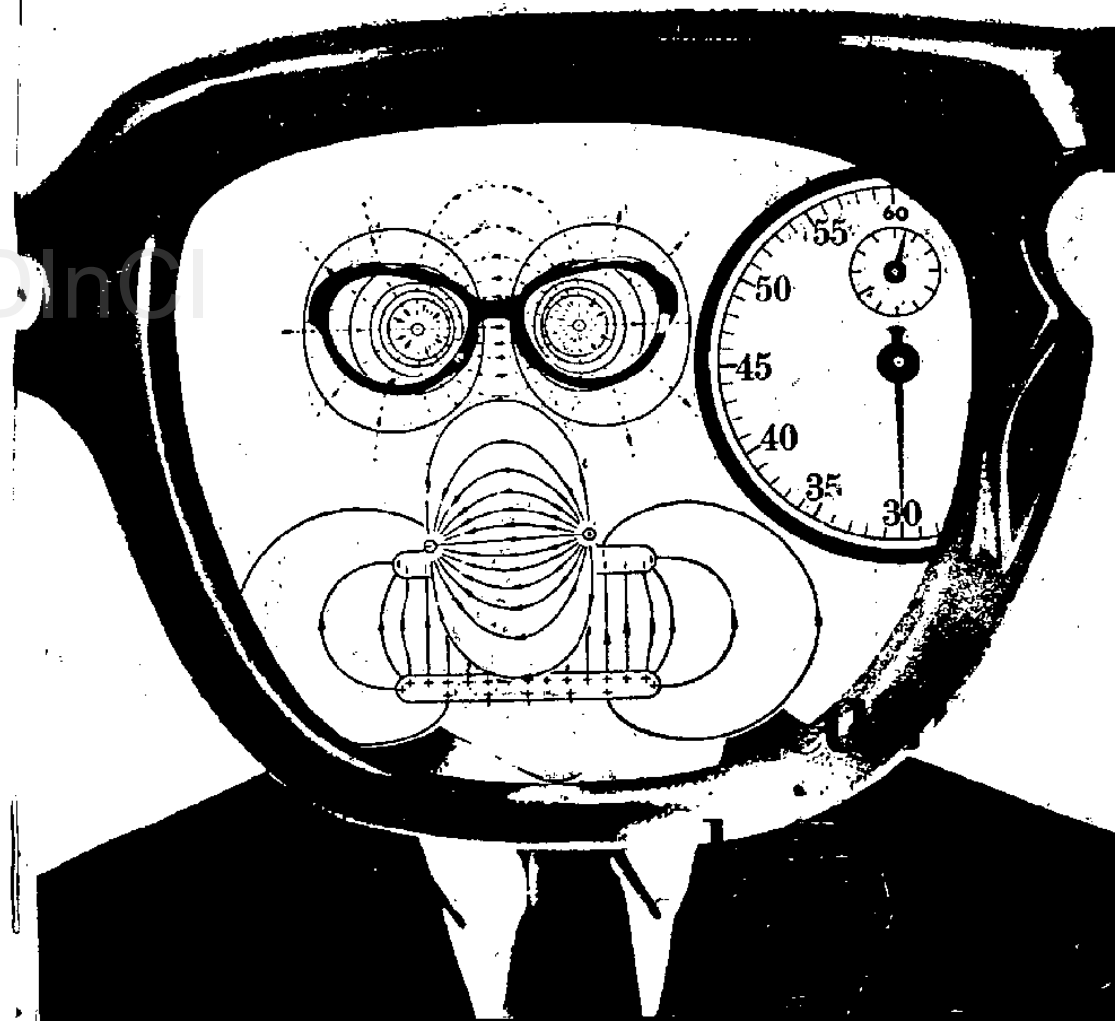
JOSÉ MARTÍNEZ

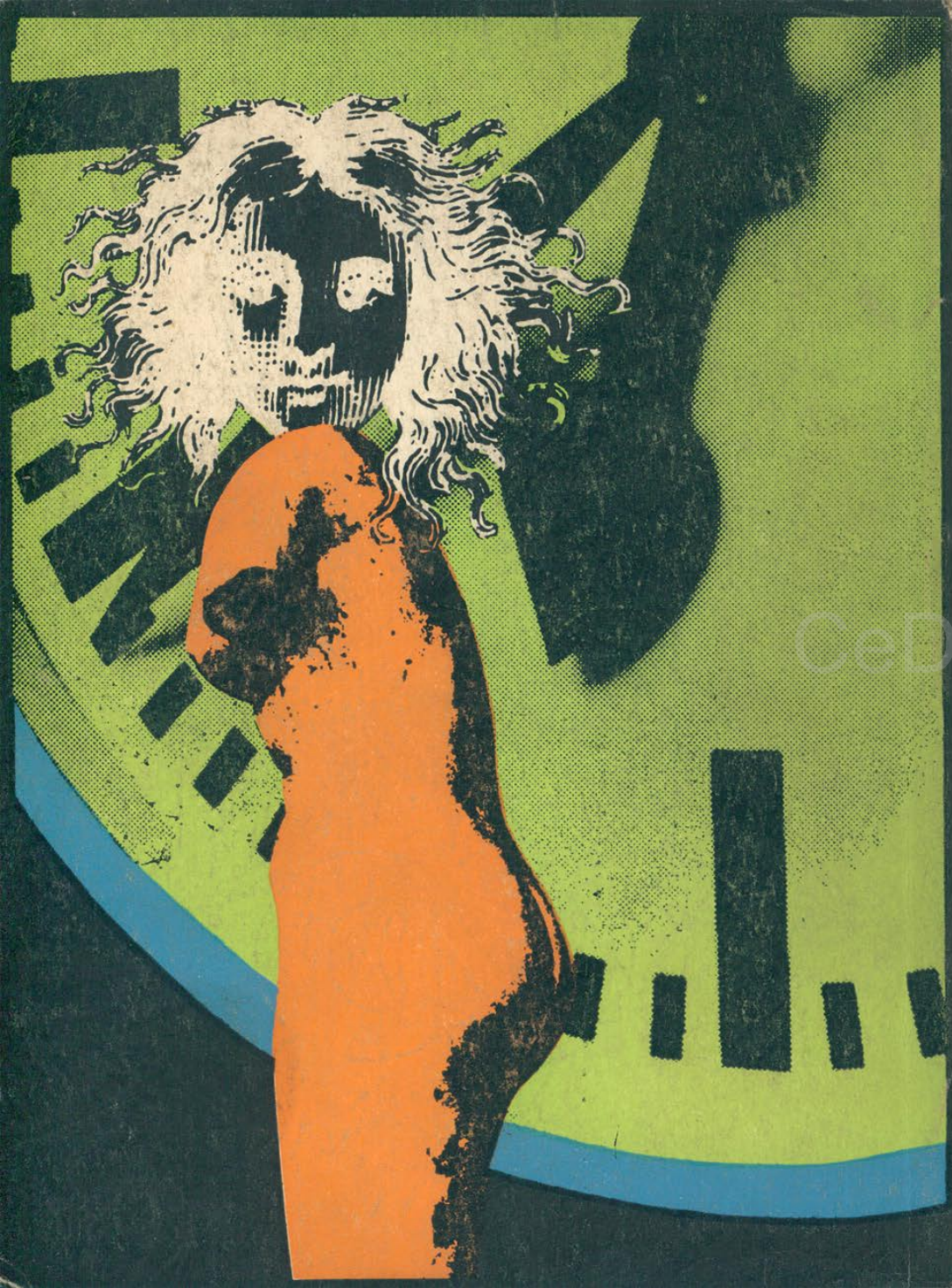
JORGE SAMPRÚN

DIRECTEUR GERANT DE LA PUBLICATION:

FRANÇOIS MASPERO

5, rue Aubriot, Paris 4. C.C.P. Paris 16.586-34





CeDInCl